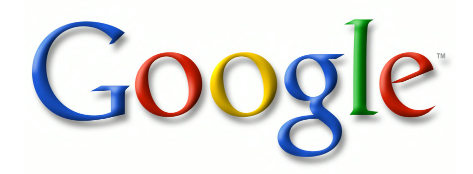
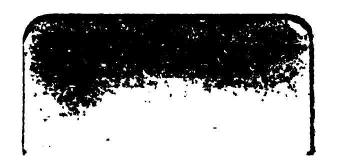








9859
36

HISTORIA PATRIA

LEYENDAS HISTORICAS

DE

VENEZUELA

POR

ARISTIDES ROJAS

2

SEGUNDA SERIE

CARACAS

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DEL GOBIERNO NACIONAL

1891

36

Con el presente volumen, que es el segundo de nuestras "Leyendas Históricas de Venezuela," comienza la serie de las diversas obras referentes á la Historia patria que bajo los auspicios del Gobierno Nacional daremos á la estampa, de acuerdo con el contrato celebrado por el Ministro de Fomento con el autor.

INTRODUCCION

—

Seis meses van á cumplirse de haber dado á la estampa la primera serie de nuestra colección de LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA. La buena acogida que el público y la prensa, dentro y fuera de Venezuela, han dispensado á este espécimen de una obra que alcanzará á cuatro ó cinco volúmenes más, nos ha animado á llevar á término el pensamiento que precedió á la publicación de ella: el de ofrendar á la patria con cuantos trabajos históricos, publicados é inéditos, poseemos respecto de la historia de Venezuela. Después de haber dado á conocer en la prensa venezolana, durante veinte y cinco años, muchas de nuestras lucubraciones en folletos, revistas, diarios, libros, etc.; de haber visto reproducidas

y con elogio, muchos de aquéllos por la prensa de ambos mundos, y recibido honores y distinciones de las cuales no se hace gala á nuestra edad, juzgamos que había llegado el momento de ofrendar nuestras labores á la patria que nos vió nacer, objetivo brillante de nuestras más nobles aspiraciones.

Para desarrollar nuestro propósito pedimos al Presidente de la República, Doctor Raimundo Andueza Palacio, que nos concediera permiso para explanarle nuestras ideas; permiso que con graciosa galantería nos fue concedido. En presencia del Poder Ejecutivo donde había miembros de la Academia de la Historia y de la Academia de la Lengua, hijos de próceres y hombres de servicios prácticos á la causa republicana y al desarrollo de la instrucción pública, dijimos lo que en síntesis elevamos más tarde al Ministro de Fomento.

Al descender la pendiente de la vida, agregamos, con el corazón en paz y el espíritu libre, nos enaltece el pensamiento de ofrecer al Gobierno de Venezuela, representado por ciudadanos tan conspícuos, y como ofrenda que hacemos á la patria venezolana, todos los trabajos históricos, inéditos y publicados de nuestra laboriosa vida, durante los últimos veinte y cin-

co años, y cuanto más elaboremos antes de bajar á la tumba. Estudios históricos, orígenes históricos, leyendas, crónicas, biografías, noticias críticas, literatura de nuestra historia, rectificaciones, cuanto pueda redundar en gloria del patrio suelo lo ponemos á disposición del Gobierno. Después de haber tratado con una gran porción de los principales próceres de nuestra independencia, estudiado, con constancia digna de elogio, los archivos públicos y privados, adquirido cuanto constituye el tesoro inagotable de la literatura de la historia de Venezuela desde los cronistas hasta las publicaciones del momento, en español y varios idiomas, era natural que antes de ofrendar á la patria, diéramos muestra de tantos trabajos durante el período indicado. (1)

1 Aspiramos á dar á la estampa, de acuerdo con el contrato celebrado con el Ministro de Fomento las siguientes obras:

Estudios históricos—Orígenes venezolanos—2 volumenes

Estudios indígenas—2 volumenes.

Humboldtianas—1 volumen.

Leyendas históricas de Venezuela—5 ó 6 volúmenes.

Siluetas de la guerra á muerte—1 volumen.

Literatura de la historia de Venezuela—1 volumen.

Revolución de 1810—1 volumen.

En este camino departimos y desarrollamos nuestras ideas en presencia del Presidente de la República y de su Gabinete.

El Gobierno tuvo á bien aceptar el ofrecimiento y disponer la publicación de los diversos volúmenes, en los términos que constan en documentos conocidos del público. Aplaudió la idea el Gobierno presidido por el Doctor Andueza Palacio; aplaudióla el Consejo de Estado, con elogios que nos enaltecen; aplaudióla la prensa venezolana que siempre nos ha favorecido, y aplaudiéronla igualmente los órganos de la prensa hispanoamericana, que con frecuencia nos saluda desde remotas playas con expresiones de fraternal cariño. Sea éste el momento de manifestar nuestro público agradecimiento al digno Presidente de Venezuela y á su ilustrado Gabinete por tan mar-

CORRESPONDENCIA INÉDITA DE BOLÍVAR—con notas ilustrativas—1 volumen.

CARACAS—1 volumen—(Esta obra comprende la historia de la capital, de sus transformaciones, de su desarrollo, costumbres, anécdotas, etc. etc.)

FOLK-LORE VENEZOLANO—1 volumen—(Esta obra abraza la historia del pueblo venezolano desde los remotos tiempos indígenas: familia, creencias, usos, costumbres, tradiciones, supersticiones, sentencias, adagios, refranes, dichos, canciones populares, corridos, etc., etc. etc.)

cada prueba de distinción, y también al Consejo de Estado, á la prensa venezolana y á la extranjera, por sus frases de amistoso aliento. Y sea todo esto timbre de generosa recompensa patria, que aceptamos con orgullo antes de llamar á las puertas de la tumba.

Ya en 8 de noviembre de 1889, el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, á la sazón Presidente de la República, al inaugurar en sesión solemne la *Academia Nacional de la Historia* que creó por decreto de 28 de octubre de 1888; al recorrer en su discurso las diversas publicaciones históricas conocidas en Venezuela, nos obsequió con los siguientes conceptos que nos enaltecen:

" Hay, en efecto, muchos estudios de biografía, de crítica histórica, costumbres y ciencias sociales, hechos militares y administración política y fiscal, de un mérito inapreciable, y sin los cuales no se puede escribir la historia. Y, para no citar más que un ejemplo, diré que las investigaciones del Doctor Arístides Rojas sobre historia patria, orígenes de nuestra literatura y tradiciones populares, lenguas indígenas y antigüedades venezolanas de todo género, son suficientes,

por sí solas, para que la patria se enorgullezca de tal hijo." (1)

En la primera serie de estas leyendas, en los diversos cuadros que aquélla comprende, hemos narrado acontecimientos de varias épocas: la conquista, la colonia, la lucha de la independencia. El mismo método hemos seguido en ésta. Así comenzamos con la historia del filibustero Gualterio Raleigh, de cuya primera expedición en 1595, nada conocieron los cronistas Fray Simón y Caulín, aunque sí la segunda de 1616. En la historia de Bolívar hemos querido detenernos en cuanto se refiere á su niñez, á su primera juventud, para seguir casi un orden cronológico. Los pormenores de la vida íntima de este grande hombre, serán de mucho interés á los futuros historiadores de América, quienes en vista y estudio de interesantes incidentes, podrán apreciar ciertos hechos y juzgar aquella grandeza, sin menoscabar sus glorias, sin empequeñecer su genio.

Nos hemos detenido en relatar sucesos ya políticos, ya religiosos, verificados

1 Discurso del Doctor Juan Pablo Rojas Paúl. etc, etc.

durante el último siglo. El apostolado del obispo Diez Madroñero que hasta hoy ha pasado inadvertido, lo presentamos á nuestros lectores, con todas las conquistas y propósitos que animaron al célebre pastor. El hombre que dio comienzo á la estadística venezolana, al alumbrado público, que desarrolló el culto católico, enterró costumbres inmorales y acabó con el carnaval de su época, no puede pasar como un espíritu vulgar, sino como un reformador.

En las dos series publicadas de estas leyendas figuran siete cuadros de los que hemos bautizado con el título de SILUETAS DE LA GUERRA Á MUERTE. Estas muestras darán idea del volumen que llevará el título indicado.

En los cuadros ya conocidos que figuran con los títulos de VILLAPOL, LOS HERMANOS MUÑOZ TÉBAR, hemos querido sintetizar hechos que levantan de la tumba á ciertos hombres esclarecidos de una época inmortal. Hoy continuamos con el cuadro de LOS HERMANOS SALIAS, y así llegarémos á enaltecer ciertos hechos, y á realzar nobles figuras, casi olvidadas.

La obra que seguirá á la segunda serie de las Leyendas lleva el título de ESTUDIOS HISTÓRICOS, ORÍGENES VENE-

ZOLANOS, en dos volúmenes, los cuales esperamos que estén impresos para fines de año. Ofrecida por nosotros la dedicatoria de este trabajo al ilustrado Presidente de la República, ha tenido á bien honrarnos con su aceptación.

Caracas: 30 de mayo de 1890.

ARISTIDES ROJAS.

SIR GUALTERIO RALEIGH

—

¡Qué siglo aquél que abre la éra actual con el descubrimiento de América y remata con la muerte del lúgubre monarca que bautizaron sus contemporáneos con el nombre de *El Demonio del Mediodía!* Es una tempestad no interrumpida de pasiones, de intereses, de creencias, donde campean con luces infernales la codicia, la crueldad, tropelías de todo género; resultado de luchas dinásticas y de guerras civiles y religiosas. Y en medio de tanta desolación, dilátanse los mares, surge el Nuevo Mundo con su continente coronado por los polos del planeta, y aparecen las conquistas de la ciencia, del arte y de las bellas letras, como luminarias de esta noche prolongada de las pasiones humanas!

Julio II y León X, magnos pontífices, Mecenas del arte, son como las grandes etapas de aquel campo de alturas ya brillantes, ya sombrías, que conoce la historia con los nombres de Fernando é Isabel, de Carlos V, de Francisco I, de Solimán II, de Gustavo Wasa, de Enrique IV, de Enrique VIII, de Felipe II y de Isabel de Inglaterra. Ta-

les fueron los principales actores de las luchas dinásticas y de las guerras religiosas que llenaron los años del siglo décimo sexto. Acá las familias de los Médicis, Orsini, Farnesio; más allá las de los Borgia y Doria; aquí las de los Guisa y Orleans; allí las de los Estuardos y Tudor. Acá la República de Génova, y más allá las de Florencia y Venecia. Aquí la Reforma; allí la Inquisición; San Quintín, Lepanto, Pavía, la destrucción de la invencible Armada.... son los campos fulgurantes de este cuadro sorprendente del siglo décimo sexto.

Y como tras de lo efímero está lo perdurable, y tras de las conquistas políticas la obra de Dios representada por la ciencia y por el arte, reyes y dinastías, familias y pueblos desaparecen para dar entrada por la luminosa puerta del porvenir á Copérnico, á Miguel-Ángel y á Tasso; á Rafael de Urbino y á Ariosto; á Leonardo de Vinci y á Camoëns; al Ticiano, á Maquiavelo, á Bembo, á La Bruyère y á Shakespeare; á Lutero, á Calvino y á Ignacio de Loyola; á Colón, á Magallanes, á Del Cano; á Cervantes, en fin, y á Garcilaso, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, á Herrera y Lope de Vega y á la pléyade de los ingenios castellanos que sobrevivieron y eclipsaron á los políticos de su época, dejando gloria inmarcesible en los anales de la madre España.

Esto pasaba allende el Atlántico, mientras que aquende la devastación arrasaba la dilatada zona que baña los grandes océanos del planeta. ¡Cuántos horrores llenan la conquista castellana, después de la muerte de Colón en 1506! Al surgir el Nuevo Mundo, el equilibrio de la sociedad europea desaparece, y la codicia, apoderándose de los pueblos, los precipita á fatal destino cual aristas lanzadas por el huracán. La honda de sangre comienza á

llenar las costas de la Española y del continente; sigue en solicitud de los valles, de las sabanas, de las mesas; asciende á las altiplanicies hasta alcanzar las cimas nevadas de los Andes. Los hipántropos de Castilla, en su incursión desde las orillas de los océanos hasta los volcanes más elevados de la tierra, no fueron los fundadores de la civilización hispanoamericana, sino los zapadores del continente, inconscientes maniacos, buscadores de "El Dorado," con el corazón y el espíritu sostenidos por la codicia: sólo así pudieron centuplicar sus fuerzas, sufrir hambre y enfermedades, luchar contra la naturaleza. Hombres ó hipántropos, atletas ó héroes; todos feroces, todos sedientos, representan la noche prolongada de América, con sus ejércitos de espectros y fantasmas: los alucinados que sacrifican pueblos indefensos, que asesinan á los reyes y sacerdotes de la civilización prehistórica de América, que saquean los templos y cavan los sepulcros para apoderarse de los ídolos de oro. Y después.... los osarios blanqueados por el tiempo, como deja el temporal en la dilatada playa los despojos de la industria y del hombre, después de la noche de naufragio.

Pero, tras esta noche tan prolongada, ¿no vendrán la ciencia y el arte, y las conquistas apacibles de la industria humana, en su faena constante? Tras esta noche vendrá la Cruz del Calvario, que fecundiza los campos desolados, bañados de sangre; que da aliento á la familia errante, sin pan y sin hogar; que atrae á sus pies á todos los desheredados de la fortuna y extiende sus brazos como amparo y fuerza á todos los que lloran, á todos los que sufren y esperan.

En Venezuela, la epopeya de "El Dorado" comprende los horrores cometidos durante los no-

veinte primeros años después de la salida de Colón de las costas de Paria en 1498. Ordaz, Ortal, Cedeño, Vera, Valdés, Zerpa, Berrío, en las regiones orientales; y Alfinger, Federmann, Spira y Hatten en las regiones de Occidente: estos y otros más constituyen los capitanes visionarios buscadores de "El Dorado" en la dilatada región que baña el Orinoco y sus numerosos tributarios. Cuando, después de medio siglo de tragedias, la idea de "El Dorado" parecía sepultada para siempre, nuevos hombres, víctimas de la cruel epidemia, aparecen en las costas venezolanas como otros tantos espectros de la codicia, en solicitud de oro y de aventuras. Los primeros misioneros en las costas orientales de Venezuela desaparecen, víctimas de los conquistadores, durante los primeros veinte años de la carnicería, y los que, muchos años más tarde, como nuncios de paz, asoman en las regiones del Orinoco, son víctimas del odio caribe. Pero al concluir este siglo de aventuras fabulosas y de crímenes inauditos, aparece en aguas de Paria, en los últimos años del reinado de Isabel de Inglaterra, el tipo esbelto de los soñadores de "El Dorado." Historiador, poeta, favorito de poderosa reina, filibustero de grande aliento, Raleigh, sella á orillas del gran río que guardaba las riquezas de "El Dorado," la época de los soñadores castellanos y alemanes, a la cual debía suceder la azarosa de los piratas, aquellos que iban á saquear los pueblos y la riqueza aglomerada por España en los centros más notables de su comercio, a orillas de los dos más grandes océanos de la tierra.

¿Qué nombre llevará este siglo, a proporción que las conquistas modernas acaben de civilizar los pueblos aun salvajes del África, del Asia y de la Oceanía? Allende el Atlántico, será el siglo de las

luces y del arte, de Carlos V y Francisco I. Será para los ingleses el siglo de Shakespeare y de Isabel, y para los italianos el de Julio II y León X, de Miguel-Ángel y de Rafael. Para nosotros, americanos, será el siglo del descubrimiento de América y de Colón; el siglo de los hipántropos de Castilla y de la conquista de "El Dorado."

En cierto día del mes de marzo de 1595, en la época en que Antonio de Berrío, uno de los visionarios de "El Dorado," gobernaba la Guayana española y se hallaba establecido en la isla de Trinidad, aparece en las costas de ésta una flota inglesa que ancla en aguas de San José de Oruña, lugar donde residía el Gobernador. Impotente la guarnición para defenderse contra los invasores, se rinde al primer embate, cae prisionera con Berrío á la cabeza, siguiendo á este hecho el incendio de San José, después de haberse puesto en libertad á muchos caciques que vivían, hacía largo tiempo, cargados de cadenas. Tanto éstos, como los que horas antes, en diversos lugares de la costa, habían ido á bordo, como aliados de los invasores contra los castellanos, formaban cortejo á los filibusteros. A poco, la escuadrilla siguió rumbo hacia el caudaloso Orinoco. Ya para este día se habían unido á la flota dos embarcaciones más.

¿Quiénes eran estos invasores que entraban á sangre y fuego y se imponían por la fuerza á los débiles pobladores de aquella comarca? Al frente de ellos figuraba un hombre esbelto que frisaba en los cuarenta años. Era el tipo de esos héroes de novela que cautivan la imaginación por el talento,

el valor, la astucia y el atrevimiento. Seductores, ilustrados y en posesión de un carácter que parece levantarlos y aun sublimarlos en la realización de grandes designios, mueren casi siempre, después de alcanzar gloria efímera, en el abandono ó en el cadalso. Era uno de los más esforzados héroes de la aventura, el más constante y agraciado de los soñadores de "El Dorado:" SIR GUALTERIO RALEIGH, que venía á coronar con su presencia en las aguas del Orinoco, las locuras de un siglo. Castilla y Alemania, con sus reyes católicos, y Carlos V habían comenzado la conquista de "El Dorado" en Venezuela; RALEIGH con sus aventureros, remataba la obra.

No soñaron Ordaz, Ortal ni Cedeño; Zerpa, Vides, Vera ni Berrío, estos principales zapadores de la región oriental de Venezuela; ni Alfinger, Federmann, Spira, Hutten, estos otros zapadores de la región occidental; no soñaron que, al rematar el siglo en que ellos rivalizaron con tanto heroísmo en titánica lucha contra los hombres y contra la naturaleza, un nuevo Apolo, el valido afortunado de una reina poderosa, un escritor de aliento, poeta é historiador, marino y hombre de Estado, vendría, aventurero como ellos, y como ellos codicioso, á realzar con su presencia el delta donde iba á resumir un siglo de aventuras, de prodigios, de locuras y de quimeras, para morir más tarde, valeroso como había vivido, y arrepentido ante el infortunio, cuando, sereno y digno, pone sobre el leño fatal la hermosa cabeza, que fué cortada por el verdugo de la Torre de Londres.

¿Quién era este RALEIGH, este hermoso visionario que aparece en són de guerra, en el delta del viejo Orinoco, que impasible admira al loco au-

daz y temerario que quiere forzar el paso destinado á los heraldos que aguardaba el tiempo y tenía en mientes la Providencia? Nunca, en la historia de las Naciones, se había encendido un odio más sostenido que el que se juraron España é Inglaterra, cuando ésta quiso despojar á la primera de su conquista de América y sus posesiones de Europa, durante los últimos años del siglo décimo sexto. Si astucia desplegó Felipe II, con astucia contestó siempre Isabel de Inglaterra. Tan sangrienta lucha debía terminar con la muerte de ambos Soberanos: Felipe muere en 1598 y á poco desaparece Isabel, en 1603.

Los últimos cuarenta años del reinado de esta Soberana constituyen la época terrible de los titanes del Océano: Hawins, Drake, Lancáster, RALEIGH y mil más, los precursores de Nelson, son los temidos piratas que conmueven las islas y costas de ambos mundos. Pero en esta lucha, que pudiéramos llamar oceánica, sólo dos atletas alcanzan triste celebridad: Drake, el filibustero inexorable que aniquila los centros de la riqueza española aglomerada en América, y aquel SIR GUALTERIO RALEIGH, valido de Isabel de Inglaterra. Como Jefe, Drake no tuvo á Venezuela por teatro de sus aventuras, aunque como subalterno del Capitán Hawins, comerció con las costas de Margarita y Curazao en 1568. (1) En cuanto á RALEIGH, éste visitó el

---

1 El Capitán Hawins que había comenzado el comercio de africanos desde 1563, dejó algunos en Burburata en 1565. En 1568 visitó á Margarita y Curazao y traficó con los habitantes de estas islas. En este viaje le acompañó el jóven Francisco Drake que mandaba la *Judith*. Por lo demás, Drake no figuró durante su terrible carrera en las costas venezolanas. Los primeros marinos ingleses en las costas de La Guaira, cuando no existía por puerto sino Caraballeda, fueron los her-

delta del Orinoco en 1595, llegando, en su segunda expedición, en 1618, hasta Angostura.

GUALTERIO, hijo de distinguida y antigua familia, había nacido para héroe de aventuras. La belleza varonil de su persona, su talento, su gracia en el decir, sus modales insinuantes y cultos, y ese dón que da la naturaleza á ciertos seres, fuerza misteriosa que parece sostenerlos en los trances más difíciles de la vida, todo le daba á GUALTERIO ascendiente no sólo en las conquistas de amor, en las galanterías sociales, sino igualmente en las intrigas políticas. Militar, marino, poeta, escritor galano, viajero, diplómata y legislador, de todo tenía y en todo sobresalía. Su vida fué una serie de triunfos y de reveses, de subidas y caídas, desde su época de estudiante en la Universidad de Oxford, sus primeros triunfos en la marina y sus amores con la reina Isabel, hasta el último de su vida, en que toma con sus manos el hacha fatal y discurre en presencia del mortífero instrumento acerca de las vanidades y miserias de este mundo.

A los diez y seis años deja los estudios y comienza su azarosa carrera, tan variada en incidentes de todo género. Durante cinco años sobresale bajo las órdenes del almirante Coligny, y más tarde bajo las del príncipe de Orange contra los españoles. Comienza sus viajes al Nuevo Mundo desde 1579.

manos Leigh, en 1585 ó 1586; viaje que proporcionó argumento al célebre novelista Kingsley para su novela intitulada: *Westeard-ho.*

Al regresar del primero, acompaña á las fuerzas inglesas contra la rebelión de Irlanda, y contrariedades del momento le obligan á quejarse oficialmente de cargos injustos que le hacía una de las autoridades de la isla. Por intervención de una parienta suya, amiga de la reina, GUALTERIO obtiene la gracia de defenderse delante del Consejo y en presencia de la Soberana. Aquella osadía de querer defenderse personalmente, arranque fue de su genio y prueba de la conciencia de su fuerza. El día en que tal suceso tiene efecto, GUALTERIO, al presentarse en reunión tan selecta, llama la atención por su garbo y compostura, por su belleza varonil llena de gracia, expresiva y atrayente. Habla, se defiende, relata los hechos con verdad y elocuencia, y todas las miradas se fijan sobre el gallardo oficial. Enamórase la Soberana de GUALTERIO y le nombra uno de los Capitanes de su guardia. El afortunado mancebo había, por una de tantas casualidades, tropezado con la escala que debía servirle para llegar á las altas cimas de la gloria. Desde aquel momento, GUALTERIO quiere probar fortuna, y se aventura á rivalizar con los más renombrados favoritos de la Soberana. Si en el corazón de la reina ardía la llama del amor, en el corazón del poeta la esperanza había nacido con alas.

En cierta mañana de primavera en que Isabel, como lo hacía de costumbre, paseaba por las avenidas del parque real, en compañía de las damas y caballeros de la corte, tropieza con un pedazo de terreno algo encharcado á causa de la lluvia que había caído durante la última noche. La reina se detiene, como temerosa ante aquel obstáculo inesperado, cuando GUALTERIO, en vista de la vacilación de su Soberana, se desabrocha la rica capa, espléndidamente bordada, al estilo de la época, la

cual estrenaba en aquel día, y la extiende sobre el charco para que la soberana de su corazón pasara sin humedecer su delicado calzado. GUALTERIO acababa de declararse en presencia del lucido séquito de Isabel, que supo corresponder con sonrisas y con hechos la galantería del esbelto Capitán.

Y no quedó en esto la declaración de GUALTERIO, que cuando semanas más tarde el amor elocuente le impelía á declararse con más éxito á la Soberana de Inglaterra, supo hacerlo de una manera tan delicada como expresiva.

Hallábase RALEIGH, en cierto día, cerca de una de las ventanas del palacio, cuando percibió que la reina lo observaba. No fue necesario más para que el poeta, ayudado de una punta de diamante, escribiese sobre el cristal de la ventana el siguiente verso:

"Fain would I climb, but that I fear to fall"
"Bien quisiera subir, mas me da miedo"

La reina, llena de curiosidad, quiso leer lo que había escrito el hermoso poeta cortesano, y con otro diamante contestó en el mismo cristal:

"If the heart fail thee, do not climb at all"
"Pues si te falta el ánimo, no subas"

El amor de GUALTERIO había encontrado eco en el corazón de Isabel: ambos se amaban. Pocos escaladores, dice un historiador inglés, fueron tan valientes y afortunados, en su ascenso á la gloria y á la fortuna, como RALEIGH; pues, aunque sus gracias y atractivos podían cautivar la imaginación de la Soberana, no habría alcanzado la intimidad de ésta, si ella no hubiera reconocido los grandes méritos intelectuales del cortesano. (1)

1 *Agnes Strickland.*—Lives of the queens of England—London, 8 vols. in 8º—1851.

Desde aquel instante, RALEIGH entra á figurar no sólo como rival de Essex, de quien triunfa, sino igualmente como militar, político, diplómata y marino: fue una de las eminencias de su época. Isabel le comisiona cerca de algunos personajes ingleses. Más tarde GUALTERIO comienza la colonización de la Virginia y regala al Viejo Mundo dos plantas americanas: la papa y el tabaco. Cuando llega el momento en que fuerzas inglesas deben restaurar en 1589 á Don Antonio en el trono de Portugal, en este triunfo figura RALEIGH, ya aplaudido de las naciones europeas por la excelencia de sus méritos aquilatados, que le proporcionan un puésto en el Parlamento.

Mas llega un día en que RALEIGH, tan favorecido por la fortuna, debía sufrir gran revés. Abusando, en 1591, de la fuerza de sus atractivos y olvidándose de la gratitud que debía á la Soberana que tantos honores le había dispensado, el valido enamora á una de las damas de honor de Isabel y le corta su porvenir; y aunque con ella se casa, la reina lanza á ambos de palacio y encarcela á GUALTERIO, durante dos meses. El valido había perdido la estima de su protectora; pero tal situación no podía ser sino transitoria: el favorito había echado tantas raíces, que difícilmente podían derribarle los más temidos huracanes. No se desalienta GUALTERIO y dejándose llevar de la imagen halagadora de "El Dorado," piensa en la explotación de éste, da riendas á su numen poético, se trasporta con el pensamiento á la ciudad de Manoa que guardaban los mil tributarios del majestuoso Orinoco, y crée contemplar sus ricos edificios y las innumerables maravillas de oro, obra de artífices indianos. Tales ideas encuentran partidarios, la prensa las patrocina, el mito toma grandes proporciones;

en fin, en 1595, aparece el Jefe de los nuevos argonautas: es GUALTERIO RALEIGH, que cruza el Atlántico y se dirige á las costas venezolanas en solicitud de "El Dorado," y de cuyo arribo á las aguas de la isla de Trinidad vamos á hablar.

RALEIGH dejó las costas de Inglaterra el 6 de febrero de 1595. Componíase su pequeña flota de cuatro embarcaciones, que en el caso de separarse por causa de cualquier accidente, debían reunirse en las costas de la isla de Trinidad. El 17 llegan los expedicionarios al grupo de las Canarias, donde GUALTERIO aguarda durante ocho días al Capitán Amyas Preston, que asociado al Capitan Sommers estaba al frente de un convoy compuesto de seis embarcaciones encaminadas hacia las Antillas y las costas venezolanas. (1)

1 Cuando Raleigh llega á las costas venezolanas en marzo de 1595, Preston y Sommers no habían salido todavía de las costas inglesas. Estos llegaron á Dominica el 8 de mayo y durante el mes atacaron á Cumaná y después á Caracas y Coro, en lo restante de mayo y días de junio. El 2 de julio llegan á Jamaica. El 13 tropiezan con Sir Gualterio Raleigh que regresaba de su viaje á Guayana. Le acompañan, durante veinte días, y siguen á Inglaterra, á donde llegan el 10 de setiembre. De manera que, cuando el amigo y compañero de Raleigh, Capitán Amyas Preston, saqueaba á Caracas en los primeros días de junio, y en seguida las costas de Coro, todavía Gualterio no había dejado la región del Orinoco. Si nos detenemos sobre estas fechas es para afianzar más y más, lo que ya en otra leyenda hemos probado: que el famoso filibustero Francisco Drake no fué el que saqueó á Caracas en 1595, sino otro filibustero, el Capitán Amyas Preston, en los días en que Gualterio Raleigh buscaba "El Dorado" en el Orinoco.

Dejamos á GUALTERIO en dirección del delta orinoquense, llevando á bordo al Gobernador Berrío y á un grupo de caciques de Trinidad y del Orinoco, enemigos éstos de España y aliados, por el momento, de los filibusteros ingleses. GUALTERIO se encontraba entre dos fuerzas. Por una parte, Berrío que iba á relatarle la historia de "El Dorado" y lo que habían hecho sus predecesores durante un siglo; y ya se comprende que estaba en el interés del Gobernador exagerar los hechos, describir á lo vivo la ciudad de Manoa, ponderar las riquezas del Orinoco, y aun hablarle de minas de piedras preciosas; logrando así enloquecer al experto Jefe de los expedicionarios. Por la otra parte, GUALTERIO había comenzado á ser el confidente de los caciques indios, al ponderarle éstos las tropelías y crueldades que contra ellos ejercían los castellanos. Mas tras estos relatos de pasadas desgracias, ellos iban á exagerar la abundancia, en todas partes, del rico metal, y la existencia de la ciudad de Manoa, á la cual no podía llegarse á causa del invierno, que desbordaba los ríos é imposibilitaba el tráfico por en medio de las selvas.

Al verse GUALTERIO con todas las embarcaciones de su pequeña flota que mandaban capitanes expertos y entusiastas, llama al intérprete indígena que había traído de Londres, para que tradujera ante los caciques reunidos en la nave capitana, los siguientes conceptos: "Soy el servidor de una poderosa reina, allá en el Norte, que tiene más caciques bajo su mando que árboles esta isla. Enemiga de los tiranos españoles, ella ha redimido todos los pueblos limítrofes y libertado de semejante esclavitud las regiones más remotas del mundo." En seguida GUALTERIO toma el retra-

to de Isabel y se lo presenta á los caciques, quienes, en su ignorancia, lo admiran y besan, y aun quieren rendirle adoración. Desde aquel día, los caciques decían en su lengua: *Ezzabeta cassipuna, Aquererwuna*, lo que equivale en castellano á *Isabel caciquesa, soberana muy poderosa.* (1)

Desde este momento, Berrío comienza á entretener á GUALTERIO con la historia de "El Dorado." Refiérele los más insignificantes incidentes de las expediciones de Ordaz, Ortal y Cedeño; de Martínez, que había conocido la ciudad de Manoa; de Orsua, de Aguirre, de Hernández de Zerpa, de los hermanos de Silva, de Jiménez de Quesada y de otros más que habían buscado oro y diamantes en la dilatada hoya del Orinoco. El inglés escuchaba á su prisionero con atención creciente, cuando Berrío, acentuando más sus frases, le refiere lo que había escrito López acerca de la inmortal ciudad de Manoa, que se levantaba sobre

1 *Raleigh*—The discovery of the large, rich, and beautiful empire of Guiana: with a Relation of the great and golden *Cite of Manoa*, which the spaniars call "El Dorado," and the Provinces of Emeria, Arromania, Amapaia, and other countries, with their rivers adjoining, etc., etc., etc.—1 vol. en 8º de 176 págs.—Londres, 1596.

La traducción francesa de esta obra, figura en la edición francesa de los *Viajes de Francisco Coreal á las Indias Occidentales*—1666-1697.—Edición de Amsterdan, 1772—3 vols. en 12º—2º vol., pág. 153.

Los cronistas españoles Fray Pedro Simón, en sus *Noticias historiales de Costa-firme*, y Antonio Caulín en la *Historia de la Nueva Andalucía*, nada nos dicen acerca de esta primera expedición de Raleigh al Orinoco, la cual ignoraron por completo. Yanes, en su *Compendio de Historia Antigua de Venezuela*, indica solamente la fecha de la expedición (pág. 38); mientras que Baralt, en su *Historia Antigua de Venezuela*, dedica á la dicha expedición de 1595, cortas, pero expresivas líneas.

las ondas de un lago de agua salada. "Todos los utensilios del palacio de Manoa, vajillas, vasos, muebles, estatuas, todo era de oro ó de plata. Hermosas aves, cuadrúpedos, árboles y arbustos, de tamaño natural, todos eran de oro, á los que hacían compañía pescados del mismo metal, en los ríos, lagos y mares de aquella localidad sorprendente. Quiso el príncipe y dueño de tantas riquezas, que hubiera cofres, prendas y objetos del arte indígena; y los escultores, tomando oro de los grandes depósitos, llegaron á construir admirables maravillas que dejaban atónitos á cuantos las contemplaban." Tal fue la imagen mítica de la existencia de "El Dorado," de uno á otro extremo de la América española, durante el siglo décimo sexto.

Así que GUALTERIO quedó instruido y en posesión de cuanto habían hecho sus predecesores acerca de la explotación de "El Dorado;" y en la creencia que tenía de que la Guayana no era una región limitada, sino toda la América del Sud, circundada por los grandes océanos de la tierra y bañada por gigantescos ríos de los Andes, revela á su prisionero los designios que tenía de posesionarse de tanta riqueza para su poderosa y protectora reina. El prisionero se sonríe á tal revelación y le asegura que no podría hacerlo, y entre muchas causas que le da, es la principal el dominio español y luego la llegada del invierno, que sería una barrera que no podrían destruir las más poderosas flotas.

No desmaya GUALTERIO y continúa rumbo hacia el deseado delta, que se presenta á los ojos del poeta con sus cien bocas, sus innumerables islas y sus palmares, poblados de indios guaraúnos. Al llegar la primera noche, el viajero queda sorprendido al contemplar millares de luminarias que ta-

chonan las copas de los árboles, en tanto que los pobladores, sobre la onda movible del Orinoco, vivían en sus canoas, y dormían en sus hamacas aéreas, sostenidas de las ramas de los árboles. Estas luminarias centellantes no provenían de la luz fosfórica, vegetal ó animal; eran las chimeneas de la familia guaraúna, cuyos resplandores tranquilos rielaban sobre las ondas del río y se reflejaban sobre las flexibles hojas de los morichales. Hacía ya meses que la creciente de las aguas cubría las sementeras y les ocultaba la tierra firme donde se levantaba la cabaña; pero previsivos y amaestrados por la sabia naturaleza, habían ascendido á las horquetas de los árboles y cimas de las palmas que les servían de techumbre, mientras que sus numerosas canoas y piraguas, amarradas de los troncos, les servían de suelo sólido, sobre la onda que murmuraba bajo sus pies. Las luminarias que tanto cautivaban la mirada de RALEIGH, representaban una imagen verdadera de la vida nocturna y pacífica de un pueblo salvaje é inofensivo en la región acuática de la Zona Tórrida.

Diríase que el invierno había llegado al encuentro de los filibusteros, sedientos de oro y de riquezas. Los ríos hinchaban sus ondas que se espaciaban á sus anchas por fértiles orillas; caía á torrentes la lluvia, y el rayo eléctrico rompía la nube preñada de tempestad. A la descarga eléctrica seguían prolongados truenos, y selvas y valles, agitados por el viento, parecía que participaban de aquel desequilibrio armónico en las dilatadas regiones del Orinoco. GUALTERIO había penetrado en el gran río por el tributario Amana que cae al Macareo, uno de los principales caños del delta. Caciques de diversas comarcas se le agregan á medida que remonta el río, y numero-

sas tribus indígenas le ofrecen cabaña hospitalaria. Cada colina, cada roca, cada risco llama la atención de GUALTERIO, que sólo aspira á encontrar la *madre del oro*. En posesión de embarcaciones chatas que ha hecho construir y con la confianza de sus capitanes, envía á éstos en diferentes rumbos; promesas de riquezas ocultas, relatos maravillosos, existencia de minas inaccesibles, tales son los temas diarios que estimulan la codicia del filibustero. ¿Dónde está la inmortal ciudad de Manoa? Los caciques hablan de ella con entusiasmo y aun creen que está cercana, á proporción que GUALTERIO continúa; pero hay una causa poderosa que impide llegar á ella: es el invierno ya en posesión del Orinoco y de sus mil tributarios. No hay veredas, no hay caminos, que la onda los cubre en su incursión periódica en las selvas y llanos de la región tropical. GUALTERIO desespera, Berrío sonríe. Éste había sido víctima de la quimera de "El Dorado," hacía poco; y se gozaba ahora, al escuchar los delirios de su carcelero: esta es la eterna burla de los locos, de los visionarios y ambiciosos.

Adelante! Ya han subido como sesenta leguas y nada han conseguido, sino promesas y la presencia de un falso espejismo en cada altura cubierta de rocas. De repente GUALTERIO se detiene al divisar una montaña que le parece torre blanca de grande altura: de la cima se desprende impetuoso salto qué cae produciendo ruido extraordinario que se escucha á leguas de distancia. "No creo, escribe GUALTERIO en su *Narración,* que haya en el mundo nada comparable á esto." Eran los raudales del Caroní, en cuyas aguas había penetrado el visionario. Extasiado, mudo ante aquella ma-

ravilla americana, que antes que él habían contemplado todos los visionarios de Castilla que le habían precedido en solicitud de "El Dorado," comprende que no puede continuar por que ha sentido caídas las alas de la esperanza, al verse sin un grano de oro en las manos y distante de la realidad: la existencia de la deseada Manoa. Y retrocede, en tanto que el invierno continúa, y rebosan los ríos, y el trueno, bocina de la tempestad eléctrica, repercute en la soledad de las selvas, asilo de las aves y de los cuadrúpedos, meses antes dueños feudales del Orinoco, más tarde prisioneros sumisos del invierno tropical.

Después de haberse reunido los diversos capitanes que en sitios determinados aguardaban á GUALTERIO, éste se dirige hacia el delta. Había entrado por el caño Manamo al Sud del río Guanipa, y numerosos contratiempos le obligaron á salir por el río Capuri, más al Este. El invierno que le había acompañado en la remontada, debía despedirle en la salida. En la desembocadura del Capuri, una tempestad, durante la última noche, le hace temer por su vida y la de sus compañeros: allí asiste á la lucha constante entre la onda y la ola; la una que avanza, impetuosa, terrible, con fuerzas que se centuplican; la obra fija, que resiste, se retuerce, pierde su poderío y cede. Después de prolongadas horas de peligro, la tempestad calma, apaga sus fuegos la batería eléctrica, asoma la aurora y tras ésta el sol radiante. Era el momento en que los nuevos argonautas de "El Dorado" venezolano, burlados y abatidos, enderezaban sus proras á las costas trinitarias.

¿Qué había proporcionado á la ciencia esta incursión rápida en las aguas del Orinoco? El conocimiento de algunos nombres de lugares, de ríos, de

montañas; el de muchas tribus indígenas pobladoras de una limitada región del Orinoco; y todo ello sin nociones de geografía ni de etnografía. La idea científica no brilla en la narración del viaje de RALEIGH, y sí noticias acerca de los buscadores de "El Dorado," durante el siglo décimo sexto, desde Ordaz hasta Berrío. Es una de tantas producciones fantásticas del espíritu humano, durante una época en que la codicia hubo de exaltar la imaginación de los hombres, y de entregarlos á manos de la aventura para conseguir prosélitos. Tal es la narración de RALEIGH, que si por el lado fantástico puede juzgarse como una bella producción de este espíritu ilustrado, por el lado científico y práctico carece de toda verdad. En la historia de la Guayana venezolana, SIR GUALTERIO RALEIGH no aparece como un filibustero á la altura de su nombre y de sus méritos, sino como un codicioso vulgar. Un escritor inglés, Hume, dijo de esta narración de RALEIGH que "ella contenía las más grandes imposturas con que se hubiera recreado la credulidad del género humano."

Por otra parte, si desgraciado anduvo GUALTERIO al dejarse fascinar por el mito halagador de "El Dorado," su temerario intento no alcanzó sino el más triste desengaño. Más tarde le veremos vencido, arruinado, en anarquía los suyos, y á él fugitivo y avergonzado.

Al tornar á Londres, GUALTERIO se hace reconocer como uno de tantos narradores de "El Dorado," y aunque la minoría ilustrada no encontró

en su *Narración*, sino sueños de poeta ó aspiraciones á futuras glorias, la mayoría, siempre inconsciente, sobre todo cuando se habla de tesoros ocultos y de riquezas explotables, hubo de pensar en la existencia de Manoa y en el mito de RALEIGH; y en prueba de ésto, bajo la protección de GUALTERIO, uno de sus inteligentes tenientes, el Capitán Keymis, emprende, en enero de 1596, viaje á Guayana, con el objeto de explotar la credulidad pública y probar fortuna. La narración de Keymis es casi un extracto de la de RALEIGH, una nueva disertación acerca de los conquistadores de "El Dorado," acompañada de una nota más extensa de lugares geográficos y de nombres de pueblos indígenas. (1)

Ya para esta fecha GUALTERIO había casi recuperado el amor y protección de Isabel, y entraba de nuevo en competencia con sus poderosos rivales, á quienes disputó el corazón de la Soberana. Nuevos méritos le levantaban ante la opinión pública, pues había cooperado bajo las órdenes del Conde de Essex, su rival, á la toma de Cádiz en 1596. En 1597 acompaña al mismo de Essex en su expedición contra las Azores, querella con éste y se retira. Dos años más tarde, de Essex cae en desgracia por el éxito fatal que tuvo la expedición contra los rebeldes de Irlanda, desgracia debida á la impericia del Jefe. Arrojado es de la corte, suspensas las dignidades de que gozaba; lo que contribuye á precipitar al favorito en el camino de la rebelión contra su protectora. Acusado, convicto y confeso es decapitado en 1601. Entre tanto, GUALTERIO afortunado, había desempeñado nuevos empleo, tornaba al cariño de

1 Esta narración, tanto en inglés como en francés, figura al fin de la de Raleigh en las obras enunciadas.

su Soberana y estaba al frente de la Gobernación de Jersey.

Pero GUALTERIO debía caer también en desgracia. Se le acusaba en público de la muerte de su rival, y tan luego como murió Isabel en 1603, ya sin crédito, fue reducido á prisión en la Torre de Londres, por haber querido atentar, según declaraciones, contra la persona de Jacobo I. Durante trece años GUALTERIO dedica su tiempo, en la célebre Torre, á escribir y á estudiar, á enriquecer la literatura inglesa con las variadas producciones de su ingenio. Condenado á muerte, logra por la influencia de uno de los íntimos del Monarca, en 1615, ser puesto en libertad, mas no perdonado. Pero he aquí, que á poco RALEIGH, favorecido por el Monarca, al frente de nueva flota, vuelve á llamar la atención pública. GUALTERIO emprendía su segundo viaje en solicitud de "El Dorado."

Le acompañaba uno de sus hijos, un intérprete indio que le asistió en la Torre de Londres, y su predilecto teniente el Capitán Keymis. Después de algunos contratiempos la flota llega á fines del año á las costas trinitarias, ya resuelto en consejo de guerra lo que debía hacerse. Keymis y el joven Raleigh iban á comenzar la explotación de "El Dorado," mientras que GUALTERIO, algo enfermo, aguardaría el resultado de los primeros sucesos en las costas marítimas del Orinoco. Lo que va á suceder pertenece á los inexcrutables secretos del destino. Keymis y el joven Raleigh atacan á los castellanos en la ciudad de Santo Tomás, donde los pocos hombres que la custodian se subliman en defensa de la patria española. En la reyerta muere el hijo de GUALTERIO, y Keymis, aunque rechazado por los defensores de la ciudad, logra rehacerse, para en seguida abandonar la plaza, después de incen-

diaria y de hacer [illegible] inclinados á los habi-
tantes de la comarca. Entre las víctimas figura el Gobernador Palomeque, que muere con gloria y con honra. En su retirada á los montes, Keyuss y los suyos tratan de apoderarse de una mina, tema de todas sus ambiciones; pero los españoles los persiguen y los sitian con constancia admirable. Esto pasaba en los primeros días de enero de [illegible]. 1

Avergonzado Keyuss del triste papel que desempeñaba después de haber perdido algunos de sus soldados, llega á presencia de su Jefe, á quien comunica la muerte del joven [illegible] y los desmanes de los expedicionarios. [illegible] enfadado le hace cargos y le excita á que permanezca en [illegible] de la mina, aunque para [illegible] con honores, pues era necesario [illegible]; y [illegible] á su [illegible] en los [illegible] del rey de España. Keyuss hombre sencillo á semejante reproche se retira lleno de profunda aflicción. Permanece encerrado en su bohío durante pocos días. Algunos de sus amigos tratan de investigar la causa de aquel encierro, cuando en cierta mañana se oye una detonación en el cuarto del Comandante: Keyuss acababa de suicidarse. 2 Acontecimiento tan inesperado trajo la alarma, la rebelión y á duras penas [illegible] pudo salir de las cuevas del Oriente, acompañado de la mitad de su tribu.

Había terminado su carrera de filibustero en

1 [illegible]

2 [illegible] —[illegible] Lisboa—2 vols.—[illegible]

América. La defensa heroica de Angostura le probó lo injusto de su designio, pues en lugar de oro sólo encontró la honra española en defensa de su suelo.

GUALTERIO, abatido y preocupado llegó á Plymouth en julio de 1618. Ya puede suponerse cuál sería la actividad de sus émulos y la influencia del Ministro español, Conde de Godamar, para sepultarle de nuevo en la Torre de Londres, y exigir el castigo que merecía por haber incendiado á Santo Tomás de la Guayana y sacrificado al Gobernador Palomeque, contra las órdenes expresas del Monarca. La estrella de GUALTERIO se había eclipsado para siempre. Mandada á ejecutar por la justicia la sentencia de muerte pronunciada contra el preso en 1603, RALEIGH es conducido al cadalso. El más hermoso y afortunado de los argonautas modernos, iba á morir con la misma altivez, gracia y valor con que había vivido.

Presenciemos los últimos instantes de GUALTERIO.

Pocos hombres han subido al cadalso con más serenidad que GUALTERIO RALEIGH. Después de arengar á la muchedumbre y de sostener la inocencia que le asistía contra las imputaciones de sus enemigos, concluye por perdonar á éstos. Al oír la orden de despejar el patíbulo, se descubre y entrega su sombrero y unas monedas á los amigos que le acompañaban, y en seguida la casaca. Dirigiéndose entonces al verdugo, le dice:

—Déjame ver el instrumento con el cual vas á cortarme la cabeza. Y creyendo que el verdugo vacilaba, agrega—Permíteme verlo; ¿acaso piensas que me causa miedo?

Al tenerlo entre sus manos, pasa el dedo índi-

ce de la mano derecha por el filo del hacha, y al devolverla exclama:

—He aquí una medicina aguda, pero que vence de todas las enfermedades.

—¿De qué lado queréis recostar la cabeza? pregunta con entereza el verdugo al reo.

—Si el corazón está bien puesto, poco importa el lado en que esté colocada.

Concluyendo este rápido diálogo, GUALTERIO pide á los concurrentes que oren por él, posa la cabeza sobre el tajo en la dirección del Oriente, y á poco da la señal fatal de que estaba listo, levantando una de las manos. Al segundo golpe del hacha rueda por el patíbulo la cabeza de GUALTERIO, la cual fue presentada á los espectadores, y depositada en seguida en un saco de cuero, envuelto con un manto de terciopelo y llevada en coche de familia á la desolada viuda, que la conservó durante muchos años, hasta que fue sepultada con ella y los despojos mortales de su hijo en la tumba de la familia Raleigh. El cuerpo de éste había sido enterrado en el templo de Santa Margarita de Westminster.

Así desapareció este varón célebre, víctima de sus sueños fantásticos de gloria y de aventuras. (1)

La noche antes de morir, GUALTERIO entregó á uno de sus amigos unos versos, que el arzobispo de Sanscroft calificó de verdadero epitafio. La traducción es la siguiente:

"El tiempo es tal, que recibe en depósito nuestra juventud, nuestras alegrías, cuanto tenemos, y nos paga con la vejez, con polvo; y en la oscura y silenciosa tumba, rendida ya nuestra jornada, cierra

1 *Thomson.* Memoirs of the life of Sir Walter Raleigh, of the period in which he lived. Filadelfia—1 vol. en 8º—1831.

por siempre la historia de nuestra terrena vida. Mas espero en el Señor, que ha de levantarme de esta tierra, de esta tumba, de este polvo."

¡Cómo se suceden las épocas en la historia progresiva de los pueblos y se corresponden las diversas etapas de cada civilización! Cuando GUALTERIO RALEIGH, esta gran figura del reinado de Isabel de Inglaterra, sella la época de los argonautas del siglo décimo sexto, y solicita el vellocino de oro en las dilatadas regiones que baña el Orinoco, en los mismos días en que otro filibustero inglés, Amyas Preston, saqueaba la pequeña ciudad de Santiago de Caracas, un vasco llamado Simón de Bolívar, acababa de llegar de España, como comisionado de la colonia ante la Corte de Felipe II, de quien obtuvo numerosas franquicias en beneficio de la Provincia venezolana. Bolívar, el progenitor de esta célébre familia, figuraba en la ciudad saqueada por el filibustero inglés Amyas Preston, mientras que el amigo y compañero de éste, el gallardo GUALTERIO, quemaba á San José de Oruna en la isla de la Trinidad, y se apoderaba de la persona del Gobernador Berrío, para en seguida emprender su expedición en busca de "El Dorado." (1)

1 En cierta ocasión el inglés atacó nuestras costas y devastó nuestras ciudades: fue en la época del filibusterismo. Más tarde el inglés, lleno de noble orgullo, militó bajo las órdenes de Bolívar y contribuyó á la creación de la República de Colombia: ahí están Vargas, Boyacá y Carabobo, donde la legión británica alcanzó glorias y honores. Hoy, no el inglés, sino el gobierno inglés, quiere imponerse á Venezuela en la cuestión límites: es decir, con la fuerza quiere triunfar de la justicia.

A los doscientos veinte y cuatro años, en las mismas regiones que fertiliza el Orinoco, donde se habían verificado dos expediciones de filibusteros ingleses, bajo las órdenes de GUALTERIO RALEIGH, en 1595 la una, en 1617 la otra, el último descendiente de aquel Simón Bolívar de la colonia, visionario como GUALTERIO, no en solicitud de un mito, sino en la conquista de la libertad en el dilatado continente americano, se preparaba para llevar á remate una de esas empresas que sólo los hombres de grande aliento llevan á término. Es un hecho que durante el siglo décimo sexto, Federmann, uno de los zapadores de "El Dorado," en el Occidente de Venezuela, al verse perdido y acosado por la naturaleza y por los hombres, acompañado de jinetes desnudos, víctimas del desaliento, trasmontó los Andes de Cundinamarca por las regiones de Casanare y apareció de súbito en la altiplanicie de Bogotá, en los momentos en que Jiménez de Quesada, por el Norte, y Benalcázar, por el Sud, soñadores igualmente del fantástico mito, descubrían los tesoros de Sogamoso y se apoderaban de las ciudades y ricos templos de la nación chibcha.

Así, tres siglos más tarde, en pleno invierno, con jinetes al parecer desanimados, pero fortalecidos por fuerza misteriosa, el visionario de la libertad, Bolívar, trasmonta los Andes por la misma región, para entrar victorioso en la célebre altiplanicie conquistada por Federmann, Benalcázar y Jiménez de Quesada, después de haber vencido en los collados, en los riscos y en las cumbres al ejército de Barreiro, acompañado de legionarios ingleses afiliados en los ejércitos colombianos.

Pero, ¡cuántos contrastes entre estas dos épocas de la historia del Orinoco! En 1595 y 1617, los fili-

busteros ingleses son incendiarios y destructores de la riqueza guayanesa: en 1817, 1818 y 1819, la legión británica, después de haber contribuido con sus esfuerzos á la obra de Bolívar, le acompaña en la difícil ascensión á los Andes para brillar en Bonza, en Vargas, en Boyacá. El siglo de la época de los filibusteros que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, se corresponde con el siglo de la emancipación de los pueblos de la América española, que siguió al de la república fundada en la América por Washington.

La primera etapa, donde aparece el primer Simón de Bolívar, en Caracas, en 1595, se corresponde con la etapa á orillas del Orinoco, donde descuella el último descendiente de esta familia, que lleva el mismo nombre. Cerca de los lugares donde se detuvo Raleigh, en la desembocadura del Caroní, está San Félix, lugar de la batalla ganada por Piar en 1817, la cual abrió á Bolívar las regiones del Orinoco. Frente á la vieja Angostura de Berrío, incendiada por los soldados de Gualterio, en 1618, hoy sitio en ruinas, está la nueva Angostura, hoy Ciudad Bolívar, porque en ella abrió éste el Congreso de Angostura en 1819, que trajo la fundación de la República de Colombia.

Así se corresponden en el espacio y en el tiempo, las grandes etapas de la historia del progreso humano!

UN PRESIDIARIO DE CADIZ

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE)

En el puerto de Yaguaraparo, en la costa de Güiria, existió hasta ahora pocos años, un célebre árbol llamado por los pobladores de esta región, el *Totumo de Zerbery.* (1) Atados al tronco, sacrificaba á latigazos, el famoso asesino que conoce la historia patria con el nombre de Comandante Zerbery, á los patriotas fugitivos que caían en sus redes, durante el tiempo en que aquél fue el azote de las comarcas orientales de Venezuela, de 1812 á 1813. En el puerto de La Guaira, primero, y después en muchos de los pueblos de la antigua Provincia de Cumaná, los asesinatos cometidos por tal monstruo le dieron tan triste nombre, que bien merece le dediquemos una de las siluetas de la guerra á muerte que figuran en este volumen. Consultaremos en primer término lo que sobre el presidiario nos dicen los historiadores españoles, para confirmar las aseveraciones de éstos con los relatos de

1 Este patronímico lo escriben de varios modos: unos dicen Zerberis ó Cervériz, otros Cerveris ó Zerbery. Aceptamos el último.

historiadores patriotas y extranjeros, con los boletines de la guerra á muerte y con las notas que se conservan acerca de este oficial del *conquistador* Monteverde, durante su gobernación, de 1812 á 1813.

Nos dice el historiador español Urquinaona, que Francisco Javier Zerbery, oficial de Monteverde, fue nombrado en 1811, Teniente de una compañía de presidiarios de Cádiz, enviada á Venezuela, y la cual se distinguió siempre en el saqueo de los pueblos venezolanos. (1) Y en estado tan lastimoso llegó á Puerto Rico el miserable presidiario, que aun carecía de una muda de ropa limpia que reemplazara la mugrienta que vestía. Pasa á Venezuela, se une al ejército de Monteverde, y tantos méritos conquistó durante la rápida campaña del *conquistador*, que éste, después de instalarse en Caracas, le nombró Comandante del puerto de La Guaira.

Perdido Miranda, y con éste la revolución de 1810, Monteverde, después de firmado el tratado de San Mateo, recibe los honores del vencedor, sin haber tenido en su paseo desde Coro hasta Caracas, ningún hecho de armas, nada que le presentara ni como mediocre oficial. Los errores del gobierno patriota, el espanto que infundió el terremoto del 26 de marzo de 1812, el fanatismo que se apoderó de los clérigos enemigos de aquella situación política, la contra-revolución atizada por el partido peninsular que supo aprovecharse de tantos incidentes en pro de la causa española, trajeron á Monteverde, sin que éste hubiera

1 *Urquinaona*—Relación documentada del origen y progreso del trastorno de Venezuela, etc., etc.—1 vol. en 8º—Madrid, 1820.

pensado nunca entrar á Caracas como Jefe de un bando político, y mucho menos como Gobernador de la Provincia venezolana, para no representar en ella sino el triste papel de maniquí político y de instrumento necesario de venganzas y tropelías.

Los patriotas, que jamás dieron crédito á la palabra de Monteverde ni al tratado de San Mateo, llenos de temores huían de Caracas con el objeto de embarcarse, cuando fueron víctimas del pérfido canario, hombre desprovisto por completo de toda verdad, de toda honra militar, de todo sentimiento recto y generoso. Preso Miranda, primera víctima de tanta infamia, en anarquía los patriotas, dáse comienzo á la serie de persecuciones que demandaban el odio y la venganza; y Zerbery surge, precisamente, en el lugar donde podía dar rienda suelta á sus instintos feroces y á la educación que había recibido en los presidios de Cádiz, en la Comandancia militar de La Guaira.

Ningún instrumento más á propósito podía elegir Monteverde para atropellar á los hombres de todas las condiciones sociales, que este oficial feroz, desalmado, uno de los más célebres corifeos de la guerra á muerte. En efecto, Zerbery se presenta en el puerto de La Guaira, con todas las campanillas de un gran Comandante, pues quería desplegar en la ejecución, lo que por teoría y práctica conocía desde España: hacer con sus semejantes lo que éstos habían hecho con él; humillarlos, vejarlos, maltratarlos, escarnecerlos, y después robarlos y sacrificarlos. Sabía que Monteverde había mandado cerrar el puerto, y que La Guaira estaba repleta de patriotas acomodados que querían emigrar. Había llegado para el presidiario el tiempo de hacer fortuna, sin esfuerzos de ningún género. Al instante comienzan las tropelías y las

Como corolario elocuente á lo que nos relata Miranda, añadamos lo que escribió un viajero francés que fué testigo de las tropelías de Zerbery, ejecutadas en La Guaira, en aquellos mismos días:

"Tratados como viles criminales—escribe—todos los presos cargaban pesados grillos y vivían en la idea de que no tenían otra perspectiva sino la del cadalso. Nada puede superar á los excesos de crueldad cometidos por Zerbery, como Comandante militar de La Guaira. El hecho que vamos á narrar dará idea del carácter feroz de este hombre, que con frecuencia se proporcionaba el triste placer de visitar á sus víctimas, para añadir la mofa al desprecio. Cuando eran abiertas las puertas de las bóvedas, exhalaciones infectas se escapaban de éstas, y se repartían en los vecindarios; eran los momentos en que Zerbery, presentándose delante de las víctimas, se gozaba ante los sufrimientos de los desgraciados prisioneros. El infortunado Coronel Benis, oficial piamontés, fue atacado de fiebre pútrida, á los pocos días de estar encerrado. Después de haberle rehusado todo alivio, al llegar sus momentos postreros, sus amigos suplican al Jefe de La Guaira, les conceda el permiso de llevárle un sacerdote para que le administrase los socorros que la religión concede á los seres más despreciables; pero el feroz Comandante contestó, que los Sacramentos eran inútiles á los hombres que habían abrazado el partido de la Independencia. En medio de tristísimo abandono muere; y cuando los compañeros de prisión suplican que les sacara el cadáver, Zerbery se niega á ello, y da órdenes apremiantes para que lo dejaran por algunas horas más." (1)

1 *Poudenx et Mayer* — Memoire pour servir à la histoire de la Revolution de la Capitainerie génerale de Caracas etc., etc.—1 vol. en 8?—París, 1815.

Tras esta muerte desaparecieron, sin auxilio de ningún género, los venezolanos Moreno, Gallegos, Perdomo y otros más. Y como en los lances angustiosos de la vida, descuella siempre algún carácter que aun exponiendo la suya sobresale por el valor moral, el Coronel Chatillón, francés que había militado bajo las órdenes de Miranda, tuvo la sangre fría necesaria, en cierta mañana en que Zerbery insultaba á los prisioneros, de echarle en cara la derrota vergonzosa que le había dado, poco há, en el campo de Pananemo; frase á la cual no contestó ni una palabra el implacable carcelero, no desprovisto de valor militar.

Con los equipajes de los patriotas que el carcelero juzgó era un botín de guerra, cambió de vestido y comenzó su fortuna. Por esto dijo Bolívar, en su Manifiesto de 20 de setiembre de 1813, los siguientes conceptos que cuadran muy bien al Presidiario de Cádiz:

"El atroz Zerbery entraba en las bóvedas de La Guaira con el objeto de cubrir de dicterios á las mismas víctimas de cuyos despojos se hallaba vestido de los pies á la cabeza."

La actividad y procedimientos de Zerbery en La Guaira, y los méritos que había adquirido como militar español de primera fuerza, motivaron, que tanto Monteverde como su camarilla de canarios, le juzgasen necesario en Cumaná, cual delegado del Capitán General. La Provincia cumanesa estaba tranquila, y figuraba al frente de ella un notable Jefe español, el Coronel D. Emeterio Ureña. Vencidos y desalentados los patriotas, tornó el agricultor á sus campos y el industrial á su taller. Un espíritu recto amparaba á todo el mundo bajo las alas de la justicia; y Ureña llegó á ser amado y admirado por su conducta digna y

protectora. De repente, y sin que nadie lo sospechase, aparece en Cumaná, provisto de facultades extraordinarias, el PRESIDIARIO DE CÁDIZ; y poniedo de lado á Ureña y á su gobierno, Zerbery comienza á desplegar sus instintos feroces. Prisiones, tropelías de todo género, llenan de espanto á los pacíficos moradores de Cumaná. Gritos de venganza y de exterminio turban la paz de las familias, y nuevas aflicciones, cual epidemia contagiosa, cunde por todas partes. Quéjase Ureña de tanto vilipendio, escribe á Monteverde, acusa al invasor desalmado ante la Audiencia de Caracas, reclama el cumplimiento del tratado de San Mateo; pero nadie le contesta. Sólo la voluntad de Monteverde impera, representado en uno de sus seides, el PRESIDIARIO DE CÁDIZ. Este, verdugo implacable, comenzó desde entonces á hacerse conocer en la región oriental de Venezuela por su sed de sangre y de exterminio. Y como él sobresalió siempre por ser el jefe de los vapuladores, durante la guerra á muerte, en Yaguaraparo quedó el célebre árbol á cuyo tronco fueron amarrados y sacrificados á latigazos centenares de víctimas. Este árbol fue conocido durante muchos años, con el nombre de *Totumo de Zerbery*, como queda dicho.

A consecuencia de tantos ultrajes inferidos á las poblaciones orientales por famélica turba de monstruos, entre los cuales figuraban Zerbery, Suazola, Martínez, Antoñanzas, la reacción de los patriotas vino de nuevo á encarnizar los ánimos. Escuchemos á Baralt, cómo nos relata la muerte del Comandante Bernardo Bermúdez, consumada en Yaguaraparo:

"En este lugar estaba Zerbery al frente de 400 hombres, cuando supo la pérdida de Cumaná en agosto de 1813. Forzado á retirarse, se embarcó al punto para Guayana en la escua-

drilla de Echeverría, poniendo antes el sello á sus crímenes con un acto de crueldad que costó después la vida á muchos centenares de españoles. Se recordará que el Comandante Bernardo Bermúdez fue encargado por Mariño de la ocupación de Maturín. Después de aquella feliz expedición regresaba á Güiria por el golfo de Paria en una canoa, y encontrando un buque español, lo abordó y tomó; pero poco más adelante fue atacado á su turno y hecho prisionero por Echeverría. Conducido á Yaguaraparo, le mandó Zerbery pasar por las armas junto con otro compañero. Después de la ejecución se halló que Bermúdez, si bien gravemente herido, no estaba muerto, y cuando los soldados se disponían á acabar con él, se interpusieron varias personas y alcanzaron que Zerbery ofreciera perdonarle. Condujéronle al hospital y allí se hallaba muy postrado, cuando las noticias de Cumaná encendieron de nuevo el furor en el pecho del Jefe español, y por su orden fue Bermúdez asesinado en el lecho.

"Este suceso fué causa de que el otro Bermúdez, destinado por Mariño al ataque de Yaguaraparo, sabiendo en el camino la desastrada suerte del hermano, jurase exterminar á cuantos enemigos cayesen en sus manos. Y de hecho, cumpliendo su amenaza con bárbara exactitud, pasó por las armas en Cariaco, Carúpano y Río Caribe, gran número de personas, acaso inocentes, granjeándose desde entonces el renombre de sanguinario." (1)

En efecto, no perdonó prisionero español desde aquel entonces. El odio que durante muchos años conservó no llegó á extinguirse sino el

(1) *Baralt y Díaz*—Resumen de la Historia de Venezuela.—Vol. I.

día en que termine la guerra. Lanzado en el camino de la justa venganza, llevó su encono hasta pasear su caballo después de la victoria por el campo enemigo, sembrado de cadáveres. ¿Era crueldad, era venganza? Era el sentimiento fraternal que para sobrevivir necesitaba exterminar á cuantos enemigos políticos llegaban á sus manos en los campos de batalla.

Para esta fecha, Ureña, el español, pundonoroso, digno y justiciero, había tenido que huir de la orgía de sangre que alimentaban sus compatriotas. La virtud quedaba ahogada por el crimen: el hombre probo había sido suplantado por el bandolero. Así son los albores de todas las revoluciones sangrientas. Cuando llega el día en que los esforzados campeones de la causa patriota, Mariño, Piar, Bermúdez, Arismendi, etc., dominan la situación y destruyen gran parte de la infernal gavilla, Monteverde había caído en desgracia y con éste Antoñanzas, Suazola, Martínez, Zerbery y demás tenientes. Entre los papeles tomados después de la rota de Maturín, figura la siguiente carta de Zerbery á Monteverde: es un documento de alta importancia:

«Por el oficio de US. de [illegible] del corriente vengo en conocimiento del fatal resultado que ha tenido US. en el ataque contra Maturín el 25 del próximo pasado, con lo demás que en él me indica.

«Seguramente, señor, desde el momento que se emprendieron las operaciones contra Maturín, principió á subseguir una terrible desgracia á las operaciones proyectadas contra aquél, sea cualquiera su causa, advirtiendo que fortificados como estaban los enemigos en Maturín debió mirarse dicho punto con el mayor respeto, como asimismo

preveer las fatales consecuencias que se seguirían de un golpe desgraciado, como se están ya experimentando, y por momentos crecerán más y más. US. no debe ignorar que los sucesos de Maturín han encendido un fuego terrible en la Provincia, y así no hay más que no dejar con vidá á ninguno de esos infames criollos que fomentan estas disensiones. Los enemigos de nuestro bienestar son los que trastornan á US., y lo separan del camino que debe seguirse por medio de sus intrigas y falacias políticas. Yo creo que en el día conocerá US. quienes son su verdaderos amigos y conceptúo que el primer paso que debe darse es dispersar esa Audiencia que tanto mal ha hecho, creyendo que aquí puede establecerse la Constitución. No hay más, señor, que un gobierno militar; pasar á todos estos pícaros por las armas, yo le aseguro á US. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo gobierno político debe separarse inmediatamente, pues no debemos estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constitución, sino por nuestra seguridad, y el exterminio de tanto insurgente y bandido. Yo bien conozco que no se puede acabar con todos; pero acabar con los que puedan hacer de cabezas, y los demás á Puerto Rico, á la Habana, ó á España con ellos. En fin, señor Capitán General, yo nunca he sido egoísta de mis desvelos, ni menos he pensado en trastornar la obediencia que debo á mis Jefes, y sólo creo que el hablar así sea deber de mi honor.

"Debe US. estar en cuenta que por mi parte voy á hacer el mayor esfuerzo por apoderarme de la costa de Güiria, por cuyo motivo he salido de Yaguaraparo á este punto para ponerme al habla con el comisionado don Antonio Gómez, y sólo espero la contestación del Gobernador de

Cumaná. Todo lo que participo á US. esperando no eche en olvido las expresiones de un oficial que tanto lo ama y que desea derramar la última gota de su sangre en defensa del Rey.—Dios guarde á US. muchos años.—Río Caribe: 18 de junio de 1813.—*Francisco de Zerbery*." (1)

Vencidos los españoles, Zerbery huye de Venezuela. "Emigró á Puerto Rico—nos dice el historiador Urquinaona—equipado de vajilla de plata, relojes de oro, diez ó doce baúles de equipaje, que llamaron la atención de los que poco antes le habían visto llegar desnudo de Cádiz. Se embarcó para España con un negro de su servicio llamado Santiago Sauce. En esta corte trató de venderlo, suponiéndolo su esclavo. Este infeliz ocurrió al Rey, y no resultando esclavo de Zerbery, S. M. le dió la libertad, negando á este oficial el grado de Teniente Coronel y la Comandancia de La Guaira que pretendía, sin admitirle el donativo de mil quinientos setenta y nueve pesos fuertes que hacía de todos los sueldos devengados en América, donde se mantuvo sin cobrar sueldo, ni tener patrimonio, comercio ni granjería conocida." (2)

Estos conceptos de un historiador digno y honrado, como lo fue Urquinaona, constituyen el más elocuente corolario que podía tener la misiva del PRESIDIARIO DE CÁDIZ á su Jefe Monteverde.

Después del hundimiento de la República á fines de 1814, y la entrada de los ejércitos españoles á Caracas, nada sabemos del célebre PRESIDIARIO. Nos inclinamos á creer que figuró en las tropas de Morillo, pues en 1822 aparece su firma al pie de un libelo publicado en la Habana contra el Pacificador Mo-

1 *Gaceta de Caracas* de 9 de setiembre de 1813.

2 *Urquinaona*—Obra citada.

rillo, en el cual le trata con dureza y aun le presenta como un miserable. De la lectura de este documento se desprende que Zerbery fue un instrumento ciego de Morillo, y que despreciado por éste, se presentó haciendo revelaciones de suciedades en las cuales ambos habían figurado. (1)

Ignoramos cuándo dejó el mundo este hombre fatídico, que si no recibió en vida el castigo de sus crímenes, causa fue de que perecieran por él centenares de sus compatriotas. En la historia militar de Venezuela no hay un ejemplo en que el amor fraternal haya vengado un asesinato de manera más terrible que aquella en que lo llevó á término el General José Francisco Bermúdez por su desgraciado hermano el Comandante Bernardo Bermúdez, víctima de Zerbery en 1813.

Tal es la ley de las compensaciones en todas las luchas sangrientas. Durante la brega, todo puede aceptarse, porque la razón desaparece para dar cabida á las pasiones feroces del corazón humano. Mas cuando llega la época de la calma é impera de nuevo la razón y con ella la justicia, entonces el espíritu contristado lamenta los estragos infructuosos de los partidos políticos; el deber sepulta los cadáveres abandonados, lava las manchas de sangre fratricida, restaña las heridas

1 Este libelo que fue publicado en el *Indicador Constitucional*" y reproducido por *El Iris de Venezuela* (Caracas), lleva el título de *Retrato del Excmo. General Don Pablo Morillo, ó sea, memorias sobre su administración de justicia en Venezuela, por el Teniente Coronel Don Francisco Javier Zerbery.*

Todos los documentos españoles publicados después del triunfo de la revolución venezolana en 1821, constituyen una serie de acusaciones que se echan en cara la mayor parte de los Jefes españoles que figuraron en Venezuela.

de vencedores y vencidos y llama á todos los necesitados para ampararlos bajo las alas de la caridad. En las tempestades de la naturaleza, tras de la noche caliginosa, asoma la luz de la aurora, siempre plácida: en las tempestades sociales, tras de los odios, de las persecuciones y de las venganzas, están el friunfo y la gloria siempre generosos; homenaje al valor desgraciado.

EDIFICIOS DESCABEZADOS Y VENTANAS TUERTAS

—

(CRÓNICA POPULAR)

—

Refiere la tradición, que al verificarse el gran terremoto de Caracas, en 26 de marzo de 1812, la torre de la Metropolitana, compuesta de tres cuerpos, inclinóse al Norte, después del primer choque, volviendo por otro sacudimiento á su nivel. Desde aquel día la población de Caracas manifestó el deseo de que se rebajase á la torre el tercer cuerpo, temiendo que en caso de otro cataclismo viniese al suelo. El hecho en sí y el no haber sufrido nada el templo, indicaban que este edificio había sido sólidamente construido; pero como es necesario obedecer á las exigencias públicas, las autoridades apoyaron el clamor general. El conocido alarife Francisco Herrera se comprometió á rebajar el tercer cuerpo, sin que cayera en la calle ni un solo terrón; y poniendo manos á la obra, así fue rematada. Todos los materiales demolidos fueron sacados por el interior de la torre, quedando en la calle el tránsito expedito para los moradores de la ciudad. Cuando éstos acordaron, vieron que aquélla había quedado descabezada, apareciendo sobre el segundo cuerpo algo como una mi-

tra ó bonete, coronado de una estatua. La torre había sido descabezada y así ha permanecido desde entonces.

Dos años más tarde, en 1814, á consecuencia de los triunfos de Boves, quien con victorioso ejército avanzaba hacia Caracas, quiso Bolívar sostenerse en ésta, y con tal objeto fijó el sitio de la ciudadela donde debía atrincherarse el grupo de patriotas que guarnecían la capital, haciendo al efecto abrir fosos en derredor de la plaza mayor. Pero á poco tuvo Bolívar que desistir de semejante temeridad, pues hubiera sido una ruina para Caracas; y abandonando á ésta en la madrugada del 6 de junio, siguió con las tropas y muchedumbre de fugitivos por el camino de Oriente. Días después entró Boves con parte de su ejército, y cuando las familias que se habían quedado en la capital temblaban creyendo que el vencedor entraría á ésta á fuego y sangre, resultó que nada hubo, pues Boves no sacrificó sino á dos hombres: á uno de sus soldados que quiso en la plazuela de San Pablo robar en cierta tienda, y al maestro alarife Francisco Herrera, por haber dejado abiertos los fosos de la ciudadela, estorbando así el paso de los transeúntes.

Con excepción de la torre de la Metropolitana, las otras de la capital fueron destruidas por el terremoto de 1812, conservando su primer cuerpo la de San Mauricio, sobre la cual crecieron yerbas y arbustos hasta ahora pocos años, en que fue demolido el vetusto templo y sustituido ventajosamente por la Santa Capilla. Al desaparecer las torres de los templos de Caracas, quedó la de Altagracia con dos cuerpos, por haberse conservado así desde la época en que se fundó el oratorio de las Carmelitas, en 1732. Levantábase el tercer cuerpo de la torre de aquel templo, cuando las madres mon-

jas que estaban en la misma calle se quejaron al Prelado de que los patios y corredores del convento quedaban á merced de los curiosos, que se subían al campanario de Altagracia, lo cual iba á echar por tierra la disciplina de la comunidad y establecer la comunicación visible; por lo que ordenó el Obispo dejar como estaba la torre de Altagracia y tapar las ventanas del campanario que miraban hacia el convento. La torre de Altagracia, por lo tanto, nació sin cabeza, hace ya más de doscientos años.

Descabezado estuvo, hasta ahora veinte y dos años, el frontón de la Metropolitana; descabezado también estuvo el famoso muro de sillería de la Basílica de Santa Teresa, que mira al Norte. Este comienzo del nuevo templo de San Felipe, existía en la época en que Humboldt visitó á Caracas en 1799. Refiérese que cuando los admiradores del sabio viajero preguntaron á éste cuándo volvería á Caracas, sonriendo contestó: "Cuando esté rematado el templo de San Felipe," queriendo significarles que nunca más. Humboldt murió en 1867, y doce años después quedaba concluida la hermosa Basílica de Santa Teresa, demolido el oratorio de San Felipe y convertida el área en parque. En el centro de éste se levanta la estatua de Washington.

Pero entre los edificios descabezados ninguno nos relata una historia tan curiosa como el actual parque militar de Caracas. La Compañía Guipuzcoana, dueña de ciertos solares que existían entre las esquinas de Carmelitas y de San Mauricio, había levantado, á mediados del siglo último, la sólida Casa Nacional donde está el Registro público, y tan sólida, que resistió al violento terremoto de 1812. Concluida la primera casa, continuóse la se-

gunda en el área que ocupa el parque militar. En línea diagonal con la esquina del parque y frente á la demolida ermita de San Mauricio, calles Norte 2 y Oeste 1, había una casa de dos pisos y dos frentes que habitaba su dueña doña María Teresa Ponte, Andrade, Jaspe y Montenegro, Gedler, Bolívar de Jerez Aristeguieta, matrona de grandes campanillas por sus antecedentes, carácter, riqueza y por la austeridad de sus costumbres. (1) De bello porte y de modales muy cultos, doña Teresa, mujer servicial, sabía ser "humilde con el humilde, pero con el soberbio firme;" apareciendo en ciertas ocasiones condescendiente y generosa, y en otras altanera y dominante.

Habíase levantado el primer cuerpo del edificio y fijábanse las vigas que debían formar el entresuelo, cuando advirtió doña Teresa que su casa iba á quedar bajo la vigilancia de los que habitaran la nueva fábrica. Al instante preséntase delante de los directores de la Compañía y les expone las razones que la favorecían para que la nueva fábrica no tuviera dos pisos. La dirección accede por el momento, y la señora queda satisfecha, cuando á poco continúa la obra como se había proyectado. Por segunda vez se presenta doña Teresa delante de los guipuzcoanos, mas no con carácter manso y humilde, sino con arrogancia y majestad. "Os pedí ahora días, señores, un favor—dijo doña Teresa;—vengo hoy á manifestaros mi resolución inquebrantable: la de no permitir la continuación del segundo cuerpo de vuestra fábrica." La Compañía accede por segunda vez, prometiendo que el nuevo edificio no tendría sino un solo cuerpo; pero andando los días aparece en cierta mañana gran número de operarios con escaleras, an-

1 Casa actual del doctor don Eduardo Calcaño.

damios, instrumentos á manera de soldados que quisieran dar un asalto. Al ruido de los albañiles, doña Teresa abre uno de sus balcones, observa los movimientos, y después de cerciorarse de la perfidia y resolución de los vascos, aparenta calma y medita acerca de lo que debía hacer. Si los vascos habían consultado un abogado que los animara á continuar la fábrica y si con razón ó sin ella creyeron vencer á la señora, es cosa que ignoramos, siendo lo único cierto que la obra continuó con mayor número de operarios. Habían corrido los días cuando doña Teresa, muy de madrugada, hace llegar á su casa treinta esclavos de Chacao, los cuales traían zurrones llenos de piedra y estaban al mando de dos capataces. Después de ordenarles lo que debían hacer, aguarda la diez de la mañana para mandar dar el asalto á la fortaleza de los vascongados, como ella llamaba la fábrica. Animada parecía ésta, y el movimiento tomaba creces, cuando á cierta señal de la señora, sale la cuadrilla de invasores, que cual nube de langostas hambrientas arremete á los obreros que comienzan á defenderse de turba tan belicosa. Al instante y en medio de gritería espantosa, vense cruzar los aires piedras, ladrillos, cuernos, martillos, cucharas, reglas y plomadas y hasta tinas llenas de mezclote. Los esclavos, alentados por los capataces, ascienden las escaleras, llegan á los andamios, y echan por tierra cuanto en éstos había, al mismo tiempo que recibían y devolvían tremendos puñetazos. Muchos de los operarios huyen, mientras que otros se refugian en el interior de la fábrica, perseguidos por los capataces de Chacao. Uno de éstos muere en la reyerta, en tanto que el otro logra echar á la calle á los rendidos. A los gritos de la brega acuden

los vecinos, se detienen los transeúntes y la victoria, en alas de la fama, llega á los extremos del poblado. Habíase librado una batalla de treinta minutos, en la cual hubo tres muertos y muchos aporreados de ambos bandos.

Ocupábase doña Teresa en hacer recoger sus heridos y contusos, cuando se presenta en el campo de batalla el Gobernador Brigadier Ramírez. Doña Teresa, desde la puerta de su casa, saluda con dignidad á la primera autoridad y le extiende la mano.

—¿Qué ha pasado en vuestra esquina?—pregunta el Gobernador, en conocimiento ya de los antecedentes del asunto.

Doña Teresa, mujer de talento y de habilidad, comprendiendo que si daba riendas á su venganza podría ameritar un juicio, aparece sonreída en aquel momento y contesta con gracia:

—Una escaramuza, Brigadier, una mala chanza si se quiere. Quise asustar á los operarios de esta fábrica, por causas que no ignoráis: encargué á estos esclavos que lanzaran piedras al aire; pero hay gentes que no admiten chanzas y toman las cosas á lo serio. Yo sola he perdido, pues ha muerto mi primer mayordomo; en cuanto á los heridos y contusos de ambos bandos, es de mi deber socorrerlos y aun premiarlos, por haber mostrado arrojo é impavidez, condiciones que les servirán algún día en defensa de la Patria y de la honra. Quise jugar con los directores de la Compañía Guipuzcoana, darles una leccioncita por haberme faltado á la palabra empeñada, y creo que seguiré jugando con ellos si persisten en darle á la fábrica dos pisos.

Y cambiando de tono, agregó:

—Se olvidaron, Brigadier, de que hablaban con

una señora de mis antecedentes. Estos hombres son unos miserables plebeyos que ostentan sus títulos de nobleza como la mona su vestido de seda!

Ramírez acompañó á la señora hasta el corredor de la casa, despidiéndose de ella con galantería. En cuanto á los guipuzcoanos, tuvieron á bien dejar el edificio con un solo cuerpo; es decir, lo descabezaron. (1)

En 1640 comenzó el Obispo Mauro de Tovar el Seminario Tridentino de Caracas; pero tan débiles quedaron los cimientos, que fueron destruidos por el terremoto de 1641. Esto motivó el que cuando se dió comienzo á la nueva fábrica, quedaron enormes arcos que iban á sostener los corredores altos. Comprada la casa contigua á la fábrica por el Cabildo Eclesiástico y destinada por éste para Obispalía, resolvieron construirle un segundo piso é igualarla al Seminario, lo que hizo que las arquerías de los dos edificios sean iguales. Las fachadas exteriores de éstos quedaron chocantes y contrahechas; y mientras que la Obispalía ostentaba balcones de mucho vuelo y ventanas tuertas y raquíticas, el Seminario tenía la apariencia de un presidio, por sus rejas cuadradas colocadas á diversos niveles, y las cuales no guardaban simetría con los enormes balcones.

Sábese que el Arzobispo Méndez, primer Prela-

1 Este edificio ha sido modificado hace poco y aparece hoy con cierta gracia, aunque nada podrá despojarlo de su tamaño primitivo y del objeto que tuvieron los guipuzcoanos al construirlo.

do después del triunfo de la Independencia, en 1821, era tuerto, y tuerto igualmente el doctor Suárez, Provisor y Deán que se encargó del Arzobispado cuando Monseñor Méndez fue expulsado de Caracas en 1831. En cierto día de esta época reuníanse en la esquina de las Gradillas notables y dignísimos huéspedes. Habíase colocado en el ángulo exterior de la Obispalía el primer farol de alumbrado, el cual quedó tuerto. Al siguiente día apareció en la pared del Palacio Episcopal un pasquín manuscrito que decía:

Tuerta la ventana,
Tuerto el farol,
Tuerto el Arzobispo,
Tuerto el Provisor.

Y un transeúnte agregó al pie, con lápiz:

Y tuertos los vecinos del rededor.

Aludía esto último al anciano Hernández, que tenía una canastilla frente á la Obispalía, y al respetable comerciante francés M. Próspero Rey, que tenía su establecimiento de modas en la casa de Bolívar. M. Próspero Rey, oficial de caballería de Napoleón, tenía cubierto un ojo que había perdido en la sangrienta batalla de Leipzic, en 1814.

El primero de los comerciantes de la esquina de la Obispalía que leyó el pasquín fue M. Rey, quien al momento llamó al anciano Hernández, y éste, al leerlo, exclamó:

—¿Y esto, qué significa?

—Mon ami, "Mieux vaut monocle qu'aveugle— contesta Rey con su carácter sociable y epigramático.

—No comprendo esa jerigonza—replica Hernández.

—" Au royaume des aveugles les borgnes sont rois"—agrega M. Rey con garbo.

—Por Dios, señor, repito que no comprendo tal jerigonza—dice Hernández.

—Esto quiere decir "que más vale un tuerto que un ciego;" y que "en el país de los ciegos el que tiene un ojo es *Rey*."

—Ah! no, señor, esto no va conmigo, que me llamo Hernández; esto será con usted que se firma Rey.

—Yo no pertenezco al país de los ciegos, sino al de la gloria—replicó Rey.

—Entonces, querido vecino, démonos por vencidos, y sea desde hoy esta esquina la de los tuertos y la de la gloria, por vivir en ella, en la célebre casa de Bolívar, un oficial del grande ejército de Napoleón que pudo salvarse del desastre de Leipzic con un ojo de menos.

Y Hernández, despidiéndose de la turba de curiosos que llenaba la esquina, se dirige á M. Rey y le dice:

—" En el país de los ciegos, señor, el que tiene un ojo es *Rey*."

LAS FLAGELANTES DE MARACAIBO

—

De las epidemias morales que, en remotas épocas, han afligido á los hombres, ninguna más alarmante que la conocida en la historia con el nombre de "Los Flagelantes." Consistía en procesiones numerosas de penitentes, en ocasiones desnudos, en otras vestidos de sayones blancos y cubierta la cabeza de lóbrego capuz. Poseídos del amor divino, creían éstos, que sin dolor y torturas no podía conseguirse el perdón y por lo tanto, armados de fuertes disciplinas rematadas en sus extremos de puntitas de acero, se infligían numerosos azotes, hasta que de la espalda, que llevaban desnuda, brotara sangre.

Como las procesiones habían de ser públicas, la epidemia ganaba prosélitos, á proporción que atravesaban campos, pueblos y capitales, infundiendo horror al pecado y la necesidad de satisfacer á Dios por medio de penitencia tan escandalosa como repugnante. ¿Cuál fue el origen de esta perversión del sentido común? Sin duda que causas superiores tenían que engendrar semejante monomanía. La intermitencia de la epidemia indicaba

su origen también intermitente; y para solicitar la causa de estas perversiones del espíritu, debemos buscarla en las persecuciones de los gobiernos, en las guerras religiosas, en las epidemias físicas que, llevando á la desesperación á ciertos hombres, los precipitan á buscar la reacción en nueva serie de males interminables. Un historiador nos dice que los primeros penitentes aparecieron durante el siglo XI. En 1260, en los días en que la sociedad italiana había quedado aniquilada por las luchas entre güelfos y gibelinos, la reacción religiosa vino como corolario de situación tan precaria. En 1348, durante la peste que azotó á Alemania, conocida con el nombre de la *muerte negra*, la epidemia llegó á su colmo, y hombres y mujeres aparecieron casi desnudos y confundidos en público, y se flagelaron á maravilla. Viejos y jóvenes, nobles y plebeyos fueron víctimas de esta penitencia feroz, en que todos parecían como poseídos de la necesidad de desgarrarse las carnes, de verter sangre y de martirizarse de la manera más cruel que les fuera posible.

Así figuraron estas procesiones de alucinados, durante muchos años de la Edad Media y aun después del descubrimiento de América, las cuales recorrieron la Alemania, el Austria, Italia, Francia, los Países Bajos, España, Suiza y hasta Inglaterra. Censuradas por el sentido común, tales muchedumbres fueron igualmente perseguidas por el clero y comunidades católicas y amenazadas por los gobiernos y Papas, y hasta por la Inquisición, que las sometió á severos castigos, y hubo de lanzar á la fatídica hoguera á algunos de sus promotores.

Poco á poco fue modificándose la epidemia, hasta el punto que las procesiones salían una vez por año,

el Viernes Santo, en que se repetían las mismas escenas repugnantes de pasadas épocas, sobre todo en los primeros treinta años del último siglo.

Un célebre historiador italiano, en el estudio que hace de la epidemia moral, nos dice que los espíritus estaban no sólo dominados por el amor divino, sino también en parte por el terrenal. Y en prueba de ésto, asevera que ciertos flagelantes, bajo las ventanas de sus pretendidas, redoblaban con vigor los azotes en honor de la dama de sus pensamientos, é indicaban con ello que estaban dispuestos á sufrir por ellas. Una mirada á Dios y otra á la angélica niña; un latigazo para el cielo y otro para la tierra. (1)

Tal hecho está en armonía con la razón. El amor terreno, si es puro, exige también el sufrimiento.—"Toma tu cruz y sígueme," dijo Jesús. La cruz del matrimonio, para ser fructífera, necesita del dolor, de la resignación y hasta del sacrificio.

Los disciplinantes actuales, que se mortifican, ya en el recogimiento del claustro, ya en el hogar, pero sin hacer de ello gala pública, sin ostentación ni fanatismo, han contribuido, animados de una esperanza celeste y apoyados por la fe, á desterrar por completo, hace ya muchos años, las escandalosas procesiones de las turbas de monomaniacos que infestaron la Europa en pasadas épocas.

Fue costumbre en Caracas, desde antiguos tiempos, sacar en procesión por las calles de la ciudad, la imagen de la Virgencita de Copacabana, siempre que la sequía tostaba los árboles, agotaba las fuentes y era causa de malestar y epidemias. La población, llena de fe acompañaba á la imagen, y

1 *Adolfo Bartoli.*—Estudios Históricos.—Roma, 1881.

á poco llovía á cántaros. Este culto á la Virgen indicada, que había comenzado desde los primeros días del siglo décimo séptimo, pudo conservarse hasta ahora cincuenta años.

El culto de los pobladores de Maracaibo por la Virgen de Chiquinquirá llegó á mediados del último siglo á tal grado, y fue tanta la confianza que en ella tuvieron los necesitados, que al fin hubo de ser aquélla la abogada de cuantos infortunios afligían á la comunidad. En efecto, al comenzar el año de 1770, siendo Gobernador de la Provincia don Alonso del Río, preséntase una sequía con caracteres tan alarmantes, que las autoridades políticas se hallaron en la necesidad de tomar enérgicas medidas. Corren los meses sin que cayera una gota de agua, se secan los aljibes, comienzan los árboles á agostarse, á morir los animales y á surgir enfermedades debidas al exceso de la elevada temperatura y á la ausencia de vapor acuoso en el aire.

Entre lamentos y oraciones, acuden los moradores de Maracaibo á los templos, al llegar la tarde, y en ellos lloran y piden á la Providencia que los salve de tan crudo trance. Y como en esta capital es de necesidad urgente apelar á la milagrosa imagen de la Virgen de Chiquinquirá en todos aquellos casos en que haya necesidad de calmar dolores, de satisfacer necesidades, de vencer con la fe y de esperar en la misericordia divina, la Virgen fue el áncora de todas las aspiraciones.

Durante las noches en que los templos estuvieron abiertos, oradores sagrados ocuparon la cátedra del Espíritu Santo, porque se hacía necesario mitigar la desgracia con la palabra de Dios. Así se sucedieron los días, y el agua no caía, cuando por orden del Vicario de la ciudad, los sacerdotes

anuncian en cierta noche á los fieles, que había llegado el momento de la mortificación, y que para calmar la ira del cielo, los pobladores de Maracaibo debían salir en procesión pública y públicamente azotarse cada uno, como único medio que podría ponerse en acción para que cesara la ira del Señor. Los moradores acogen el pensamiento, y al punto los sacerdotes comunican á los habitantes un extracto del acuerdo, del cual tomamos lo siguiente:

"A fin de aplacar la cólera divina, en las críticas y aflictivas circunstancias en que estamos, ordenamos la salida de seis rogativas públicas que se verificarán así: las tres primeras serán de hombres, y saldrán desde el anochecer por todas las calles del poblado, acompañadas de uno de los sacerdotes de Maracaibo; las siguientes, de mujeres, recorrerán las calles más públicas, desde las nueve hasta las once de la noche, é irán acompañadas de todos los sacerdotes existentes en la ciudad. Además, como la mortificación de la carne y el castigo de sí mismo agradan al Señor, tendrán hombres y mujeres que presentarse provistos de gruesas disciplinas, para que se flagelen públicamente las espaldas, además de llevar, los que quieran, cruces y maderos pesados, cuya conducción sirva igualmente de mortificación al cuerpo, etc., etc., etc."

Al enterarse el Gobernador de tal acuerdo, mandó llamar al Vicario y le manifestó la extrañeza que le causaba el que las mujeres hicieran parte de actos públicos que la civilización había reprobado y condenado hacía tantos años.

—Obedezco, señor, á dictados de mi conciencia, y puedo probaros que la iglesia católica tiene autoridad en qué apoyarse para tolerar y hasta patrocinar estas saludables procesiones.

—Os suplico, señor—contesta el Gobernador—que suprimáis la asistencia de mujeres á semejante acto, que será para ellas causa de corrupción y para la ciudad un escándalo.

—Obedezco á órdenes superiores, señor Gobernador, y no me es lícito separarme de ellas.

A pesar de todo esto, las procesiones comienzan. Si en las de hombres hubo escenas ridículas é inmorales y se oyeron dichos equívocos, pues desde las ventanas, las mujeres de Maracaibo veían pasar las procesiones y se recreaban en presencia de incidentes grotescos, y prestaban los oídos á frases que, cual flechas lanzadas por hábil cazador, llegaban á su destino; en las de mujeres, la delicadeza descendió bajo cero, y las niñas recibieron la primera lección de amor mundanal.

Cuando concluyeron las procesiones de hombres, el Gobernador Don Alonso de la Riva exhortó de nuevo al Vicario á que no llevase á remate atentado tan público contra el pudor de la mujer. El Vicario se hizo en esta ocasión más sordo que en la primera, y el mandatario político hubo de ser testigo obligado del vilipendio inferido á la mujer venezolana.

En el oficio que aquel dirigió al Monarca, leemos:

"Jamás, señor, ciudad alguna de América y de España presenció actos tan inauditos, tan ofensivos á la dignidad y pudor de la mujer. Cuando presencié las procesiones de hombres, nada dije; pero cuando ví que se llevaban á cabo las de mujeres, traté de impedirlas con consejos y observaciones, más todo fue inútil. Ni por cortesía me comunicaron las autoridades eclesiásticas de Maracaibo tan funesta y repugnante innovación en la historia de un pueblo."

Cuando Carlos III conoció los pormenores de

lo que había pasado en Maracaibo, dicen que exclamó: ¡Santo Dios, la mujer vapulándose públicamente, en las prolongadas horas de la noche y en presencia de los hombres de una ciudad! Y dirigiéndose al Secretario de Ultramar, agrega: "Diga usted al Gobernador de Maracaibo, que sea esta la primera y última vez que salgan las mujeres en penitencia escandalosa. Que no haya pro cesión de ninguna especie, sin la licencia concedida por el Obispo; que cuanto dispongan el Vicario y curas de Maracaibo, tiene que ser sometido al dictamen de su Gobernador. En cuanto á los sacerdotes autores de tamaño escándalo, mando que sean sometidos á juicio por haber desobedecido las sinodales del Obispado de Caracas, pauta que debe observarse en casos semejantes."

Y en otro oficio al Obispo de Caracas, leemos, entre otras cosas: "Ordena S. M. decir al Obispo de Caracas y de Venezuela, que lo sucedido en Maracaibo respecto de las procesiones públicas de mujeres, no es la religión de Cristo, que nada tiene de escandalosa ni de ludibrio." (1)

¿Llovió después de las flagelaciones? Lo ignoramos.

1 Papeles y Reales Cédulas de la Obispalía de Caracas.

CÓMO SE LIGAN LAS REVOLUCIONES Y SUS HOMBRES

—

El año de 1783, tiene para nosotros los venezolanos, no sólo el mérito cronológico de señalar el punto de partida de una época histórica, la cuna de Bolívar, sino también la coexistencia de incidentes que se relacionan con la brillante revolución que trajo la emancipación de la América del Norte, y fundación de la primera república en el continente de Colón, é igualmente con las dos grandes revoluciones que siguieron á aquella conquista del progreso universal: la revolución francesa en el Viejo Mundo, la revolución hispano-americana que tuvo su punto de partida en la patria de Bolívar.

El nacimiento de Bolívar estuvo por lo tanto precedido de la emancipación norteamericana. El cataclismo político que sigue, trajo la creación de la república francesa; y cuando Bolívar, que nace entre uno y otro acontecimiento, llega á la edad propicia, aparece como el director y fundador, después de sostenida lucha, de una gran porción de las nacionalidades sudamericanas. He aquí tres grandes conquistas de la humanidad que se realizan en el corto espacio de sesenta años, y se acercan por sus hombres esclarecidos y por la mancomunidad de

ideas, de esfuerzos y de victorias. Sólo á un venezolano, á un ilustre venezolano, le cupo la gloria de haber figurado en estas radiantes etapas que constituyen la república en ambos mundos: á Miranda que comienza su carrera militar en la legión española que contribuía al éxito de la obra de Washington: que figura en primera escala, en lós ejércitos de la república francesa, y crea finalmente, con su palabra ardiente, con sus esfuerzos, la República Venezolana en 5 de julio de 1811. Cuando este máximo fundador de la emancipacion sud-americana desaparece en el torbellino de los primeros acontecimientos, Bolivar, el que había nacido en 1783, le sucede: era el llamado á luchar, á vencer, á realizar la obra desde Caracas hasta las orillas del Titicaca, desde la silla del Ávila hasta los altos y nevados volcanes de los Andes.

Pero hay todavia otros hechos, incidentes casuales si se quiere, que acercan las épocas y sus hombres, al través del tiempo y de los acontecimientos sociales.

Eran los días en que una escuadra francesa visitaba á Puerto Cabello, con el objeto de aguardar en aguas de este puerto, el resto de la flota francesa, bajo las órdenes del almirante Estaing, que había salido de Cádiz y debía unirse á la española de la Habana, bajo las órdenes del almirante Solano, con el propósito de atacar unidas á la isla de Jamaica. A bordo de los buques de guerra surtos en Puerto Cabello, estaba el joven conde de Segur, hijo del viejo marqués de Segur, á la sazon Ministro de Guerra de Luis XVI. Cansado de aguardar, obtuvo el permiso de hacer una pequeña excursión hasta Caracas, en unión de algunos de sus compañeros. Resolvióse que unos vendrían á la capital por mar, y otros lo harían

por los valles de Aragua. Los compañeros de Segur eran Alejandro de Lameth, Bozon, Linch, Matías Dumas, Champcenetz, el conde Christiern de Dos Puentes, Desoteux, el Duque de Laval y otros más; todos ellos de la nobleza francesa que regresaban al suelo natal, después de haber servido á la revolución y república de Washington, bajo las órdenes de Lafayette. Eran, por lo tanto, republicanos de corazón los que visitaban á la ciudad Mariana en los días en que estaba próximo á nacer aquel á quien conoce la América española con el título de EL LIBERTADOR.

Nunca viajeros más finos y galantes habían honrado á Caracas. Llegaban en la época del carnaval, y eran por lo tanto, festejados por las beldades caraqueñas, que desde sus ventanas, los saludaban con alegría y hacían caer sobre la cabalgata, puños de grajeas, de nueces y de confites, á la usanza de aquel entonces. En sus *Memorias*, *Recuerdos* y *Anécdotas*, el conde de Segur, después de dedicarle elocuentes frases á la naturaleza tropical, al paisaje siempre riente y animado de nuestra zona, agrega:

"Éramos aguardados y la cortesía española hizo á nuestra cabalgata, galante recepción. Todos se apresuraban, á cual más, á ofrecernos su casa, mientras que las damas abrían sus persianas, nos saludaban desde sus balcones; en fin, éramos recibidos, como pretenden los cronistas, que lo eran antiguamente los paladines en los castillos á donde llegaban á descansar, después de una corrida de aventuras."

Una escena del carnaval de aquella época llamó la atención de los nobles viajeros. Escuchemos el relato de ella que nos ha dejado Segur:

"Encontramos en Caracas, un juego á la moda, tan agradable como original. Caballeros, matronas y señoritas, ninguno salía de su casa, durante el carnaval, sino con las faltriqueras provistas de confites: y al encontrarse los grupos en las calles, se lanzaban aquéllos á manos llenas. Nadie podía sustraerse de esta metralla, que no producía sino hilaridad y expansión. Era ésta, seguramente, la más suave é inocente guerra, sin embargo de venir acompañada de algún acontecimiento imprevisto. Invitados á una comida en la casa del Tesorero real, pudimos ser testigos de cuanto dejamos asentado. Figuraban en la mesa algunos reverendos Padres de la Inquisición que honraban el acto con su presencia, celebraban la riqueza de los vinos y participaban con gracia de la alegría general. Al llegar la hora de los postres, la señora Tesorera da la señal del combate, y por todas partes vuela enjambres de confites. Estalla al instante la lisa; pero de repente, uno de los inquisidores, más que animado por su brusca alegría, juzgó que el confite era muy ligero, y tomando una gruesa almendra la lanzó en medio del torbellino. Esta bala fue directamente á caer sobre la nariz del Duque de Laval, quien no gustando de los padres ni de sus chanzas, correspondió con una de á veinte y cuatro: es decir, con una gran naranja, que sin respeto, hirió en la cara al reverendo inquisidor. Al instante los españoles se levantan consternados, las señoras se persignan, cesa el juego, y concluye la comida. Pero el reverendo Padre, afectando cierta alegría que desmentía su fisonomía, hizo que todos tornaran al juego, tan gravemente interrumpido. Creo que si no hubiéramos tenido en un puerto de la costa vecina, cinco mil amigos armados, el inquisidor, menos indulgente, hubiera ofrecido al Duque de Laval, duran-

te algún tiempo, uno de esos calabozos sombríos y húmedos de los que tenía un gran número á su disposición." (1)

Después de prolongada semana de bailes, de paseos, de conciertos, etc, los nobles huéspedes de Caracas, no querían dejarla. Se habían enamorado de nueve beldades á quienes conocía la capital con el nombre de las *Nueve Musas:* era la familia Jerez-Aresteigueta, en la cual descollaban nueve hermanas que llevaban los siguientes nombres: María Mercedes, Josefa, María Rosa, Teresa de Jesús, María Begoña, Manuela, María Francisca, María de Belén y María Antonia; todas ellas admirables por la belleza, por la gracia y por la amenidad del trato social. Si Alejandro de Lameth concedía á Belén la corona del triunfo, De Segur se decidió por Panchita: si el Marqués de Laval, ponderaba los encantos de Mercedes, Matias Dumas, juzgaba á Teresa de Jesús, como la diosa de las fiestas caraqueñas. Linch, el festivo Linch, vagaba, como la mariposa de flor en flor; el Conde de Dos Puentes aspiraba á ser el único Apolo del espléndido grupo de las Musas caraqueñas. Es lo cierto que la interesante pléyade de los campeones de la libertad, en el Nuevo Mundo, salieron más que emocionados, no teniendo por único tema de conversación, durante la travesía de Venezuela á las costas de Francia, como lo escribe el conde de Segur, sino los nombres de aquellas nueve beldades y los gratos recuerdos de los días festivos que habían pasado en Caracas.

Al llegar á La Guaira, debían seguir por la costa á Puerto Cabello, y á este efecto estaban sur-

1 *De Segur*—Memoires, Souvenirs et Anécdotes—París—3 vols—1826.

tos en la bahía, dos botes de la escuadra francesa. En el primero iban el conde de Segur y sus compañeros, y en el segundo el conde de Dos Puentes y un oficial del Estado Mayor, el festivo Linch. Favorable soplaba la brisa y contentos remaban los marineros, cuando de súbito se divisa en el horizonte una fragata de guerra, que hace rumbo hacia los botes costaneros. Aunque el buque enemigo tenía bandera francesa, el conde de Segur, lleno de sospecha, ordenó seguir la costa, evitando las rompientes: esto lo salvó. No sucedió así con la embarcación del conde de Dos Puentes que, juzgando á aquélla como amiga, se retiró de la costa. A poco andar, un tiro de cañón, cuya bala pasa cerca de los viajeros, los alerta, y el bote se rinde al buque enemigo, que recibe á su bordo á los oficiales franceses y marineros. La fragata enemiga era la *Albemarle*, de la escuadra inglesa de las Antillas, mandada por un joven marino que hacía poco había comenzado con brillantez su carrera, por sus aventuras y arrojo, como crucero ó corsario en varios mares. El galante marino recibió á sus prisioneros con tal galantería, que á poco, la resignación fue embellecida por los honores del buen tratamiento y de la más fina cortesía. Cuando la fragata se retiró de la costa y siguió su rumbo en alta mar, el corsario llamó á sus prisioneros y les dijo:

—Concibo perfectamente que debe ser muy penoso para un Coronel de regimiento y para un oficial de Estado Mayor del ejército francés, verse privados de su libertad por una casualidad imprevista, y todo esto quizá, en los momentos de una expedición. Por otra parte, si grande hubiera sido mi honra al haberos hecho prisioneros después de un combate, poco lisonjero es para mi amor propio, el haberme apoderado de dos oficiales que se paseaban á

orillas del mar. He aquí, por lo tanto, mi resolución: —He recibido órdenes de mi Jefe para reconocer, lo más pronto posible, en las aguas de Puerto Cabello, vuestra escuadra, allí anclada; y voy á ejecutarlas. Si se trata de darme caza y es la nave la *Corona* la que sale en mi persecución, os conduzco y os acompaño, sin perder tiempo, porque esta fragata es tan velera que yo no podría escaparme. Cualquiera otra poco me inquieta, y en este caso, os prometo poner á vuestra disposición la pequeña balandra española que mantengo en mí poder, así como dos marineros que os conducirán al puerto y os devolverán á vuestras banderas."

Así sucedió en efecto: el joven corsario al llegar á Puerto Cabello, en que una parte de la tripulación y oficiales franceses estaban en tierra, tiene tiempo para examinar y estudiar la escuadra francesa. Dos horas después, la fragata *Ceres* salía en su persecución. El corsario cumplió su ofrecimiento; y tan luego como la *Ceres* maniobró, el conde de Dos Puentes y su compañero descendieron á la balandra española y siguieron al puerto, en tanto que la *Albemarle* se escapaba y perdía en el horizonte. (1)

¿ Quién era aquel joven corsario, héroe de la aventura, tan generoso como hidalgo? Astro de gloria, de los mares había surgido, y en el Océano debía encontrar su ocaso luminoso. Aquel corsario de veinte y tres años, cuyo nombre celebran las olas que bañan los continentes y los archipiélagos, fue el titán de las aguas: el que en Aboukir destruye la flota de Bonaparte, en 1799, y el que levantándose en 1805, en las aguas de Trafalgar, su propio mausoleo, con las escuadras de poderosos rivales,

1 Véanse *Segur*.—Memoires etc. y *Southey*—Life of Nelson.

desaparece entre los estruendos del combate y los gritos de victoria. Aquel corsario que cruzaba las aguas entre La Guaira y Puerto Cabello en 1783, lo conoce la historia con el nombre de Horacio Nelson.

¿Hacia dónde se encaminan estos espíritus juveniles que acaban de iniciar su carrera política en las huestes de Lafayette inmortalizadas por Washington? Ignorantes de los arcanos que guarda el destino, todos continuarán en pos de ilusiones y de quimeras. A unos les aguarda la diplomacia, á otros el campo de batalla; á unos la prensa, la historia, las academias; á otros la lucha parlamentaria, á todos y cada uno, triunfos y conquistas, reveses y desengaños. Cuando llega el día de las terribles venganzas, 1789, en la primera etapa de la libertad, todos están listos á entrar en acción bajo las órdenes de Lafayette; pero el día en que el horizonte se nubla y la revolución exige víctimas expiatorias, aquellos espíritus rectos se separan y ven pasar de lejos el temporal con sus arreos de sangre, de fuego, de exterminio. Lafayette abandona el patrio suelo; de Segur, se entrega á estudios serios; Lameth, después de combatir á Mirabeau, se retira, salvando la entereza de sus principios; acompaña en 1792 á Lafayette y se separa con éste, y así, Dumas, Linch y demás soldados de la libertad americana. Al finalizar el temporal político de 1789, surge el Consulado y tras éste el Imperio napoleónico. Segur vuelve á la vida política: el académico figura en alta escala en la corte de Napoleón el Grande. Dumas, el oficial de Rochambeau, en las praderas de Washington, por sus esfuerzos en los campos de batalla, alcanza el alto grado de la mi-

licia y continúa figurando en las dinastías que sucedieron á la caída de Napoleón. Alejandro de Lameth, en fin, escritor, militar, orador, figura igualmente en las épocas del Imperio y de la Restauración, y es uno de los apóstoles de la monarquía constitucional en Francia.

Antes de llegar esta época de las libertades públicas, en los días en que Lafayette visitaba la América del Norte, en 1826, y era recibido con entusiasmo delirante por un gran pueblo agradecido; en estos días, la familia de Washington comisiona al héroe de York-Town, para que hiciera llegar á Bolívar algunos recuerdos del ilustre fundador de la república. En aquéllos días, el Congreso y pueblo de los Estados Unidos de América, en fiesta solemne, proclaman á Bolívar como el Washington de la América del Sud. (1)

En su *Historia Universal* que concluye en 1822, de Segur no habla de la República de Colombia; pero en sus *Memorias* publicadas en 1826, el historiador le dedica á la obra de Bolívar los siguientes conceptos:

"Al alejarme de este bello continente, 3 de abril de 1783, me acompañó el pensamiento de que su opresión no duraría mucho tiempo y que días de libertad y de prosperidad le aguardaban. Los sucesos han justificado mi previsión. La República de Colombia se ha formado en medio de las tempestades: triunfó el valor de la fuerza, y la paciencia de los obstáculos. Pueda esta nueva República, después de su triunfo, gozar de la dicha interior, que no puede surgir sino del orden y del respeto á la ley. Pueda ella, imitando á los

1 Véase nuestro estudio intitulado: *Washington en el Centenario de Bolívar.*—1883—1 cuaderno.

Estados Unidos de América, tener siempre presente que la libertad tiene más que temer de las pasiones de aquellos que la sirven, que de los enemigos que la combaten."

Como corolario elocuente de los conceptos honrosos de Lafayette por Bolívar, y de las líneas escritas por el conde de Segur respecto de Colombia, pongamos á continuación la interesantísima carta de Alejandro de Lameth al Libertador, en la época en que la fama de éste alcanzaba éxito brillante, en los diversos países del Viejo Mundo. Dice así:

"París: 3 de abril de 1826.

"*A S. E. el Libertador Presidente, Simón Bolívar.*

"General Libertador:

"Arrebatar inmensas comarcas á la superstición, al monopolio y al despotismo, tanto más bochornoso cuánto él mismo se inclinaba bajo el yugo monacal; dar la libertad, llamar á la verdadera civilización pueblos sometidos hace siglos por las artes impérfectas de la Europa; asociarse y saber dirigir las generosas inspiraciones de hombres que no aspiran sino á la igualdad; obtener un éxito completo por la reunión de grandes talentos, de un valor audaz y prudente, de una constancia inalterable, de un desinterés sin límites, del cual todos los corazones generosos podrán dar testimonio en lo porvenir; tal es, General Libertador, el prodigio que ha proclamado á usted como el primer ciudadano del mundo.

"Nosotros hemos mostrado también á la Europa y presentado á la Historia el modelo de uno de los hombres más extraordinarios que han existido. Ha excitado la admiración por la extensión

de sus concepciones, por la energía de su carácter, por una incontestable superioridad de luces. Ha vencido á las naciones, les ha dado reyes que se han prosternado ante él, y leyes que todavía aman los pueblos. Era omnipotente en Europa, pero rechazó la libertad y cayó!

"Todos los reyes, en el exceso de su alegría, se reunieron con la esperanza de comprimir los pueblos. Hace diez años que se esfuerzan en recoger todos los fragmentos del poder arbitrario que derrocaron los generosos principios proclamados en 1789. Hace diez años que el continente europeo gime bajo las astutas tramas de una criminal conjuración contra el derecho de los pueblos. Sin embargo, no durará mucho su triunfo; la gran mayoría de los pueblos, de los franceses, al menos, tiene la convicción de sus derechos, el conocimiento de sus verdaderos intereses, y si un gran número muestra debilidad todavía, nadie entre ellos presta su asentimiento á un sistema subversivo de toda prosperidad pública.

"Si nuestros primeros esfuerzos, ciudadano Libertador, pudieron excitar la emulación de los pueblos de la América del Sud, éstos nos devuelven hoy servicios por servicios, y su constancia heroica por la defensa de su independencia y por el establecimiento de su libertad, es una lección no exenta de frutos para naciones fatigadas por largas y penosas convulsiones.

"Toda Francia honra á usted, ciudadano Libertador, por haber ayudado con sus altas concepciones, con sus generosos sentimientos, con su noble desinterés, con su inquebrantable carácter, á pueblos que, de acuerdo con los Estados Unidos de la América Septentrional, podrían asegurar aun el triunfo de la libertad y su inmortal duración, si,

lo que no es de temer, la vieja Europa consintiese alguna vez en vestir de nuevo la antigua librea del despotismo, en doblegarse otra vez bajo el yugo de las preocupaciones y del privilegio, y en soportar los abusos, los excesos y los vicios, que de tal estado se deducen, como inevitables consecuencias.

"Al lado del aplauso general de una Nación que no carece de glorias, y que busca con notable celo el perfeccionamiento de la civilización, no puede tener gran precio el homenaje de un ciudadano que no cuenta otro mérito que haber consagrado su vida á la defensa de la libertad de su país; si no se dirigiese al ilustre defensor, no sólo de la Patria, sino de todas las comarcas de un vasto continente.

"En tal confianza, ciudadano Libertador, me tomo la libertad de ofrecer á usted dicho homenaje, acompañado de mis más sinceros votos por la conservación de los preciosos días de usted y por el éxito de todas sus operaciones, que son otros tantos beneficios para la humanidad.

ALEJANDRO LAMETH.

"P. S.—Mis hermanos, los Generales Teodoro y Carlos de Lameth, me encargan ofrezca á usted también el homenaje de sus respetos." (1)

Esta carta, desapercibida para la mayoría de los lectores de la correspondencia de Bolívar que no conocen la historia de los extranjeros que escribieron al Libertador, tiene fecha de 3 de abril de 1826; la misma fecha en que cuarenta y tres años atrás, dejaba el autor á Caracas en unión de sus compa-

1 La firma está adulterada, pues no es Lamethy sino *Lameth*. Fueron los hermanos Teodoro, Carlos y Alejandro ; todos alcanzaron nombre por sus talentos y virtudes republicanas.

ñeros, y cuarenta y tres años de haber nacido en la misma ciudad Simón Bolívar, el 24 de junio de 1783. Ni Lafayette, ni Segur, ni Lameth, ni la familia de Washington, creyeron jamás que á la Revolución norteamericana seguiría la francesa y á ésta la hispanoamericana, verificadas todas en el lapso de sesenta años. Cuando estas figuras distinguidas celebraban las glorias del Washington del Norte, no podían preveer que ellos mismos celebrarían, á poco, en la misma América, las glorias del Washington del Sud. Así se corresponden las revoluciones provechosas, y se acercan los hombres que las han dirigido, como fuerzas que obran de concierto en cumplimiento de las incontestables leyes de la Historia.

CARACAS FUE UN CONVENTO

Nos llama la atención la diversidad de caracteres que distinguieron á los prelados de Venezuela desde los más remotos tiempos, desde Bastidas en 1536, hasta nuestros días. Entre ellos figuran varones eximios por sus virtudes, caracteres intolerantes y díscolos, espíritus progresistas y benévolos, corazones nacidos para el amor y la caridad, verdaderos apóstoles del Evangelio en la tierra venezolana; cada uno en obedecimiento á la educación que había recibido, á la índole de su naturaleza, y al influjo de la época en que figuró. Si Bastidas, joven inexperto, lleno de nobles sentimientos respecto de la iglesia venezolana, se deja arrastrar por las influencias contagiosas de los conquistadores, y favorece la esclavitud del indígena, sus sucesores, fray Pedro de Agresa y fray Antonio de Álcega, representan las más empinadas cumbres del ministerio apostólico. Tan santos varones abrieron, así puede asegurarse, el camino fructífero de la enseñanza y de la práctica de la virtud en los primeros pueblos que fundara entre nosotros el conquistador castellano. Fray Juan de Bohorques fue el iniciador de

aquella lucha secular que conoce la historia de Venezuela con el nombre de *Competencias;* y hombre indigno del sublime encargo de que había sido revestido. Había nacido no para llevar el báculo del apóstol y sí la alfange de los conquistadores. Mauro de Tovar, fue un espíritu intransigente, voluntarioso y aun déspota, pero sumiso ante sus deberes religiosos y hasta humilde en su asistencia á los necesitados. Contagiado por la epidemia de su época, las *Competencias*, é imbuido de las máximas de Hildebrando, según asienta el historiador Yanes, quiso dar á su autoridad tal preeminencia y extensión, que exigía que el poder civil le estuviese subordinado, propasándose á conocer y juzgar de la conducta y hechos domésticos de las familias, so pretexto de pecaminosos. Eran estos errores, hijos de su carácter y de su tiempo, antes que de su corazón. En las épocas de lucha social, de conquistas armadas, los caracteres más humildes se convierten en solemnes tiranuelos.

Fray Antonio González de Acuña y Don Diego de Baños y Sotomayor fueron apóstoles de progreso, y con ellos Don Juan José de Escalona y Calatayud, corazón caritativo y espíritu ilustrado. Celosos defensores de la disciplina eclesiástica, creadores, reformadores, siempre dispuestos al ensanche de cuanto redundara en beneficio de la instrucción eclesiástica; éstos y otros varones del apostolado venezolano de las pasadas épocas, sembraron buena semilla é hicieron cuanto estuvo al alcance de sus facultades.

Mas al llegar á los días en que figuraron los últimos prelados de quienes acabamos de hablar, un carácter, que parece que desconocieron nuestros historiadores modernos, nos llama la atención: nos referimos al Obispo Don Diego Antonio Diez Ma-

droñero, que figuró desde 1757 hasta 1769. Los cronistas venezolanos nos lo presentan como protector de las fábricas del Seminario y del templo de los Lázaros, y creador de los ejercicios espirituales llamados de San Ignacio, que practican los escolares de la actual Escuela Episcopal; pero esto es nada ante la constancia de este reformador de costumbres, de este innovador religioso, monomaniaco pacífico, que supo transformar á Caracas, durante los doce años de su apostolado en un convento, en el cual sólo faltó que los moradores de la capital vistieran todos el hábito talar.

Ninguno de los Obispos y Arzobispos de Venezuela ha dejado en nuestra historia eclesiástica, una estela más prolongada; y todavía, después de ciento veinte y dos años que han pasado, desde el día de su fallecimiento, todavía perdura algo de su obra, á pesar de las revoluciones que han conmovido la sociedad caraqueña. Con su voluntad inquebrantable, con sus edictos, con su constancia supo imponerse y cortar de raíz hábitos inveterados por la acción del tiempo. Y coincidencia admirable! La época de este prelado que hizo de Caracas un convento, es la misma en que figuró, como Gobernador, el General Solano, espíritu recto, liberal, que puso á raya á los nobles y mantuanos de Caracas, sabiendo, desde su llegada, emanciparse de toda influencia española ó americana, pues obraba con conciencia propia, ayudado de un criterio tan justo como ilustrado: así y sólo así, pudo acabar con el contrabando, ensanchar la ciudad, vencer á los caciques tenaces del Alto Orinoco, y dejar su nombre bien puesto en los anales de la patria venezolana.

Quiso el Obispo salvarse del influjo pernicioso de las *Competencias*, y aliándose con el Gobernador,

salvó el escollo como pudo, y obró con su leal saber y entender en la educación del rebaño caraqueño. A los pocos días de su llegada á la capital, conoció la índole de sus moradores, y puso por obra cuanto le sugirió su pensamiento. ¿Qué hizo durante su pontificado? Comprendió que la ciudad necesitaba de una patrona que llevase nombre indígena y creó á Nuestra Señora Mariana de Caracas; y desde entonces llamóse á Caracas, *la ciudad Mariana;* vió que las calles y esquinas no tenían sino nombres de referencia, y bautizó calles y esquinas con nombre del martirologio, é hizo excavar nichos en algunas paredes, para colocar imágenes, é impuso á todas las familias del poblado, á que fijaran sobre la puerta interior del zaguán, la imagen del patrón ó la patrona de la casa. Encontró que el pueblo de Caracas, era partidario de bailes antiguos, conocidos con los nombres de la zapa, el zambito, la murranga, el dengue, etc., etc., y con un edicto los enterró. Quiso el prelado levantar el censo de la capital, y sin necesidad del poder civil, y con sus curas y monigotes, formó el padrón de la capital, sabiendo á poco el número de habitantes de cada casa, edades, condiciones, nacionalidad, y sobre todo, los que se habían confesado y comulgado. Un incidente inesperado, el fuerte sacudimiento de la tierra, en octubre de 1766, lo pone en la vía de exaltar el culto á la virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad y de las arboledas de cacao, y la hace reconocer también, como abogada de los terremotos. En conocimiento de que la mayor parte de las propiedades agrícolas, vecinas de Caracas, carecían de oratorios, concede la licencia necesaria, y á poco, se rezaba la misa en todas estas capillas privadas. Excita á la población, tanto de la capital como de los campos, á que rezaran la oración del rosa-

rio, diariamente, y no quedó familia ni repartimiento que no lo hiciera en congregación antes de acostarse. Quiso que la imagen de la Virgen del Rosario se viera con frecuencia en las calles de Caracas, y estableció que la procesión saliese de cada parroquia cada siete días. Y para sostener la fe, hizo que se representara en los teatricos ambulantes, loas y autos de fe en gloria de la Virgen celestial, con preferencia á sainetes necios y ridículos. Por supuesto, que los sexos debían estar separados en estas reuniones de carácter popular. Protegió las cofradías, las procesiones, el culto á la Copacabana y se recreó en la contemplación de de su obra. Finalmente, quiso acabar con el juego del carnaval, y lo sustituyó con el rezo del rosario, en proccsiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca.

¿Qué consiguió el prelado con todo esto? Fundó la estadística, que no se conocía; levantó los cimientos del alumbrado público, costeado por los dueños de casas, favorecedores del culto católico, y sin que las rentas gastaran un centavo; acabó con el zambito, la zapa y bailes livianos; enterró, durante once años, el juego del carnaval; impuso á toda familia el rezo diario del rosario; acostumbró á los niños y criados á que gastaran sus economías favoreciendo las procesiones nocturnas de cada parroquia, y puso, finalmente, nombre á todas las calles y esquiñas de la Caracas de antaño.

La capital fundada por Losada se había convertido en un hermoso convento, como vamos á probarlo.

I

LA CARACAS DE ANTAÑO

—

Nada más curioso en las pasadas épocas de esta capital, *Santiago de León de Caracas*, que las numerosas fiestas religiosas que, durante el año, tenían divertidos á sus moradores. Con fiestas y octavarios comenzaba enero, y con fiestas y aguinaldos remataba diciembre, sin que hubiera tiempo al descanso; que la sociedad caraqueña, en su totalidad, no tenía en mientes otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles, con el objeto de celebrar el día de alguna Virgen, ó el de algún patrono de la capital.

Quince templos tenía Caracas á mediados del último siglo, á los cuales pertenecían algunas capillas contiguas, y cerca de cuarenta cofradías y hermandades religiosas que entre otras, llevaron los nombres de *Dolores*, *San Pedro*, *Las Ánimas*, *San Juan Nepomuceno*, *Los Trinitarios*, *Los Remedios*, *San Juan Evangelista*, *Jesús Nazareno*, *Santísimo Sacramento*, *Las Mercedes*, *El Carmen*, *Santa Rosalía*, *La Guía*, *La Caridad*, *El Socorro* y *Candelaria*, todas compuestas de libres y de esclavos; á manera de sociedades religiosas encargadas del culto de alguna imagen ó de la fábrica de algún templo, y dedicadas al servicio de las cosas divinas. Y como cada una de ellas, según su reglamento, vestía de una manera igual en la forma, aunque distinta en los colores, sucedía que, reunidas todas en días solemnes, daban á la población un aspecto carnavalesco, aunque se presentaban silenciosas y recatadas. Aceptaron unas el color azul, el blanco otras; y las había también con hábitos color de púrpura, mora-

dos, negros y marrones. Ya llevaban al cuello cintas de colores, ya escapularios bordados sobre el pecho, ya, finalmente, escuditos de plata ú oro en las mangas; pues era de necesidad que cada una cargase un distintivo, desde luego que todos los hermanos tenían de común el andar con la cabeza descubierta y con una bujía de cera en la mano.

Si á la pluralidad de las cofradías y hermandades se agregan los frailes de los conventos, con hábitos de color azul, blanco, y blanco y negro, se comprenderá que una fiesta religiosa de los pasados tiempos de Caracas, acompañada de las cruces y guiones de cada hermandad, y de las cruces de la Metropolitana y de las parroquias, debía aparecer como un mosaico de múltiples colores. En los días solemnes, como los de Corpus-Cristi, Jueves Santo, Santiago, etc., etc., y también en el entierro de algún magnate español ó caraqueño, veíanse reunidas todas estas Corporaciones, haciendo séquito al Ayuntamiento, Gobernación y Audiencia, pues en tales casos hacía gala cada Cuerpo é individuo del rango que representaba en la esfera política ó religiosa; de su riqueza y posición social; ó, finalmente, de la vanidad con que quería aparecer inflado, hueco ó sólido, según los méritos que suponía tener ó los que le concedieran sus semejantes.

Sólo una de las hermandades tenía el privilegio exclusivo de pedir limosna el día en que la justicia humana decretaba la muerte de algún criminal: era la de *Dolores*, la cual, horas antes de la ejecución, recorría las calles llevando un crucifijo y un plato, é iba de casa en casa recitando el siguiente estribillo: *Hagan bien para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar.* A poco se escuchaban cuatro ó más tiros de fusil en la pla-

za de la Metropolitana ó en la de San Jacinto, y los dobles de las campanas de los templos. Con el producto de la limosna conseguida se pagaban los gastos del entierro, las misas que por el alma del ajusticiado debían rezarse, el regalillo á la pobre familia del reo y algo para los hermanos de la cofradía, pues la justicia entra siempre por casa.

Las cofradías y hermandades vivían por lo general, de las economías que cada una guardaba, y también de la limosna pública, la cual se solicitaba de varios modos. Por lo común, en los días solemnes, á la puerta de los templos, donde cada hermandad tenía mesa cubierta de riquísima carpeta, en la cual sobresalía una bandeja de plata, de plomo ó de latón. Era esta operación una especie de peaje forzado, donde la concurrencia que entraba y salía del templo se veía asediada por la tropa de pedigüeños y limosneros. Y ocasiones hubo en que las diversas cofradías se disputaron la limosna de algún personaje extranjero que, atolondrado por una lluvia de gritos donde se percibían: —*para el Santísimo, para las ánimas benditas, para la cofradía de los Dolores, para la fábrica del templo, etc, etc:*—no sabiendo qué hacer, procuraba salvarse de aquel ataque inusitado.

La costumbre de pedir limosna tenía sus días clásicos y era siempre de carácter doméstico, puesto que no podía pasar de las puertas de cada templo; mientras que había otra, de carácter público, que se extendía hasta las últimas chozas del poblado. Queremos hablar de la compañía de santeros, delegados de las comunidades y cofradías. Eran aquéllos, por lo general, hombres ancianos, cuyo encargo se limitaba á recoger limosna, para lo cual llevaban, como divisa de su oficio, una imagen en

pintura ó escultura, exornada de flores naturales; una cesta ó *macuto* que pendía del brazo, y algunos rosarios, reliquias, escapularios, novenas y otros objetos religiosos que vendían á los fieles.

Con tal industria ganaban los santeros su vida, pues además de la limosna en dinero efectivo, llenábase el *macuto* á cada instante de efectos comestibles. La visita diaria de estos comerciantes religiosos al mercado público, era un hecho curioso: si por una parte los compradores deposita ban en manos del santero el centavo de la limosna, después de arrodillarse y de besar la imagen, por la otra, los vendedores depositaban en el pro longado cestillo huevos y verduras, pan y fritadas que pagaba el santero con sonrisas, y también con el permiso de besar la imagen del santo ó virgen que le servía de pasaporte para llamar á todas las puertas y recibir limosna de todos los fieles.

Desde el día de la Circuncisión de Jesucristo, al comenzar el año, hasta el de la Natividad, que lo remataba; y desde el Viernes de las Llagas, primero que anunciaba la Cuaresma en el templo de San Francisco, hasta el del Concilio, en que por la tarde subía el Nazareno de San Jacinto, en peregrinación, á la colino del Calvario, y por la noche la Dolorosa de Altagracia, hasta el Domingo de Resurrección en que remataba la pasión, Caracas vivía en estado de vértigo. Aderezábanse las señoras de pie á cabeza, ostentando las más ricas joyas; llevaban las matronas su cola de esclavas; acompañaban las autoridades las principales procesiones, y gala hacían los batallones de sus limpias armas y bellos uniformes, en tanto que la primera autoridad de la colonia, repleta de vanidades y de ignorancia, atraía la mirada contemplativa de los necios, que en una sonrisa ó en un saludo, encontraban la suprema dicha.

Una de las fiestas que más entretenía á los caraqueños, durante la época colonial, era la dedicada á la *Venta de las bulas*, la cual se efectuaba cada dos años, en la Metropolitana.

Lo que en los días de las Cruzadas llamóse *Bula de la Santa Cruzada*, fue cierta indulgencia ó gracia concedida por el Sumo Pontífice á los que se aprestaban en la conquista de la Tierra Santa. Con el producto de la venta, se contribuía á los gastos de la conquista, patrocinada no sólo por los que en ella figuraban, sino igualmente por toda la cristiandad. Pero tan luego como cesó el espíritu de conquista y remató la guerra de las Cruzadas, el Gobierno de España, después de emprender la destrucción de los moros y la civilización de los indios, hubo de obtener del gobierno de Roma el permiso de continuar con la venta de las bulas de la *Santa Cruzada* contra los nuevos infieles, á la cual se agregaron las de los *vivos*, la *de composición*, la de *lacticinios* y la de los *muertos*, que proporcionaron al Gobierno de España durante tres siglos cuantiosa renta. Cambió así la primitiva idea, con mayor beneficio, pues en la venta de las bulas había gerarquía de precios, desde dos reales hasta veinte pesos; y como las concesiones que dispensaba cada una de aquéllas debían de estar de acuerdo con la renta y posición social del comprador, sucedía que había orgullo en los ricos y pudientes en adquirir las más costosas; que en ellos obraba la vanidad como el principal aliciente.

Por la bula de la *Santa Cruzada* llamada de *vivos* que compraba todo el mundo, se conseguían admirables gracias, entre otras la de ser absuelto de toda especie de crímenes; y por la de *lacticinios* obtenían los clérigos licencia para comer cada uno á sus anchas, durante los días de ayuno. Por la llamada

de *composición* quedaban favorecidos aquellos que poseían bienes pertenecientes á la iglesia, por obras pías, ó dueños ignorados. Si las bulas de *vivos* y *muertos* favorecían á los necios y pobres de espíritu, la de *composición* era el triunfo de los ladrones, usurpadores y avaros.

De todas estas supercherías, de cuya renta disfrutaba el gobierno español, la bula de los *muertos* nos llama la atención. Un viajero francés que visitó á Caracas, al comenzar el siglo, después de hablarnos de las diversas bulas que se vendían en la capital, nos dice, respecto de la de los *muertos*, lo siguiente:

"Es una especie de boleta de entrada al paraíso, pues haciéndonos salvar el fuego devorador del purgatorio, nos conduce directamente á la mansión de los escogidos; pero es necesario advertir que una de ellas no puede servir sino para una alma. Así, desde el instante en que un español espira, sus parientes ocurren á la casa del Tesorero por una bula de *muertos*, sobre la cual se inscribe el nombre del difunto. Si la familia de éste no puede obtenerla por carecer de recursos, entonces dos ó más miembros de ella solicitan en la ciudad limosna con qué comprarla, y en el caso de no poder obtenerla, lloran públicamente y dan gritos escandalosos, con los cuales manifiestan, si poco la pena que les causa la partida del pariente, mucho el que éste no haya ido provisto de un pasaporte tan esencial.

"La virtud de esta bula no se limita á salvar el alma del purgatorio: tiene el poder de emanciparla de las llamas, donde se blanqueaba, á semejanza del amianto en el fuego; más aún, puede designar el alma que quiera salvar. Basta inscribir sobre la bula el nombre de la persona cuyo

cuerpo abandonó el alma, para que al instante las puertas del paraíso se abran para ésta. Por. de contado, que es de necesidad una bula para cada alma, pudiendo obtenerse de cuantas bulas se necesiten, con tal que sean pagadas. Con piedad y riquezas es, por lo tanto, muy fácil vaciar el purgatorio, que no permanecerá por mucho tiempo solitario, porque la muerte incansable, remueve á cada instante los habitantes." (1)

La fiesta de las bulas tenía efecto en algunas ciudades de la América española en el día de San Juan, y en otras, en el día de San Miguel. Caracas pertenecía al primer grupo. Desde el amanecer todos los caraqueños se aprestaban á celebrar la solemne procesión, que comenzaba en el templo de las Monjas Concepciones y remataba en la Metropolitana. Al sonar las nueve de la mañana, las autoridades civiles y eclesiástica, acompañadas del pueblo, salían de la plaza mayor y se dirigían á la capilla de las Concepciones, donde se tomaban los paquetes de bulas que procesionalmente eran conducidos á la nave central de la Metropolitana, donde los colocaban sobre mesa ricamente vestida. Por razones de conveniencia no asistía á estas fiestas el prelado, pues hubiera estorbado al canónigo, comisario de la *Santa Cruzada*, que ocupaba el puesto de honor y presidía la ceremonia, que consistía en gran misa acompañada de sermón. Concluída ésta, comenzaba la venta de las bulas, tomando cada comprador la que cuadrara á su riqueza, posición social y nombradía, teniendo todas ellas, se entiende, después de pagadas, la misma virtud.

---

1 *Depons*—Voyage á la partie orientale de la Terre-Ferme, 3 vols—París—1806

Pero, no se crea por esto que en la Caracas llena de procesiones, durante el año, la humildad estaba á la altura de la devoción. No, que las autoridades civil y eclesiástica vivían como perros y gatos, queriendo cada una aplastar á la otra, pues en cuestiones de autoridad, fueros, prerrogativas y *el yo*, primero que todo, ninguna familia humana es más recalcitrante que la española y sus nietecitos de ambos mundos. Las autoridades civil y eclesiástica de Caracas, después de bombardearse con metrallas de insultos y de cometer sandeces y tonterías, acudían al Rey acusándose como pupilos de escuela. Por esto dijo un monarca de allende los mares, al ocuparse en cierto día en la resolución de una de tantas necedades, que "*no tenía ya tiempo ni paciencia para resolver las tonterías y disputas entre las autoridades de Caracas.*"

La vanidad religiosa, que consistía en favorecer la fábrica de los templos, en asistir á las procesiones, tenía su complemento en los entierros y en el recibimiento del viático en la casa de los ricos. En una capital donde no existían las carretas de la industria, que no comenzaron sino en 1778; donde no figuró el teatro, que no surgió sino en 1784; donde no había alumbrado público, el cual apareció casi al rematar el siglo, 1797; y donde las únicas diversiones consistían en los juegos de toros y cañas y en el de pelota, en los templos y procesiones, en los entierros y bautizos, debía buscarse solaz al espíritu y entretenimiento social.

Notables aparecieron siempre los entierros de los magnates de Caracas, no sólo por las posas que hacían en cada cuadra, sino igualmente, por la asistencia de todas las cofradías, cruces de las

parroquias y los empleados y Corporaciones, desde el último alguacil hasta el Capitán general Gobernador. El espíritu venezolano no podía desarrollarse sin el aliciente de las procesiones.

No existía en Caracas, para aquel entonces, ninguna agencia funeraria, siendo peculiar de las cofradías correr con los entierros, alquilando cada una lo que tenía; y como no había coches mortuorios, los cadáveres se cargaban sobre andas. Cada cofradía tenía ataúdes para ricos y pobres, consistiendo los primeros en urnas abiertas, de graciosa forma, con esculturas doradas, semejantes á las que sirven hoy para el entierro de los canónigos y Obispos. El cadáver iba descubierto ó velado con ligera gasa, y tan luego como concluían los oficios religiosos, la familia lo sacaba de la urna elegante, lo encerraba en un ataúd nuevo y era enterrado en algún sitio del templo.

Al celebrarse, en honra del difunto, los funerales de costumbre, días más tarde, se colocaba al pie del túmulo una media barrica de vino, una cesta llena de pan, y un carnero, como ofrenda á los manes de aquél, según costumbres de las épocas más remotas. Al regresar el acompañamiento á la casa mortuoria, tropezaba con dos filas de pobres de solemnidad que llenaban las aceras de la calle; y como era tanto el número de exequias fúnebres que se verificaban en Caracas, en pasados días, los mendigos más retirados del poblado, tenían que saberlo, por el hábito de solicitar la limosna, que se había hecho una necesidad.

Los muertos gozaban también, como los santos y vírgenes de los templos, de su octavario, consistiendo éste en reunión general de toda la parentela del difunto, con el fin de almorzar y comer, charlar, departir acerca de los asuntos del día, y

convertir el triste suceso en tema de parranda. Era de costumbre y de lujo el que toda la parentela contribuyese á estos días del octavario con obsequios culinarios; y tan mona era la rijidez del duelo, que hasta los pavos y jamones aparecían sobre la suculenta mesa con las patas y el mango llenos de lazos negros. Cubríanse las paredes de las salas con género oscuro, y se cerraban éstas después del octavario. Todos los esclavos participaban del duelo, no en el corazón, sino en los vestidos, y con éstos los retratos de los antepasados, los cuadros al óleo, las arañas colgantes, las mesas y cuanto objeto figuraba en las principales salas de la familia. ¡Cuántos contrastes se veían en estos días! Recogidos y llorosos estaban los allegados del difunto, mientras que la parentela, compuesta en casi su totalidad de epicuristas, se aprovechaba del octavario-fúnebre.

En aquellos tiempos los entierros se efectuaban casi siempre de noche, y el duelo se despedía en la casa. Desde lejos se conocía un entierro en las solitarias calles de Caracas, por las dos filas de acompañantes, vestidos de duelo, por el hacha fúnebre que cada uno llevaba y los farolitos blancos de papel que resguardaban la llama del viento. Pero hay un signo distintivo que ha caracterizado en toda época los entierros de Caracas, y es la conversación, que se anima á proporción que el acompañamiento se acerca al templo de la parroquia. El murmullo de la concurrencia es tal, que una persona situada en el dormitorio más retirado de la calle, puede asegurar, por el ruido que produce la conversación, que un entierro pasa.

Los cadáveres de los pobres de solemnidad no pasaban de la puerta del templo, adonde venía el cura á rezar los oficios religiosos. Les estaba ce-

rrada la entrada á la casa de Dios, por carecer de medios monetarios. Esta infame gerarquía entre el pobre y el rico, sostenida por los curas de parroquia, en una gran porción de la América, trajo el más repelente escándalo que presenciaran las pasadas generaciones. La pobrecía, las madres, al verse desamparadas por los sostenedores del culto católica, rechazaron las oraciones religiosas y colocaron sus parvulitos en cestitas llenas de flores, en las puertas de los templos, en los nichos de la fachada de la Metropolitana, en la destruída escalinata al Este de San Francisco. No hubo día en remotas épocas en que no se vieran dos y más cadáveres de expósitos en los sitios indicados.

Los entierros de los párvulos pudientes se efectuaban siempre de tarde, y sólo eran acompañados de niños. Desde remotos tiempos eran conducidos en mesitas bellamente exornadas con flores y cintas; después por medio de cordones. Al regreso del cementerio aguardaba á los niños acompañantes suculenta mesa llena de confituras. Siempre Epicúreo en las casas mortuorias: tal fue la costumbre de pasados tiempos.

En la Caracas de antaño no había comparsas de llorones en los entierros; pero como el llanto, y tras éste el grito, son indicios del dolor, en muchos casos, sucedía que ciertas familias escogían, como hora propicia para manifestar el sentimiento, aquella en que salía el cadáver de la casa. Apenas se levantaban las andas, cuando comenzaba la gritería. Y como el llanto, así como la risa, tienen poder contagioso, sucedía que las familias que estaban ya en la casa y las que llegaban en el solemne momento, comenzaban también á llorar, á gritar, y á participar de tan ridícula como escandalosa costumbre.

La vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos que eran conjugados en todos sus tiempos, á saber: comer, dormir, rezar y pasear. El almuerzo se verificaba de ocho á nueve de la mañana; la comida de mediodía á la una de la tarde; la siesta hasta las tres, y tras ésta la merienda: á los negocios se le concedían dos ó más horas de la tarde, y seguían los paseos, visitas, etc, hasta las once ó doce de la noche. A las siete de la noche casi todas las familias rezaban el rosario dirigido por el jefe de la familia, pues otras lo hacían á las tres de la tarde.

A la hora de la siesta, desde que comenzaba el almuerzo hasta la hora de la merienda, se cerraban todas las puertas de la población, quedando solitarias las calles y plazas. Y tanta rijidez hubo en el cumplimiento de esta costumbre, que por haber llamado un desgraciado á la puerta de la casa de cierto Intendente general, el Ayudante de éste, abrió la puerta y disparó su pistola sobre el pecho del inconsciente importuno. A la hora de siesta, ni se cobraba, ni se pagaba, ni se vendía.

La vida social no carecía de cierta elegancia, sobre todo, por la variedad del vestido de los hombres, que consistía en casaca redonda de varios colores, chaleco bajo, pantalones cortos, zapatos cortos con hebilla y sombrero tricornio, desde la confección más barata hasta la más rica por la abundancia de bordados y piedras preciosas que brillaban en las hebillas. Respecto de las damas, lo que en éstas sobresalía eran las ricas mantillas españolas y los camisones de brocado, con adornos de oro y plata, de seda los más.

Era curiosa la sociedad caraqueña respecto de las visitas de etiqueta, las cuales se hacían por la tarde. En primer término era necesaria la ve-

nia de la familia obsequiada, con horas más ó menos de anticipación, con lo cual se recordaba que debía prepararse á recibir á la familia obsequiante, con confituras y bebidas, que se servían en platos y platillos de China ó del Japón, y vasos dorados. Al llegar al zaguán la visita, que se componía, por lo menos, de dos ó tres señoras y señoritas, éstas se despojaban de la saya y mantilla que traían, y las entregaban á la criada que las acompañaba. Entonces sobresalía el rico vestido bordado de pies á cabeza, y erguidas entraban, sin que ningún curioso viandante se hubiera detenido en la puerta de la casa, como observador de costumbre tan incomprensible. A la hora señalada por las visitantes tornaba la criada que había conducido en un cesto las sayas y mantillas, trayendo los sombreros, mantos y abrigos correspondientes.

En las clases acomodadas, el uso de la capa fue siempre un distintivo social, y aunque la temperatura no exigiera el abrigo, la vanidad lo necesitaba. Entonces comenzaron los pobres industriales á hacer uso de los capotes de variados colores, los cuales duraron hasta ahora cuarenta años. En los días de la colonia las capas triunfaron siempre; después de creada la república imperaron los capotes. Capas y capotes desaparecieron por completo de las calles de Caracas.

A falta de teatros, la noche en Caracas tenía sus diversiones, de acuerdo con la índole de los habitantes. Eran las procesiones del Rosario acompañadas de mala música y de peores cantantes. Apenas se sentía en cada cuadra, cuando las puertas de las casas se llenaban de niños y de criados, y las ventanas de rostros marchitos y juveniles. De todas partes pedían una Salve, un Ave María, y el canto, música y rezo iba de cuadra

en cuadra haciendo estaciones. Cuando la procesión se recogía cerca de las once de la noche, se habían cantado cien Salves y doscientas Ave Marías, lo que equivalía á veinte y cinco ó más pesos que se distribuían los cantores, los músicos, el lego recolector, los muchachos cargadores de faroles, y el conductor del retablo que representaba la Virgen del Rosario.

Y tan partidaria era la población de estas diversiones de carácter religioso, que lo mismo sucedía al sentirse la esquila del viático que se llevaba á los enfermos y moribundos. Como movidos por resorte secreto, se lanzaban á la calle las beatas de la parroquia, los niños, los criados; abríanse las ventanas y salían á brillar las luminarias de sebo ó de cera, pues la esperma no llegó á conocerse sino mucho tiempo después. ¿Qué solicitaban estos curiosos? Días de perdón, según acompañaran al cura con luces, faroles ó llevaran el paraguas encarnado de pesado varillaje. El sonido de una sola esquila anunciaba el viático para los pobres ó modestos; mas cuando la esquila era doble, se aprestaba el vecindario de la parroquia como para asistir á una procesión de Corpus. Acudían los amigos y parientes del difunto, movíase la muchedumbre, llenábase el templo, barríanse las calles y de flores se esmaltaban para que pasara el viático bajo palio conducido por magnates, al són de la música y seguido de grande acompañamiento. Cuando esta procesión se efectuaba en las silenciosas horas de la noche ó de la madrugada, revestía cierto carácter imponente, pues á las armonías de la música acompañaba el repique de las campanas, que despertaba á los fieles y les hacía lanzarse á la calle en busca de novelerías.

Un mismo alimento nutría á los moradores de

la Caracas de antaño, y ricos y pobres solicitaban la misma comida en el mercado general. No había médicos, ni boticas, ni la química, la química del engaño y de la falsificación, había penetrado en la ciudad de Losada: ni las conservas alimenticias habían turbado la salud de la familia caraqueña. La mayoría de nuestros antepasados, longevos y jóvenes, no llegó á pronunciar el vocablo *dispepsia*, que sintetiza la nutrición perdida, la digestión bajo cero, la salud triturada por este peso de las vanidades, de las mentiras y patrañas, del desbordamiento de las pasiones humanas que se llama CIVILIZACIÓN MODERNA.

II

LOS ANTIGUOS PATRONOS DE CARACAS

—

Caracas, así como las demás ciudades de la América española, tuvo también sus patronos y santos tutelares, y sus vírgenes milagrosas. Antes de ser fundada y desde que se pensó en conquistar la belicosa nación indígena de los Caracas, ya en la mente del conquistador Losada bullía la idea de ofrecer una ermita á San Sebastián, si le libraba de las flechas envenenadas en la empresa que iba á acometer. Y así sucedió en efecto, pues en 1567 se fundó á Santiago de León de Caracas y se colocó la primera piedra de San Sebastián en el lugar que ocupa hoy la Santa Capilla. Pero al mismo tiempo que se levantaba esta ermita, se daba comienzo al templo que debía servir más tarde de Catedral, nombrando por patrón de la ciudad al Apóstol Santiago. ¿Y qué patrón más noble podía am-

bicionarse invocado siempre por el pueblo español, que le reconoció como mensajero de Dios en todos sus aprietos, conquistas y batallas? Desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, jamás santo alguno llegó á alcanzar culto más grande ni proporcionó frutos más copiosos al hombre. La primera fiesta dedicada al patrón de Caracas fue celebrada el 25 de julio de 1568, poco antes de perder Losada la conquista adquirida.

Los conquistadores continuaban con feliz éxito, y vencidas eran las tribus enemigas, cuando en 1574 visitó la langosta los primeros campos cultivados de la triste ciudad. Nueva ermita es entonces construida al Norte de la de San Sebastián, dedicada á San Mauricio, nombrado al efecto abogado de la langosta. Ésta desaparece, pero el pajizo templo es á poco devorado por las llamas, logrando el patrón salvarse del incendio y encontrar refugio en la ermita de San Sebastián.

Tras de Santiago, Sebastián y Mauricio, viene Pablo el Ermitaño, como abogado contra la peste de viruela que azota á Caracas en 1580. El Ayuntamiento de la ciudad dispone levantarle un templo, y antes de que éste comenzara, se ordena que el nuevo patrón fuera festejado con fiesta anual en la Iglesia Mayor, con asistencia de los dos Cabildos. A pesar de esto las viruelas volvieron, y en el cementerio que se construyó contiguo á San Pablo fueron enterradas las numerosas víctimas. San Pablo ha dejado su puesto á Talía.

Tras de San Pablo debía asomarse la primera Virgen de origen indiano: la Copacabana, de la cual hablaremos más adelante.

No debía rematar el siglo décimo sexto sin que Caracas enriqueciera con un santo más la lista de

de sus patronos. Tristes y llorosos andaban los habitantes de la ciudad por los robos que en las costas hacían los piratas, cuando de repente las sementeras de trigo aparecen, en cierta mañana, cubiertas de gusanos que en pocas horas devoran las espigas y despojan á los árboles de sus hojas. Al verse arruinados aquellos pobres moradores, elevan sus oraciones á Dios, y le piden con lágrimas y promesas les salve de aquel ataque destructor. Reúnese el Ayuntamiento, y resuelve que, antes de abrirse la siguiente sesión, escuchen los pobladores una misa dedicada al Espíritu Santo, de quien esperaban les inspirase la manera de salir de tan comprometido trance. En efecto, el Ayuntamiento abre la sesión después de rezada la misa y dispone que se inscriban en tarjetas los nombres de cien santos, y que el favorecido por la suerte sea el patriarca y abogado de las sementeras de trigo. Sale el nombre de San Jorge, y el Ayuntamiento decreta al instante que la fiesta anual de este santo pertenezca exclusivamente á dicho Cuerpo, no pudiendo ingerirse en ella ni el Gobernador ni el prelado. Desde entonces San Jorge fue celebrado anualmente en la capilla de la Metropolitana que lleva su nombre.

Al comenzar el siglo décimo séptimo aparecen en Caracas dos santos varones de mérito relevante: San Francisco de Asís y San Jacinto: y en 1636, la Virgen de la Concepción. Eran tres templos más, con sus comunidades, que venían á aumentar el cortejo religioso de la ciudad de Losada. Y no contenta todavía la población con tres templos, levanta otro en 1656, que dedica á la Virgen de Altagracia, y recibe una Santa americana, Rosa de Lima, que se pone á la cabeza del primer instituto de educación que tenía la ciudad: el Seminario Tridentino, en 1673.

En una ocasión, por los años de 1636 á 1637, los agricultores de cacao vieron desaparecer sus arboledas, devoradas por un parásito llamado entonces *candelilla*, el cual destruía la corteza de los árboles. Deseosos los caraqueños de tener una patrona que protegiera las hermosas siembras del rico fruto en las costas y valles cercanos á la capital, fijan sus miradas en la Virgen de las Mercedes, á la cual levantan un templo en 1638 y le ofrecen una fiesta anual. Rumbosa era ésta y con constancia celebrábase todos los años á la Virgen protectora del cacao, al mismo tiempo nombrada abogada de Caracas, y más tarde en 1766 abogada de los terremotos.

Al rematar aquel siglo, en 1696, Caracas es víctima de la fiebre amarilla, que llega á diezmar la población. En medio de la más triste orfandad, una inspiración se apodera de los pocos que había dejado la epidemia. Piensan en Rosalía de Palermo, á la cual llaman con súplicas y esperanzas. La santa acude á la llamada de los desgraciados, y éstos le levantan un templo. Era una nueva patrona que venía á sentarse en la asamblea caraqueña, donde figuraban Santiago, Santa Ana, Mauricio, Pablo el Ermitaño, Jorge, Jacinto, Francisco, varias vírgenes y Rosa de Lima, que aceptaba la capital donde era venerada su compatriota, la virgencita de Copacabana.

Durante el siglo décimo octavo, una nueva Virgen, la del Carmelo, visita á Caracas en 1732 y se hace dedicar un convento. Casi en los mismos días, aparece en Caracas una Virgen más; la de la Pastora, que se hace construir un templo en los extremos de la capital, y en la misma época,

al Norte de la ciudad, se levanta el de la Santísima Trinidad rematado en 1783, después de 42 años de trabajo. En 1759 llega San Lázaro á socorrer á los leprosos. Últimamente llegaron los neristas y capuchinos, en 1774 y 1783, para levantar dos templos más, á San Felipe y San Juan, y entrar en competencia religiosa con los franciscanos, domínicos, mercedarios, y la colonia isleña que había levantado á la Virgen de Candelaria un templo en 1708.

Hasta la época del Obispo Diez Madroñero, 1757—1769, no se conocía en Caracas una patrona que llevase el nombre indígena de la capital. Ya veremos cuánto hizo el prelado al bautizar á ésta con el nombre de *Ciudad Mariana* y ponerla bajo el patrocinio de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Otra Virgen protectora debía surgir igualmente en esta época, la de las Mercedes que llegó á figurar como abogada de los terremotos. Y tanto fue el entusiasmo del Obispo por la creación de vírgenes protectoras de la ciudad, que llegó á pensar en *Nuestra Señora de Venezuela*, bautizando con este nombre la calle que está entre la Metropolitana y la Obispalía, dando el nombre de Nuestra Señora Mariana de Caracas á la que corre de la Metropolitana á la Casa Amarilla.

Pero el culto al cual se dedicó el Obispo con todas sus fuerzas, fue el del rosario. No hubo, durante su apostolado, semana en que no se rezara públicamente, ni casa de Caracas y de los vecinos campos, donde las familias no cumpliesen diariamente, á las tres de la tarde ó á las siete de la noche, con aquel deseo y mandato del Obispo.

III

NUESTRA SEÑORA MARIANA DE CARACAS

—

Desde el día en que fue demolido el antiguo templo de San Pablo, de 1876 á 1877, y con éste la capilla contigua de la Caridad, cesó el culto que desde remotos tiempos rindieran los habitantes de la capital á *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, tan festejada durante los postreros años del siglo último. En uno de los altares de la capilla sobresalía cierto cuadro en grande escala, que representaba á la Virgen, la cual recibía con frecuencia la visita de los fieles; mientras que en la esquina de la Metropolitana, un retablo de la misma imagen, fijado allí desde 1766, servía de consuelo y de esperanza á los devotos de la nueva Virgen. Desde el toque de oraciones hasta las diez y doce de la noche, multitud de personas se arrodillaba y oraba delante del retablo, para ganar de esta manera las indulgencias que desde 1773 concediera el Obispo Martí á todos aquellos que comunicaran á la Soberana de los Cielos sus miserias y necesidades.

Durante ciento doce años permaneció el retablo de *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, ya en la esquina de la Metropolitana, en la casa del municipio, frente á la puerta mayor del templo; ya en la opuesta, diagonal con la torre, donde los vecinos anduvieron constantes en iluminarlo durante la noche. Al dar las siete el reló de la ciudad, la concurrencia se presentaba numerosa; comenzaba á declinar á las nueve, y desaparecía á las diez; aunque hubo repetidos casos en que corazones peniten-

tes vieron brillar sobre el rostro de la Virgen los reflejos de la aurora.

¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, en que fue colocado el retablo en la esquina de la Metropolitana, hasta el de 1876, en que fue quitado de su antiguo sitio para ser colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas noches borrascosas, con sus horas de angustias, llegaron, en la misma época, á turbar la paz de la familia caraqueña, en tanto que la luminaria de la Virgen, cual estrella de los náufragos, atraía siempre á todos aquellos que con el pensamiento la buscaban en la soledad del desamparo! Ciento doce años de luchas sociales, de cataclismos, de sol y de agua, han pasado por el añejo retablo, que pudo al fin salvarse de la intemperie, para recordarnos la historia de pasadas épocas!

El retablo es un cuadro de 68 centímetros de largo por 49 de ancho, colocado en un viejo marco, cuyo dorado se ha desvanecido. En su parte inferior figura la ciudad de Caracas de 1766, con tres torres de las que entonces tenía: la de la Metropolitana, la de San Mauricio, y más al Norte, la de las Mercedes, derribada por el fuerte sacudimiento terrestre de 1766. En la porción superior descuella, como suspensa en los aires, María, coronada por dos ángeles. Con noble actitud, la Soberana de los Cielos extiende sus brazos hacia la ciudad, como signo de protección. A la derecha de la Virgen figuran una santa y un apóstol, y á la izquierda, dos santas. Grupos de ángeles que llevan en las manos guirnaldas y lemas con frases de las letanías, llenan el conjunto y parece que celebran á María, en tanto que un arcángel aparece frente á Nuestra Señora y le presenta un objeto. Ya ve-

remos más adelante quiénes son los diversos actores que figuran en esta pintura, y cómo el artista sintetizó en ella la historia de Caracas durante los dos primeros siglos de su fundación:—desde 1567, en que fue levantada, hasta 1763, en que surgió la Virgen con el nuevo nombre de *Mariana de Caracas*.

En los días del Obispo Diez Madroñero, contaba Caracas una abogada de la peste, otra de las lluvias, y otra de las arboledas de cacao y de los terremotos. Reconocía, además, un abogado de la langosta, otro de las viruelas, y á San Jorge como protector de las siembras de trigo. Contaba, igualmente, la capital, con su patrón Santiago; la Catedral, con Santa Ana; y el Seminario Tridentino, con Santa Rosa de Lima; pero la ciudad necesitaba de una virgen que, sin figurar en el martirologio romano, fuese, por excelencia, grande abogada y protectora de la ciudad, cuyo nombre debía llevar.

Tales sentimientos abrigaba la población de Caracas: eran ellos el norte de los fieles corazones, motivo por el cual los estimulaba el prelado, que aguardaba el momento propicio en que apareciera sin ruido y sin milagros la Soberana de los Cielos, amparando á la ciudad de *Santiago de León de Caracas;* nombre éste que debía desaparecer ante el de *Mariana de Caracas.*

Los primeros hechos referentes al nacimiento de la Virgen á que nos concretamos, datan del 25 de agosto de 1658, época en que el cabildo eclesiástico, sede vacante, por sí, y á nombre del clero, decretó defender la pureza de la Virgen María, guardar como festivo su día y no comer car-

ne en sus correspondientes vigilias. Era un voto hijo de la gratitud, pues por la intervención de María, Caracas se había salvado de la cruel epidemia que en aquellos días comenzó á destruir la población. Caracas, protegida por María, debía traer á la capital el calificativo de *Mariana*, es decir, que rinde culto á María.

Tan noble propósito continuaba en la mente de los miembros del cabildo eclesiástico, cuando, en 11 de abril de 1763, el Ayuntamiento de Caracas elevó á la consideración del Monarca una petición, que abrazaba los términos siguientes: 1º que todos los empleados públicos de la Capitanía general de Venezuela, jurasen defender la pureza de la Inmaculada Concepción: 2º que el escudo de armas de la ciudad fuese orlado con la confesión de este misterio; y 3º que en las casas capitulares se edificara un oratorio, en el cual figurara la imagen de la Santa venerada, como Madre Santísima de la Luz.

Feliz coincidencia de fechas obraba en el ánimo del Ayuntamiento, al pedir cuanto dejamos escrito; y era que Santa Rosalía, abogada de la peste, venerada en Caracas desde 1696, en que se le dedicó un templo por haber salvado la población de la capital, era celebrada por la Iglesia católica el 4 de setiembre. (1) En 4 de setiembre de 1591 fue concedido un sello de armas, por Felipe II, á la ciudad de Caracas; y, últimamente, en 4 de setiembre de 1759, Carlos III se ciñó por primera vez la corona de España. Estas y otras razones influyeron poderosamente en el ánimo del Ayuntamiento, para suplicar al Monarca que le concediera

1 Sábese que á Santa Rosalía se le apareció la Virgen María.

la orla mencionada, con el lema siguiente: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado concebida.*

El nombre de *Mariana*, dado á la ciudad de Caracas antes de 1763, época en la cual lo decretaron ambos cabildos, data desde la llegada á Caracas del Obispo Diez Madroñero, acaecida á mediados de 1757. Partidario decidido y entusiasta por el culto á María se mostró desde el principio aquel virtuoso prelado, que desde 1760 fechaba sus comunicaciones en la *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*, según consta de documentos que hemos visto y estudiado detenidamente.

Por real cédula de Carlos III fechada en San Lorenzo á 6 de noviembre de 1763, y que encontramos en las actas del Ayuntamiento de 1764: "Su Majestad se digna manifestar á la ciudad de Caracas, haber diferido á sus instancias sobre que juren, los que ejerzan empleos públicos, la pureza original de María Santísima; que puede poner la orla que se expresa en su escudo, y erigir oratorio en las casas capitulares, sacándose del caudal de propios el que se necesite para su fábrica, aseo y permanencia."

Los señores del Ayuntamiento dijeron, en sesión de 22 de enero de 1764: "que celebrando, como celebran, la nueva honra que debe á S. M. esta ciudad, y principalmente el que, para gloria del culto y veneración de la Inmaculada y Santísima Madre de la Luz, puede, desde aquí en adelante, con nuevo título, ser y llamarse *Mariana* esta misma ciudad, tan obligada á su piedad, y tan reconocida á sus inmensas misericordias, á la que confiesa deber cuantos progresos ha logrado y de la que los espera en adelante mucho mayores, constituida con nueva, honrosa y distinguida marca, y el más ilustre blasón por su virtuoso pueblo...."

"Desde hoy en adelante—agrega el Ayuntamiento—deberá la ciudad titularse, y se titulará así: *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*"

Ya en diciembre de 1763, el mismo Ayuntamiento, al acusar recibo de la real cédula de 6 de noviembre del mismo año, había dicho: "La amantísima ciudad de Caracas tiene ya, con razón, nuevo título, y con orgullo se llama *Ciudad Mariana*, por haberla dedicado con tamaña honra V. M...." Y á tal grado llegaron el entusiasmo, la humildad y la adulación de los miembros del Ayuntamiento, que en uno de tantos oficios dirigidos por éste al Monarca, llegaron á decirle, que S. M. poseía *un mariano corazón.*

Después de dar á Carlos III las más expresivas gracias con frases más ó menos parecidas á las últimas copiadas, el Ayuntamiento pidió al Gobernador y Capitán general de la Provincia, en vista de la real cédula y de las actas del Cuerpo, se sirviera dictar las providencias que tuviese por convenientes, para la más devota publicidad de las nuevas obligaciones que, para con la gran Madre de Dios, contraía esta su Mariana ciudad.

En 27 de enero de 1764, el Ayuntamiento presenta al cabildo eclesiástico la real cédula de Carlos III, que fue acogida con señales de satisfacción. Ofrecieron los señores del capítulo el sacrificio de sus personas á la Majestad divina, "por la continuación del augusto patrocinio de la Madre Santísima de la Luz sobre esta su *Mariana ciudad.*" Y á nombre del Rector y Claustro del Real Colegio Seminario y de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa, de esta *ciudad Mariana de Caracas*, "ofrece celebrar las nuevns honras que ha recibido esta misma *Mariana ciudad.*" En los pro-

pios términos se expresaron al siguiente día todas las comunidades religiosas existentes en Caracas. (1)

Nunca concesión alguna llegó á Caracas en época más propicia que en los días de Diez Madroñero. El espíritu religioso dominaba los ánimos; quería el Obispo ensanchar la obra que había comenzado, y todo llegaba á medida de sus deseos. Una virgen que llevara el nombre indígena de la capital de Venezuela, iba á colmar la ambición de los moradores de ésta, acostumbrados á reverenciar á María bajo todas sus advocaciones.

Levantóse el oratorio, y colocaron en él á María Santísima de la Luz; comenzaron las fiestas á Nuestra Señora Mariana de Caracas; discutióse el lema que debía brillar en los pendones de la ciudad, y, después de conciliarse las opiniones, quedó por lema, no el que propuso el Ayuntamiento, sino el que indicó el Monarca; es, á saber: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado original concebida en el primer instante de su Ser Natural.*

Desde esta época aparece, ya en las actas de ambos cabildos y de las comunidades religiosas, ya en los documentos públicos de otro orden, el nombre de *Ciudad Mariana.* En unos documentos leemos, *Ciudad Mariana de Caracas;* en otros, *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*

Hé aquí una nueva Virgen, la que iba á figurar en el sello de la ciudad, la que iba á dar su nombre al pueblo fundado por Losada. Hé aquí á la patrona por excelencia, á la Virgen de nacionalidad caraqueña, que venía á sentarse en la asamblea de los patronos y patronas de Caracas, y también en todos los templos, en todas las oficinas públicas, eclesiásticas y políticas.

1 Véanse las actas del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico, correspondientes á los años de 1763, 1764 y 1765.

Creada la Virgen, ¿cómo figurarla en el lienzo ó la escultura, para que fuese reverenciada de los fieles y reconocida de las generaciones? Desde luego era necesario que descollaran al lado de la Virgen algunos de los patronos y patronas venerados en la ciudad, y que aquélla sintetizara á Caracas en sus diversas épocas. ¿Cómo hacer esto? Opinaban unos por colocar en el retablo que representara á Nuestra Señora, á San Sebastián, á San Mauricio, á San Pablo y á San Jorge, como primitivos abogados de Caracas en sus primeras necesidades: opinaban otros por darle cabida solamente á las santas y sabios doctores de la Iglesia. En esta situación estaban las cosas, cuando el Obispo invita á los devotos y devotas de Caracas, y presentándoles la cuestión en la sala de su palacio, les obliga á escoger el cortejo que debía acompañar á la Virgen bajo la nueva advocación de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Debían figurar en el cuadro la ciudad de Caracas, el escudo de armas concedido por Felipe II y reformado por Carlos III, y los patronos y patronas que en diversas épocas la habían favorecido.

Después de una discreta y prolongada discusión, hubieron de triunfar al fin las mujeres sobre los hombres, haciendo que el Obispo aceptara, entre los cuatro personajes que debían acompañar á la Virgen, á tres santas de las protectoras de Caracas, y el asunto del retablo quedó decretado de la siguiente manera: arriba, en las nubes, descollaría la Virgen coronada por dos ángeles; á la derecha de María, Santa Ana, su madre, patrona de la Metropolitana de Caracas; y después, el apóstol Santiago, patrono de la ciudad. A la izquierda de la Virgen estarían Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía; la primera, como representante de los estu-

dios eclesiásticos, al fundarse, bajo su advocación, el Seminario de Santa Rosa en 1673; y la segunda, como abogada contra la peste, por haber salvado de ella á la capital en 1696. En derreder de este grupo se colocarían los ángeles de la corte celestial que celebran á María, debiendo llevar en las manos cintas en que estuvieran los diversos versículos de las letanías. Y para representar á la antigua Caracas, en medio de los ángeles debía aparecer un querubín que presentase á la Reina de los Cielos el escudo de armas concedido por Felipe II á la Caracas de 1591. Consistía éste, como hemos dicho alguna vez, en una venera que sostenía un león rapante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago.

Arriba de todas las figuras se colocaría el lema que dice: *Ave María Santísima*, para recordar la concesión hecha por Carlos III á la ciudad en 1763, mientras que abajo estaría Caracas con la fisonomía que ostentaba en esta época.

Diversos pintores dieron á luz su obras, y fueron aceptadas. El primer retablo, cuyo destino ignoramos, estuvo en la capilla de la Caridad, contigua al derribado templo de San Pablo. El segundo fue colocado en la esquina de la Metropolitana, y está hoy en el Museo.

Así continuó el entusiasmo religioso, con más ó menos intermitencias, hasta que, para fines de siglo, casi había desaparecido el nuevo título de la ciudad. La muerte del Obispo Diez Madroñero, acaecida en 1769, adormeció el entusiasmo por el culto de Nuestra Señora Mariana de Caracas. El Obispo Martí quiso levantarlo y restituirlo á su prístino esplendor, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y algún tiempo después el referido culto había desaparecido por completo.

El nombre de *Ciudad Mariana de Caracas* no ha quedado sino en los documentos públicos y en las actas de los cabildos y comunidades religiosas. Igualmente ha desaparecido el de *Santiago de León de Caracas*, que durante tres siglos llevara la capital de Venezuela. Pero si Nuestra Señora Mariana de Caracas no puede ya salir de los archivos, Santiago tiene aún, por lo menos, su día: aquel en que lo celebra la Iglesia Metropolitana de Caracas.

En los mensajes públicos, en las leyes, en todos los documentos de Venezuela independiente, la capital de la República no figura sino con su nombre indígena, el de *Caracas*, nombre que llevó aquel pueblo heroico que supo sucumbir ante sus conquistadores.

IV

[illegible]

—

En una ciudad como la de Caracas durante el último siglo, la cual, sin teatros ni paseos, solo tenía por única diversión toros y cañas, las fiestas religiosas, durante el año, eran de necesidad imperiosa. Y como ya dejamos asentado, nada más solemne, durante la época colonial, que un día de Corpus, un Jueves Santo ó la fiesta de alguno de los patronos de la ciudad, porque la muchedumbre, inspirada en un solo sentimiento, desplegaba su vanidad ó su entusiasmo aderezando ventanas y puertas con ricas cortinas; ostentando las bellas matronas sus valiosas prendas y sus numerosas esclavas; y los empleados y magnates, sus uniformes y cruces, bastones y espadas. Un octavario lleno

de todo género de diversiones remataba cada una de las festividades de la Caracas colonial, que no tuvo por divisa sino *Dios y el Rey.*

La época del Obispo Diez Madroñero, desde 1757 hasta 1769, puede considerarse de paz, pues había sido vencida, años antes, la revolución del Capitán León; triunfo que había contribuido á sostener de una manera oficial el monopolio de la célebre Compañía Guipuzcoana, amordazando de esta manera la opinión pública. A pesar de estos y otros ataques á la libertad política y comercial, el Gobernador Ricardos había dado comienzo á nuevas obras públicas, tan necesarias al ensanche de una sociedad atrasada: tales fueron un hospicio de lázaros, un cuartel de artillería, un puente y la plaza mayor que sirvió de mercado y comenzó á proporcionar al Municipio renta segura.

La Caracas de la época de Diez Madroñero era una ciudad muy reducida. Acababan de concluir el templo de Candelaria, que dió vida á la parroquia de este nombre, centro entonces de los acomodados hijos de las islas Canarias, y el nuevo convento de las Mercedes en el sitio donde figura hoy la Iglesia de este nombre y la plaza Falcón. Los puentes de la Pastora y de la Trinidad no estaban todavía rematados y la parroquia actual de San Juan era un erial, la mismo que gran porción de las de San Pablo y Candelaria. El templo de la Pastora podía considerarse como una ermita, así como el de Santa Rosalía, ambos en los afueras de la ciudad. La Caracas de aquellos días estaba reducida á un corto número de manzanas.

A los primeros meses de estada en la capital, el Obispo conoció la índole de la población y lo que podía aguardarse de sus moradores. Al instante se propuso civilizar á su manera la sociedad

caraqueña, y propicio anduvo en la obra. Introducir innovaciones en su gobierno eclesiástico, reformar costumbres bárbaras y hacer de la capital un convento, fue obra de poco tiempo. Las calles y esquinas de Caracas no tenían en aquel entonces nombre alguno, y se conocían por los que llevaban los templos más cercanos, por los de algunos personajes, ó por algún suceso notable. En vista de este desorden, el Obispo concibió la idea de bautizar las calles y cuadras de Caracas, con nombres que recordaran la vida y. pasión de Jesucristo, poner cada casa bajo la protección de un patrón celestial, colocar en las principales esquinas nichos excavados en la pared, que contuvieran algún santo, santa ó virgen, y bautizar igualmente las esquinas con nombres místicos, para que así toda la ciudad, de Norte á Sud y de Este á Oeste apareciera como una congregación de todas las vírgenes, mártires, protomártires, doctores y confesores del Cristianismo, desde el día en que apareció sobre la haz de la tierra.

Corrían los días de 1765 á 1766 cuando cada uno de los curas de parroquia recibió del Obispo un plano de la ciudad que tenía el siguiente título: *Plan de la Ciudad Mariana de Caracas, dedicado á Dios, su Santísimo Hijo, Santísima Madre, y Santos protectores de sus casas y vecinos.*

Figuraban como calles de Norte á Sud las siguientes: calle de la "Encarnación del Hijo de Dios:" "Nacimiento del Niño Dios:" "Circuncisión y Bautismo de Jesús:" "Dulce Nombre de Jesús:" "Adoración de los Reyes:" "Presentación del Niño Jesús en el Templo:" "Santísima Trinidad:" "Huida á Egipto:" "Niño perdido y hallado en el Templo:" "Desierto y Transfiguración del Señor:" "Triunfo en Jerusalén:" "Cenáculo:" "Santísimo Sacramen-

to;" "Corazón de Jesús:" "Oración del Huerto." Y de Poniente á Oriente figuraban éstas: "Prendimiento de Jesucristo:" "La Columna:" "Ecce-Homo:" "Jesús Nazareno:" "Cristo Crucificado:" "La Sangre de Jesucristo:" "La Agonía:" "El Perdón:" "El Testamento:" "La Muerte y Calvario:" "El Descendimiento:" "El Santo Sepulcro:" "La Resurrección:" "La Ascensión:" "El Juicio Universal."

Como se ve, las calles de Norte á Sud y de Este á Oeste, figuraban la vida y pasión de Jesucristo. Pero como cada calle tenía cuatro ó más cuadras, cada una de éstas llevaba á su turno nombre diferente, multiplicándose así el séquito de las vírgenes y de los santos. Por esto surgían en las cuadras, los nombres de Nuestra Señora del Pilar, de Covadonga, de la Sabiduría, etc., etc. y las vírgenes que bautizó el Obispo con los nombres de Nuestra Señora de Venezuela y de Nuestra Señora Mariana de Caracas.

No contento con dar nombres religiosos á las calles y esquinas, Madroñero pide á las familias que acepten un patrón ó abogado de cada casa; y á poco aparecen sobre la puerta interior de cada zaguán retablos y bustos religiosas de todos tamaños, que llevaban al pie el mote de: *patrono de esta casa*, después de nombrar á la imágen protectora. Al mismo tiempo figuraron en las esquinas, imágenes y bustos en nichos excavados en las paredes.

Sin intervención de la autoridad civil los curas encargados del Obispo inscribían en un libro de matrícula las casas que habían nombrado de antemano su patrón, sacado en suerte, para cuyo efecto llevaban en un bolsillo nombres religiosos, para imponerlos á las casas cerradas ó á aquellas cuyos

dueños estuvieran remisos en corresponder á los deseos del prelado, procurando que no hubiera en la misma cuadra un nombre repetido.

Y la sociedad caraqueña, identificándose con las ideas del prelado y obedeciendo ciegamente á sus mandatos, armóse con todos los santos y vírgenes del martirologio, comenzó á rezar el rosario al toque de oraciones, llenó las esquinas y las puertas de las casas de retablos y efigies religiosas, y entregóse finalmente á la confesión y á la penitencia.

Tras de esto quiso el Obispo obtener el censo de la población, y ayudado sólo de los curas, logró conocer el número de habitantes de Caracas, sus edades, condiciones, oficios, etc., etc. Nunca rebaño más dócil baló tan dulcemente á los mandatos de su buen Pastor. Pero todavía no fué coronada su dicha sino cuando en cierta noche paseó, acompañado de su clero, la ciudad Mariana. Espléndida apareció ésta á las miradas del prelado, pues toda estaba exornada de retablos, de nichos, de letreros y de centenares de farolillos que le daban aspecto veneciano. Los farolillos que iluminaron estos centenares de patronos en las esquinas y zaguanes, fueron la cuna del alumbrado público en la capital de Venezuela, donde no llegó á establecerse aquél sino á fines del último siglo, por los años de 1797 á á 1798.

Después de haber hecho innovaciones importantes en el gobierno de la iglesia y en la reforma de las costumbres; después de haber acabado con el juego de carnaval, convirtiéndolo en procesión del rosario por las calles de Caracas; después de haber exornado la ciudad con todos los santos y vírgenes de la cristiandad, el Obispo Diez Madroñero quiso sorprender á su numerosa grey de una manera agradable y misteriosa. En cierto día, en

esta época de santidad, al amanecer oyeron los habitantes de la capital, toques de campanas en los diversos templos. La población se preguntó lo que aquello significaba y nadie pudo darse de ello cuenta. Era la primera campanada del *Angelus*, que desde remotos tiempos anuncia á los cristianos en tres momentos del día, la llegada del Ángel que anunció á María: ceremonia que el Obispo acababa de introducir en su diócesis. Desde entonces, en el hogar tranquilo y apacible de la familia, más tranquilo y apacible mientras más reinen en él la pobreza y la conformidad, este toque de las campanas, que precede á la luz de la aurora, es como la voz del ángel que anuncia la esperanza á los corazones de buena voluntad.

Para la familia que en esa hora solemne sufre y aguarda, y ve confundirse los dos crepúsculos del día en presencia de la agonía de seres queridos; la voz de esa campana, cuyos ecos se pierden en el silencio de los campos y de las ciudades, es algo más que una promesa: es un eco de Dios que llega al corazón, y anima con celeste claridad la prolongada noche del sufrimiento.

Después de ciento veinte años trascurridos de la muerte del Obispo Diez Madroñero, el toque del *Angelus* no ha podido desaparecer, mientras que están vacíos los nichos de las principales esquinas, no quedando sino una que otra luminaria y uno que otro patrón de los centenares que figuraron en los zaguanes de las antiguas casas. Desaparecieron los nombres religiosos de las calles y cuadras, lo mismo que los de las esquinas, no figurando hoy sino las que llevan los extremos de la población. Aun viven *San Carlos*, *San José*, *San Andrés*, *San Miguel*, *San Cayetano*, *San Casimiro*,

San Pedro, San Ramón, San Rafael, San Martín, San Roque, y también *San Francisquito.* Quedan en algunas los nombres de *El Nazareno, El Sepulcro, Jesús*—que es la antigua esquina de las Cabezas—y *El Cristo.* En otras surgen los nombres de las siguientes vírgenes: el *Carmen,* la *Barbanera,* la *Consolación,* los *Remedios,* el *Rosario,* los *Dolores* y la *Soledad;* mientras que del gran cataclismo—el tiempo—sólo pudo salvarse una santa: *Santa Bárbara.*

V

LA ABOGADA DE LOS TERREMOTOS

—

No hay país de origen castellano donde no exista alguno ó más conventos de Nuestra Señora de las Mercedes. El surgimiento de esta Virgen, Redentora de Cautivos, ha inspirado, desde hace ocho siglos, tal veneración, que el nombre de Mercedes se lleva siempre con orgullo. Sólo en esta orden brilla un sello de armas de los antiguos reyes de España: el de Felipe de Aragón, quien aceptó aquélla desde que fue establecida.

El primer convento de Mercedes que tuvo Caracas fue una hospedería situada, desde los primeros años del siglo décimo séptimo, en tierras de la parroquia actual de San Juan, cuando en ésta no existían pobladores, sino el camino que comunica á los habitantes de Caracas con los valles de Aragua. Estaba, por lo tanto, muy distante de la pequeña capital que constituían limitado número de manzanas, en derredor de la Iglesia Mayor. Más

tarde, en 1638, se levanta el primer convento de las Mercedes en la porción alta de la ciudad, cerca de la represa del Catuche, cuando no existían ni el puente de la Pastora ni el de la Trinidad, que aparecieron cien años más tarde. Patrocinó el Gobernador Ruy Fernández Fuenmayor la fábrica de las Mercedes, quedando desde entonces esta Virgen como patrona de la ciudad, reconocida por voto y juramento de ambos cabildos. Por cuanto dejamos escrito en el cuadro precedente titulado: *Los Patronos de Caracas*, sábese que la Virgen de las Mercedes figuraba desde 1631 como abogada de las arboledas de cacao. Así continuaba, y creces y entusiasmo había tomado el culto á Nuestra Señora, cuando el terremoto de 1641 destruyó en casi su totalidad el gracioso convento. Cuarenta años permanecieron en el arruinado edificio los padres mercedarios, cuando se resolvió por la comunidad trasladarse en 1681 al sitio que ocupó después hasta su completa ruina en 1812.

Nuevo título, el de abogada de los terremotos, aguardaba á la Redentora de Cautivos, al levantarse el nuevo templo en la prolongación Norte de la antigua calle de San Sebastián, hoy Norte 2. En los tres terremotos que ha presenciado Caracas y de los cuales dos de ellos la arruinaron en gran parte, todos han pasado á la historia acompañados de algún incidente extraordinario. En el de 1641 figura aquella piadosa señora María Pérez, que tanto contribuyó al ejercicio de la caridad pública y á la construcción de la Catedral del siglo décimo séptimo: en el de 1812 la idea que domina y se apodera de los pueblos es la política, y el cataclismo verificado en el día Jueves Santo, á los dos años de haber sido derrocado el gobierno peninsular por la revolución de 1810, durante el mismo día, apa-

rece para los enemigos de la causa republicana, como castigo de Dios y como prueba de protección al monarca español, desgraciado en aquella época: la idea religiosa, unida á la idea política, triunfan por completo y la república desaparece. En el gran temblor de tierra de 1766, conocido con el nombre de terremoto de Santa Úrsula, por haberse verificado en el día de esta santa, 21 de octubre, la idea que domina pertenece á otro orden de cosas: se conexiona con lo maravilloso, como es la intervención de la Virgen de las Mercedes, protectora de la ciudad que salva á ésta de inminente ruina.

La época del Obispo Diez Madroñero, tan fecunda en reformas religiosas, debía serlo igualmente en milagros, hijos éstos de los pueblos creyentes. En los archivos de la Obispalía de Caracas aparece aquel prelado, no sólo como reformador de costumbres y pastor rígido en el cumplimiento de su encargo, sino también como espíritu de caridad y abnegación, inspirado y capaz de preveer los más ocultos males á que está sometida la sociedad humana. Más meritorio que el prelado, por su saber, edad y virtudes excelsas, fue el venerable cura de la Pastora, Don Nicolás Bello, varón preclaro que, según la tradición, murió en olor de santidad. En los días que precedieron al gran temblor de Caracas del 21 de octubre de 1766, el padre Bello había escrito al Obispo, quien á la sazón hacía la visita pastoral de los valles de Aragua, que ordenase la traída de la Virgen de las Mercedes á la Catedral, pues abrigaba presentimientos de que algo debía suceder para el día de Santa Úrsula.—Si el venerable anciano expuso al prelado las razones de sus presentimientos, es cosa que ignoramos, mas es lo cierto que el Obispo ordenó la visita de la Virgen de las Mercedes á la Catedral, donde fue recibida por grande concu-

rrencia, como protectora de la ciudad, sin que nadie sospechara el objeto de aquella disposición.

El Padre Bello, que entretenía semanalmente con una conferencia religiosa á sus amigos íntimos, excitó á algunos de éstos á que le acompañaran á orar en el templo de la Pastora, en la noche del 20 al 21 de octubre, manifestándoles que abrigaba muy tristes presentimientos respecto de la población, y que nada era más natural que elevar á Dios el corazón cuando se teme y espera. Dejemos al preclaro varón en el templo, mientras que narramos otros acontecimientos.

Vivía en Caracas, en aquella época, un loco pacífico y locuaz llamado Saturnino, á quien nadie ofendía por su carácter humilde y benévolo. Desde muchos días antes del de Santa Úrsula, Saturnino recitaba por todas las calles el siguiente estribillo:

Qué triste está la ciudad
Perdida ya de su fé,
Pero destruida será
El día de San Bernabé;
Quien viviere lo verá.

Y ya en la víspera del 21 de octubre decía:

Téngolo ya de decir,
Yo no sé lo que será,
Mañana es San Bernabé,
Quien viviere lo verá. (1)

Y echándose á cuestas una pesada piedra, subió la colina del Calvario, diciendo á cuantos encontraba que al raso iba á pasar la noche, porque al día siguiente Caracas debía bailar como un trom-

1 *Ibarra*—Estudio acerca de los temblores de Caracas.

po. Rióse la población tanto de la profecía como del profeta, al cual debía después solicitar é interrogar.

Serían las cuatro y veinte minutos de la mañana del 21 de octubre de 1766, cuando la población de Caracas despierta aterrorizada al súbito estremecimiento que hace bambolear los edificios de la capital. Al acto lánzanse los habitantes á la calle, y los gritos de—"Misericordia. Señor"—se escuchan por todas partes. Nadie sabe qué hacer ni á dónde ir, y todo inspira temor por largo tiempo, cuando al despertar la aurora se sabe que ningún edificio notable había caído, aunque casi amenazaban ruina, sobre todo los templos. Dilatada fue el área de este sacudimiento que causó estragos en la región oriental de Venezuela.

Dos frailes acompañaban á la Virgen en Catedral, en el momento del sacudimiento, mientras que el Padre Bello, con sus amigos, oraba en la Pastora aguardando la hora del *Angelus*, para seguir á la Catedral, donde debía obsequiarse á la Soberana de los Cielos con solemne misa. Inmediatamente fueron abiertas las puertas de la Metropolitana y demás templos, á los cuales se acogió la población atemorizada.

Nombrada por el Gobernador, General Solano, una comisión de hombres entendidos para que informase acerca del estado en que se hallaban los edificios de la capital, después de un prolijo examen, vióse que todos los templos exigían pronta reparación en sus muros, arcos, etc; que era necesario rebajar el tercer cuerpo de la torre de San Jacinto y derribar por completo la de las Mercedes. Medidas necesarias pusiéronse por obra, y á poco la ciudad quedó libre de todo peligro inmediato.

¿Por qué habían sufrido todos los templos, mientras que en las casas de los habitantes no se temía riesgo alguno? Los moradores de Caracas atribuyeron este hecho á la intervención de la Virgen de las Mercedes que, como hemos dicho, estaba de visita en la Iglesia Mayor.

Al amanecer del 21, el loco Saturnino estaba ya en Caracas sano y salvo, después de haber pasado la noche al pie de un árbol en la colina del Calvario. Jamás este pobre se vió tan rodeado de la muchedumbre y hasta de la gente de criterio, que quería saber del loco lo que éste ignoraba y había dicho inconscientemente. Pero Saturnino se limitó á contestar á cuantos curiosos le interrogaban, con una frase:—"¿No se lo dije yo, que algo grande iba á suceder?" Obraba así, como si fuera el hombre más cuerdo.

Calmados los ánimos y realzada por un milagro la Virgen de las Mercedes, los moradores de Caracas nombraron á la Redentora de Cautivos, abogada de los terremotos, dedicándole fiesta solemne el 21 de octubre de cada año. Reparados los estragos que causó el temblor de tierra en los diversos templos, regresó la Virgen al de las Mercedes, acompañada de todos los habitantes de Caracas. Desde esta fecha quedó popuesta, como patrona de los temblores, la Virgen del Rosario, que tenía tal encargo, desde tiempos remotos, como lo asevera el historiador Oviedo y Baños.

Llama el cronista Terreros la atención hacia el hecho de no haber caído en Caracas ni una teja de la más humilde choza, mientras que todos los templos amenazaron ruina. En este suceso ve el cronista el pronóstico de la expulsión de los Jesuitas, que tuvo efecto un año después, en 1767.

Una graciosa tarjeta de plata esculturada, regalo

del cabildo eclesiástico y Ayuntamiento de Caracas, figuró desde esta época al pie de la imagen que fue testigo de la tribulación de la capital en la mañana del 21 de octubre de 1766. En una de las caras de la tarjeta se lee:

SERVATRICE NOSTRÆ

DIE. XXI. OCT. A DMN. MDCDLXVI

Y en la otra las siguientes sentencias:

OMINES, ET JUMENTA SALVASTI DOMINA.

Ex. Psalmo 67

TU CAPTIVORUM–REDEMPTIO, ET OMNIUM SALLUR.

S. Ephren.

TE NOSTRÆ CAUSAM SERVATRICEN QUE SALUTIS.

Ex. Ovidio.

NOSQUE TUOS LIBRA FAMUR ET (ÆTEMAGIS)

Ex. Ovidio.

En medio del fervor religioso que se apoderó de los caraqueños hacia la Redentora de Cautivos, comenzó igualmente á apoderarse de ellos la inconstancia. Aguijoneados por la vanidad, se cansaron de la antigua imagen de Nuestra Señora, á la cual habían conducido en triunfo, desde el sustito que les proporcionó el gran temblor de 1766, y resolvieron poseer una escultura de la Virgen cuyo modelo fuera caraqueño, alegando que la abogada de la ciudad, abogada igualmente de los cacahuales y de los terremotos, no podía ser reverenciada en imagen venida de España ó de Italia, sino en imagen modelada en presencia de una de las más bellas y distinguidas hijas de Caracas. Cúpole la dicha á la bella Mercedes Iriarte Aresteiguieta, quedando la nueva Virgen idéntica al modelo. Descendió del trono la antigua española, y orgullosa subió las gradas la caraqueña, á cuyos pies colocóse la tarjeta de

plata. Esta Virgen es la que recibe anualmente en el templo de las Mercedes la visita de los fieles.

La inconstancia fue apoderándose igualmente de los ricos agricultores de cacao, perdiendo su brillo la rumbosa fiesta anual dedicada á la Virgen, hasta que imperaron el olvido y el indiferentismo. Entivióse igualmente la ciudad y poco á poco fue olvidándose de su abogada la Redentora de Cautivos.

En esto llega el famoso terremoto de 1812 que echó por tierra aldeas, villas y ciudades y sepultó diez mil víctimas, dejando número igual de contusos y heridos. Arrasados fueron en Caracas los templos de la Pastora, la Trinidad, San Mauricio, Altagracia y otros más; pero sobre todos el hermoso convento de las Mercedes, tumba de los frailes y de cuantos visitaban el templo en aquella memorable tarde del 26 de marzo de 1812. Así se vengó de la inconstancia de los caraqueños la abogada de los terremotos, la que fue igualmente abogada de la ciudad y de las haciendas de cacao. En el espacio de cincuenta años, sobre las ruinas del antiguo templo, se ha levantado uno nuevo. En el área del convento figuran hoy jardines y la estatua de uno de los hijos de Marte, mientras que en su nicho de flores está la imagen de la bella y distinguida Mercedes Iriarte Aresteiguieta de Ponte.

VI

SALIR COMO LA COPACABANA

—

Salir como la Copacabana es frase muy conocida entre las familias de Caracas, hace siglos, queriendo significar con ello que una persona ó fami-

lia sale poco á la calle, de cuando en cuando y en determinados casos, recordando de esta manera á la virgencita de Copacabana que, desde 1596 hasta ahora cincuenta años, la sacaban en procesión de San Pablo á la Metropolitana para que lloviera, cuando á causa de estío caluroso y prolongado se agostaba la yerba de los campos y morían los animales por ausencia completa de agua; y también cuando la langosta visitaba las sementeras de Caracas.

En la gran nación indígena de los Caiquetías, moradores del actual Estado Falcón, una tribu de aquéllos, los Cuibas, que estuvieron á orillas del Pedregal y en los volcancitos apagados de la Cuiba, cuando se prolongaba la sequía y se agostaban las cosechas por falta de agua, solicitábase la más hermosa doncella de la tribu, la cual, á orillas del río era inmolada, para en seguida ofrecer su sangre al Sol, suponiendo que la virgen era una de las esposas del astro. Tal ceremonia, aunque perseguida por los conquistadores, continuó entre los Cuibas por mucho tiempo de una manera sigilosa, á pesar de la vigilancia castellana.

Los Cumanagotos que poblaron la pampa del antiguo Estado de Barcelona, tenían entre sus animales predilectos, á la rana, á la cual azotaban, si no llovía á tiempo. Sábese que este animal representó el agua en muchas regiones americanas. En el calendario de los muizcas, la rana simboliza el principio, abundancia y decrecimiento de las aguas, durante la estación lluviosa; así como igualmente la época geológica, cuando se rompieron los diques de los lagos andinos y se inundaron las llanuras al Este de los Andes de Cundinamarca.

Después que se estableció el Cristianismo en la América española, apareció en los Andes peruanos

una Virgen, patrona de las lluvias, cuyo culto se ha establecido en algunos pueblos de América y ha cruzado el Atlántico para recibir adoración también en España.

A orillas del majestuoso Titicaca, el más elevado lago de la tierra, en la región de los Andes bolivianos, existe una península que lleva el nombre de Copacabana, voz del idioma quichua.

En ésta existe el pueblecito del mismo nombre, donde sobresale el santuario de la virgencita de Copacabana. Un templo admirablemente pintoresco—describe un viajero moderno—sin estilo determinado, pero formando cierto conjunto que, á pesar de sus pormenores corintios, dóricos, españoles del Renacimiento; á pesar de las hendeduras que recuerdan el Partenón y de las cúpulas que traen recuerdos bizantinos, se destaca con su silueta variada sobre un cielo incomparable produciendo en medio de miserables chozas, cierta impresión llena de gracia y de elegancia que sorprende y cautiva. (1) En este santuario se venera una virgencita que tiene de siete á ocho pulgadas de tamaño, acerca de la cual se ha escrito y publicado un libro que habla de los milagros de esta célebre Virgen y del culto que á ella tributan muchos pueblos de la América española, desde mediados del siglo décimo sexto.

Refiere la tradición y atestiguan los cronistas, que habiendo los copacabanos héchose rebeldes á las insinuaciones de los padres doctrineros que querían establecer entre aquéllos el cristianismo, fueron contrariados y afligidos por el castigo del Cielo. Sopló sobre sus campos viento de fuego y arrasadas fueron las cosechas: vino el granizo y azotando los árboles desoló labranzas y praderas. Surcó de nue-

1 *Wiener*.—Perou et Bolivie—Recit. de Voyage, 1880.—París.

vo la tierra el indio indómito, y al brotar el grano, horrible plaga de langostas dejó yermos los campos y abatidos sus moradores. De repente los copacabanos se dividen en dos partidos proclamando cada uno su genio protector. Aclaman los arinsayas á San Sebastián, mientras que los anasayas se ponen bajo el amparo de la Virgen María. A poco viéronse los campos de éstos libres de toda plaga, reverdecidos por abundantes lluvias, al paso que los campos de los contrarios continuaron estériles y roídos por la langosta. En medio de la alegría de los unos y de la amargura de los otros, las dos tribus se unen y proclaman á la Madre Divina, protectora de aquellas tierras. (1)

Así refieren los cronistas que fué plantado el árbol de la fe cristiana en las regiones del Titicaca, cuna del primer hombre conquistador y civilizador del Perú.

El símbolo de la Cruz fue levantado á orillas del Titicaca, y el sacrificio que ella conmemora, creído de los naturales; pero había necesidad de un busto ó imagen que representara á la Virgen María, la protectora y abogada de los copacabanos. ¿Cómo haberla, si no había medios para realizar tan apremiante deseo? Cierto indio, conocido con el nombre de Francisco Tito Yupanqui, descendiente de los Incas y cristiano fervoroso, quiso construir una Virgen y de barro la formó, pero tan tosca y contrahecha, que fue rechazada por el Doctrinero, produciendo hilaridad en las tribus indígenas. No desmayó por esto el novel alfarero, y repitiendo el ensayo por cuatro ocasiones, fue igual-

1 *Andrés de San Nicolás.*—Imagen de Nuestra Señora de Copacabana, portento del Nuevo Mundo, ya conocida en Europa.—Madrid—1 vol. en 8º, 1663.

mente rechazada la obra. Impelido por secreta fuerza, Yupanqui deja el pueblo de Copacabana y pasa á los de Potosí, Chuquisaca y otros con el objeto de perfeccionar su obra, la cual fue por todas partes desaprobada, recibiendo del Obispo de Chuquisaca la orden de que fuera á cultivar los campos y abandonase el propósito de fabricar vírgenes, porque lo juzgaba más idóneo para pintar monas que para crear imágenes. Con humildad resígnase el indio, y guardando el tosco barro de la Virgen, esperó que llegasen venturosos días. A poco la imagencita, con todo el aspecto de una india rechoncha, se hizo dueña de las voluntades. Exige la muchedumbre la imagen, hácela bendecir, y con pompa inusitada la llevan al templo de Copacabana, donde entra triunfalmente el día 2 de febrero de 1583. Al instante la tosca Virgen comienza á transfigurarse, aparece bella, acabada, radiante, terminando por conquistar con su prodigio, el amor de los copacabanos.

En 1580 los moradores de Caracas, á consecuencia de la epidemia de viruelas que azotó á la pobre ciudad, levantaron un templo á San Pablo, primer ermitaño. Diez y seis años más tarde llegó á este templo una imagen de la virgencita de Copacabana semejante á la de Titicaca, recibiendo desde entonces hasta ahora cincuenta años, fervoroso culto, pues venerada fue comò patrona de las lluvias y de la langosta.

Muy diferente de la tradición peruana es la caraqueña. Refiere ésta que un indio al pasar por cierta calle de Caracas se quitó el sombrero y vió caer una moneda de plata. Admirado del hallazgo toma la moneda, sigue al primer ventorrillo y la emplea en bebida espirituosa. Inconscientemente continúa y al sentarse en la

esquina de otra calle, vuelve á sucederse la escena con todos sus pormenores, repitiéndose más tarde y por tercera vez, igual suceso. Entonces el indio examina con acuciosidad la moneda y halla que en ella figura la imagen de la Virgen. Con veneración la coloca en un escapulario, que cuelga del cuello y oculta tras de la camisa. Pero corriendo el tiempo, el indio comete un asesinato, y se le enjuicia y es condenado á ser ahorcado. Al subir el reo al cadalso, el verdugo no le ha dado todavía el lazo á la cuerda, cuando ésta se rompe. Toma entonces otra más fuerte, la cual se rompe igualmente. En presencia del público el indio declara entonces que aquel hecho milagroso se debe á la intervención de Nuestra Señora de Copacabana, y quitándose el escapulario lo hace abrir, encontrándose en él la pequeña moneda de plata que había crecido y con ésta la imagen de la Virgen. El indio pidió en seguida que aquella imagen fuese depositada en el templo de San Pablo y que á ella se apelase para obtener del Cielo lo que se quisiera. El asesino fue ahorcado y la imagen depositada en San Pablo. (1)

Desde este día, el Ayuntamiento de Caracas nombró á la Virgen de Copacabana abogada de las lluvias, y á ella clamaba la población cuando la sequía tostaba la yerba de los campos, se hacía insoportable el calor y todo el mundo pedía á gritos la lluvía. Cuando llegaba el día fijado por el Ayuntamiento, en vista de circunstancias apremiantes, la virgencita salía en procesión del templo de San Pablo á la Catedral, acompañada del Obispo y Capítulo, del Gobernador y Ayuntamiento, de los frailes de los conventos, de-

1 *Depons.*—Obra citada.

más empleados y gran número de devotos; y desde fines del último siglo, también con el Consulado, la Intendencia y la Audiencia Real. Permanecía la Virgen en la Catedral uno ó más días y regresaba á San Pablo después que recibía la visita de todos los habitantes de la ciudad. Tan solemne procesión verificóse en Caracas casi durante tres siglos, desde fines del décimo sexto hasta 1841. (1)

Si la Copa salía para anunciar las lluvias, nada tenía de extraño, pues aquí los almanaques que llegaban de Cádiz, nunca traían noticias sobre la temperatura, etc. Todavía antes de la separación de Venezuela en 1830, jamás los almanaques anunciaron el tiempo. Esto vino más tarde, después de la instalación de la Academia militar en 1831. Pero lo extraño no es que la Copa saliera durante la colonia después de 1606; lo admirable es haber salido después que se anunciaba el tiempo en los almanaques, desde 1837 á 1841.

"Van á sacar la Copacabana para que llueva," era el estribillo general.—"Piensan en sacar la Copacabana."—Hoy nadie dice esto sino se ve el termómetro, se salen los más á temperar, se van al baño, y sufren los pobres desheredados ardiente calor, sequía, escasez de lluvias, etc.

Lloverá cuando deba llover.

Por supuesto la Copa salía cuando el aumento de calor y ciertos síntomas anunciaban la lluvia, á pesar de la aseveración del historiador Oviedo y Baños que asegura que apenas se pensaba en sa-

1 El Obispo Álcega, uno de los varones más piadosos del pontificado de Venezuela, protegió el culto de esta virgen desde el comienzo del siglo XVII, 1607 á 1608. Testigo en esta época de la horrible sequía que hacía sufrir las poblaciones en Venezuela, pensó en la Copacabana de Titicaca, hízose de una imagen de ella y publicó un edicto acerca de sus milagros.

car la imagen cuando se desataban las nubes en aguas.

Desde los primeros años del siglo décimo séptimo, la virgencita de Copacabana comenzó á mostrar á los caraqueños el influjo que ella ejercía sobre la lluvia, nos asegura el cronista Don Blas Terrero; y éste mismo refiere que durante el apostolado de Bohorques, de 1611 á 1617, tuvo efecto uno de los milagros más elocuentes que ha presenciado la población de Caracas. Sacada la Virgen, en procesión, de San Pablo á la Catedral, acompañada del Obispo, Gobernador, empleados y población de Caracas, no faltaban sino pocos pasos para llegar al último templo, cuando se desataron las nubes y cayó el agua á torrentes. Y añade: ante aquel milagro, todo el mundo comenzó á pedir perdón de sus faltas y á confesarse, desde el Gobernador hasta el último de los esclavos.

En la época de Diez Madroñero, decíase que si la Virgen, al salir en los días calurosos, no efectuaba el milagro, modificaba por lo menos el calor, y que esto contribuía en mejora de la situación.

A los tres siglos de haberse levantado el templo de San Pablo fue demolido, 1880, figurando hoy en el mismo sitio el Teatro Municipal. Desde entonces la virgencita de Copacabana fue robada, ignorándose donde estaba hasta há poco, que fue trasladada á la Basílica de Santa Ana. Demolido San Pablo, ha concluido en Caracas el culto de Nuestra Señora de Copacabana, quedando sólo el refrán de "Salir como la Copacabana," que á su turno tendrá también que desaparecer.

La virgencita de Copacabana no volverá á salir en procesión por las calles de Caracas. ¡Cómo cambian los tiempos y las civilizaciones!

VII

EL CARNAVAL DEL OBISPO

—

Cuando fueron anunciadas con mucha anticipación las fiestas del Centenario de Bolívar, en 1883, una de las disposiciones del Gobierno fue que todos los edificios de Caracas debían tener, para el 24 de julio, las fachadas pintadas; es decir, que la capital tenía que exhibirse en el día indicado, vestida de gala, destruyendo por completo los andrajos que llevaba á cuestas, desde tiempo inmemorial, y las numerosas arrugas ocasionadas por los años. Dedicha llenos y de entusiasmo se felicitaron los farmacéuticos y pintores, al enterarse de tal disposición, pues se les presentaba á los unos, la ocasión de salir de los vetustos barriles de pinturas que tenían almacenados, y á los otros la de hacerse de algunas monedas por embadurnar paredes, puertas y ventanas, al gusto de los moradores de Caracas.

Al amanecer del 23 de julio, víspera del 24, fecha del nacimiento de El Libertador, Caracas apareció vestida de limpio y ataviada, desafiando al más pintiparado de los numerosos visitantes que llenaban los hoteles, casas de pensionistas, rancherías, ventorrillos, y se presentaban igualmente empaquetados y á la moda, obedeciendo á los impulsos del entusiasmo. Por la primera vez y quizá sea la única, en el espacio de trescientos diez y seis años, la ciudad de Losada ostentaba las gracias de su juventud, como Venus surgiendo de las espumas del mar: por la primera y única vez, en la historia de Caracas, ésta contemplaba al sol cara á cara, y

sonreía y coqueteaba con sus pobladores, al verse limpia, elegante y hasta poética, pues ella se decía:

> Ayer maravilla fuí,
> Hoy sombra de mí no soy.

Desde esta fecha, Caracas perdió para siempre uno de los distintivos de su pasada historia: dejó de narrarnos á lo vivo, lo que era el carnaval antiguo, desde épocas remotas, cuando la barbarie estableció que había diversión en molestar al prójimo, vejarlo, mojarlo, empaparlo y dejarlo entumecido. Y hasta las paredes de los edificios participaban de este baño de agua limpia ó sucia, pura ó colorida, pues el entusiasmo no llegaba al colmo, sino después de haber ensuciado, bañado y apaleado al prójimo, dando por resultado algunos contusos y heridos, y degradados todos.

A proporción que se deslizaban los años, las manchas de todos colores que dejaba cada carnaval en las paredes de los edificios de la ciudad se multiplicaban, lo que daba á Caracas cierta fisonomía repelente. Dos cosas llamaron la atención de un viajero que visitó la capital, hará como cincuenta años: la yerba y arbustos desarrollándose en los techos, calles más públicas, y aun en los barrotes de hierro de las ventanas y campanas de los templos, y las numerosas manchas, de todos colores, que sobresalían sobre las paredes del caserío. Lo primero le pareció como prueba evidente de la fuerza vegetal, del ningún tráfico de la población y de la ausencia completa de policía urbana: lo segundo, después de conocer la causa, como muestra de una sociedad bárbara que desconocía por completo la cultura de las diversiones públicas.

¡Cosa singular! En la historia de nuestro progreso, el carnaval moderno es una de nuestras bellas

conquistas, porque acerca las familias, da ensanche al comercio, perfecciona el gusto, despierta el entusiasmo, aproxima los corazones y trae el amor, alma del matrimonio. El carnaval antiguo era puramente acuático, alevoso, demagogo, siempre grosero, infamante: el carnaval moderno es riente, artístico, espontáneo, honrado y republicano. Aquél fue siempre amenazante, invasor, terrible. Caracas tenía que cerrar puertas y ventanas, la autoridad las fuentes públicas, y la familia que esconderse para evitar el ser víctima de la turba invasora. Las tres noches del carnaval de antaño, eran noches lúgubres; la ciudad parecía campo desolado. El carnaval de hoy aspira el aire y el perfume de las flores en presencia de la mujer pura y generosa, siempre resplandeciente, porque posee las dotes del corazón y los ideales del espíritu. Por esto Caracas abre puertas y ventanas, y comparsas de máscaras en coche ó á pie, recorren las calles y visitan las familias. La noche no es fúnebre, como en pasados tiempos, sino alegre, bulliciosa, poblada de luces y de armonías. El amor, antiguamente escondido, temeroso, sufrido, es hoy libre, expansivo; espléndido á la luz del día, confidente al llegar la noche.

Dejó de figurar el agua, y con ella aquel famoso instrumento del *Médico á Palos* de Molière, de mango prolongado y punta roma, que tanto llamaba la atención en remotas épocas. ¿Qué mortal se atrevería á llevarlo hoy en sus manos? El antiguo carnaval era una ciudad sitiada; el moderno es una ciudad abierta. Si el primero dejaba por todas partes los despojos del huracán, calles sucias, manchas en las paredes, contusos y heridos; el moderno deposita al pie de cada ventana, como homenaje á la mujer virtuosa, ramille-

tes de flores naturales y artificiales, grajeas, y quizá el billete perfumado de algún galán imberbe. El carnaval de antaño era económico; el moderno es fastuoso. ¿Y qué importa que el crédito tome creces y se aumente en los libros del Comercio la partida de pérdidas y ganancias, si los corazones se unen y la humanidad se multiplica?

No tienen los dos carnavales de común, sino la mala intención: la de lanzarse cada prójimo cuanto proyectil pueda haber á las manos, con toda la fuerza de que es capaz el cuerpo humano. Así son los campos de batalla: el que sale con gloria, no es el muerto, sino el que sobrevive, con un ojo de menos, con dañada intención de más.

Entre los dos carnavales de que acabamos de hablar, está el carnaval religioso creado en los días en que se amarraban los perros con longanizas. En la época del Obispo Diez Madroñero, 1757 á 1769, Caracas no tenía jardines ni paseos ni alumbrado ni médicos ni boticas ni modistas ni cosa que se le pareciera, ni carretas ni coches, sino magnates y siervos. Distinguíase el carnaval de aquellos días no sólo en el uso del agua, en el baño fortuito, intempestivo, que se efectuaba en *ciertas* familias del poblado, cuando el zagalejo entraba de repente en el patio, cogía con astucia á la zagaleja, y ambos se zambullían en la pila como estaban, sino en algo todavía más expresivo, como eran los jueguitos de manos entre ambos sexos, los bailecitos, entre los cuales figuraban el fandango, la zapa, la mochilera y compañía.

En el estudio que hizo el prelado, de la sociedad caraqueña, no dió importancia al uso de los proyectiles de azúcar ó de harina, con los cuales cada jugador quería sacarle los ojos á su contrario; tampoco se ocupó en si se mojaban con betún

ó con agua, ó si se embadurnaban con harina ó pinturas. Lo que llamó toda la atención del prelado fueron los baños de los zagalejos en las casas de *ciertos* moradores de Santiago de León, y los retozos y bailecitos populares, los tocamientos y morisquetas de los sexos, los juegos de la "gallina ciega," la "perica," el "escondite" y el "pico-pico. Que se lancen balas, si quieren, decía el Obispo; pero que no se acerquen, pues no conviene tanta incongruencia. ¿Qué hacer? Concibió entonces el proyecto de sustituir el juego del carnaval con el rezo del rosario. Invitó á reunión general los magnates de la ciudad, hacendados, comerciantes, industriales, curas de las parroquias, etc, etc, y les dijo: "Voy á acabar con esta barbarie, que se llama aquí carnaval; voy á traer al buen camino á estas mis ovejas descarriadas, que viven en medio del pecado: voy á tornarlas á la vida del cristiano por medio de oraciones que les hagan dignas del Rey nuestro señor y de Dios, dispensador de todo bienestar." Y después de explanar su pensamiento y de obtener la venia de la numerosa asamblea, lanzó á la luz pública cierto edicto con el cual enterró á la zapa y demás bailes populares. En seguida quiso hacer su ensayo respecto del carnaval, y como vió que le había producido admirable resultado, lanzó á la faz de todos los pueblos del Obispado el siguiente edicto, con el cual acabó, durante los diez años de su apostolado, con el carnaval de antaño:

Nos, Don Diego Antonio Diez Madroñero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Caracas y Venezuela, del Consejo de Su Majestad.

"Entre los muchos y singulares efectos que como favor especialísimo celebramos haber causado en los piadosos ánimos de sus devotos súbditos, la

Madre Santísima de la Eterna Luz, Divina Pastora de esta ciudad y Obispado, son muy notables y maravillosos (si maravilla es, que á los dulces silbos y armoniosas voces de María hasta los efectos, obedientes se sujetan á la razón y la razón á Dios) cuantos admiramos, particularmente en las carnestolendas del año próximo pasado, las semanas precedentes á ellas y en el siguiente santo tiempo de Cuaresma, en que convidados por la Santa Iglesia á penitencia, á una devota tristeza y al ejercicio de las virtudes cuando el mundo ostentando escenas de sus teatros como lícitas, las más vivas y artificiosas expresiones de libertad en juegos, justas, bailes, contradanzas y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas é inhonestas y cuando honestas indiferentes, siempre peligrosas, llamaba á los deleites corporales aquellos nuestros súbditos, fieles siervos de Nuestra Señora, combatiendo y despreciando constantemente hasta los atractivos halagüeños de semejantes diversiones profanas, admitieron gustosos aquel convite espiritual, prefiriendo entre sí mismos con santa emulación por participar de las delicias celestiales preparadas en los sagrados banquetes y espectáculos representados, ya en las iglesias, donde estuvo expuesta Su Majestad Sacramentada, ya en las procesiones de Semana Santa, ya en los rosarios convocatorios, ya en los demás ejercicios piadosos repetidos en los días de Cuaresma, habiendo asistido todos dando recíprocos ejemplos con su más fervorosa devoción y compostura, sin excepción de los niños y párvulos que abstenidos de las travesuras pueriles de que el enemigo común solía valerse para perturbar y retraer de las iglesias á los devotos, no fueron los que menos edificaron, advertidos, sin duda, de sus párrocos, maestros prudentes y devotos, padres de familia de cuido, celo y eficacia en el cumplimiento de sus muchas y gravísimas obligaciones,

pende muy principalmente la universal santificación de este pueblo y Obispado, á que esperamos nos ayuden unos y otros cooperando en cuanto les sea respectivo, perseverantes en la soberana protección necesaria, y en los medios y ejercicios santos practicados el año precedente que haremos notorio, se les facilitaron repitiéndolos, y que nuevamente les invitamos, satisfechos en la constancia de sus santas resoluciones y buenos propósitos, con que desterrados perpetuamente el carnaval, los abusos, juguetes feroces y diversiones opuestas á nuestro fin, se radiquen más y más las virtudes y buenas costumbres, aumenten en los piadosos estilos é introduzcan firmemente como loable el de continuar la custodia de esta ciudad para que, fortalecida con el número inexpugnable de la devoción de María, Señora Nuestra, y quitado embarazo el domingo, lunes y martes de carnestolendas, permanezca defendida y concurran los fieles habitadores de María, sin estorbo á adorar á Su Divina Majestad Sacramentada, en las iglesias, donde se expondrá á la veneración de todos, convocados por sus Santos Rosarios que salgan de las respectivas, donde se hallan situados á las cuatro según ordenamos á todas las cofradías, congregaciones ó hermandades y personas á cuyo cargo están; los dispongan y saquen en las tres tardes en el inmediato carnaval dirigiendo cada cual el suyo por las cuadras que circundan las iglesias de su establecimiento, sin juntarse con otro, volviendo y concluyendo en la misma forma con la plática mensual en que, confiamos del fervor y facilidad de los predicadores, tocarán algún asunto conducente á desviar á los fieles de las obras de la carne y á traerlos á la del espíritu con que templen la ira de Dios irritada por las culpas de las carnetolendas y Semana Santa.—En testimonio de lo cual damos las presentes, firmadas, selladas y refrendadas en

forma en nuestro Palacio Episcopal de Caracas, en catorce de febrero de mil setecientos cincuenta y nueve.—DIEGO ANTONIO, *Obispo de Caracas.*— Por mandato de Su Señoría Illma. mi Señor.— *Don José de Mejorada*, Secretario.—Letras congratulatorias, invitatorias y exhortatorias por las que ordena Su Señoría Illma. la repetición de rosarios en los tres días del carnaval confiando no se manifestarán menos devotos en este año, sus muy amados y piadosos súbditos, que lo ejecutaron en el pasado, hasta los niños." (1)

Así se celebró el carnaval en Caracas, durante el pontificado del Obispo Diez Madroñero. Las procesiones, llevando á la cabeza un cura de almas, recorrían las calles del poblado, sin tropiezos, sin desorden, y con la sumisión y mansedumbre de fieles ovejas. De manera que en aquella época, se rezaba el rosario todos los días, por las familias de Caracas; en procesión cada dos ó tres noches, é igualmente, durante los tres días de carnaval.

¿Era todo esto efecto de una alucinación epidémica, ó debía considerarse á la sociedad caraqueña como un pueblo de ilotas? Sea lo que fuere, en dos y más ocasiones, el Ayuntamiento de Caracas, durante este Obispado, escribió al monarca español diciéndole: "No tenemos paseos ni teatros ni filarmonías ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el rosario y festejar á María, y nos gozamos al ver á nuestras familias y esclavitudes, llenas de alegría, entonar himnos y canciones á la Reina de los Ángeles." (2)

1 Con este edicto comenzó el Obispo Diez Madroñero las reformas que llevó á cabo en la sociedad caraqueña. Al posponer en el orden cronológico este cuadro á los que preceden, se comprenderá que ha sido para dejar coronada de modo más interesante la relación histórica de aquel pontificado.

2 Actas diversas de los Ayuntamientos de esta época.

Así pasaban los años, cuando el Obispo murió en Valencia en 1769. A poco comienza la reacción, y la sociedad de Caracas, á semejanza de los muchachos de escuela en ausencia del maestro, da expansión al espíritu y movimiento al cuerpo. El rezo del rosario, en la época del carnaval fue desapareciendo, hasta que volvieron los habitantes de la ciudad Mariana al carnaval de antaño. Tornaron los bailes populares y los jueguitos de manos, y el zambullimiento de los zagalejos enamorados en las fuentes cristalinas. Resucitó el famoso instrumento de Molière, llenáronse las calles de embadurnadores, recibieron las paredes del poblado innumerables proyectiles, salieron, finalmente, de las jaulas, los pajarillos esclavos, y se comieron los perros las apetitosas longanizas. La reacción es siempre igual á la acción.

VIII

CIENTO TREINTA Y TRES AÑOS DESPUES

—

Caen los imperios y derrúmbanse las sociedades, de la misma manera que se desprenden las hojas de los árboles. Todo nace y muere, todo pasa y nada es estable, porque tal es el destino, al cual sometió la Providencia las cosas sublunares.

¿Dónde están los patronos y abogados de Caracas? Demolidos fueron los conventos de mujeres y de hombres, lo mismo que los templos de San Pablo, San Felipe, San Lázaro, San Mauricio y la Trinidad. Demolidas fueron también las capillas y ermitas del Calvario, la Soledad, el Rosario y los Dolores; pero han surgido Santa Teresa, la Santa Capilla, San José y las capillas del Calvario, de Lourdes y de la Trinidad.

Con la extinción de los conventos y de las capillas, desaparecieron las cofradías y hermandades, y con éstas, las procesiones nocturnas del rosario, las fiestas de Corpus, los octavarios, las procesiones de Semana Santa y los retablos de las esquinas. Ya los santos no salen por las calles, ni éstas se entoldan ni hay cortinas que engalanen puertas y ventanas. Ya el viático para los enfermos y moribundos, no sale en procesión, bajo de palio, ni bajo de paraguas, precedido de la esquila del templo. Esta ceremonia exige el misterio, para no estar en contacto con el bullicio de las ciudades.

Desaparecieron los santeros que por los cuatro vientos tenía Caracas, siempre en solicitud de los creyentes; pero abundan los petardistas, los pedigüeños, los ociosos y holgazanes.

Ocultóse la Copacabana: dejó de ser esta Virgen la protectora de las lluvias, y tuvo que refugiarse en la Basílica de Santa Teresa, después de haber recibido culto durante tres siglos. Pero si esta virgencita desaparece, la de Lourdes surge y guía á los peregrinos en dirección de Maiquetía. Desapareció el patrono de las flechas envenenadas, y también el de la langosta, la cual se presenta cuando quiere, se ríe de los hombres y de las cosas, y desaparece para volver cuando le place. La Virgen de las Mercedes cesó de ser la abogada de las sementeras de cacao, de los terremotos y la patrona de Caracas. Los agricultores se olvidaron de ella, en tanto que el terremoto de 1812 destruyó el hermoso convento de la Redentora de Cautivos. Desapareció San Pablo el Ermitaño, y se quedó sin templo; San Jorge no tiene ya culto, y gracias que Santiago sea obsequiado anualmente con una misa pontifical, homenaje que recibe, no como patrono de Caracas, sino por ser uno de los discípulos más notables que tuvo el

Divino Maestro. Desapareció, finalmente, *Nuestra Señora Mariana de Caracas.* Ya nadie la rinde culto, ya ninguna corporación firma *Mariana de Caracas*, sino, simplemente, *Caracas.* De la Virgen protectora de la ciudad, con cuyo nombre fueron bautizados tantos párvulos en los últimos años del pasado siglo, sólo queda en el Museo el retablo que figuró durante ciento doce años en la esquina de la Metropolitana.

Los oratorios privados y los que figuraron en los establecimientos agrícolas de las cercanías de Caracas, están cerrados, convertidos los primeros en despensas y los segundos en graneros. Dejó el esclavo de rezar el rosario en comunidad, desde el momento en que recuperó su libertad. Ya no hay siervos en Venezuela.

Ya no figuran expósitos en las puertas de los templos, que hospicio tienen los huérfanos: ya no está cerrada la puerta de la casa de Dios á los cadáveres de los pobres de solemnidad, que sociedades benéficas protejen á todos los desheredados: ya no se afeita á los cadáveres ni se visten, calzan y adornan, sino se amortajan: ya no hay banquetes ni octavarios fúnebres, aunque quieren algunos resucitar las antiguas parrandas epicúreas en los días de duelo. Esta ès la vanidad que con forma halagadora penetra en todos los hogares, estimula el amor propio, y trata de nivelar todas las fortunas. Si algo debe tener presente la familia pobre en estos días de tribulación, en los cuales la competencia es causa de ruina, es aquella sublime sentencia del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros.*

En las solitarias calles de Caracas, ahora ciento treinta y tres años, no se veía una carreta ni un coche ni aun el alumbrado público, porque las

luminarias de los santos patronos en las esquinas y zaguanes de las casas, era suficiente para que los moradores de la ciudad pudieran pasearla en las noches oscuras.

¿Qué queda de aquellos días en que Caracas fue convertida en convento? Los ejercicios de San Ignacio en el Colegio Episcopal. Todavía las campanas de los templos tocan todas las noches la hora de los muertos y la hora de los agonizantes: todavía al nacer y al ocultarse la luz, las campanadas del *Angelus* son las compañeras de los que sufren y esperan.

La civilización en su constante obra de derrumbamiento y de progreso, va cambiando de forma y de ideas, siempre bajo el influjo de intereses mundanos, que cada sociedad sabe revestir con tendencias más ó menos lisonjeras. Cayó la colonia y surgió la República. Si ésta llega á desaparecer, alguien llegará á contemplar el *caos primitivo*, de que nos habló el gran Bolívar.

LOS HERMANOS SALIAS

—

AL DOCTOR DON ELIAS MICHELENA

—

Desaparecieron las antiguas ruinas de la Casa de Misericordia, que desde el terremoto de 1812 llamaban la atención, en el extremo oriental de la calle Este 4: en este sitio figura hoy el hermoso Parque de Carabobo. Desaparecieron, igualmente, las ruinas de la antigua casa del Regidor Ribas, en la esquina de Maturín: allí se levanta hoy un templo masónico. Aun se conserva la vetusta quinta de Bolívar, á orillas del Guaire, pero ya sin el famoso cedro de Fajardo, en cuyo hermoso tronco dos generaciones habían inscrito sus nombres; y se conservan la casa solariega del Doctor Álamo, en la esquina de Santa Teresa, y la que en el rincón de la plaza de San Pablo, perteneció á la antigua familia Salias. En estos y en otros lugares, se reunían los revolucionarios de Caracas, desde que en 1808, fue invadida España por Napoleón y entregado á éste Carlos IV, con su familia, por el Príncipe de la Paz, favorito de la reina.

Existía en aquellos días un fermento que preocupaba los ánimos, una idea en gestación, cuyas formas no se podían delinear; algo noble y generoso que acercaba á la juventud y la ponía en camino de grandes acontecimientos, todavía desconocidos. La juventud en aquel entonces era fuerza, y egida los sentimientos generosos. Pero si en la mayoría de estos círculos familiares sobresalía la juventud masculina, y era la que daba el tono, en una de las casas mencionadas descollaba al frente de los noveles políticos, una matrona llena de gracia, inspirada, de palabra fácil, y orgullosa de poder decir como Cornelia: *mis tesoros son mis hijos.* Esta matrona admirable, fue aquella Margarita de Salias, alma de la tertulia que tenía por concurrentes á lo más distinguido y apuesto de la sociedad de Caracas. Allí, en el rincón de la antigua plaza de San Pablo, estuvo la casa solariega de la familia Salias. (1)

Abrimos las crónicas de la revolución caraqueña, leemos los diversos sucesos políticos que desde 1808 acercan los hombres, y al contemplar el grupo de familias que lanzaron sus hijos á la defensa del patrio suelo, tropezamos con la de Salias. Huérfanos de padre los hermanos Salias, alentados por la madre, forman un cuerpo que no obedece sino á una voz mágica: *Libertad.* Francisco, Vicente, Pedro y Juan Salias, y tras de éstos Mariano y Carlos, los menores de la familia, pertenecen por sus ante-

1 He aquí una plaza de Caracas sin nombre que la caracterice: llamóse antiguamente de San Pablo, por el templo que allí estuvo; y después, plaza del Teatro Municipal. Bien pudiera bautizársela con el nombre glorioso de *Plaza Salias.* En el centro figura la estatua de uno de los más brillantes adalides de la magna guerra. Ningún corolario cuadraría más al guerrero, que posar en el pavimento de la Plaza Salias, que recuerda á sus compañeros de la guerra á muerte, segados en los campos de batalla y en los patíbulos.

cedentes, talentos, servicios militares y civiles, entusiasmo y arranques, á la pléyade de adalides que comienzan el 19 de abril de 1810, siguen los impulsos de la revolución, acompañan á Miranda en 1811 y 1812, y siguen con Bolívar en 1813 y 1814. Cuando llegan los reveses de esta época lúgubre, la revolución pierde muchos de sus atletas segados en los patíbulos. Entre las numerosas víctimas de Pore, sacrificadas en 1816, por orden de Morillo, está uno de los Salias, Juan. Le habían precedido en la muerte Pedro y Vicente, salvándose por uno de tantos milagros el mayor de ellos, aquel Francisco que el 19 de abril de 1810, cuando todo estaba perdido, detiene en la puerta mayor de la Metropolitana al Gobernador Emparan y le hace retroceder á la sala del Ayuntamiento. Muertos tres, quedaban tres para continuar impasibles y resueltos. Escapados de las bóvedas Francisco y Mariano, Bolívar toma al primero para tenerlo á su lado, desde 1813, y deja los menores á la madre, sus compañeros en las playas del ostracismo.

En este grupo de lidiadores, Vicente sintetiza la revolución: Francisco es el patricio inspirado del 19 de abril de 1810; tres de ellos debían ser edecanes de Miranda, uno de Bolívar; dos, víctimas en el campo de batalla; uno en el patíbulo, y sólo el menor debía alcanzar edad nonagenaria para contarnos los sucesos de aquellos días luctuosos y hablarnos de sus hermanos. Refieren las crónicas que durante los veinte y cinco años que siguieron á la guerra á muerte, en cada ocasión en que Margarita, la madre de los Salias, recordaba á sus hijos inmolados, lágrimas silenciosas corrían de sus ojos: el culto maternal fue una de las virtudes sobresalientes de esta espléndida matrona.

En la lista comprensiva de los autores del 19 de abril de 1810, con la cual remata el historiador

español Díaz, su *Rebelión de Caracas*, publicada en 1829, figuran cuatro de los hermanos Salias, así: Francisco, que vivía en aquella época, Vicente, fusilado en Puerto Cabello en 1814, Pedro, que sucumbió en la reyerta sangrienta de Aragua, en 1814, y Juan, fusilado en Pore en 1816. (1)

En el admirable grupo de los hermanos Salias hay uno que descuella por su carácter, inteligencia, ilustración: es Vicente, médico y poeta, uno de esos paladines de las grandes causas, siempre inspirado, desde el día en que sucesos nuevos en el orden social, empujan ciertos corazones en pos de nobles y misteriosos destinos. Vicente, con su espíritu epigramático, con su palabra acentuada, entusiasta, era la parte etérea de esta familia de patricios. Un escritor moderno le ha sintetizado en estas frases elocuentes: "Salias era un griego, amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática." (2) En efecto, cuando llega el momento en que cada carácter debía definirse, llenos unos de tristes presentimientos, entregados otros á la fuerza del destino, Vicente aparece radiante en medio de sus compañeros: siempre con la cabeza erguida, y siempre con la sonrisa en los labios, esta precursora del chiste y de la bella frase en los espíritus superiores. El hado le tenía, sin embargo, reservado para ser una de las ilustres víctimas de la guerra á muerte.

Ya tornaremos á esta figura de los días épicos.

Había salido el Capitán general Emparan del Ayuntamiento, en la mañana del 19 de abril de

(1) Díaz escribe Mariano en lugar de Juan, lo que es un error de nombre, pues aquél murió en Caracas en 1850,

2 *González*—Biografía de Ribas.

1810, y se encaminaba hacia la Metropolitana, cuando la juventud de Caracas, que aguardaba verlo preso, juzgó el lance perdido. El Gobernador había logrado evadir con astucia la lógica del Ayuntamiento, y libre de la intriga, tiempo tenía para reflexionar. Al pasar con su séquito frente al cuerpo de guardia de la esquina del Principal, nota que el oficial y soldados no le hacen los honores, lo que contestó el Gobernador con una mirada de reproche. Este incidente motivó que la concurrencia que llenaba calles y plaza se apercibiese de algo desconocido, y era que el oficial amenazado por su procedimiento y lleno de temores, después de haber obedecido á la consigna de los revolucionarios exclamara:—"Me han dejado solo, pero sabré comprometer á todo el mundo. Conmigo serán juzgados cuantos me aseguraron que todo estaba listo."—Esto fue lo suficiente para que comenzaran los gritos de "al cabildo," "al cabildo," los cuales se repetían inconscientemente por todas partes. Eran los gritos lanzados por los Salias, Ribas, Montillas, Jugo y demás revolucionarios que, como espectadores, estaban apostados en diferentes sitios, en derredor de la plaza real. En estos momentos Francisco Salias atraviesa la plaza con el objeto de alcanzar al Gobernador, antes de que éste entrara á la Metropolitana. Comprendió el joven patricio de que si Emparan, ya apercibido, obraba con entereza, desde el templo, todo podía fracasar, y por esto quiso detenerlo. Ambos llegaron en el mismo instante á la puerta del templo.

—Os llama el pueblo á cabildo, le dice Salias, impidiéndole la entrada.

—Será más tarde, contesta Emparan.

—Os llama el pueblo á cabildo, señor, y los

momentos son muy apremiantes. Os llama el pueblo á cabildo, repite Salias, con ademán sereno.

Eran los momentos en que los gritos se redoblaban y llegában á oídos de Emparan, ya preocupado.

—Al cabildo, señor, le repite Salias.

—Vamos, pues, al cabildo, contesta Emparan.

El Gobernador había notado que al acercarse Salias, el cuerpo de guardia situado cerca de la puerta mayor del templo, quiso hacer los honores al primer mandatario, y que el oficial Ponte, había ordenado lo contrario. Este incidente, que se repitió por segunda vez, y el ademán imponente de Salias, le obligaron á retroceder.

De mil maneras ha sido referido este incidente de Salias, causa inmediata de la vuelta del Gobernador al cabildo. Cada historiador lo relata á su modo, lo que amerita estudiar el suceso á los ojos del criterio histórico y de la sana razón, y despojarlo así, de toda exageración ó calumnia con que hayan querido mancharlo los enemigos de la revolución hispanoamericana.

"Al poner el Gobernador el pie en los umbrales del templo, dice el historiador Díaz, le alcanzó Francisco Salias que había á carrera atravesado la plaza: le tomó por el brazo: le puso un puñal al pecho y le intimó á que volviese al Ayuntamiento."

"Al poner el pie en los umbrales del templo le alcanza el desaforado Francisco Salias, le asesta un puñal al pecho y le intima el regreso al Ayuntamiento." Esto escribe el historiador español Torrente.

"Salió para la Catedral con el cuerpo de cabildo; pero al llegar á la puerta de ésta, le agarró

del brazo un Salias, que acompañado del pueblo y con gritería, le obligaron á volver á la Sala Capitular." Así habla el Oidor Martínez, en la narración que escribió desde Filadelfia, referente á los variados incidentes de la revolución del 19 de abril de 1810.

Ducoudray Holstein, en su *Historia de Bolívar*, pone en boca de Salias dos discursos, uno al llegar el Gobernador á la puerta del templo y otro cuando torna al cabildo, en el cual pide á aquél en términos insultantes, la deposición del Intendente Anca, odiado de la población, y en seguida el arresto de la Audiencia real, etc., etc.

El relato de Baralt y Díaz es muy lacónico: "En este instante varios grupos de conjurados reunidos en la plaza, cierran el paso á la comitiva de Emparan, y un hombre llamado Francisco Salias agarra á éste del brazo y grita que vuelva con el cabildo á la Sala Capitular."

Restrepo, el notable historiador de Colombia, dice: "Estaban ya á las puertas de la iglesia, cuando varios grupos cierran el paso, y avanzándose atrevidamente un hombre llamado Francisco Salias, toma del brazo al Capitán general y le intima que vuelva con el Ayuntamiento á la Sala Capitular."

Otros escritores asientan que Salias despojó al Gobernador del bastón que llevaba; es decir, dejó éste de figurar como primer mandatario, desde el momento en que entregaba á una facción la insignia de mando.

Así se ha ido comentando, desde el 19 de abril de 1810, un incidente que no tuvo nada de ruin, nada de faccioso y descompuesto, y sí mucho de respetuoso y de digno. Salias, ciudadano pacífico y de

familia distinguida, no tuvo necesidad de amagar á nadie con puñal, pues las armas de que se valió fueron el respeto y la compostura. Ni Díaz, ni Torrente, fueron testigos del suceso. Díaz, en su narración no califica á Salias; pero Torrente que copia á su Mecenas, apostrofa á Salias con el dictado de *desaforado*. La narración del Oidor Martínez es más exacta que las precedentes, pues se limita á referir el hecho, sin epítetos y sin puñales. La narración de Ducoudray es una confusión de incidentes. La discusión que tuvo horas más tarde el canónigo Cortés Madariaga con el Gobernador, discusión que dió por resultado la caída de los principales empleados y de la Audiencia, la anticipa aquel historiador y la agrega al incidente de Salias. Confundió los informes que obtuviera.

El relato de Baralt y Díaz que copia Restrepo, sólo tiene de censurable el que de un patricio tan conocido como era Francisco Salias, se dijera *un hombre llamado* Francisco Salias; lo que equivalía á decir, un desconocido. En este particular, el historiador Díaz es más justo, pues coloca á Francisco Salias al nivel de los demás conjurados sin despojarlo de su carácter de revolucionario.

Salias no agarró por el brazo al Gobernador, ni hubo necesidad de esto, ni de amagos. Salias se insinuó, manifestó el deseo general y triunfó, sin necesidad de amenazas ni de tropelías. Tampoco le despojó del bastón de Mariscal, pues Emparan tornó con él al cabildo, con él pasó su detención de cortos días y con él se embarcó. Las frases "arrancó el bastón," "le despojó de la insignia de mando," son figuradas y sólo así deben admitirse.

Dos incidentes providenciales abren la revolución del 19 de abril de 1810: el incidente Salias y

el incidente Cortés Madariaga; sin éstos la revolución habría fracasado.

Con Vicente Salias, Mariano Montilla, los hermanos Bolívar, López Méndez, Bello, y Cortés Madariaga, comienza la diplomacia venezolana en 1810.

Ya en otro escrito hemos departido acerca de este tema. (1) Cada una de estas agrupaciones produjo resultados inmediatos; mas la de Bolívar, López Méndez y Bello trajo un nuevo factor á la revolución: Miranda, que á fines de 1810 tornó al suelo patrio, después de haber dedicado treinta años de su vida á las conquistas de la libertad en ambos mundos. La "Sociedad patriótica" creada por Miranda, trajo las conquistas de la tribuna libre, espontánea, expansiva, y aun turbulenta y demagógica: era la antesala del Congreso que surgió poco después. La creación de la diplomacia venezolana, —la tribuna parlamentaria: he aquí las dos más bellas creaciones de la revolución de 1810.

Con los hermanos Salias, con Ribas, con Soublette, con los hermanos Carabaño, Bolívar, Mac-Grégor y muchos otros, comienzan los heraldos de la guerra, próxima á estallar. El que tenía señalado la Providencia para conducir victoriosos los ejércitos de Colombia hasta las nevadas cimas de los Andes, debía recibir su bautizo de sangre, en unión de sus conmilitones, bajo las ordenes de Miranda. Los hombres son hijos del encadenamiento de los sucesos.

En estos días, fue cuando la familia Salias

---

1 Véase nuestro estudio histórico titulado: "Orígenes de la diplomacia venezolana."

hubo de estrechar amistad con el Generalísimo. Durante la estada de éste en España, había tratado con alguien de la parentela de aquella, así fue que al llegar á Caracas quiso conocerla. Por otra parte, el padre de los hermanos Salias, Don Francisco, muerto al finalizar el último siglo, era español de buenos quilates. Miranda era partidario de los enlaces de españoles con americanos, pues juzgaba que el elemento hispano era el único que nos haría conservar las virtudes de raza y de familia, que Castilla había sabido plantar en el Nuevo Mundo. La familia Salias y Miranda constituyeron un lazo de intereses políticos y sociales. En Vicente, Miranda había encontrado uno de los más simpáticos caracteres de la revolución; en sus hermanos el sentimiento de la Patria llevado al sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que cada uno ocupara el puesto que le indicaba el deber y recibiera por galardón la muerte, la victoria ó el ostracismo.

En efecto, á fines de 1811, revienta la contrarrevolución española, tanto en Caracas como en Valencia. Era el comienzo de la guerra civil, con sus odios, crímenes y hogueras. Más tarde, el terremoto de 1812, vendrá en ayuda de los españoles que se valdrán del fanatismo para apoderarse de los ánimos timoratos y de pueblos incipientes y seguir triunfantes por todas partes. Entre los edecanes de Miranda figuran tres de los hermanos Salias: Francisco, Juan y Mariano. Ya veremos la suerte que cupo al primero. Tenemos ya á Miranda en campaña: lucido ejército en el cual figura la juventud de Caracas le acompaña en dirección de Valencia, donde la contrarrevolución española ha establecido sus reales.

En aquellos días figuraba en los alrededores de Valencia, una partida de salteadores encabezada

por el Zambo Palomo y por Eusebio Colmenares, conocido con el nombre de El Catire. Con el pretexto de encontrar inmunidad, estos hombres de mala ley se habían afiliado en el bando español, que los admitía y protegía como á hombres necesarios. Aparecían y desaparecían, infundiendo por todas partes el espanto, y sin fijarse en cada localidad sorprendida, sino el tiempo necesario para saquearla. En junio de 1811, el edecán de Miranda desempeñaba cierto encargo de su Jefe, cuando es sorprendido y cogido por la partida de El Catire y de Palomo. (1) Quiere éste atropellar al prisionero y el primero se opone con todas sus fuerzas. ¿Quién era este protector de Salias? Sin preverlo, el edecán al verse prisionero, se encuentra frente al antiguo capataz de su familia, en la hacienda "El Hoyo," en los altos de Caracas. El Catire, al reconocer al joven Salias, lo ampara y lo lleva consigo á sus guaridas. Después de algunos días, Valencia fue tomada á fuego y sangre por Miranda, y acompañado de los dos bandoleros se presenta Salias en el campamento patriota, implorando el perdón de aquellos hombres, gracia que le concedió Miranda. El parte dirigido por el Generalísimo al Ministro de la Guerra, fechado en Valencia á 25 de junio de 1812, es el siguiente:

"*Señor Secretario del Despacho de la Guerra.*

"Esta mañana al amanecer, como previne á US. en mi anterior oficio, hicimos un reconocimiento general sobre todos los puntos de la ciu-

---

1 Este Zambo Palomo es el mismo que más tarde, en 1813, acompañó á Monteverde, después de la rota de Maturín, y pudo salvar á este mandatario, conduciéndolo por veredas ocultas. Después tropezamos con el mismo Palomo, que figura en el ejército de Morales, en San Fernando, en 1819. Mandaba un escuadrón y tenía el grado de Comandante.

dad de Valencia, en que nuestras tropas se hallan en el día establecidas, para cerrar su comunicación con la campaña y bloquearla perfectamente. Observamos que los enemigos perseguidos vigorosamente por nuestra infantería ligera, se hallaban reducidos al centro de la ciudad; habiéndonos abandonado, todos los barrios y cercanías, junto con una pieza más de artillería, y ochenta y cuatro prisioneros de guerra. La buena dirección del fuego de nuestra artillería contra la plaza, y la escasez general de víveres, á que el bloqueo tiene reducido al enemigo, ha producido una deserción bastante considerable, pues pasan de cincuenta personas, las que el día de hoy se han pasado á este ejército; entre ellas, hemos tenido la satisfacción de ver llegar á Don Francisco Salias, que haciendo la función de nuestro edecán, el día 23 del mes pasado, quedó prisionero en Valencia; y ha debido su libertad, según su informe, al famoso Eusebio Colmenares, (alias El Catire,) uno de los principales jefes entre los insurgentes de Valencia, y que igualmente se ha presentado, implorando el perdón de sus pasadas ofensas, en virtud del servicio que, en procurar la libertad de Salias nos ha hecho, y de los que ofrece hacer á su patria, sin solicitar otra recompensa por todo ello que el olvido de su pasada conducta: lo que me ha parecido útil y conveniente el acordarle. El parte adjunto del Ingeniero en Jefe indica los trabajos hechos por éste los días 8 y 9, contra la plaza de Valencia; y aunque hoy se ha observado que el enemigo trabaja con grande actividad en hacer nuevas cortaduras y retrincheramientos en las principales calles que guían á la plaza mayor de esta ciudad, no me parecerá extraño, que la disminución de las tropas que la defienden, reducidas á un corto número, por la gran deserción, que por todas las avenidas de

ellas hacia el campo se observa, la hallásemos evacuada dentro de dos ó tres días.

"Dios guarde á US. muchos años.—Cuartel General del Morro, frente de Valencia, á 10 de agosto de 1811, á las 8 de la noche.

"Francisco de Miranda." (1)

Días más tarde el edecán Salias acompañado del joven Bolívar, traía á Caracas el parte de la toma de Valencia. Bolívar había recibido su bautizo de sangre y acompañado de un edecán del Generalísimo, quiso recibir las felicitaciones de sus amigos. (2)

A poco el vendaval político toma creces, la desmoralización cunde por todas partes, y tras el entusiasmo, en sus últimos espasmos, viene el desaliento. El terremoto de marzo de 1812 fue la fuerza misteriosa que acabó de hundir al bando patriota y abrió el camino de Caracas á los enemigos de la joven República. La estrella de Miranda va á eclipsarse, y tras éste, llegará el carro de la guerra á muerte. Pero con Miranda están sus hombres: Ribas, Muñoz Tébar, Vicente Salias, Soublette, Espejo, Bolívar, Sanz y otros más. ¡Qué grupo éste el que constituye los hombres de Miranda! La correspondencia de todos ellos con el Generalísimo, es un rico tesoro de apreciaciones históricas de alto interés. Esta correspondencia, salvada de la catástrofe de La Guaira, sintetiza una época admirable en la historia de Venezuela. El propulsor de la revolución, al desaparecer en las mazmorras de la Carraca

1 *Gaceta de Caracas* de 13 de agosto de 1881. Es raro tropezar hoy con algún número de la *Gaceta* de la época de 1810 hasta 1815; por esto la publicación de ciertos documentos que no figuran en las *Colecciones*, es de grande interés.

2 Tenemos una leyenda inédita que se intitula: *Bautizo de sangre de Bolívar.*

en 1816, había sido ya precedido de algunas de estas lumbreras que constituyen la constelación histórica de los *hombres de Miranda:* Salias y dos de sus hermanos, Ribas, Espejo, Muñoz Tebar, Sanz y otros más.

Dos épocas caracterizan la revolución venezolana: 1810 á 1812; 1813 á 1825. Miranda y sus hombres sintetizan la época de gestación, incomprensible, indefinida. Bolívar y sus tenientes comprende la época del sacrificio, de la guerra á muerte, de la lucha heroica, del combate constante: el triunfo de la revolución.

Miranda ha desaparecido de la escena política, y la campaña feliz de 1813, ha abierto á Bolívar las puertas de Caracas. Con él han continuado los hermanos Salias: la revolución ha cambiado de conductor, pero no de ideas. Terrible recomienza la lucha; pero el triunfo de toda idea noble exige sacrificios. La guerra á muerte ha comenzado á segar á los vencedores de 1813, y el incendio de 1814 toma proporciones gigantescas. En los boletines militares de esta época sangrienta, aparecen con frecuencia los nombres de los hermanos Juan y Pedro Salias. Ha llegado el momento en que uno de ellos precede á sus hermanos en la gloria y en la muerte. Hay un hecho de armas que conoce la historia con el nombre de degüello de Aragua: es la avanzada luctuosa de Urica, donde todo fue exterminio. Allí desaparece el batallón *Caracas*, compuesto de una gran parte de la juventud de la capital, al mando de su Comandante Pedro Salias. "Todo el batallón *Caracas* quedó tendido, desde Salias basta el último soldado," escribe Díaz.

Apartemos la vista de este campo de desolación. El sacrificio de Vicente Salias nos aguarda.

Después de la desgracia de Miranda y del triunfo de Bolívar en 1813, Vicente Salias, en unión de Muñoz Tébar, redactaba la *Gaceta de Caracas*. Era ésta un boletín en que se daba noticia, no sólo de los triunfos patriotas, sino también de las tropelías cometidas por los españoles, desde los días de Monteverde. En la *Gaceta de Caracas* está la historia de la guerra á muerte, durante los años de 1813 y 1814, con todos sus gritos y sarcasmos.

La revolución tenía un adversario en Caracas, el famoso gacetillero José Domingo Díaz, médico, condiscípulo de Vicente Salias. Si éste pintaba á su contrario como un hombre indigno de todo crédito, Díaz se contentaba con asociarlo á Bolívar, en cada escrito que, desde Caracas, lanzaba á los pueblos de Venezuela. No hubo para Díaz epíteto injurioso que no endilgara á Bolívar, á quien odiaba de corazón; y como el mismo odio profesaba á su condiscípulo Vicente, sucedía que los nombres de Bolívar y de Salias andaban siempre pareados en las crónicas del gacetillero de los españoles. Díaz y Salias tenían cierta cuenta pendiente: éste había, desde 1810, ó antes, escrito un poema joco-serio titulado *La Medicomaquía*, en el cual aparece Díaz como el protagonista principal. En esta obra, que siempre se conservó inédita, si Díaz queda en ridículo, Salias aparece como un espíritu epigramático. Este odio secreto lo amamantaba Díaz, como una necesidad de su espíritu y de su corazón. Animábalo la dulce esperanza de ver algún día á su condiscípulo y enemigo político en desgracia, y el curso de los sucesos hubo de satisfacerle.

Cuando llegaron los momentos aflictivos de 1814; cuando no había ya esperanza de salvación posible, Vicente fleta un buque en La Guaira y se em-

barca en dirección á las Antillas; pero apenas ha dejado las aguas de La Guaira, cuando es apresado por un corsario español que le conduce al castillo de Puerto Cabello. Había llegado para Vicente la hora fatal; pero ante muerte próxima, valor encontró en su pecho el gallardo mancebo, y serenidad en su espíritu ilustrado, que eran ambas virtudes timbre de su raza. En carta de Díaz á Boves, fechada en La Vela de Coro, á 4 de agosto de 1814, leemos los siguientes conceptos:

"Dios se cansó de sufrir los insultos que nos hacían: los castigó por medio de usted, de un modo seguro y enérgico, y su justicia se extendió hasta poner en las manos del gobierno español de Venezuela, al sacrílego é insolente redactor de aquella *Gaceta*, Don Vicente Salias, mi condiscípulo, prófugo en el bergantín *Correo de Gibraltar*, partido de La Guaira el 8 del último mes, apresado por el corsario español el *Valiente Boves*, armado por Don Simón de Iturralde uno de los apasionados de usted, y conducido á este puerto. *Si la justicia es recta como debe ser, su vida terminará poco tiempo después de su Gaceta.* (1)

He aquí, en estas frases terribles, la hiena en presencia de su presa. El gacetillero se gozaba con la idea de la muerte de Vicente, y temeroso, acentuaba el deseo, invocando la justicia. ¡Cuántas monstruosidades encierra el corazón humano!

En el castillo de Puerto Cabello existían algunos presos patriotas, que por grupos iban saliendo al cadalso. El día en que le tocó á Salias, acompañaron á éste, Antonio Rafael Mendiri, que había sido Secretario interino de Guerra, y caído prisio-

1 *Díaz*—Rebelión de Caracas—1 vol. en 8º—Madrid, 1829.

nero después de la rota de Barquisimeto, y otros dos patriotas de poca importancia. Mendiri, hombre de espíritu débil, habló en el cadalso de la siguiente manera:

"Señores—dijo—teniendo más ilustración que mis compañeros, creo deber hablaros antes que ellos. He seguido estudios, y la lección de algunos libros prohibidos es la causa de mi perdición. Me llené de orgullo creyéndome sabio: me inspiraron máximas que ahora conozco detestables, y me han conducido á este caso. Me hicieron apartar de los deberes que cumplieron mis mayores, y buscar la felicidad en un gobierno que me favoreciese en todas mis pasiones. Lo conozco y lloro, mas sin remedio. Señores: no es este el lugar ni el tiempo de enumeraros estos libros peligrosos; vosotros oiréis en el púlpito su catálogo de la boca del Doctor Don Juan Antonio Rojas Queipo, á quien lo he encargado. Huid de ellos si queréis ser felices: obedeced al Rey, y seréis justos. Vamos." Se sentó en el patíbulo, y espiró.

Después de fusilados otros dos patriotas, llegó su turno á Vicente Salias que pidió permiso para hablar á los espectadores. Digno, sereno, sin ninguna muestra de debilidad ó temor, Vicente se dirige al borde del cadalso y elevando sus miradas y brazos hacia lo Alto, pronuncia con voz sonora la siguiente imprecación:

"*Dios Omnipotente, si allá en el cielo admites á los españoles, renuncio al cielo.*"

Iba á continuar, cuando el redoble de los tambores ahogó sus palabras. Entonces se sienta en el banquillo é impávido recibe la muerte. Así desapareció "este griego amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática;" este paladín de la idea liberal en los días de la guerra á muerte.

Dos años más tarde, cuando llegó el momento en que la crueldad de Morillo hubo de saciarse en Nueva Granada, mandando á sacrificar por todas partes á centenares de hombres ilustres y notables, entre los fusilados en Pore, cupo triste suerte á Juan Salias, el tercero de los hermanos destinados al sacrificio. De los tres sobrevivientes, Mariano acompañó á la familia en su ostracismo; Francisco siguió como ayudante de Bolívar en las campañas de 1817 á 1821; Carlos había huído con la inmigración de Caracas en 1814, únese á las tropas de Bermúdez, antes de Urica, y reaparece más tarde en la campaña del Magdalena, en 1821.

Cornelia no debía tornar á la patria de sus hijos sacrificados en la flor de la edad, sino cuando los sobrevivientes le abrieran con honra la puerta del hogar abandonado, y el menor de ellos hubiera recibido, en campo patriota, el bautizo de sangre!

EL LORO DE LOS ATURES

(A DON FRANCISCO DAVEGNO)

En el sitio donde las aguas del Orinoco, después de haber seguido al Oeste en numerosas curvas, tuercen bruscamente al Norte y se abren paso al través de los montes y rocas de Parima, está la bellísima región llamada de las grandes Cataratas. Es un anfiteatro de raudales que, en una longitud de seis á ocho mil metros, se precipitan unos en pos de otros, y producen el paisaje más hermoso de los ríos del Nuevo Mundo. Saltos de agua, cabelleras de espuma, islas que tiemblan entre numerosos arrecifes, laberinto misterioso donde la onda líquida se esconde y parece que gime, moriches que coronan de verdura la roca granítica y cobijan á los animales dueños de la tierra y de las aguas; todo parece que celebra á un tiempo las bellezas de la naturaleza americana: y sólo al hombre es dado conocer los peligros de esta región, donde el viejo Orinoco lucha, se retuerce y logra vencer el poderoso anillo de granito que estrangula la corriente. Tales son los diversos actores de la lucha secular entre las aguas y las rocas en la espléndida región venezolana de las Cataratas.

Las ruinas de dos pueblos antiguos fundados por los misioneros jesuitas y capuchinos, se ven todavía al pie de los hermosos raudales de Atures y Maipures, al Norte y Sud de esta región. Recuerdan las unas el sepulcro de los Atures, raza extinguida, que sucumbió gloriosamente en defensa de sus libertades; recuerdan las otras el antiguo golfo geológico á la izquierda del Orinoco, frente á las rocas de Oco y Keri, islotes del primitivo río, cuando el dilatado golfo, coronado de palmeras y gramíneas, era un lago y remanso de las aguas. Recuerdan ambas á los pueblos indígenas, á aquellos misioneros que levantaron templos y casas al pie de las Cataratas, cultivaron la tierra, segaron la selva y cubrieron la fértil dehesa de animales útiles, hasta el día en que hombres desapiadados concluyeron con la riqueza aglomerada por el trabajo, y talaron las campiñas y los poblados, y acabaron con los modernos pobladores del Orinoco, como habían acabado los caribes antropófagos con los primitivos Atures y Maipures, antes que el conquistador castellano hollara con su planta la tierra americana.

¿En qué se parece esta onda del Orinoco que baña hoy los arrecifes, á la onda primitiva, cuando yacían á flor de agua las enormes rocas donde el hombre prehistórico de América grabó las primeras creaciones del arte pictórico? "Del centro de las ondas—dice un célebre viajero—levántanse negras rocas, como el hierro, que parecen torres ya arruinadas. Cada isla, cada piedra, ostenta gran número de árboles de vigorosa producción; espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas y al través de este vapor espumoso, asoman las altas copas de los moriches. Cuando ya á la tarde los ardientes rayos del sol vienen á quebrarse en la húmeda niebla, estos efectos de luz producen un panorama mágico. Arcos coloreados apare-

cen y desaparecen sucesivamente y sus imágenes vaporosas se mecen á impulsos de los vientos." (1)

Al Sud del raudal de Atures está situada la caverna de Ataruipa; tumba de una raza extinguida, donde reposan los osarios de pasadas generaciones. Aquí, en este sepulcro de un pueblo valeroso, referían los indios Guarecas, que se refugiaron los Atures perseguidos por los Caribes antropófagos; lúgubre morada donde toda la raza pereció sin dejar indicios de la lengua que hablara. Agregaban que en Maipures existía un Loro viejo que nadie entendía, porque hablaba la lengua de los Atures.

He aquí la tradición referida por los Guarecas á Humboldt, y que dió á conocer en sonoros versos el poeta alemán Ernesto Curtius.

" En las soledades del Orinoco vive un Loro viejo, frío é inmóvil, como si fuera su propia imagen tallada en piedra.

" Las rotas y espumosas olas del río ábrense paso al través de los peñascosos diques, y los troncos de las palmeras inclínanse anegados en las ondas de luz del sol.

" La ola, á pesar de sus esfuerzos, no puede llegar al fin. El sol mezcla jugueteando el reflejo de sus colores al polvo del agua.

" Abajo, en el sitio en que las olas caen rompiéndose, goza un pueblo del eterno descanso; expulsado de los lugares que habitó, refugióse en aquellas rocas.

" Y los Atures murieron libres y orgullosos como habían vivido; los verdes cañaverales de la orilla, ocultan todo lo que queda aun de su raza.

" Allí gime en señal de duelo el Loro, único que ha

1 *Humboldt*—"Tableaux de la Nature."

sobrevivido á los Atures; aguza su pico en la piedra y hace resonar el aire con sus gritos.

"Ah! los niños que le han enseñado los sonidos de su lengua materna, y las mujeres que le han educado, que han construido su nido con sus manos;

"Todos, heridos por la muerte están tendidos sobre el río; sus inquietos gritos no han podido despertar á nadie.

"Solo él llama y en este mundo extranjero nadie puede comprender su voz. No oye más que el ruido de las aguas; alma alguna piensa en él.

"El salvaje que le distingue sobre el río, rema vigorosamente para llegar á la orilla. Nadie ha visto sin extremecerse el Loro de los Atures." (1)

Un distinguido venezolano, cuya amistad nos es grata, el señor Doctor Lisandro Alvarado, ha vertido la misma tradición de los versos alemanes de Curtius, publicados no hace mucho en el número 3 de *La América Ilustrada y Pintoresca*. El traductor dice así:

En el Orinoco agreste
hay un viejo papagayo,
triste y yerto, cual si fuera
de dura piedra tallado.
Entre diques rocallosos,
espumante y destrozado,
corre el río entre palmeras
que al sol le roban sus rayos;
y nunca logran sus olas
traspasar el fiero blanco,
mientras velos esplendentes
son del iris matizados.

1 Traducción del español Giner, de "Los cuadros de la Naturaleza," por Humboldt.

Allá do luchan las ondas
una tribu á esos peñazcos
llegó proscrita y vencida,
y hoy goza eterno descanso....
Sucumbieron los Atures,
siempre libres, siempre osados,
y so cañas ribereñas
yacen sus últimos rastros.

De esa raza el postrimero,
cuenta el ave un hecho aciago,
y en la peña el pico afila,
al aire gritos lanzando.

Ah! los niños que el nativo
dulce idioma le enseñaron
y la mujer que sustento
dióle y nido, busca en vano!
En la playa á duros golpes,
todos cayeron, y en tanto
del ave la ansiosa queja
á ninguno ha despertado.
Solitario, incomprensible,
vocifera en suelo extraño;
oye el rugir de las aguas
y á nadie más el cuitado;
y el salvaje al contemplarle
huye veloz del peñazco.....
Nadie vió sin que temblara
ese antiguo papagayo!

"Tan bella tradición simboliza en su poética sencillez—ha escrito el señor doctor Ernst—la historia melancólica de numerosos pueblos y tribus que

1 El distinguido poeta italiano Cayetano Aliardi, nos ha dejado también en sus "Primeras Historias" publicadas en Verona en 1845, la leyenda del *Loro de los Atures*, la misma que motivó los versos del poeta alemán Curtius.

antes habitaban el suelo americano, y que desaparecieron unos tras otros en las sangrientas luchas de su propia barbarie, ó bajo la espada desapiadada y la servidumbre inhumana de conquistadores europeos."

Al hablar Humboldt de la noche en que visitó la tumba de los antiguos Atures, dice:

"Era una de esas noches frescas y serenas de que frecuentemente se disfruta en los trópicos. El disco de la luna rodeado de anillos encarnados brillaba en el zenit, iluminando los extremos de la niebla de purpúreos contornos, que como una nube velaba el espumoso río. Innumerables insectos esparcían sobre la tierra, tapizada de verdura, rojizas fosforescencias, resplandeciendo el suelo como si la estrellada bóveda hubiese descendido á la pradera. Las trepadoras *bignonias*, las perfumadas vainillas y las *banisterias* de doradas flores adornaban la entrada de la gruta, sobre la cual murmuraban los penachos de las palmeras.

"Así mueren y desaparecen las razas humanas! Así se pierde el ruido que su nombre produjera! Mas si todas las flores del espíritu se marchitan, si el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador, del seno de la tierra brota siempre nueva vida. La fecunda naturaleza desenvuelve incesantemente sus gérmenes sin que parezca inquietarse en investigar si el hombre, implacable raza, ha de destruir el fruto antes de su madurez."

No, no; ni las flores del espíritu se marchitan ni el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador. La naturaleza siempre bella, fecunda, armoniosa y sublime, hasta en sus noches tempestuosas, no es tumba sino cuna perenne, pues que todo cambia de forma y nada se pierde.

El espíritu investigador, que ha sondeado las profundidades del firmamento y sorprendido en su composición la onda luminosa; el arte, que ha interpretado el sublime panorama de la vida, no son sino actores que se suceden en el campo de la naturaleza. Sobre todas las ruinas y despojos de la sociedad humana flota el espíritu creador, inmortal, porque simboliza lo perdurable, lo eterno; la verdad, descubierta por la ciencia, por la lucha; la belleza, cantada por el arte; la aspiración celeste concebida por la fe y sostenida por las grandes virtudes de que es capaz el corazón humano.

RETOZOS CARAQUEÑOS

—

La capital de la provincia de Venezuela, dice el historiador español Don Mariano Torrente, que escribió su historia el año de 1829, ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos é intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia. (1)

He aquí un retrato de cuerpo entero hecho del hombre caraqueño, y no es de extrañarse que, desde el momento en que á Bolívar lo calificaron los escritores españoles de la época de la revolución,—1810 á 1825—con los epítetos de ambicioso, aturdido,

1 *Torrente*—Historia de la Revolución Hispanoamericana—3 vols. gruesos en 8º—Madrid—1829.

bárbaro, cobarde, déspota, feroz, ignorante, imprudente, insensato, impío, inepto, malvado, monstruo, miserable, perjuro, pérfido, presumido, sedicioso, sacrílego, usurpador, etc. etc.: no es de extrañarse que si tan injuriosos epítetos sirvieron para calificar el genio que supo emancipar tantos pueblos de la servidumbre de España; que, si esto se escribió en los días de la magna guerra, otra cosa debía suceder al llegar el iris de la paz. Gracias sean dadas al historiador Torrente que nos concede, siquiera, algo bueno, en medio de tanto malo.

Es lo cierto, que por naturaleza, por inclinación y hábito somos retozones, sobre todo, en asuntos democráticos, en cositas de partidos, en percances de intereses políticos, y por esto hemos podido pasar de una esclavitud tranquila á los contratiempos de una libertad peligrosa. La historia de nuestros partidos políticos es una serie de travesuras, casi siempre, con tendencias á la comedia, á la tragedia, y en determinadas ocasiones, al sainete. Y no se crea que nuestros retozos vienen desde 1810, que ya durante los siglos que precedieron á la revolución del 19 de abril, los caraqueños se metían en el bolsillo á los Gobernadores que de España nos enviaban, salvo en una ó dos ocasiones en que estos hicieron tascar el freno á los miembros del Ayuntamiento de Caracas. En las disputas acaloradas que tuvieron los cabildos político y eclesiástico, desde remotas épocas, hasta mediados del último siglo, fueron más culpables los caraqueños del Ayuntamiento con el Gobernador á la cabeza, que los españoles del cabildo eclesiástico, sostenido por el Obispo. Si Bohórquez, Mauro de Tovar y otros prelados supieron lanzar excomuniones á sus contrarios, insultarlos y acusarlos ante el Monarca, el General Solano, es-

píritu liberal, inteligente y justiciero, supo poner á raya á los retozones del Ayuntamiento de Caracas, desde 1763 hasta 1770, cuando éstos quisieron armarse con el santo y la limosna, como lo tenían de costumbre. Y todavía más atrás, los retozos caraqueños venían repitiéndose, pues todo databa desde que por intervención de los agentes de la colonia en la Corte de Felipe II, recavaron de éste, con diplomacia y astucia, el que los dos Jueces de la ciudad y el Ayuntamiento, por muerte de los Gobernadores, entraran á mandar la provincia.

Departamos acerca de unó de estos retozos caraqueños, en los días en que esta capital, por disposición del Monarca, quedó, en lo civil, dependiente del virreinato de Bogotá. En dos ocasiones ha estado la capital, Caracas, bajo el gobierno de Bogotá; la una, cuando fue creado el virreinato de ésta en 1717, y la otra, cuando fue fundada la República de Colombia, un siglo más tarde, en 1821. La historia conoce cuanto precedió á la disolución de la República en 1830. Entre las causas principales figuran los retozos republicanos de 1826, con sus corolarios de actas y pronunciamientos á favor y en contra de Bolívar en 1828 y 1829. Narremos ahora, lo que trajeron los retozos caraqueños de 1720 á 1726.

En 1716, se encarga de la gobernación de Caracas, Don Marcos Francisco de Betancourt y Castro, el cual duró muy poco tiempo en sus funciones. Para comprender cuanto vamos á narrar, conviene saber que, por uno de tantos capricho que tuvieron siempre los reyes de España, respecto de

[illegible]

[illegible] murmurar. La medida tan inesperada respecto de una capital que estaba más cerca de las costas de España que de la ciudad de Bogotá. debia causar disgustos. fomentar intrigas y hasta desacatos. como veremos más adelante.

Por causas que ignoramos, quiso el virrey de Bogotá, Don Jorge de Villalonga. separar del mando al Gobernador Betancourt. para cuyo efecto, vino á Caracas, como interino, á principios de 1720. Don Antonio de Abreu; mas como aquél resistiese entregar la gobernación, por estar próxima su salida, hubo de quedarse hasta que cumplió su tiempo. En esta situación, no queriendo el Ayuntamiento recibir á Abreu, por la mala voluntad que éste había sabido captarse de la población de Caracas, nombraron á los Alcaldes Don Alejandro Blanco y Don Manuel Ignacio Gedler en 1720, y en 1721 á Don Alejandro Blanco Villegas y Don Juan de Bolívar Villegas, nombramientos que fueron comunicados al rey. A poco llega á Caracas el sustituto de Betancourt, Don Diego Portales y Meneses, que se

encargó de la gobernación de la provincia. Tranquilo andaba todo, cuando en 1723 se presentan en Caracas dos comisionados del virrey de Bogotá, Pedro Beato y Pedro Olavarriaga, que habían agenciado más antes la pretendida deposición del Gobernador Betancourt. Traían el propósito de hacer la propaganda entre los magnates ricos de la colonia, acerca de la creación de una compañía de comerciantes de Guipuzcoa, la cual afrontaría grandes capitales en beneficio de la agricultura y del desarrollo de las poblaciones. Lo seductor de esta noticia, las utilidades exageradas que prometían sus autores, las franquicias que debía obtener en el porvenir una compañía tan respetable, la protección que se prometía del Monarca, la riqueza incipiente de Venezuela llamada á grandes destinos, la destrucción, en fin, del contrabando extranjero; estas y otras ideas fue el tema obligado de los criados ó enviados del virrey Villalonga, en su paseo por los pueblos y ciudades de Venezuela. Bien comprendieron el Gobernador Portales y el Obispo Escalona y Calatayud, que desde 1717 se había encargado de este Obispado por ausencia de Monseñor Rincón que había sido destinado para el de Bogotá, todo lo grave y trascendental de semejante propaganda, la cual comenzó, desde sus orígenes, á producir los resultados de todo negocio imaginario: el deseo de lucro, desarrollo de la codicia, en una palabra, el monopolio, fuerza que destruye todas las aspiraciones de los necesitados y da vuelo á la ambición de los poderosos. Advertidos los agentes del virrey por el Gobernador Portales, para que suspendieran el encargo que tan bien desempeñaban, ningún caso le hicieron, lo que obligó á éste á aprehenderlos; disposición que inmediatamente comunicó á la Audiencia de Santo Domingo y

al virrey de Bogotá. Y como por la cesion de Caracas al gobierno de Nueva Granada, habian ya surgido ciertas competencias entre las autoridades de allá con las de acá, de esperarse era un rompimiento entre ellas, despues de la prision de los criados del virrey, sobre todo cuando ya muchos magnates de la capital, víctimas de las intrigas y exageraciones de Beato y Olavarriaga, no pensaban sino en las imaginarias ganancias de la proyectada compañía.

No anduvo Portales menos activo que los intrigantes, y llenó de su parte el deber de participar al rey la conducta que habia seguido, así como los temores que por el cumplimiento del deber le asaltaban, respecto de los atropellos que contra él podia cometer el señor de Villalonga, medida en que obró con pleno conocimiento de los hombres y de las cosas de América. La dependencia de Caracas del gobierno de Bogotá comenzaba á producir lo que era de esperarse: el choque entre dos gobiernos que no tenian por cohesion sino la persona del Monarca, no produciendo por resultado de toda divergencia, sino desgracias para la sociedad de Caracas, que debia presenciar un prolongado conflicto de intereses bastardos, y del triunfo de la codicia y del monopolio sobre el bienestar de la poblacion trabajadora y sencilla.

En 1720 el virrey Villalonga pidió al Ayuntamiento de Caracas testimonio del acta en que constaba la fianza dada por el Gobernador Portales, medida que indicaba el comienzo de las hostilidades que iba á desplegar aquel mandatario: mas con la casualidad que en el mismo año el rey ordenó al Cabildo de Caracas, por real cédula, que en el caso en que el virrey de Bogotá intentase algo hostil contra el Gobernador Portales, lo impidiese, y que si llegaba á realizarse la prision, le

tornase á la libertad y le volviese á su empleo. No comprendemos semejante política seguida por el Monarca; tan despojada aparece de convicciones y de virilidad, que más bien puede considerarse como un juego de contradicciones, que como el desarrollo de un plan gubernativo. Si la gobernación de Caracas estaba subordinada á la de Bogotá, el rey no debía intervenir en hechos que no se habían consumado: si el virrey no obraba, por otra parte, con justicia, el Monarca no debía desautorizarle, interpolando entre ambos Gobernadores la persona del Obispo, que obedeciendo el mandato real, desautorizaba al superior y favorecía al subalterno. Tal será siempre el resultado de toda política personal en la cual impera, no la fuerza de la ley, sino la conveniencia del momento.

Nunca había llegado á Caracas una real cédula con más oportunidad que aquella en que el Monarca ordenaba al Obispo favorecer al Gobernador Portales contra las tropelías del virrey Villalonga, pues poco tiempo después, recibió el Ayuntamiento de Caracas la orden de aprehender al Gobernador, confiscar sus bienes y remitirlo á Bogotá. Apoyábase aquél para emplear un procedimiento tan duro, en variados hechos que manifestaban la ninguna obediencia del Gobernador Portales á las órdenes del virrey, en su falta de respeto á la autoridad superior, y en la altivez con la cual parecía desdeñar las órdenes que se le comunicaban desde Bogotá. Reunido parte del cabildo de una manera sigilosa, y acompañado de un escribano, del maestro de campo, vecinos y guardias, pasa á la casa real en solicitud del Gobernador Portales. Comunícale á éste la orden del virrey, á nombre del Monarca, á lo que contesta Portales, ya indignado: "No obedezco á tal despacho, pues V. E. nada tiene que hacer con los actos de mi gobierno."

nerse en sus justas pretensiones y es rechazado. Alborótase el partido de los gobiernistas, y no lo esquiva el contrario. El Gobernador es conducido de nuevo á estrecha prisión, donde le cargan de cadenas. Logra evadirse de nuevo, y en esta ocasión refúgiase en el Seminario Tridentino. Ya para esto entonces los dos bandos políticos se habían insultado y sus disputas tomaban el carácter de una revolución. Desprestigiado el Gobernador, desatendido el Obispo que, con mansedumbre y tacto pudo moderar en algo estos asuntos, el grito de las pasiones llegó á imperar por todas partes, y los partidarios del Gobernador, abrigando temores, lograron hacerlo escapar por tercera vez y sacarlo fuera de Caracas. Al saberlo los Alcaldes despachan tropas en todas direcciones, como 800 hombres salen para Valencia, y participan á todas las autoridades subalternas de la provincia, que ninguna debía obedecer al tal Gobernador, y que todas y cada una estaban en el sagrado deber de aprehenderlo.

Las cosas iban de mal en peor, cuando llega á Caracas la real cédula de julio de 1725, en la cual el Monarca, instruido por Portales de cuanto había pasado, ordena al Obispo la inmediata reposición del Gobernador y la deposición de los Alcaldes, que fueron unas de las víctimas de este escándalo, precursor de la instalación, poco después, de la célebre Compañía Guipuzcoana, de la cual el tal Olavarriaga, fue su primer director. Por real cédula de enero de 1726, la conducta de la Audiencia de Santo Domingo fue desaprobada, y sus miembros condenados cada uno á pagar doscientos pesos de multa, y a remitir al Obispo Escalona y Calatayud, el proceso seguido á Portales. Los Alcaldes y Regidores de Caracas que se opusieron á resta-

blecer la persona del Gobernador, fueron condenados á pagar cada uno, mil pesos de multa y á ser remitidos á España, bajo partida de registro. (1)

¿Cuál fue el resultado inmediato de estos retozos políticos? La pérdida de la gracia que los caraqueños desde remotos tiempos habían obtenido del monarca español, por medio de comisionados tan diplomáticos, tan hábiles: la de que los dos Alcaldes de la capital pudiesen reemplazar la autoridad del Gobernador cuando éste muriera ó fuese derrocado. Diez años más tarde de estos sucesos, el gobierno español anuló lo que habían hecho sus predecesores, y nombró agentes peninsulares que en todo caso pudieran reemplazar la persona del Gobernador. Todavía, años más tarde, en la época del Gobernador Solano, el Ayuntamiento, por retozos más ó menos apremiantes, perdió uno de los Alcaldes de la ciudad. Hasta aquella fecha ambos eran venezolanos; desde entonces, fue uno de ellos español y el otro venezolano. (2) Los retozos republicanos de 1826, trajeron la caída de Bolívar y disolución de Colombia; los retozos de 1725, la pérdida de una gracia concedida hacía siglos por el monarca de España al Ayuntamiento de Caracas.

Los retozos caraqueños de que hemos hablado, así como todos los retozos de las muchas capitales

1 El viajero Depons, comisionado del gobierno francés cerca de la Capitanía general de Caracas, á comienzos del siglo, trae un ligero extracto de estos hechos. De este autor tomó Baralt, lo que figura en el volumen de su *Historia Antigua de Venezuela*. Nosotros hemos sacado todos los pormenores de este curioso incidente, de las actas del antiguo Ayuntamiento, correspondientes á los años corridos de 1720 á 1726.

2 Ya hablaremos de todo esto cuando publiquemos nuestro estudio inédito, titulado: *Orígenes de los partidos políticos de Venezuela*.

de ambos mundos, son inherentes á los pueblos de la raza latina. Están en la índole de las aspiraciones, de las condiciones sociales, de la lucha constante que traen casi siempre resultados armónicos en en el desarrollo general. Lo que está en las necesidades del cuerpo y del espíritu, hace parte de los triunfos ó decepciones, de las conquistas ó perecimiento del ser pensante y libre. Los pueblos que han pasado largas épocas bajo el peso de alguna tiranía, presencian estos regocijos como expansiones necesarias de la libertad social reconquistada: y los gobiernos que sostienen la verdadera libertad, ni los persiguen ni los protegen. La tolerancia política por una parte, y la completa libertad de la prensa por la otra, contribuyen siempre á disipar estos gritos del entusiasmo político, religioso ó social, que no pasan de cierta efervescencia transitoria: obra del entusiasmo, de la juventud, y de las tendencias civilizadoras de cada época.

PASQUINADAS

DE LA

REVOLUCION VENEZOLANA

Pasquino fue el nombre que llevó un sastre *remendón* de la antigua Roma, cuya tienda estuvo cerca del palacio de los Ursinos. Y como Pasquino era un hombre epigramático, siempre chistoso, satírico contra el gobierno y los magnates de Roma, su tienda hubo de ser el punto de reunión de los charlatanes y conversadores de la capital, y también de ciertos espíritus ilustrados, partidarios de los epigramas, con los cuales fotografiaba el poeta á ciertos personajes de su época, (siglo décimo sexto). A poco de la muerte de Pasquino, apareció en el mismo sitio un torso de mármol, que juzgaron los artistas de Roma representaba á Menelao conduciendo el cadáver de Patroclo. Sobre este torso figuraban constantemente sátiras y epigramas contra los personajes de la época; y de aquí el haberse dado igualmente á la estatua el nombre de Pasquino, en recuerdo del célebre sastre que satirizó á gobiernos, á cardenales y á reyes.

Hoy, en casi todas las lenguas modernas, existen

los vocablos pasquín y pasquinada, con los cuales se significa, escrito anónimo satírico, dicho agudo que se fija en lugares públicos contra alguien, sobre todo, contra gobiernos y hombres políticos.

Cuando Mezzofanti fue creado cardenal, escribe Parisio, Pasquino declaró que era un nombramiento admirable, porque no había duda de que la *Torre de Babel* necesitaba de un intérprete. Sábese que Mezzofanti era un insigne polígiota. Durante la visita del Emperador Francisco á Roma, apareció el siguiente pasquin: *Gaudium urbis, Fletus Provinciarum, Risus Mundi.* Y cuando fue elegido el Papa Leon X, en 1440, figuró este acróstico satírico que fija la fecha MCCCCXL: *Multi cœci cardinales crearerunt cœcum decimum (X) Leonem.* El dístico de Pasquino sobre el nombramiento de Holstenius y sus dos sucesores, como bibliotecarios del Vaticano, es de notable interés histórico. Holstenius había abjurado del protestantismo, y fue reemplazado por Leo Allarius, natural de Escio, quien á su turno tuvo por sucesor al sirio Evode Assemani, en vista de lo cual Pasquino dijo:

Præfuit hæreticus—Post hunc, schismaticus. At nunc
Turca præest. Petri bibliotheca, vale!

Y cuando Urbano VIII publicó su célebre decreto excomulgando á todas las personas que usaran rapé en las iglesias de Sevilla, Pasquino citó de Job los siguientes conceptos: *¿A la hoja arrebatada del aire, has de quebrantar?—¿Y á una arista seca has de perseguir?* (1)

Las pasquinadas de la revolución venezolana comienzan con los sucesos de 1808. Tan luego como en la madrugada del 15 de junio de este año se

1 Timbs.—Things not generally known etc., etc. 1 vol.

tuvo noticia en el puerto de La Guaira del encargo que traían los comisionados franceses, enviados por Murat, cierto sentimiento de reprobación se apoderó de los ánimos. Al siguiente día apareció en algunas esquinas del poblado, la siguiente octava:

La entereza, el valor y la constancia
en arrostrar peligros inminentes
ha sido, como sabe bien la Francia,
el distintivo de españolas gentes:
los hijos de Sagunto y de Numancia
fieles siempre á su rey, siempre obedientes,
primero sufrirán verse abrasados
que de un extraño imperio subyugados. (1)

La historia nos relata los sucesos de Caracas que motivaron la jura de Fernando VII y la salida precipitada de los emisarios franceses, en los días que siguieron á la llegada de los emisarios ingleses. En medio del entusiasmo de la capital contra los franceses, la musa de Andrés Bello, á la sazón Secretario de la gobernación, improvisó el siguiente soneto cuando llegó la noticia del triunfo de Bailén contra Napoleón:

Rompe el león soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena:

La espuma del furor sus labios llena,
y á los rugidos que indignado envía,
el tigre tiembla en la caverna umbría,
y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó; temblad, traidores!
lo que vejez creísteis, fue descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
á la tímida liebre, al ciervo manso:
¡no insultéis al monarca de las fieras!

1 *Urquinaona.*—Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán general don Domingo de Monteverde, etc., etc. 1 vol. Madrid 1820.

La imprenta no surgió en Caracas sino tres meses después de estos sucesos, pues la primera *Gaceta de Caracas* vio la luz pública el 24 de octubre de 1808. El primer gran escritor y versificador que tuvo por lo tanto en Caracas el movimiento de las musas, aquel Andrés Bello que debía cantar después las glorias del patrio suelo, los productos de la magna [illegible] de la segunda zona.

Cuando más tarde, en 1809, llega a Caracas la noticia del movimiento revolucionario en Quito que proclamaba la independencia de España, no faltó en la capital quien se anticipara al movimiento venezolano del 19 de abril de 1810. En la pared de la casa del Superintendente de Real Hacienda Don Vicente Basadre, que estaba frente a la casa del Capitán general Vicente Emparan, apareció el siguiente pasquín:

[illegible]

No hemos tropezado con ningún pasquín español contra la revolución de 1810, pero esto se explica porque americanos y españoles fraternizaron con el movimiento. Mas desde el instante en que se [illegible] y comienzan las persecuciones contra los peninsulares, la sátira aparece en el campo de la [illegible]. A consecuencia de la expedición [illegible] de Coro, al mando del Marqués del Toro, en 1810, y la que se proyectó más tarde contra los descontentos de las provincias [illegible] por todas partes el siguiente pasquín:

[illegible] Basadre [illegible] que [illegible] antiguos gobernadores [illegible] costumbres.

Ese Toro de Caracas
Ha dado un fuerte bramido,
Y en él nos ha prometido
Que debe acabar con Coro.
Ya prevenido tenemos
Toreador, jinete y silla,
Garrochas y banderillas
Para que al Toro esperemos.
Y así bien puede pitar
Ese Toro cuando quiera,
Que ya está listo el corral
Y prontas las talanqueras.
Ya cada cual desespera
De pelear con ese Toro;
La lengua y los cuernos de oro
Se los hemos de arrancar,
Para que no vuelva á hablar
El que ha de acabar con Coro.

En una carta del Doctor Peña al General Miranda, fechada en La Guaira á 26 de junio de 1812, aquél incluye al Generalísimo, algunos de los pasquines puestos en Cumaná por causa del Marqués del Toro y sus aliados.

He aquí uno de ellos, intitulado *Profecía de un cumanés sobre la venida del Marqués del Toro:*

Que el Dios del cielo me valga
Si aqueste Toro no anda
Escapándole la nalga
A su General Miranda.
Esto dice un cumanés
Que al tiempo da por testigo;
Llévatelo Maiz contigo;
Que los dos y otro son tres.
Y adivina quien te dió:
Si el negro ó la carabina.

¿Con que ha salido en carrera
Un *Toro* que es tan atroz?
Si es así salga veloz
De esta nuestra incauta tierra,
A todos tres les destierra
Nuestro pueblo incorporado,
Y jura por lo sagrado
Si tenaz sigue puntillo
Que el *Toro* saldrá novillo,
Novillo destoconado.

Ya este pueblo se ve ahito
De Marqueses y pelucas,
Y por momentos, Don Lucas,
Se pondrá un solideíto
Aunque de Sarga maluca. (1)

Después del terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, á los dos años de haberse efectuado en el mismo Jueves Santo, la deposición del Gobernador Emparan, mientras que los poetas de Ca-

1 Tomado de la obra *Miranda*, por Rojas (J. M.)—1 vol.—París. 1887.

[illegible]

[illegible] de la [illegible] con [illegible]:

[illegible]

[illegible] pú- [illegible] des- [illegible] de Vene- [illegible] la [illegible] con la [illegible] por [illegible]: Jueves [illegible]

[illegible] de [illegible] realis- [illegible] en los [illegible] contra [illegible] de la revolución:

[illegible]
[illegible]
[illegible]
Espejo descuartizado.

—

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
A [illegible]
[illegible]
[illegible]

—

Deben Castillo y Padrón
Ser en cuatro postes puestos,
Y los Ribas ser expuestos,
A la mayor aflicción.
Contra el rey y su nación
Fue Roscio el más declarado,
A la Corte se ha negado
Como el traidor más aleve,
Por cuyo motivo debe
Roscio ser decapitado.

Los Salias deben [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] debe [illegible]
En [illegible]
Navas en [illegible]
Para un ejemplar futuro;
En el tormento más duro
Arevalo consumido.

—

Los Pelgrones deben ser
En el cañón azotados,
Lo mismo los diputados
De aquel supremo poder:
Asimismo deben ser
Los que á la Corte han negado;
Para siempre desterrado
Todo traidor caraqueño,
Asesinado Briceño,
Espejo descuartizado.

Las bóvedas de La Guaira y los castillos de Puerto Cabello y Maracaibo fueron las principales prisiones que tuvieron tanto los patriotas como los realistas desde 1810. Presenciaron estas mazmorras la muerte de millares de víctimas de uno y otro bando político durante la revolución, y después sirvieron para el mismo objeto en nuestras reyertas civiles.

Cuando las bóvedas de La Guaira fueron refaccionadas para ser más tarde demolidas, todas las paredes estaban llenas de letreros políticos, de versos, sentencias, sátiras é imprecaciones de todo género. Cada preso, según la importancia que se daba, creía que debía escribir en las paredes algún pensamiento alusivo á su permanencia en aquel lugar. Patriotas y realistas se disputaban el placer de dejar algo en los envejecidos muros. Entre los presos políticos de 1812, figuraba el joven Tomás Montilla, más tarde General de Colombia, espíritu epigramático, carácter alegre y sufrido que supo siempre sacar partido de las más difíciles situaciones. Al salir de la prisión dejó escrito el siguiente soneto que ha podido conservarse:

"Bóveda pestilente y pavorosa,
Mansión del crimen, de maldad morada,
A sepulcro de vivos destinada,
Más que la tumba, fría y silenciosa:

Como el averno, ardiente y calurosa,
De insectos y reptiles habitada,
Por el temblor á ruina amenazada,
Y á imitación del caos, tenebrosa:

Tú fuiste habitación del inocente
Al odio y al furor sacrificado,
Víctima de venganza é injusticia;

No guardaste al malvado y delincuente,
Sino al que del contrato más sagrado
Fió sin temor, engaño ni malicia.

Y en el castillo de San Carlos (Maracaibo) un

patriota, víctima del poder español en 1813, dejó escrito en los muros los siguientes versos:

El tigre cruel, sanguinario,
Su propia especie perdona:
Ni por furor se abandona
A capricho imaginario:
Pero el hombre, de ordinario,
Siendo hermano al parecer,
Demuestra siempre placer
En ser loco, caprichoso,
Porque se juzga dichoso
En destrnir su propio sér. (1)

Refieren las crónicas de Caracas, que cuando en los días de la guerra á muerte eran conducidos los isleños realistas á los banquillos situados en la plaza de la Metropolitana, el populacho gritaba:

Bárbaros isleños,
Brutos criminales,
Haced testamento
De vuestros caudales. (2)

Y cuando, á poco, fines de 1814, entraron á Caracas las tropas de Boves, se cantaban en los ventorrillos galerones donde figuraban las siguientes cuartetas:

¿Dónde están las tres personas
Del colegio electoral
Que firmaban papeletas:
Roscio, Blandin y Tovar?

¿Dónde están las tres personas
Del Poder Ejecutivo
Que se volvieron palomas
Huyendo del enemigo?

—Bolívar, ¿dó están tus tropas?
—No preguntes zoquetadas,
Mis tropas son de mujeres
Y andan hoy en retirada.

De la época de Boves han llegado á nuestras manos las siguientes coplas patriotas y españolas, las cuales ponen de manifiesto el espíritu epigramático de aquellos días.

1 Esta composición y el soneto de Montilla, fueron publicados por *El Nacional* (Caracas) de 1º de abril de 1834, número 11.

2 *González.* Biografía del General Ribas.

He aquí las patriotas:

Boves se huyó del Cantón
Del pueblo de Guasdualito,
Y se vino á Palmarito
Si son flores ó no son:
Y en tan fuerte retirada
Doscientos mató el canario,
Que aondequiera hizo un osario
Su siempre temida espada.
Yo me quedo cavilando
Este asesinato viendo:
Si doscientos mató huyendo
Cuántos mataría atacando!

—

Dicen que los chapetones
Desde que Boves murió,
Le dicen á sus canillas,
—Para qué te quiero yo?

—

A la lanza de un llanero
Le echó Dios la bendición,
Y le dice: mata godo.
Leal á la revolución.

—

Mientras vivan Aramendi,
Muñoz y el bravo Rondón
Dormirá viendo visiones
En el llano el español.

—

En la batalla de Urica
Boves torció y levantó,
Y apenas llegó al infierno
El diablo lo condenó.

—

En la pelea e las Queseras
Al godo en la retiráa,
Los lancean por las nalgas,
Que no tienen que quebráa.

—

Con las balas que tiran
Los chapetones
Los patriotas se peinan
Los canelones.

Léanse las realistas:

Está del valiente Boves
La victoria enamoráa,
Siempre le lleva la lanza
Aondequiera que va.

—

En la batalla lo libra
De las manos de la muerte,
De velo matá patriota
Llena de amor se divierte.

—

Victoria en su campamento
Los patriotas cantarán
Cuando remuevan sus manos
El Peñón de Gibraltáa.

—

Bolívar en Casacoima
Cuando cayó á la laguna
Le dijo á sus capitanes:
Todas las muertes son una.

Y cuando Bolívar fue contra Bogotá á fines de 1814, circularon tantos dichos con los cuales se le hacía aparecer como un Nerón que sacrificaba sacerdotes, que profanaba templos, etc., etc., que al fin todo el mundo le juzgó como espíritu del mal. El siguiente pasquín atribuido al clérigo doctor Juan Manuel García Tejada, circuló por todas partes, como nos dice Groot:

Bolívar el cruel Nerón,
Este Herodes sin segundo,
Quiere arruinar este mundo
Y también la religión;
Salga todo chapetón,
Salga todo ciudadano,
Salga, en fin, el buen cristiano
A cumplir con su deber,
Hasta que logremos ver
La muerte de este tirano.

El General Morillo triunfa por completo en Nueva Granada, en 1815: al siguiente día del sacrificio de los mártires políticos, Caldas, Torres, Gutiérrez, Villavicencio, Camacho, etc., uno de sus aduladores le obsequió con la siguiente décima:

Maldigamos la vil ley
Que á independencia convida;
Defendamos cetro y vida
De Fernando, nuestro rey.
Que viva nuestro virrey,
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales,
Y toda su invicta tropa
Que vinieron desde Europa
A remediar nuestros males.

Pero á la siguiente mañana amanecieron refutados esos versos en este pasquín:

Bendigamos la gran ley
Que á independencia convida,
Destruyamos cetro y vida
De Fernando, intruso rey.
¿Qué quiere decir virrey,
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales,
Y toda su indigna tropa
Sino ladrones de Europa,
Que duplican nuestros males? (1)

En los campos de Barinas y de otros lugares de la pampa venezolana, cantaban los llaneros un corrido que data de 1818 en obsequio de Morillo. No conocemos sino la siguiente estrofa:

Mézclese el cacao,
Bata el molinillo,
Rico chocolate
Para el gran Morillo.

Y cuando el ejército de éste, pasaba cruentos

1 *Correo del Orinoco*, número 35, de 31 de julio de 1819.

trabajos en la misma pampa durante las campañas de 1817 y 1818, los llaneros de Páez, al saber las miserias que sufrían los realistas, les hacían llegar coplitas burlescas. De éstas han llegado á nuestras manos las siguientes:

En Cádiz nos embarcaron
En una famosa nave
Para venir á las Indias
A comer pan de cazabe.

Si la ración de galleta
No la dan como en Europa,
Me he de pasar al patriota
Al punto, con mi maleta.

El siguiente corrido patriota apareció contra los realistas en las calles de Cumaná en 1817, después del triunfo de Margarita y aproximación del General Zaraza.

REGINA se está muriendo,
PATRICIA se está casando:
MARGARITA es la madrina,
ZARAZA viene bailando. (1)

Después de restablecida
De un accidente fatal,
Le sobrevino otro mal
Y se halla desfallecida:
El habla casi perdida,
Su testamento está haciendo;
Sus hijos están huyendo,
Por ser un mal contagioso:
De unos cólicos viliosos
REGINA se está muriendo.
.................................(2)

Cuánto gusto nos dará
Ver á REGINA casada,
Con Bolívar desposada;
De gozo nos llenará:
Un vestido se le hará
De la *Zaraza* más fina,
De la que nunca REGINA
Pudo vestir un momento;
Y en tan feliz casamiento
MARGARITA es la madrina.

En tan solemne función
¿Qué música habrá por fin?
Si Margarita el violín,
Cedeño toca el violón:
Rojas el flautín sonando,
Y la trompa en conclusión
Mariño la está tocando;
Páez los valses pondrá,
Bermúdez que cantará.
ZARAZA viene bailando.

En los pueblos al Oriente de Venezuela, donde el espíritu revolucionario fue incansable, la musa popular, epigramática no perdió oportunidad de burlarse de los realistas. Como muestra del espíritu que animaba á estos pueblos, insertamos las siguientes endechas:

1 *Regina* es España y *Patricia* la patria venezolana.

2 Falta la 2ª décima que debe terminar con este verso: "*Patricia* se está casando."

Por la calle van cantando
Los indios americanos:
Ya se acabó la Regencia,
Nos alegramos, nos alegramos!

Muchacho, dile á Fernando
Que ya la América es libre;
Que si piensa dominarnos
Que se estire, que se estire......

Patriota, alegres cantemos,
Ya la España se voló,
Y mueran los españoles:
Viva la unión! Viva la unión!
Y ya los pueblos son libres
De la nación, de la nación.

Por la calle van cantando
Los indios cumanagotos:
Ya se acabó la Regencia,
Pues no habrá, pues no habrá otra...

Los catalanes vendrán
En clase de comerciantes,
Pero á gobernar como antes,
Eso sí no lo verán, no lo verán.

¿Cuáles fueron las ventajas
Que el español nos dejó,
Después que mató, y robó
De Méjico las alhajas,

Y al són de sus roncas cajas
Reunía nuestra nación,
Y con dañada intención
Y maléficos estilos
Nos disparan con los filos
Del ciego y dorado arpón?

Quien niega el conocimiento
Del ciego y dorado arpón,
O no es capaz de razón,
O no tiene entendimiento.

Con motivo de la ocupación del castillo de San Antonio de Cumaná por los catalanes antes de Carabobo, los patriotas lanzaron al público el siguiente pasquín:

El día cinco de marzo
Por intento del demonio,
Cogieron los catalanes
El castillo San Antonio.
El dia cinco de marzo
Este caso sucedió,
Que el castillo San Antonio
Un mal patriota vendió.

En el cerro Colorado
Pusimos una trinchera,
Para moler el castillo
Y fijar nuestra bandera.
Y el Cerro de agua santa
El castillo dominó;
Alón, alón, caminó!
Alón, alón, alón!

En el Cerro colorado
Arreglamos un cañón;
Y en la plaza del puente
Pusimos el Cantón.

A lo que contestaron los realistas con canciones de este género:

¡Muera la maraña
De viles traidores,
Y los seductores
Contra el rey de España!

Fernando sétimo aclama
El Consejo de Castilla
Para que felice viva
Por rey de toda la España.

Fernando estaba tirado
Debajo de una escalera
Y ahora le hemos sacado
Para fijar la bandera.

Las canciones bailadas que más boga tenían en los pueblos de Oriente eran *La Juana Bautista*, *La Conga* y *La Cachupina*:

La conga se viste
Toda de amarillo
¡ Que viva la Patria !
Y muera Morillo

Que conga,
Que conga,
Que dale niña á la conga.
Que conga, señó.

En las filas patriotas, desde el principio de la revolución, se habían alistado en el ejército, franceses europeos, y franceses de Martinica y otras Antillas. Esto motivó el que el pueblo de Venezuela llamara franceses á los extranjeros que militaron en favor de la causa republicana. De esta unión fraternal de franceses y venezolanos nació cierta promiscuidad graciosa en las canciones de los campamentos, sobre todo en los orientales. Así, esta canción de *La Conga* nos trae á la memoria la siguiente cuarteta de la época de Miranda en los valles de Aragua.

Veinte y cinco franceses
Cargaban su cañón
Alón, alón caminá
Alón, mozos, alón.

Y cuando vino el fracaso, el abordaje que trabaron en *Punta Gorda* (costa cumanesa) el Comandante español Guerrero y el Comandante patriota Gutiérrez, en el cual perecieron ambos, quedando el triunfo á los españoles, los pasquinistas realistas dijeron:

De la Margarita
Gutiérrez salió
Buscando el chinchorro,
Pero se amoló

Que conga, que conga,
Que conga, señó.
Se amoló Gutiérrez
Por ser un traidor.

Fue tanto el machete
Que aterrorizaba
Y dijo Gutiérrez :
Muchachos, al agua.

En donde pensaban
Encontrar socorro,
Les llegó Guerrero,
Les echó el chinchorro.

Apenas hemos podido conseguir de *La Cachupina*, la siguiente cuarteta:

Cachupín de mi vida,
¿ Por qué estás triste ?
Porque la Cachupina
Ya no me asiste.

Todavía, como una reminiscencia de gloriosos días, se repite entre los ancianos que han sobrevivido á la época luctuosa y prolongada de la guerra á muerte, una que otra letrilla en conmemoración de la desaparición de algún asesino. Así, cuando murió el feroz Ñañez, en la defensa de Ospino en 1814, decían los llaneros:

Si el General Bolívar
Fuera adivino
Ya supiera que *Ñañez*
Murió en Ospino. (1)

Y cuando en Margarita murió el famoso Calvetón, la poesía y la música lo celebraron á un tiempo en la siguiente cuarteta:

Calvetón murió saltando
La *palizá* e Juan segundo:
Ya se acabó en este mundo
Un oficial de Fernando. (2)

Hay una cuartetita más que sintetiza la muerte de tres malvados, factores sobresalientes en los días de la guerra á muerte; es la siguiente:

En Urica murió Boves,
En el Alacrán Quijada,
Y en el sitio del Juncal
Rosete y sus camaradas.

Entre los pasquines picarescos de los patriotas contra los realistas, sobresale el que figuró en algunas esquinas de Caracas en 1818. Había llegado á la capital la noticia, que sólo conocían los patriotas, de que el bergantín *Arrogante Guayanés* había apresado al bergantín *Conejo* que pertenecía á la escuadra realista. Se había recibido un nú-

1 *Lisandro Alvarado.*—Combate de Ospino.
2 *Rojas Lorient.*—Episodio de la guerra de Independencia.

mero del *Correo del Orinoco*, y como nada decía sobre el particular, las autoridades españolas ignoraban por completo el suceso. En aquellos días el pueblo de Caracas hacía mucho caso de una frase vulgar que decía: *Ave María Crispulera*, con la cual celebrában cualquier suceso inesperado, etc, etc. La noticia vino á hacerse pública por el siguiente pasquín que fue colocado, entre otros lugares, frente al templo de San Pablo:

Ave María Crispulera
Que en un deleite profano,
A los godos le han cogido
El Conejo con las manos.

Los gobernantes españoles, al publicar en Caracas la Constitución de 1820, lo hicieron con gran aparato creyendo embaucar así á los necios. Al siguiente día apareció en algunas esquinas la siguiente coplilla:

Se cambió el real en dos medios,
Ya no seré más virote ;
Siempre es la misma geringa
Con diferente palote.

Y cuando después de creada Colombia comenzaron á descomponerse los partidos, en las mismas esquinas aparecieron estos versos:

Bolívar tumbó á los godos
Y desde ese aciago día,
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

En el año de 1826, cuando tuvo efecto en Caracas el movimiento que se conoció con el nombre de *La Cosiata*, apareció en cierta mañana, en el portón de la casa de doña María Antonia Bolívar, hermana de El Libertador, que vivía entonces en la esquina de la Sociedad, la siguiente cuarteta:

María Antonia no seas tonta,
Y si lo eres, no seas tanto :
Si quieres ver á Bolívar
Anda vete al camposanto.

En la misma época en la cual el espíritu público era hostil á El Libertador, á quien calificaba de tirano y usurpador, apareció en cierta mañana la siguiente sextilla:

Si de Bolívar la letra con que empieza
Y aquella con que acaba le quitamos,
Oliva de la paz símbolo, hagamos.
Esto quiere decir que del tirano
La cabeza y los pies cortar debemos
Si es que una paz durable apetecemos.

Este es sin duda alguna, el pasquín más terrible lanzado contra Bolívar. Refieren los historiadores Restrepo y Groot que durante la permanencia de El Libertador en el Perú, tanto en Lima como en las otras ciudades, se cantaban estos versos en las misas en acción de gracias, en elogio de Bolívar, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio:

De tí viene todo
Lo bueno, señor:
Nos diste á Bolívar,
Gloria á tí gran Dios.

¿Qué hombre es éste, cielos,
Que con tal primor
De tan altos dónes
Tu mano adornó?

Lo futuro anuncia
Con tal precisión
Que parece el tiempo
Ceñido á su voz.

—

De tí viene todo, etc.

Qué abismo entre los versos de la precedente sextilla y estos cuartetos que recitaban coros religiosos en algunos templos americanos!

COGNOMENTOS

DE LA

REVOLUCION VENEZOLANA

—

Con el nombre de cognomentos comprenden los diccionaristas, los sobrenombres, motes, apodos, títulos que se dan por la generalidad á ciertos hombres, en vista y conocimiento de virtudes ó defectos personales ó condiciones notables en la vida pública. También se comprende bajo aquel vocablo, los dictados, buenos ó malos, que se aplican á determinadas localidades. Así, desde remotos tiempos se dice: Tarquino *el Soberbio*, Arístides *el Justo*, Escipión *el Africano*. *La Ciudad Eterna* equivale á Roma, Jerusalén es conocida con el título de *Ciudad Deicida*. *La Ciudad de las Palmas* fue el nombre dado á Jericó, en tanto que Sodoma y Gomorra son llamadas *Las Ciudades malditas*.

Al hablar de los cognomentos de la revolución venezolana, de los sobrenombres, apodos que se dieron á muchos beligerantes, y de los epítetos que distinguieron á ciertos Jefes, nos trasportamos á una época de triunfos y de reveses, de pasiones desencadenadas, en que todo epíteto, todo mote, tuvo que

obedecer á las tendencias de una lucha sangrienta. Y como la humanidad no está siempre bajo el imperio del odio, y los epítetos y sobrenombres dados á ciertas figuras notables, han obedecido más bien á un sentimiento de justicia y de admiración que al desahogo de pasiones enconadas, disertemos acerca de los cognomentos que desde remotos tiempos sintetizan á los magnos hombres de la historia, para en seguida hablar del mismo tema, en los días de la revolución venezolana.

Muy conocidos son los sobrenombres que alcanzaron ciertas celebridades del mundo pagano: Aristóteles se conoce con el epíteto de *Príncipe de los Filósofos;* Herodoto mereció el título de *Padre de la Historia*, é Hipócrates el de *El Padre de la Medicina.* A Platón le llamaron *El Divino Platón: El Homero de la filosofía;* y á Jenofonte, *Abeja ática.* Virgilio es conocido con el de *El Cisne de Mantua*, y ya veremos más adelante, cómo este cognomento ha sido repetido en el curso de los tiempos. Atila, por sus crímenes, alcanzó el título de *Azote de Dios;* en tanto que Tito, por sus virtudes, lo sintetiza la humanidad con la elocuente frase: *Delicias del género humano. El Retórico*, fue el sobrenombre que llevó Séneca, el padre, mientras que á su hijo llamaron *El Filósofo*; á Marco Aurelio llamaron igualmente *El Filósofo.* Sólo á Zoilo le perteneció pasar á la posteridad con el triste mote de *Homeromástix*, que equivale á *Azote de Homero*, por las críticas sangrientas contra el poeta griego. Y al decirse hoy de un crítico, que es un Zoilo, es lo mismo que si de un conquistador se dijera, que es un Atila, es decir, *Azote de Dios.*

¿Qué nombre más elocuente podía tener Jesús que el de *El Divino Maestro?* ¿No abraza esta frase el hombre sin mácula, el espíritu recto, luminoso,

admirable, sufrido, levantado sobre todas las miserias de este mundo y animado al soplo de Dios? En consonancia con el de *El Divino Maestro*, están los sobrenombres de *El Discípulo Amado*, concedido á San Juan Evangelista; el de *El Apóstol de las Gentes*, dado á San Pablo y el de *El Príncipe de los Apóstoles*, con el cual se llama á San Pedro.

Los epítetos que distinguieron al célebre Santo Tomás de Aquino, abarcan la historia de esta gran lumbrera de la Iglesia: *El Doctor Universal*, *El Doctor Angélico*, *El Angel de las Escuelas*. He aquí en bellísimos y elocuentes conceptos, compendiada la sabiduría, la belleza de doctrina, el influjo celeste de la buena enseñanza en los corazones de buena voluntad; virtudes excelsas de aquel varón inmortal en la historia de las benéficas conquistas del progreso universal. En armonía con estos cognomentos dados á uno de los magnos varones del cristianismo, Bossuet, en los tiempos modernos, es conocido con el título de *El Aguila de Meaux*; y Fenelón con el de *El Cisne de Cambray*. El uno, con el vuelo del águila, supo remontarse á las más elevadas regiones del pensamiento, para cernerse sobre todo lo viviente: el otro fue como la onda límpida, en su murmurio rítmico, al través de las praderas floridas que cantan igualmente la juventud de la gaya naturaleza. A Demóstenes le llamaron los antiguos *El Príncipe de los oradores griegos*; y á Mirabeau le conocen los modernos con el título de *El Demóstenes francés*.

Bacon es *El Doctor admirable*; y Dante *El Poeta divino*. Cuando los españoles dicen Alonso *el Sabio*, se refieren á Alonso X; y cuando los franceses hablan de Luis *el Grande*, recuerdan á Luis XIV. *Corazón de león*, es el título glorioso de aquel

Ricardo I de Inglaterra; Juana de Arco alcanzó el de *La Doncella de Orleans*. *El Caballero sin miedo y sin reproche*, es el título de Bayardo, y *El Gran Capitán* el de Gonzalo de Córdoba. Y cuando los ingleses hablan de *El Demonio del Mediodía*, se refieren al famose Felipe II de España.

Cervantes lleva el título de *El Manco de Lepanto*: glorioso título es este para Cervantes; pero más elocuente es el de *El Autor del Quijote*, porque sintetiza, no el soldado mártir de un combate inmortal, sino el creador admirable que ha compendiado la humanidad en su obra, no como ella es, sino como debía ser, según la feliz expresión de Bolívar. Cervantes está fuera de todo cognomento. Bien dicen aquellos que sintetizan el siglo XVI con el nombre de *El Siglo de Cervantes*. Tan eminente varón no vino solo al mundo, sino acompañado de León X, de Julio II, de Miguel Ángel, de Rafael y de la pléyade admirable de reyes, de papas, de artistas, de sabios y de conquistadores de toda grandeza.

Al inmortal poeta español del siglo XVI, Fernando de Herrera, le llaman sus compatriotas *El divino Herrera*; y al no menos célebre del mismo siglo, Garcilaso de la Vega, *El Petrarca español*. San Francisco Javier lleva el sobrenombre de *El Patriarca de las Indias*, y Fray Bartolomé de las Casas el de *El Protector de los Indios*. Y todavía con más justicia, Santa Teresa de Jesús es conocida con el nombre de *Doctora de la Iglesia*.

A Sor Inés de la Cruz, la célebre poetisa mejicana, la llaman los literatos españoles *La Musa décima*; al historiador peruano Garcilazo, *El Inca*; sobrenombre que sintetiza á un tiempo la Patria y la Historia. En los tiempos actuales Andrés Bello, es conocido con el título de *El Príncipe de los poe*

tas del Nuevo Mundo, y al célebre Olmedo llaman *El Cantor de Junín.* Hay celebridades que llevan cognomentos conexionados con el título de alguna de sus obras, ó con el nombre de la beldad que fue el tema fecundo de sus inspiraciones. Así se dice: *El Autor del Paraíso perdido; El Autor de Atala; El Autor de Pablo y Virginia, etc. etc;* para recordar á Milton, á Chateaubriand, á Bernardino de Saint Pierre. Y cuando decimos: *El Amante de Laura, El Cantor de Beatriz, El Poeta de Sorrento* ó *El Amante de Leonor*, se comprende que quiere recordarse con estos cognomentos á Petrarca, á Dante, á Tasso.

Franklin es conocido en ambos mundos, con el sobrenombre de *El buen hombre Ricardo.* Los que no conocen la labor intelectual de este gran filósofo, no podrán formarse idea de la elocuencia que encierra aquella frase: *El buen hombre Ricardo!* A Rossini le llaman *El Cisne de Pézaro*, y á Bellini, *El Cisne de Catana.* Cuatro cisnes constituyen, desde remotos tiempos, la poesía, la música, y entre estas artes, la oratoria sagrada y la bella literatura: Virgilio, Rossini, Bellini y Fenelón.

A Hudson Lowe, el Gobernador de la isla de Santa Helena, durante el cautiverio de Napoleón I, lo conoce la historia con el sobrenombre deprimente de *El Carcelero de Napoleón;* y al Mariscal austriaco Haynau lo llaman *La Hiena de Hungría.* ¡Qué lección tan severa la que recibieron estos monstruos! Después de la muerte de Napoleón, el hijo del Conde de las Cases, fustigó al famoso Gobernador en las calles de Londres, y cuando éste hubo de abandonar á su patria, porque fue despreciado por el mismo gobierno que lo aceptara como instrumento, no encontró por todas partes, sino el desprecio de sus semejantes. En cuanto á Haynau,

este tirano de los húngaros en 1850, pudo escaparse por milagro el día en que visitó cierta cervecería de Londres. Al ser conocido de los obreros el nombre fatídico del visitante, cual tempestad de rayos cayeron sobre él, y fueron las botellas de cerveza los proyectiles de que se valieron aquellos obreros honrados para castigar al insolente criminal.

Carlos XII de Suecia fue conocido con el sobrenombre de *El Quijote del Norte.*

Napoleón apellidó á Miranda: *El Noble Quijote de la Libertad*, y este mismo título le ha dado el historiador Michelet. El historiador Luis Blanc llama á Miranda: *La Espada viviente de la Gironda.* Bolívar se apellidó á sí mismo: *Uno de los Quijotes de la humanidad.*

Napoleón fue conocido primero, con el mote de *El Pequeño caporal*, y así lo llamaba el ejército; y en la campaña de Egipto, los cophtos le llamaron *Sultán de la luz.* El mundo le concedió el nombre de *Napoleón el grande*; pero sus enemigos le bautizaron, desde muy temprano, con los epítetos de *El Ogro de Córcega*, *El Ambicioso*, *El Tirano.* De todo esto se reía; mas cuando la Baronesa de Stäel le apellidó *Robespièrre á caballo* se salió de quicio. El ridículo le hería más que la frase infamante.

Ney fué llamado por el ejército francés, *El bravo de los bravos;* y Latour d' Aubergne con el de *El Primer granadero de la Francia;* título honroso que prefirió al de General ó Mariscal. A Wellington, el vencedor en Waterloo, lo llaman sus compatriotas, *El Duque de hierro;* y á Bismarck le dicen hoy, *El Canciller de hierro.*

Sólo Washington no lleva título ni sobrenombro; pero sus compatriotas lo sintetizan en las

siguientes expresivas frases: *El primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos.*

Dos célebres naciones, dos pueblos ricos, poderosos, llevan igualmente sus apodos, muy conocidos: La Inglaterra que se llama *John Bull*, y los Estados Unidos de América que tienen dos: *El Tío Samuel* (Oncle Sam) y *El Hermano Jonathan (Brother Jonathan).*

Jhon Bull equivale en español á *Juan Toro.* "Dicen que con esta expresión, se indica á un tiempo, la violencia y la fuerza de movimientos, y la indomable obstinación y la independencia de que jamás se ha desprendido el pueblo y el gobierno inglés, lo mismo aceptando el yugo de la gerarquía feudal, que el mando de la aristocracia hereditaria."

Por lo que concierne á los apodos de *El Tío Samuel*, y *El Hermano Jonathan*, conocemos lo que dicen los historiadores americanos. Cuando Washington, después de haber sido nombrado Comandante general del ejército revolucionario, visitó á Massachusetts, con el objeto de organizar el Estado, palpó que había mucha necesidad de elementos de guerra y de medios de defensa; y en cierta ocasión, parece que no había ni lo más necesario. Jonathan Trumbull, el mayor, era el Gobernador del Estado de Conecticut; y Washington, teniendo alto concepto del sólido juicio de su empleado, dijo: *Podemos consultar, sobre este particular, al hermano Jonathan.* Washington tenía razón, pues el Gobernador fue sucesivamente satisfaciendo las necesidades del ejército. Desde entonces, en cada ocasión

en que se tropezaba con algún inconveniente y las tropas carecían de todo, se repetía la frase: *Podemos consultar al hermano Jonathan.* Así continuó, hasta que llegó á representar la nación y pueblo norteamericano, como lo es *John Bull*, respecto de Inglaterra.

El origen de la frase, *El Tío Samuel*, es más curioso. Inmediatamente después de la última declaración de guerra con Inglaterra, Elberto Anderson, de Nueva York, entonces contratista, visitó á Troy, donde existía abundante acopio de provisiones. Los inspectores de estos artículos en la plaza eran Ebenezer y Samuel Wilson. El último caballero, generalmente conocido con el nombre de *Uncle San* (Tío Samuel), inspeccionaba personalmente y con frecuencia un gran número de obreros que, en esta ocasión, fueron empleados para embalar las provisiones destinadas al contratista. Los bultos fueron marcados "E. A.—U. S." que quiere decir: *Elberto Anderson.—Estados-Unidos.* Estos bultos cayeron en mano de un tunante que al estudiar la marca, y no conociendo la firma mercantil de la plaza, tradujo: *Elberto Anderson* y *Tío Samuel*, aludiendo exclusivamente al *Tío Samuel Wilson.* Desde entonces el público de los Estados Unidos comenzó á llamar la nación norteamericana: *Uncle San*, que quiere decir, *El Tío Samuel.* (1).

Departamos ahora sobre los cognomentos de la revolución venezolana, desde el 19 de abril de 1810, fecha en que se inicia la idea republicana. Cuando el Ayuntamiento se reunió en la mañana de este

1 *Wells*—Things not generally known &—1 vol. en 8º—Nueva York, 1857.

día, después que el Gobernador Emparan retrocedió de la puerta de la Metropolitana, en presencia de la agitación que se manifestaba en toda la concurrencia, un individuo del pueblo, escribe el historiador Urquinaona, gritaba á cada instante: *el Pueblo pide: el Pueblo quiere: el Pueblo manda.* Era un ciudadano de apelativo Mujica, el cual quedó conocido, desde aquel entonces, con el apodo de *El Pueblo.* Tal nombre fue dado más tarde en Cumaná, á José Francisco Bermúdez, que figuró como militar de mérito en las filas de la revolución. Escuchemos lo que nos dice su biógrafo sobre este particular:

"El 27 de abril de 1810, dió Cumaná el grito contra los españoles. Allí estaba Bermúdez. En cualquier movimiento popular, José Francisco Bermúdez era el caudillo, arrogándose la voz del pueblo, con cuyo motivo se le aplicó por otras ciudades el apodo de José Francisco *Pueblo,* que él vió siempre con carácter risueño y placentero, manifestando que esto lo tomaba por divisa de su celo patriótico y vehemente deseo de la libertad é independencia de la patria." (1).

El sobrenombre de *El Diablo* que llevó uno de los corifeos de la revolución, Antonio Nicolás Briceño, miembro del Constituyente de Venezuela en 1811, y después, el que pasó por las armas á ciertos españoles de Barinas en 1813, no era un sobrenombre oprobioso sino familiar. En autos sacramentales conocidos antes de 1810, con el nombre de *Nacimientos,* representados en la casa del Secretario Isnardi, á Briceño le tocó en cierta ocasión desempeñar el papel de *El Diablo,* y de aquí el sobrenombre. Así, cuando Bolívar supo, al comen-

1 *Mejías*—Biografía del General Bermúdez.

zar la campaña de 1813, la ejecución de un grupo de españoles, con los incidentes que la acompañaron, exclamó: "Estas son cosas de *El Diablo,*" sin alusión alguna que se rozara con los sucesos de la guerra.

Los Godos: tal fue el epíteto con el cual bautizó Vicente Salias á los españoles, al comenzar la revolución. *Los Godos* dicen todos los documentos patriotas del tiempo de la lucha. Cuando todo llegó á su término, el nombre de *godos* se puso á los que no estaban por la continuación de Bolívar en el poder. Así, en una carta de éste al Doctor Paúl, su defensor en el pleito de Aroa, aquél dice, refiriéndose á su contendor, el Doctor Alejo Fortique: "ese infame *godo.*"

A su turno, los *godos* del tiempo de la independencia, llamaron á los patriotas *insurgentes,* y también *chucutos.* El vocablo americano *chucuto* se aplica á los caballos sin cola, y también á los desorejados. De aquí el llamarse así á los soldados patriotas que tenían el pelo cortado á raíz. Un escritor inglés llama la atención hacia la coincidencia de haber aplicado los reclutas, á sus contrarios, en tiempo de Cronwell, el término *Roundheat, Cabeza redonda.* Y últimamente, el mismo sobrenombre de *Croppies, Los desorejados,* ha tenido el mismo origen.

Cuando Bolívar militó en las campañas del Apure y del Arauca de 1817 á 1819, los llaneros no le conocían sino con el mote de *El Tío porsupuesto.* Esto provino de que la frase favorita de *El Libertador* en aquel entonces, cuando discutía algo, lo apoyaba con el estribillo, *por su puesto,* es decir, *así es—está bien.* Una de las canciones más conocidas, en los terribles días de la revolución francesa, aquella que comienza así: *Ah ça-ira.—Les Aris-*

tocrates à la lanterne, tuvo su origen en la frase favorita que usaba Franklin en su conversación, á saber: *Ça-ira—Ça-ira*, con lo cual quería decir: *así es—está bien.*

El Tío llamaban á Páez sus centauros; y éstos mismos habían llamado á Boves, *el Taita—El Taitica*, de la voz quichua *Taita*, que equivale *al padre—al abuelo, al Jefe de la familia*, entre los antiguos peruanos. *El Tío*, tiene en este caso la misma acepción que *Taita*, es decir, *el Jefe.*

Al General Zaraza le llamaron los llaneros *El Taita cordillera*, aludiendo á la blancura de su rostro; es decir, el *Taitá blanco—el Jefe blanco*, como nieve, *El Negro primero* fue el sobrenombre que llevó en el ejército de Páez, Pedro Camejo, aquel centauro invencible. Este cognomento es hoy un título de gloria, cuando se habla de tan pujante atleta. A Carvajal, el famoso lancero de la pampa barcelonesa, se le llama *Tigre Encaramado*, aludiendo á su valor, á su pujanza, á su destreza, pues el que había vencido á un jaguar, agarrándolo por las patas delanteras, en el momento de venírsele encima, y pudo derribarlo de un cabezaso, bien podía tomar las riendas de su caballo con los dientes, y manejar sendas lanzas con las manos.

Durante el espacio de diez y nueve años, desde 1810 hasta 1829, el historiador español José Domingo Díaz, bautiza á Bolívar con los epítetos más injuriosos, ya en panfletos, ya en la *Gaceta de Caracas: El Inhumano, El Sedicioso, El Tirano, El Bárbaro, El Insolente, El Cobarde, El Sacrílego, El Insensato, El Miserable, El Déspota, El Pérfido, El Inepto, El Presumido, El Incapaz, El Feroz, El Ambicioso, El Perjuro, El Impudente, El Tridor, El Aturdido, El Malvado, El Monstruo, El Ignorante, El Usurpador, El Impío.*

Y cuando no encuentra epíteto, porque ha agotado el diccionario, le dice últimamente: "*Ese hombre* de quien hemos referido, en ocasiones, que era un *corazón sin virtudes y el alma más feroz que se hubiera conocido.*" (1)

Lo mismo sucedió con Morillo, quien aplicó siempre á Bolívar los epítetos más deprimentes. Después del armisticio de Santa Ana en 1820, todo cambió, y entonces no hubo epítetos injuriosos, sino frases amigables y respetuosas, como *Su Excelencia el General Bolívar—Mi ilustre y grande amigo.* Así es la humanidad! Cuando en 1815, Napoleón, fugitivo de la Isla de Elba, desembarcó en Canes, la prensa de París decía: ahí viene el Ogro de Córcega, el Tirano, el Usurpador, etc, etc. La víspera de su entrada á París, los periódicos decían: *mañana hará su entrada triunfal el Emperador por las calles de París.*

Los españoles sacaron del nombre Simón de Bolívar, el siguiente anagrama; *Símbolo de ruina;* y de Bolívar, *Obra vil.* Estos anagramas pasaron, y perdura el que obtuvo uno de los compatriotas del Héroe, á saber: *Omnis librabo.* En materia de anagramas, en los días de la revolución, nada más elocuente que el de la sublime heroína Policarpa Salavarrieta:—*Yace por salvar la patria.*

Bolívar dió á algunos de sus tenientes sobrenombres muy honrosos. A Arismendi, llamó *El Astuto;* á Bermúdez, *El Impetuoso;* á Mariño, *El Gallardo;* á Monagas, *El Valiente;* á Montilla, *El Bizarro;* á Páez, *El Bravo;* á Salom, *El Constante;* á Santander, *El Culto;* á Soublette, *El Discreto;* á Valdés, *El Osado:* á Urdaneta, *El Brillante* y á Brion, *El Magnánimo.*

Bolívar apellidó á Cedeño en Carabobo, *el Bra*

1 *Díaz*—Rebelión de Caracas—1 vol.

vo de los bravos, á imitación de lo que había dicho Napoleón del Mariscal Ney; y llamó á Sucre después de Berruecos, *el Abel de Colombia*.

El título de *El Libertador* fue concedido á Bolívar en 1814, por una asamblea popular. Este título glorioso se agiganta con el tiempo; pero ningún título más elocuente, de los que recibiera Bolívar en vida, que aquel, en el cual no tuvieron que intervenir sus compatriotas ni sus amigos y adoradores ni sus enemigos empecinados: EL WASHINGTON DE LA AMÉRICA DEL SUD. Con este cognomento fue aclamado Bolívar, en la ciudad de Washington, en cierta noche solemne de 1826, por el Congreso, representante del pueblo norteamericano, acompañado del Gobierno de la República, y en presencia de Lafayette, legítimo intérprete más tarde, de la familia de Washington, para hacer llegar á manos de *El Libertador* un glorioso recuerdo, á nombre del fundador de la República en el continente de Colón.

JALÓN, SALOMÓN Y MARIMÓN

—

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

—

Jalón, Salomón y Marimón fueron tres distinguidos militares españoles que figuraron en la época de la guerra á muerte. Cultos, insinuantes como hombres de educación esmerada, corrieron casi una misma suerte en los días más crudos del Terror, 1813—1814. Unía á estos militares la nacionalidad, pero los separaban las opiniones políticas. Jalón se había afiliado en el bando patriota, mientras que Salomón y Marimón pertenecían al español.

Jalón, joven de relevantes méritos, domiciliado en Caracas y con amigos caraqueños, acepta el movimiento revolucionario del 19 de abril de 1810, y entra de lleno en el camino de las nuevas ideas, figurando desde muy temprano en los ejércitos improvisados del Gobierno.

Desde muy al principio, se había dado á cono-

cer como espíritu generoso y hombre de inteligencia y de corazón. Recordemos que este fue aquel distinguido ingeniero que, en la mañana del 15 de julio de 1808, se encaró al comisionado de Napoleón, Mr. Lamanois en la posada de "El Ángel," cerca de la Metropolitana, cuando éste quiso elogiar los procedimientos de los franceses contra la nación española y hacerse de prosélitos en Caracas contra la madre patria. Diego Jalón levanta en aquella mañana el entusiasmo con su elocuencia de patricio, defiende los fueros del Monarca desgraciado, apostrofa á los tiranos. A poco la población de Caracas llena de entusiasmo, proclamaba como Rey de las Españas, á Fernando VII. (1)

Cuando se verifica el terrible sacudimiento de tierra del 26 de marzo de 1812, Jalón, que estaba en Barquisimeto, ve desaparecer bajo los escombros de la ciudad casi todas sus tropas con los elementos de guerra que tenía; suceso del cual se aprovecha el General Monteverde, que, en los mismos días invadía á Venezuela, y victorioso se dirigía á la capital. Cuando á poco se libra la acción de de San Carlos contra las tropas de Monteverde, Jalón, sin recursos, sin ejército, sin elementos que oponer al invasor, cae prisionero de éste y es encerrado en el castillo de Puerto Cabello, desde el momento en que esta plaza cayó en poder de los españoles. Un año más tarde, en ella se encerró también Monteverde, cuando hubo de abandonar á Caracas, al aproximarse Bolívar, después de la fructífera campaña de 1813.

El primer deseo de Bolívar al llegar á Caracas fue poner sitio á Puerto Cabello, en lo que anduvo

1 Véase la Leyenda titulada: *De cómo los franceses huyeron de Caracas sin saquearla.* Serie primera, pág. 189.

con tanta fortuna, que hubo de apoderarse de la población y del mirador de Solano, durante los primeros tiempos del sitio. Entre los prisioneros que fueron cogidos, después de tomada esta avanzada de la fortaleza, figuraba un monstruo de figura humana, cuyo nombre goza todavía de triste celebridad: Suazola, uno de los feroces tenientes de Monteverde. Llevado á la presencia de Bolívar, tiene el cinismo de proponer á éste que le canjeara por el Coronel Jalón que estaba preso en el castillo. Monteverde no aceptó el canje, y Suazola fue sacrificado.

Dejemos por un momento al Coronel Jalón sufriendo su desgracia con la fe del hombre fuerte, que nuevos sucesos nos aguardan en el puerto de La Guaira. Figuraban en esta plaza como Comandante de ella el Coronel Leandro Palacios, y como Comandante segundo jefe de la guerra, el General José Félix Ribas. Días hacía que por los espías de la costa, sabíase que el convoy español que había zarpado de Cádiz, favorecido por los comerciantes de este puerto, detenido por vientos contrarios en aguas de Naiguatá, estaba próximo á llegar; lo que despertó en Ribas la ambición de hacerse, sino de toda la escuadra, por lo menos de los principales Jefes, y dando comienzo á su plan mucho antes de que fueran avistadas las embarcaciones, manda que la bandera española sea izada en los sitios en que antes se acostumbraba, y que sus tropas y oficialidad vistan uniformes españoles, y á falta de éstos lleve cada uno las insignias y escarapelas correspondientes. Al saber que todo estaba listo, forma las tropas y en breve pero enérgica arenga, les participa su resolución de apoderarse de la escuadra española, para lo cual necesitaba de hombres valerosos. En seguida manda el Jefe patriota

que traigan á su presencia al ex-Comandante de la plaza y dos ó tres prisioneros más. Cuando el excelente español D. Francisco Mármol y sus compañeros salían de las bóvedas en que estaban, creyeron que había sonado para ellos la última hora, pero al llegar frente al General Ribas, saben que se trata de representar un sainete, lo que les hizo soñar de nuevo con la libertad y con la vida. Consistía la farsa en que dos ó más de los prisioneros españoles, uniformados, debían recibir á sus compatriotas, como si fueran ellos empleados del puerto, y sin que se trasparentara el verdadero estado de las cosas; es decir, debían representar la comedia, aunque nunca hubieran asistido al teatro. Enterados del triste papel que iban á desempeñar, y de que un gesto, una mirada de inteligencia, un signo cualquiera, les podía costar la vida, los prisioneros españoles aceptaron el encargo. Por lo demás el Jefe patriota, hombre astuto y resuelto, movió cuantos resortes hubo á la mano para que la estratagema no fracasara.

Esto pasaba en los días 11 y 12 de setiembre, cuando el 13, á mediodía, se divisa el convoy español, compuesto de una fragata de 40 cañones, una goleta de guerra y seis embarcaciones de trasporte. Venía á bordo el regimiento de Granada, compuesto de 1.200 soldados, mandados por lucidos oficiales. Ignorante el Jefe de la escuadra de lo que había pasado en Caracas, meses antes, se dirige al puerto, creyéndolo en poder del gobierno español. Aguardaba, sin embargo, algo que le indicara el camino que debía tomar. La prudencia le ordenó enviar un oficial á los diversos buques surtos en el puerto, con el objeto de conocer el estado de las cosas; mas ninguno de los Capitanes de aquéllos dijo la verdad, pues aterrorizados por las ór-

denes del General Ribas, y temiendo por sus vidas, dijeron al oficial español que tanto Caracas como La Guaira estaban bajo el poder de los españoles. Después de este falso informe fue cuando el convoy español ancló en aguas del puerto.

Viendo Ribas que el Jefe de la escuadra no enviaba á tierra ningún oficial, ordena que Don Esteban Moloni, su amigo, hombre astuto, insinuante y resuelto, fuera á bordo de la escuadra, como alto empleado del puerto, é invitara á venir á tierra á los Jefes españoles, á nombre del Comandante de La Guaira, Don Francisco Mármol. Al oír este nombre, algunos recordaron que habían sido sus amigos y compañeros y desearon verle: deseo de que se valió Moloni para enderezarles unas tantas mentiras á nombre del supuesto Comandante. Aunque Moloni hablaba con buen acento el español, despertáronse á bordo de la fragata ciertos temores, que motivaron el que quedaran como rehenes el comisionado de Ribas y sus marinos, zarpando para tierra el Alférez Begoña, con el único objeto de explorar la situación.

Cuando llega éste al muelle es recibido por el ex-Comandante Mármol y sus ayudantes. ¡Admirable apego del hombre por la vida, sobre todo de aquel que gime entre cadenas! Mármol, sabiendo que tenía su cabeza pendiente de un hilo, desempeña su papel con tal precisión, que lo hubieran envidiado los mejores aficionados. Con modales muy cultos y con preguntas oportunas entretiene Don Francisco al joven Alférez, quien retorna á la escuadra, más satisfecho que dudoso. Durante el tiempo de esta conferencia amigable aunque falsa, Ribas, mudo, porque al hablar se hubiera hecho conocer, permaneció cerca del grupo observando hasta las más insignificantes contracciones musculares de cada uno de

los actores de este sainete, que muy pronto iba á convertirse en tragedia.

Apenas llega á bordo de la fragata el Alférez Begoña, cuando se desprenden del convoy dos botes. En el uno venían Moloni y los marineros de La Guaira, en el otro el segundo Comandante del regimiento de Granada, Coronel Don Ignacio Valle Marimón y diez y seis granaderos, habiendo quedado á bordo el primero, Coronel Don José Miguel Salomón.

En los momentos de pisar el muelle el oficial Marimón y sus subalternos, según nos refiere un cronista inglés, fué saludado por el pueblo con los gritos de "Viva Fernando VII" y acompañado en triunfo á la casa de la Aduana, donde el retrato del Monarca se veía exornado de guirnaldas. En la sala fue recibido por el Comandante Mármol que estaba mudo, petrificado, ante aquella farsa impuesta á un jefe tan respetable, tan ofensiva á la dignidad humana. Cuando Mármol recibió los despachos que le fueron entregados por Marimón, los puso sobre la mesa, sin atreverse á abrirlos. El aire de misterio que se trasparentaba en los semblantes de la concurrencia, el cuchicheo que tenían los oficiales patriotas, infundieron, como era natural, ciertos temores al Coronel Marimón, quien comprendió lo crítico de la situación, al llegar á sus oidos la siguiente frase: "*es necesario matarlos á todos.*" Trata entonces de evitar el peligro, desea regresar á bordo; mas al intentar la salida, le rechaza de manera apremiante el centinela que custodiaba la puerta. Marimón acababa de sondear el abismo á cuyo borde le había traído la trama de sus contrarios.

En esto se presenta en la sala de la aduana el General Ribas que vestía el uniforme republica-

no, y con ademán resuelto se dirige hacia el oficial español. Éste, sin inmutarse, inclina ligeramente la cabeza en contestación al frío saludo que le hace el Jefe patriota.

—Debe usted saber, señor, le dice Ribas, que toda Venezuela está en poder de los patriotas, y que usted es nuestro prisionero. En la alternativa en que usted se halla, escoja el partido que quiera: ó el de ser pasado por las armas inmediatamente, ó el de escribir, al instante, al Comandante del convoy á que sin dilación haga desembarcar la tropa que está á bordo.

—Prefiero, señor, morir mil y mil veces, antes que ser el traidor de mis compatriotas, contestó el digno militar, realzado por el sentimiento de la patria. Y dando un paso atrás, agrega: apelo al honor del General patriota que acaba de hacerme semejante proposición, y de la cual debía desistir por no ser compatible con su carácter como oficial, ni con sus sentimientos como hombre.

El General republícano insiste, é insiste con fuerza; pero el militar español contesta despreciando la vida y aceptando la muerte.

—Arrodíllese usted, ordena Ribas al oficial; y montado en cólera llama al centinela que custodia la puerta, y le ordena: ponga usted su fusil sobre el pecho de este hombre.

La concurrencia, al escuchar tan inesperada orden, impelida por el instinto de la conservación, se abre, como queriendo presenciar, sin peligro, aquella ejecución tan violenta, cuando Ribas, en obedecimiento á los dictados de la sana razón, manda á suspender aquella amenaza, que tenía más de sainete que de tragedia. (1)

1 Véase *Flinter*—A history of the revolution of Caracas; comprising and impartial narrative of the atrocities commited by the contending Parties, etc, etc.—Londres, 1819—1 vol. en 8º

En esto se oyen ruidos en la calle de la aduana, y los gritos de *traición, traición*. Era el momento en que los granaderos españoles, confundidos con el pueblo guaireño, se defendían al verse atacados por todas partes. A los gritos siguen voces de alarma, desorden, carreras y tiros de fusil. Un choque casual ó preparado entre los oficiales de Ribas y los granaderos peninsulares, de los cuales diez fueron sacrificados, motivó la escaramuza en las calles de La Guaira. Con precipitación deja Ribas la sala de la aduana y con él muchos de los concurrentes, mientras que Marimón, aprovechando aquel momento de libertad, sale al balcón, sacude en repetidas ocasiones su pañuelo, como señal á la escuadra, torna á la sala y quiere salir, cuando oficiales patriotas le detienen. En esto vése á la escuadra que corta las amarras y trata de huir, sin brisa que la favorezca: calma completa dominaba sobre las olas. Por orden de Ribas los cañones de las baterías se descargan sobre los buques de Salomón, y nuevos sucesos llaman la atención de los moradores de La Guaira. Marimón fue conducido á una de las bóvedas de la fortaleza, acompañado de los compatriotas que le habían dado la bienvenida.

Al comenzar el violento cañoneo, el convoy aspira solamente á salvarse no sólo de los proyectiles que recibía y le hacían daño—sobre todo á la fragata, que á consecuencia de esto estuvo á punto de irse á pique—sino también de ser arrojado á la playa, por la ausencia de brisa y el haber levado anclas. Gritos de entusiasmo celebraban desde tierra, la triste situación del convoy, cuya pérdida parecía inevitable, cuando de repente, despierta la brisa, muévese la ola, ínflanse las velas, y el convoy, surcando las aguas guai-

reñas, fuera del alcance de las balas patriotas, sigue á Puerto Cabello.

En el *Boletín del Ejército Libertador*, número 12, leemos:

"Por fin ha llegado de España una pequeña expedición asalariada por el Consulado de Cádiz, para sostener su pillaje mercantil en Venezuela. El 13 se presentó el convoy en La Guaira, compuesto de una fragata, una goleta de guerra y seis buques mercantes; logramos aprehender al segundo de la expedición, el Capitán de fragata Don Ignacio Valle Marimón, con quince soldados y toda la correspondencia: los buques, después de sufrir un destrozo terrible, picaron los cables, y han podido arribar á Puerto Cabello, donde existen sin haber intentado el desembarco."

. . . .

"Llegan tropas de todas partes, se presentan voluntarios, se advierte un entusiasmo general, de modo que se ha aumentado considerablemente el ejército, y éste ansía por ver presentarse al enemigo para atacarlo y vencerlo como acostumbra; si logramos medir nuestras fuerzas, su destrucción es segura, y la paz de la República de Venezuela será la consecuencia del triunfo.

"Cuartel General de Valencia, á 19 de setiembre de 1813, 3º y 1º—*Rafael de Urdaneta*, Mayor General." (1)

Dos días después del suceso de La Guaira Ribas dirigió desde Maiquetía al Gobernador de Caracas, el siguiente oficio:

"A las ocho del día de mañana tendrá V. E. en seguras prisiones á todos los españoles y cana-

1 *Gaceta de Caracas*, de 30 setiembre de 1813.

rios que se hallan sueltos, hasta a aquellos á quienes yo mismo ó el General Bolívar hayamos dado papel de seguridad, sin exceptuar otros que aquellos pocos amigos conocidos de nuestra causa, y que hayan sido perseguidos con nosotros, los cuales son bien conocidos de V. E. Los demás no solo serán presos sino asegurados con grillos. Dios guarde á V. E. muchos años.—Maiquetía, á 15 de setiembre de 1813, 3º y 1º—*José F. de Ribas.*"

Desembarcado el regimiento de Granada en el castillo de Puerto Cabello, comenzó á ponerse en campaña bajo las órdenes de su Jefe el Coronel Salomon. Para esta fecha, Monteverde, sin prestigio, es la burla de sus compañeros, que le despojan del mando en diciembre de 1813 y le echan fuera del castillo, teniendo que embarcarse para la isla de Curazao, sin prestigio, sin gloria y acoquinado por la suerte. Sucédele el Coronel Salomón, á quien Bolívar propone nuevo canje de prisioneros españoles por el Coronel republicano Jalón; pero el español se niega. Necesitaba Salomón ver con sus propios ojos la destrucción completa del bello regimiento de Granada, que poco á poco fue diesmándose por la ignorancia de su Jefe, las enfermedades y el cansancio de los diversos encuentros que tuvo con las tropas de Bolívar. Así que lo vió destruido, aceptó Salomón el canje de Jalón por su compañero el Coronel Marimon. En el curso de los días, Salomón sufrió la misma suerte que Monteverde y hubo de abandonar el castillo.

Vuelto á sus penates preséntase á Bolívar el Coronel Jalón, con el semblante de los que presienten triste suerte. Parecía un espectro. Después de doce meses de maltrato y vejaciones inauditas, aquella vigorosa naturaleza se sentía decaer física y moralmente. Sin embargo, quiso prestar

de nuevo sus servicios á la causa americana, é incorporóse al ejército. Distínguese al lado del Libertador en Araure, San Mateo, Carabobo, hasta que cae prisionero de Boves, en la desgraciada batalla de La Puerta el 12 de junio de 1814.

Ya habían ahorcado ó fusilado á todos los prisioneros, cuando un edecán, por orden de Boves, se acerca á Jalón y le dice:—"El General le invita á usted á que le acompañe á la mesa."—Jalón es conducido y se sienta, comprendiendo quizás, con el corazón transido de dolor, todo el sarcasmo de aquella invitación. Durante la comida, Boves le dirige la palabra, sin insultarle, mostrando aquella dulzura del carnicero, que acaricia la oveja que va á sacrificar. Al concluir la comida se pone Boves en pie, síguenle los invitados y entre éstos el Coronel Jalón, cuando Boves, sonriendo, llama á uno de sus tenientes, y con la mayor naturalidad le dice:—"Fusilen á este insurgente."—Minutos después, yacía tendido por tierra el Coronel Jalón.

¿Qué había sido de Salomón y de Marimón, de Suazola, de Monteverde, de Jalón y de Boves? ¿Qué de Bolívar, de Ribas, de Palacios y del desgraciado Mármol?

Salomón y Marimón habían huido en aquellos días del Terror, después de haber visto desaparecer el regimiento de Granada. (1) Suazola había recibido en la horca el castigo de sus hechos, en tan-

1 Nos inclinamos á creer que Salomón, Jefe del regimiento de Granada, fue uno de los oficiales españoles muertos en la batalla de Carabobo en 1814, como se desprende del parte de esta acción dado por Muñoz Tébar.

to que Monteverde, que pudo salvarle, había tenido que huir del castillo de Puerto Cabello, lanzado por sus compatriotas que le arrojaron á playas extranjeras, llenándole de anatemas y de improperios. Jalón muere con la serenidad del justo, mientras que su implacable vencedor en La Puerta, en el extertor de la agonía, se ase de la paja de Urica, ya tostada por los cascos de su caballo, que como el de Atila, quemaban la yerba de los campos. Bolívar había huido del incendio y buscaba descanso en el extranjero, en tanto que Ribas, fugitivo de Urica, era decapitado. Su cabeza fue colocada en una jaula de hierro en el camino de La Guaira. Ya los prisioneros españoles en este puerto, y entre ello el excelente Mármol, habían sido pasado por las armas, ejecución que presenció el Coronel Palacios, por orden del Libertador.

En el espacio de pocos meses, casi todos los actores que figuran en los sucesos que dejamos relatados, habían bajado á la tumba. Eran víctimas y victimarios de todos los partidos, que colmaban con sus cadáveres la profunda fosa de la guerra á muerte, siempre ansiosa de sangre y de despojos, sobre los cuales bajaban sin cesar los buitres andinos, que dejaban sus nevadas regiones para hartarse de carne humana.

DOMINGO DE MINERVA

—

He aquí un domingo tan celebrado del mundo católico como lo es el de Ramos, y sin embargo, son muy pocos los que conocen el origen de aquel nombre. Preguntad á la muchedumbre que asiste á las fiestas cristianas lo que significa domingo de Minerva, y os contestará: aquel en que recibe adoración Jesús Sacramentado. Preguntad á la mayoría de los sacerdotes católicos lo que representa el nombre pagano de Minerva en una fiesta dominical, y quizás haya alguno que no pueda resolver la cuestión. Es un hecho que cuando muchas personas dicen que tal día del mes es domingo de Minerva, repiten como el loro, lo que desde la infancia oyen sin comprender lo que significa la frase; mas sin tener que apelar á estudios históricos, podían saber que fue Minerva la diosa pagana de la sabiduría, y también la de la guerra, bajo el nombre de Palas: que en la Roma de los Césares tuvo un templo, y que sobre las ruinas de éste, levantaron otro los frailes domínicos con el nombre de Santa María sobre Minerva. Entonces tal nombre no parece chillón sino más bien armónico y en con-

sonancia con el culto á la Eucaristia: tal es el imperio que ejercen el tiempo y los hábitos sobre el espíritu de la muchedumbre.

Bajo el título de *Domingo de Minerva*, vamos á instruir á nuestros lectores acerca de los dimes y diretes, dares y tomares que hubo en Caracas, entre los dos cabildos, el eclesiástico y el civil, durante muchos años, después de haber sido instituida la fiesta de Minerva en 1617, por el Gobernador de entonces, Don Francisco de la Hoz Berrío.

Es costumbre de los ancianos hablar siempre con entusiasmo de pasadas épocas, y juzgar á la generación que se levanta más corrompida que la que precede ó va á desaparecer; pero ésto es uno de tantos errores, hijo de la vanidad humana y del egoísmo natural de la criatura. Tan malos como nosotros fueron nuestros antepasados, entre los cuales hubo pícaros de á folio, hipócritas, vanidosos y charlatanes de á cinco céntimos, como los hay hoy. Y si nos trasportamos á nuestra dilatada época colonial, en ella tropezaremos con Obispos díscolos y rencorosos, hombres de pelo en pecho y de mala digestión; gobernadores ladrones y tiranos, enemigos del prójimo y de Dios; y asistiremos á la brega que sostuvieron los canónigos del cabildo eclesiástico con los miembros del Ayuntamiento, con sus excomuniones y ridiculeces los unos, con sus tropelías é insolencias los otros; ambos tan fatuos como presuntuosos, que desde el principio de la sociedad, el hombre es y será lo que todos sabemos.

En la Roma imperial figuró suntuoso templo erigido por Pompeyo á la diosa Minerva, y aunque en ruinas, este monumento pudo conservarse durante los primeros siglos del cristianismo. Andando el tiempo, antojóse á los frailes domínicos levantar sobre las ruinas paganas un convento, y surgió durante el siglo X el templo de *Santa María sobre Minerva.* Cuando llegan los días de 1280, Santa María aparece restaurada por Nicolás III, como el primer edificio de la Ciudad Eterna, viéndose todavía en el siglo XVI en el jardín del convento, restos del templo pagano. Durante el siglo XVIII, el Cardenal Barberini embellece á Santa María, restaurada últimamente por los padres domínicos ahora cincuenta años, lo que hace de esta obra uno de los más ricos templos de la Roma moderna. (1)

Todo es grande en Santa María sobre Minerva. Nos habla la fachada de los desbordes del Tíber en 1422, 1495, 1530, 1557, 1558 y últimamente, en 1870. Posee ricas joyas del arte antiguo y moderno, entre las cuales figuran los nombres de Giotto, Felipe Lippe, Miguel Ángel, y los monumentos de León X y de Clemente VIII, estos célebres Mecenas del arte. La Biblioteca del convento es rica en obras importantes, quizá sea la primera de Roma: junto á ella fue procesado Galileo por la Inquisición. Conjunto de hechos y de bellezas, de adquisiciones del arte y de la ciencia realzan las glorias de Santa María sobre Minerva; pero, lo que á nosotros nos enorgullece, es que la segunda capilla del suntuoso templo está dedicada á Santa Rosa de Lima, esta santa americana, cuya vida celebran los lienzos de Baldi, que decoran los altares de aquélla.

1 *Guías de Roma.*

"Figuró en Venecia, en el siglo XVI, un dominico conocido con el nombre de Padre Fray Tomás Stella, el cual llegó á ser Obispo de Sustinopoli y uno de los sabios miembros del Concilio de Trento. Al presenciar el abandono en que había caido la fe católica y testigo de los ataques de que era víctima la Iglesia Cristiana en aquella época, se propuso fundar una hermandad que con el título del *Santísimo Cuerpo de Cristo*, sostuviera el culto á Jesus Sacramentado, como nos lo aseguran los cronistas romanos."

Animado de tan cristianos propósitos eleva su pensamiento ya en forma, á Paulo III quien acepta la idea, la ensalza y pone bajo el protectorado del Cardenal Cesarini, uno de los espíritus más ilustrados de aquel pontificado. Y para que la *Hermandad* comprendiera todo el orbe católico, y el espíritu religioso se desarrollara con noble emulación, concedió el Pontífice á la nueva archicofradía gracias é indulgencias que contribuyeron á hermanar y sostener tales aspiraciones y el entusiasmo piadoso en todos los países del globo. Por ser dominico el iniciador de la idea, y como homenaje á la memoria del famoso Doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, que había sido igualmente dominico y una de las fuertes columnas del culto del Santísimo Sacramento, dispuso Paulo III, que la nueva hermandad fuera fundada en el antiguo templo de los domínicos llamado *Santa María sobre Minerva*, hoy una de las maravillas de la Roma Católica. (1)

En efecto, en 1539, fue erigida la archicofradía, y quedaron los Padres dominicos como protectores y sostenedores de ella. De aquí el nombre de *Do-*

1 *Rey*—Rome, 1 vol. en 4º—París, 1883.

mingo de Minerva, ó simplemente, *Minerva* dado á la misa dominical, á la fiesta en la cual figura Jesús Sacramentado. Pronto la aceptaron todos los pueblos de Italia, Francia, Alemania, etc, etc. Siguió al Nuevo Mundo, durante el primer siglo de la conquista castellana, y existe actualmente en las diversas regiones del globo; culto, adoración que se ha hecho ya perpetua, durante el día y la noche en casi todos los pueblos y ciudades del orbe católico. (1)

Don Francisco de la Hoz Berrío, hijo de Bogotá, llegó á Caracas como Gobernador de la Provincia de Venezuela, en junio de 1616. Hombre bueno y piadoso hizo lo que estuvo á su alcance en pro de la provincia que le fue encomendada. Por acta del Ayuntamiento de 17 de julio de 1617, Don Francisco funda la fiesta dominical conocida en Caracas con el nombre de *Domingo de Minerva* y fija para las doce funciones del año el tercer domingo del mes. Desde entonces el Ayuntamiento, acompañado del Gobernador, no faltó á esta función en obsequio de Jesús Sacramentado. Sencillas eran las costumbres de aquellos tiempos, pero exageradas las pretensiones de las autoridades civil y eclesiástica, quienes sin quererlo y dejándose arrastrar por necias vanidades, llegaron á constituir dos partidos en los cuales imperaron, á falta de moderación, de probidad y de razones, amenazas, odios y tropelías de todo género, que no dejaron sino ruina y malos antecedentes. Estas acerbas disputas

1 Acerca de esto volveremos á hablar, cuando publiquemos la Leyenda inédita, intitulada: *Lo que nos refiere la Santa Capilla.*

que durante muchos años tuvieron en Caracas los dos cabildos, desde comienzos del siglo décimo séptimo, las conoce la historia con el nombre de *Competencias*. Reclamaba cada cuerpo ciertos puntos de jurisdicción, como privativos de soberanas regalías, y lo que al comenzar parecía asunto trivial, de fácil resolución, se convertía a poco, en querellas y persecuciones indignas de toda sociedad bien constituida.

Cuando el gobernador Berrío subió a la mesa de Minerva ya habían comenzado las famosas competencias entre su predecesor, el gobernador García Girón y el Obispo Bohórquez, hombres de fuerza y temple y también de estado y carácter, [illegible] de origen [illegible], el cual llegó a morir [illegible] estando en la [illegible] de Caracas. Muerto el gobernador Girón, entró Berrío [illegible] el Obispo, y sustituido éste a su turno por Gonzalo de Angulo, continuaron las competencias cual epidemia, que necesitaba para curar de millares de papeles y de memoriales.

¿Sobre qué versaban las competencias? Ya se reducían en contar los escaños y sillas que había en los templos, y sobre cuál [illegible] debían [illegible] en la Iglesia llevar el Gobernador y Ayuntamiento. Ya versaba la materia sobre los cojines que debían tener el gobernador y los Regidores en sus asientos, ya acerca de los paños y almohadas que debía tener el Obispo, o de los quitasoles con los cuales debían los padres del cabildo eclesiástico resguardarse del sol. Ya eran las pretensiones de los gobernadores que reclamaban en el templo asientos de cierta preferencia, honores desacostumbrados. Ya figuraba la mujer de alguno de los gobernadores que aparecía en el templo extravagantemente vestida, o la falta de etiqueta y de

puntualidad en alguna invitación; ya, finalmente, el saludo oficial dado de tal ó cual manera, en ocasiones solemnes.

El fuego de las competencias se hacía necesario, á proporción que crecía. Era una locura de la cual no participaban, en los primeros días, sino dos cuerpos sociales, los *cabildos;* pero más tarde fueron dos partidos, con sus odios, asechanzas y persecuciones. En ausencia del Obispo quedaba siempre un Vicario encargado de continuar la lucha, y en defecto del Gobernador, los Alcaldes.

Actuaban los Alcaldes por muerte del Gobernador, en los días de 1623, cuando el famoso Vicario Mendoza, hombre audaz é intrigante, queriendo castigar á los señores del Ayuntamiento, en la fiesta de Minerva correspondiente al mes de mayo, los burló de una manera muy brusca. Fue el caso, que en vísperas de la fiesta, el Vicario, que expiaba cuanto hacían y proyectaban los del Ayuntamiento por medio de un agente de su confianza, envió su secretario á los directores de las comunidades religiosas con cierto oficio, en el cual las invitaba para que asistieran á la Catedral á la siguiente mañana.

—Diga usted á los señores directores, agregó el Vicario, que si llega á conocerse en la ciudad el contenido de esta nota, los sepulto en los sótanos de la Catedral.

Cuando llegaron las comunidades al templo, á la siguiente mañana, no faltó uno de los directores que le hiciera al Vicario indicación oportuna.

—No está aquí el Ayuntamiento, señor, dice uno de los frailes, y debe aguardarse, porque ésta ha sido la costumbre en cada Domingo de Minerva, desde 1617.

—Aguarde usted, padre, en la sacristía, contestó Mendoza ya molesto, órdenes que tengo que comunicarle.

—¿Y la procesión señor?

—No se necesita de usted, contestó el Vicario.

Esta advertencia tan justa como oportuna, proporcionó, concluida la función, ratos de amargura al pobre domínico, tan poco conocedor del carácter y condiciones de su superior, el Vicario Mendoza, que representaba al Obispo ausente.

Al instante dáse comienzo á la fiesta de Minerva, como dos horas antes de la acostumbrada.

—"Ya verán estos tunantes del Ayuntamiento, se decía el Vicario, si Gabriel de Mendoza es capaz de dejarlos desplumados."

Cuando á las nueve de la mañana se presenta en la Catedral el Ayuntamiento con sus Alcaldes á la cabeza, se encuentra con la procesión del Santísimo Sacramento, que recorría las naves del templo, acompañada de los frailes de las comunidades, que llevaban las varas del palio. Los bancos del Ayuntamiento habían desaparecido, y los Regidores contrariados con tan ridículo percance, hubieron de partir.

—"Ya lo veréis, se decía el Vicario, al contemplar el apuro en que había colocado á sus contrarios: ya lo veréis, que no somos los de sotana juguete de tanto necio. Volveréis á la Minerva de junio, y os aseguro que encontraréis el templo cerrado."

Al siguiente día, el Ayuntamiento hizo sacar de la Catedral los bancos de su propiedad, los cuales fueron trasladados á San Francisco, donde, por mucho tiempo, se verificaron las fiestas religiosas patrocinadas por el Ayuntamiento. Acusado el ca-

bildo eclesiástico ante la Audiencia de Santo Domingo, ésta contestó:

"Dígase al Obispo de Caracas que se deje de novelerías, de mudanzas y variaciones que perturban el orden: que reponga los bancos donde estaban, y aguarde siempre al Ayuntamiento para que pueda efectuarse la procesión de Minerva."

Los dos cabildos se acusaban como niños ante la Audiencia de Santo Domingo y ante el Monarnarca, por cuantas necedades llegaron á ser tema de discusión entre ambos Cuerpos. En 1631 el Gobernador Núñez Meleán asiste con el Ayuntamiento á la fiesta del Domingo de Ramos, y al salir de nuevo á la calle, donde se efectúa la ceremonia de costumbre en la puerta mayor del templo, observa que el Obispo está acompañado de prolongada cola de pajes y caudatarios. Al instante se inmuta, se encoleriza y grita: "á nuestros asientos," y deja á Monseñor con los canónigos. Eleva el Gobernador la queja á la Audiencia de Santo Domingo, y ésta contesta:—"Que el prelado pueda llevar, en las procesiones y actos públicos, cerca de su venerable persona, todos los caudatarios y pajes que á bien tenga."

En cierta mañana de 1728 en que los canónigos tenían que asistir acompañados del Ayuntamiento á Santa Rosalía, se presentaron en la calle llevando hermosos quitasoles de color encarnado, con regatones plateados. Muy satisfechos caminaban los buenos señores y se resguardaban del sol, mientras que los Regidores del Ayuntamiento se calentaban las mejillas á los fuegos del astro rey. Acusan al cabildo eclesiástico los del Ayuntamiento y la auto-

ridad superior contesta:—"Que en actos tan solemnes no deben figurar quitasoles que son incompatibles con la seriedad del acto: y por ir acompañado aquel Cuerpo del Gobernador y Ayuntamiento."

Sería no acabar, si quisiéramos entretener al lector con la historia de tantas puerilidades de los pasados siglos. En los libros de la Metropolitana se relata cada uno de estos ridículos incidentes, desde comienzos del siglo décimo séptimo hasta principios del actual. En las *Crónicas inéditas* del Padre Don Blas Terrero, figura un extracto sacado de los archivos de ambos cabildos. Este cronista nos refiere que fueron tan tempestuosas las *Competencias*, durante el obispado de Mauro de Tovar, que la familia de éste tuvo que romper cuantos documentos hubo á las manos en ambos cabildos, pues no quería que escándalos tan necios, fueran conocidos de la posteridad. Pero nosotros, al estudiar ambos archivos, hemos tropezado con frases sueltas, con dichos agudos; que aun en los mayores incendios, siempre queda algo bajo las cenizas que no puede ser destruido por el fuego. (1)

Ya hoy los cabildos de Caracas no luchan ni se insultan. Si mansos aparecen los canónigos, tolerantes ó indiferentes se presentan los concejales. La diosa Libertad, al cobijarnos á todos, desde 1821, acabó con las *Competencias*, con las Audiencias y con los reyes. La Metropolitana realista dejó su puesto á la Metropolitana republicana. Ésta comenzó por entregar sus ricas alhajas, para sufragar á los gastos de la guerra, en 1814, y aceptó después la emancipación de los esclavos. Los canónigos de

1 Acerca de la historia de Mauro de Tovar conservamos una Leyenda inédita.

hoy no cabalgan en ricas mulas, ni tienen esclavos que los acompañen con farol por las oscuras calles de Caracas, que ya abundan el gas del alumbrado y los carruajes de paseo. Se impuso á la Metropolitana que abandonara las procesiones, y escondió el paraguas del Viático é hizo pedazos la esquila. Los canónigos se han hecho diplomáticos y tolerantes. Ya no se yerguen, porque son republicanos.

Todo lo añejo é inconducente va desapareciendo poco á poco, y el progreso entra por todas partes, no como visitante, sino como invasor. Pero si éste decora los templos y los hermosea, y hecha á la calle los vetustos bancos de la época de las *Competencias*, y levanta capillas, y ha aceptado la adoración perpetua, no podrá mandar arriar la modesta banderilla, el angosto guión blanco con una custodia pintada, que flamea en los campanarios de los templos, hace ya tres siglos. He aquí un recuerdo palpitante que nos habla de la época de Berrío, cuando en 1617 fue fundada en la Metropolitana, la fiesta de Minerva.

LA PRIMERA NODRIZA DE BOLIVAR

—

A fines del último siglo, por los años de 1770 á 1780, figuraba entre los altos empleados de Caracas un distinguido é ilustrado oficial, Don Fernando de Miyares, de antigua nobleza española é hijo de Cuba. De ascenso en ascenso, Miyares llegó al grado de General, siendo para comienzos del siglo, Gobernador de Maracaibo, y aun más tarde, en 1812, Gobernador y Capitán general de Venezuela, aunque por causas independientes de su voluntad, no pudo tomar posesión de tan elevado empleo, pues murió poco después, antes de nuestra emancipación, en la ciudad de Maracaibo, donde tuvo amigos y admiradores. Don Fernando había llegado á Caracas acompañado de su joven esposa, Doña Inés Mancebo de Miyares, de noble familia de Cuba, muchacha espléndida, poseedora de un carácter tan recto y lleno de gracia que, al tratarla, cautivaba, no sólo por los encantos de su persona, sino también por las relevantes prendas morales y sociales que constituían en ella tesoro inagotable. No menos meritorio era su marido, caballero pundonoroso, apuesto oficial, de modales

insinuantes y de un talento cultivado: bellas dotes que hacían de Miyares el tipo del militar distinguido. Don Fernando poseía, como su señora, un carácter recto, incapaz de engaño, no conociendo en su trato y en el cumplimiento de sus deberes, sino la línea recta: pudiendo decirse de esta bella pareja que caminaban juntos en la vía del deber, sin que les fuera permitido desviarse. Y en prueba de esta aseveración, refieren las antiguas crónicas el percance que á Don Fernando pasó, en dos ocasiones, por la rectitud de su esposa.

Fue el caso que Miyares, en la época á que nos referimos, después de haber fijado la hora de las diez de la noche para cerrar su casa, regresó á ella en cierta ocasión cerca de las doce; ya la puerta estaba cerrada. Al instante llama, y como nadie le responde, vuelve á golpear con el puño de su bastón.

—¿Quién llama? pregunta una persona desde la sala.

—Inés, ábreme, es Miyares, responde Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que se atreve á nombrarme y tutearme, y á tomar en su boca el nombre de mi esposo? Fernando de Miyares duerme tranquilo, y nunca se recoge á deshora. Y retirábase á su dormitorio, Inés de Miyares, tranquila y digna, sin darse cuenta de los repetidos golpes que sobre el portón diera su marido.

Después de haber dormido en la casa de algún militar, Miyares tornaba al siguiente día á su hogar. Al encontrarse con Inés, el saludo cordial era una necesidad de aquellos dos corazones que se amaban y respetaban.

—¿Cómo estás, mi Inés? Preguntaba Don Fernando.

—¿Cómo estás, Fernando? contestaba aquélla. Y ambos, dándose el ósculo de la paz doméstica, continuaban, sin darse por entendidos, sin hacerse cargos de ningún género, y como si hubieran estado juntos toda la noche.

Doce ó quince días más tarde, pues que los buenos maridos son como los niños de dulce índole, que no reinciden después de la primera nalgada que les afloja la madre, sino algunos días más tarde, Don Fernando quiso tornar á las andadas.

Don Fernando había dicho en cierta ocasión, delante de su servicio, lo siguiente: "Mi esposa Doña Inés Mancebo de Miyares, es el alma de esta casa, y sus órdenes tienen que ser obedecidas como las mías." Olvidándose de esto Don Fernando, ordenó un día á su esclavo Valentín que le aguardara en la puerta de la calle, pues tendría quizá que recogerse tarde.

A las diez y media de la noche, Inés manda cerrar la puerta de la calle, cuando se le prenta el esclavo Valentín y le dice la orden que había recibido de su amo. Por toda contestación Inés le ordena cerrar inmediatamente la puerta de la calle.

Al llegar Don Fernando, tropieza con ésta ya cerrada, y creyendo que el esclavo estaba en el zaguán, comienza á golpearla.

—Valentín, Valentín, ábreme—grita Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que da golpes en el portón?—pregunta Inés desde la sala.

—Ábreme, Inés, ábreme, no seas tonta. Es tu marido Fernando de Miyares.

—Mi marido duerme, insolente—responde Inés—y retirándose á su dormitorio se entrega al sueño, cerrando los oídos á toda llamada. Don Fernando partió.

Al siguiente día, se repite la misma escena precedente, y todo continúa sin novedad. Así pasaban las semanas, cuando Don Fernando le dice á su esposa en cierta mañana:

—Inés, eres una esposa admirable: el método que te guía en todas las cosas domésticas, el orden que observas, la atención que prestas á nuestros intereses, la maestría con que cultivas las relaciones sociales, éstas y otras virtudes hacen de tí una esposa ejemplar. Debo confesarte que estoy orgulloso y contento.

Y variando de conversación, Don Fernando añade:—¿Sabes que mañana estoy invitado por el Intendente Ávalos á un desafío de malilla? El Intendente, creyéndome hábil en este juego, desea que luchemos. Como llegaré tarde de la noche, tengo el gusto de advertírtelo para que sepas que estaré fuera.

—Bien—responde Inés.—Quedará la puerta abierta y el esclavo Valentín en el corredor para que atienda á tu llamada. Celebraré siempre que me adviertas cuando tengas que recogerte tarde de la noche, pues ya en dos ocasiones no sé que tunante atrevido ha osado llamar á la puerta, tomando tu nombre. Todavía más, tomando el mío y tuteándome. Estaba resuelta á que si esto continuaba quejarme al Capitán Gobernador, para hacer castigar tanto desparpajo.

—Cosas de los hombres, hija—contesta Don Fernando—y besando la frente de su señora salió á sus quehaceres.

La familia Miyares vivía cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa hoy número 15 de la calle Este 2. A la vuelta y en la calle Sud 1 vivía el Coronel Don Juan Vicente de Bolívar, casado con la señora Concepción Sojo y Palacios. Amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre ellas existían atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía. Inés criaba uno de sus hijos, cuando Concepción, en vísperas de tener su tercero, pidió á su amiga que la acompañara para que le hiciera las entrañas al párvulo que viniera al mundo.

Hacer las entrañas á alguno es frase familiar antigua que equivale á nutrir á un reciennacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres, como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar, no sólo á su hijo, sino también al del vecino, del amigo, ó del pariente.

Concepción quiso que su amiga Inés hiciera las entrañas al hijo que esperaba, y éste nació el 24 de julio de 1783. Apenas vió la luz, cuando Inés le llevó á su seno y comenzó á amamantarle, sirviéndole de nodriza por muchos meses, hasta que el párvulo pudo ser entregado á la esclava Matea. Días más tarde del nacimiento, fue bautizado con los siguientes nombres: Simón, José, Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

En el curso de los años, el niño Simón, familiarizado con la amiga de su madre, hubo de tomarle cariño, cuando supo que ella había sido su primera nodriza, lo que contribuyó á que la llamara madre. El Coronel Bolívar murió en 1786 y su señora en 1792, dejando á Simón de nueve años de edad. El niño, aunque travieso y desobediente,

continuó, no obstante, llamando madre y tratando con veneración y respeto á la que con tan buena voluntad le había alimentado durante los primeros meses de la vida. Doña Inés Mancebo de Miyares, fue por lo tanto, la primera nodriza de Bolívar, á la que sucedió la negra Matea, que obtuvo cierta celebridad y alcanzó larga vida, pues murió en 1886, habiendo el gobierno de Venezuela costeado su entierro. (1)

Ascendido Miyares á Gobernador de Maracaibo, dejó á Caracas y se instaló con su familia en aquella capital, con regocijo de sus compañeros. (2) Amado de los habitantes de esta región por su gobierno paternal y justo, estaba Miyares en posesión de su empleo, cuando estalló en Caracas la revolución del 19 de abril de 1810. Empleado español, opúsose al torrente de las nuevas ideas, sabiendo sostenerse en la provincia de su mando, la cual no entró en el movimiento revolucionario de Caracas. Nombrado más tarde Capitán general de Venezuela, á causa de la deportación del Mariscal Emparan, una serie de obstáculos se opusieron á que llegara á tomar posesión de tan elevado encargo, sobre todo; la invasión inoportuna del oficial español Mon-

1 Una de nuestras leyendas inéditas lleva el título de *La Negra Matea*.

2 No puede hablarse del General Miyares sin recordar su gobierno de Maracaibo, tan patriarcal, tan justo, tan progresista. Han pasado cerca de noventa años, y todavía el nombre de este mandatario español lo recuerdan los hijos de Maracaibo con placer y orgullo. Noble destino el de hacer el bien y dejar tras sí bendiciones que se perpetúan! El buen nombre del General Miyares, que respetaron los hombres notables de las pasadas generaciones, sin distinción de partidos, brillará siempre á orillas del dilatado Coquibacoa. Mora aquí un pueblo inteligente, amante de lo grande y de lo bello, que, al hacer justicia á sus grandes hombres, rinde igualmente veneración á los mandatarios españoles que contribuyeron á su grandeza y á su dicha.

teverde en 1812. Estaba destinado Miyares á ser víctima de este triste mandatario, que de otra manera, distintos habrían sido los resultados al figurar en Caracas un militar de tan notables quilates.

Inútiles fueron los esfuerzos que hiciera este legítimo mandatario español de Venezuela en 1812, para traer á buen camino á Monteverde, que prefirió perderse á ser justo y amante de su patria.

En la correspondencia oficial que medió entre estos hombres públicos, se establece el paralelo: Miyares aparece como un militar pundonoroso, cabal y digno; Monteverde como un hombre voluntarioso, cruel y cobarde.

El triunfo de la revolución de Venezuela contra Monteverde en 1813, encontró á Miyares en Maracaibo. La guerra á muerte comenzaba entonces y con ella las confiscaciones y secuestros de las propiedades pertenecientes á los peninsulares. No por esto se dejó Miyares arrastrar por el vendaval de las pasiones políticas, que justiciero y firme, pudo siempre conservarse á la altura de sus deberes como alto empleado y cumplido caballero. Y si mucho hubo de sufrir el justo mandatario en esta tristísima época de su carrera militar, no fueron culpables de tantos disgustos, los patricios y jefes de la revolución caraqueña, que en nada le molestaron, y sí la conducta pérfida é infame de Monteverde que, poniendo de lado patria, honor, deber y hasta el nombre de la distinguida familia á la cual pertenecía, se hizo instrumento de la pandilla de asesinos que con sus tropelías é infamias, motivaron el célebre decreto de la *guerra á muerte.*

Perdida de nuevo la revolución, tuvo Bolívar que huir de Caracas, en agosto de 1814, para que de nuevo la ocuparan las huestes españolas, á las

órdenes de Boves. Entre tanto el General Miyares, que tantos recuerdos dejó en Maracaibo, Coro y Puerto Cabello, feneció en la primera ciudad, por los años de 1816 á 1817, después de haber celebrado sus bodas de oro. No pudo este militar tan distinguido llegar á la Gobernación de Venezuela, pero sí la obtuvo su hijo político el Brigadier Correa, militar recto y caballeroso, que si como español supo cumplir con sus deberes, supo igualmente dejar un nombre respetado y recuerdos gratos de su gobernación, que han reconocido sus enemigos políticos. (1)

Era la tertulia del Brigadier Correa, en la cual figuraba la incomparable viuda Doña Inés Mancebo de Miyares al lado de sus hijas y sobrinas, centro de muy buena sociedad. Esto pasaba en los días en que la guerra á muerte parecía extinguirse, y los ánimos menos candentes dejaban lugar á la reflexión. Una solución final se acercaba, y Morillo, victorioso, era llamado de España. La parte distinguida de la oficialidad española, con Morillo y La Torre á la cabeza, frecuentaba la amena tertulia del Brigadier, donde era venerada la viuda de Miyares. (2)

1 De las hijas del General Miyares, una entroncó con la familia venezolana Pumar, y dos con los españoles Correa y Amadeo. De los hijos, uno, Carlos, entroncó con la familia española, Egui. Las familias relacionadas con la de Miyares, que figuran hoy en Caracas, son: Miyares y sus conexiones, Pumar, Mancebo, Smith, etc.

2 Esta casa es la de alto situada en la esquina de Camejo, donde estuvieron primero los patriotas en 1813, después los españoles, y finalmente el Gobierno de Venezuela desde 1834 hasta 1841.

Vive en Caracas una anciana muy respetable que revela en sus modales, conversación variada y ameno trato, lo que ella fue en los días de su juventud, cuando ahora ochenta años conoció á Miranda y á los hombres de la revolución de 1810, y trató más tarde á Morillo, La Torre, Correa y

No había noche de tertulia, y sobre todo, cuando la *Gaceta de Caracas* publicaba alguna derrota de Bolívar ó de sus tenientes, en que no fuera la política militante tema de conversación. El haber Doña Inés amamantado á Bolívar ó haberle hecho las entrañas, como se dice vulgarmente, era motivo de burla ó de sorpresa.—¿Cómo es posible, señora, que una mujer de tantos quilates no le diera á ese monstruo una sola virtud?—Sedicioso, cobarde, ruin, ambicioso, insurgente; he aquí la lista de dicterios que tenía que escuchar Doña Inés con frecuencia.

Pero como era mujer de espíritu elevado, á todos contestaba:—"Para obras el tiempo," decía á unos.—"Hay méritos que vienen con la vejez," contestaba á otros.—"¿Y si las cosas cambian?" preguntaba en cierta noche á Morillo.—"En las revoluciones nada puede preverse de antemano," añadía.—"El fiel de la balanza se cambia con frecuencia en la guerra."—"El éxito corona el triunfo."

De repente llega á Caracas el correo de España con órdenes terminantes á Morillo, marqués de

después á Bolívar y las celebridades de Colombia y de Venezuela. Es Doña Inés Arévalo, descendiente de aquel Luis Antonio Sánchez Arévalo, de antigua familia española, que se enlazó en Caracas á mediados del último siglo, con la respetable familia Hernández Sanavia. Fue el padre de Inés el Doctor Don Juan Vicente Sánchez Arévalo, Oidor honorario de la Audiencia de Caracas y caballero que respetaron los partidos políticos de su época.

Cuando queremos refrescar algunas fechas, aclarar algunos nombres, buscar la verdad de hechos dudosos, durante la época de 1812 á 1824, visitamos á esta distinguida compatriota y amiga nuestra, la cual nos deleita con el relato de hechos curiosos, de dichos notables, y nos habla de aquella sociedad española y venezolana en la cual figuró en primera escala. Inés conserva la memoria, á pesar de acercarse ya á los noventa años.

la Puerta, conde de Cartagena, para que propusiera á Bolívar un armisticio y regresara á España, dejando en su lugar al General La Torre. Tal noticia cayó en la tertulia del Brigadier como una bomba, pues sabíase que Bolívar acababa de llegar á Angostura, después de haber vencido á Barreiro y libertado del yugo español á Nueva Granada. El aspecto de los acontecimientos iba á cambiar de frente, y nueva época se vislumbraba para Venezuela.

En la noche en que se supo esta noticia en la tertulia del Brigadier, las conversaciones tomaron otro rumbo. Bolívar no apareció con los epítetos de costumbre, sino como un militar afortunado con quien iba á departir el Jefe de la expedición de 1815. Días después Bolívar y Morillo hablaban amigablemente en el pueblecito de Santa Ana. Bolívar se presenta acompañado de pocos, mientras que Morillo lo estaba de lucido Estado mayor. Cuando se acercaron, ambos echaron pie á tierra.

—El cielo es testigo de la buena fe con la cual abrazo al General Morillo—dijo Bolívar al encontrarse frente de su temido adversario.

—Dios se lo pague—contestó secamente el es-

Retirada del mundo social, y dedicada solamente al amor de sus sobrinos, después de haber visto desaparecer cinco generaciones, Inés ha perdido esa vanidad que alimenta ó entretiene los primeros cincuenta años de la existencia, y ama el aislamiento, aspiración de los espíritus que se acercan á la tumba. Pero como nosotros hablamos en este cuadro de la tertulia del Brigadier Correa donde figuró Doña Inés Mancebo de Miyares, y con ella la amiga que la ha sobrevivido, nos es satisfactorio decir á nuestros lectores que todavía existe una de las distinguidas venezolanas de aquella época: venerable anciana que es honra de su familia y modelo de virtudes sociales y domésticas.

Reciba nuestra distinguida amiga públicamente los sentimientos de nuestra gratitud.

pañol, dejándose abrazar. A poco comenzaron las presentaciones por ambas partes, reinando la intimidad y buena fe que caracteriza, entre hombres cultos, un acontecimiento de este género.

Entre los diversos temas de conversación que tuvieron Bolívar y Morillo, éste hubo de traer al primero recuerdos gratos.

—En Caracas tuve el gusto de conocer y tratar á vuestra bondadosa madre en la casa del Brigadier Correa—le dice:

—Mi madre, exclamó Bolívar, como sorprendido de semejante recuerdo, y llevando la mano á la frente añadió:—Sí, sí, mi madre Inés ¿no es verdad? Qué mujer! qué matrona tan digna y noble! Cuánto talento y cuánta gracia! añadió el Libertador.

—¿No os parece que es una de las más elevadas matronas de Caracas?

—Sí, sí, contestó Bolívar. Más que elevada es un ángel, añadió. Ella me nutrió en los primeros meses de mi existencia.

—Si es cierto—dijo Morillo—que las madres al nutrir á sus hijos les comunican algo de su carácter, en el vuestro debe haber obrado el de tan digna matrona.

—No sé que contestaros, replicó Bolívar.—En medio de estas agitaciones de mi vida, ignoro lo que me aguarda; pero creo que el hombre debe más al medio en que se desarrolla, al curso de los acontecimientos y á la índole del carácter, que á la nutrición de la madre. Éstas influyen mucho en los primeros años de nuestra vida. Después pierden el poderío y la influencia, conservando el amor modificado.

———

Dos años más tarde, en 1821, Bolívar entraba triunfante en Caracas, después de Carabobo. Hacía ocho años que no la veía. Entre sus necesidades morales figuraba la de hacer una visita á Inés de Miyares, que había dejado la casa de su yerno, en la esquina de Camejo, por una casita modesta y pobre situada en la actual Avenida Este. Allí fue Bolívar á visitarla.

—Simón! Eres tú!.... exclamó Inés al ver á Bolívar en la puerta interior del zaguán.

—Madre querida, vengan esos brazos donde tantas veces dormí, exclamó Bolívar.

Y aquellos dos séres en estrecho abrazo, permanecieron juntos prolongado rato.

—Siéntate, dijo Inés enternecida. ¡Cuán quemado te encuentro! añadió.

—Tal es el resultado de la vida de los campamentos y de la lucha contra la naturaleza y los hombres, contestó Bolívar.

—Y ¿qué te importa, replicó Inés, si tú has sabido sacar partido de todo?

—Sí, parece que la gloria quiere sonreírme.

Bolívar había comenzado á hablar de los últimos sucesos de su vida militar, cuando de repente toma las manos de la señora, las estrecha y le dice:

—Os he recordado mucho, buena madre. Morillo me hizo vuestro elogio en términos que me cautivaron. ¿En qué puedo seros útil?

—Los bienes de Correa están secuestrados!

—Serán devueltos hoy mismo, dijo Bolívar. Vuestro yerno es un oficial que honra las armas españolas. Nos ha combatido como militar pundonoro-

so. Os ofrezco un pasaporte para todos vuestros hijos, agregó Bolívar. Es necesario que ellos figuren con nosotros.

—Eso no, hijo, eso no, exclamó Doña Inés, como herida.—Todo te lo acepto menos eso. Ellos pertenecen á una causa por la cual deben aceptar hasta el sacrificio. Mucho te agradezco este rasgo de tu bondad, pero creo que cada hombre tiene una causa, la causa de la patria. Ellos son españoles y su puésto está en España.

—Muy bien, muy bien, contestó Bolívar.—Así habla la mujer de inteligencia y de corazón.

Al siguiente día Bolívar libraba del secuestro los bienes del Brigadier Correa.

Cuando en 1827, Bolívar tornó al seno de su ciudad natal, uno de los primeros saludos que tuvo fue el de su madre Doña Inés. Recibió el Libertador el saludo de ésta con muestras de satisfacción y le prometió una visita para el siguiente día. Durante los seis meses que Bolívar permaneció en Caracas, conversó en repetidas ocasiones con la respetable matrona que tanto le recordaba la época de su infancia. Y es de suponerse que la sirviera siempre con satisfacción, no tropezando nosotros en este particular, sino con la carta que le diera para el Coronel José Félix Blanco, días antes de salir de Caracas. Dice así:

Caracas: 28 de junio de 1827.

Mi querido Coronel y amigo.

Con el mayor interés me empeño con usted, para que usted se tome la pena de oír en justicia á mi antigua y digna amiga la señora Mancebo de Miyares, que en mis primeros días me dió de mamar.

¿Que más recomendación para quien sabe amar y agradecer?—Soy de usted el mejor amigo.

BOLÍVAR.

Señor Coronel José Felix Blanco. 1

Este documento comprueba de una manera satisfactoria cuanto hemos narrado, y pone de manifiesto los sentimientos amistosos de Bolívar por la noble matrona que le amamantó al venir al mundo.

Tres años mas tarde moria el Libertador en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830.

Cuando alguno de los descendientes del General Don Fernando de Miyares, escucha á alguien que hace gala de poseer algún recuerdo de El Libertador ó de agradecer algún servicio hecho por éste, hay siempre una frase que ahoga toda pretensión, y es la siguiente: "*Quite usted, que en mi familia fue donde se le hicieron á Bolívar las entrañas*," queriendo decir con esto, que la primera nodriza de Bolívar fue la esposa de aquel notable militar, Doña Inés Mancebo de Miyares, noble hija de Cuba.

Para la fecha en que murió El Libertador, ya su primera nodriza Doña Inés de Miyares, agobiada de años y de miserias, llegaba al ocaso de la vida. Vivia con lo que le proporcionaba el alquiler de cinco esclavos que la acompañaban, y las dadivas de la caridad pública: no, no diremos de la caridad pública, sino del fruto sembrado por su marido en vida, que lo cosechaba en la muerte para aquella que fue, durante medio siglo, su compañera, el alma de su hogar.

Departamos acerca de ciertos sucesos, hijos de

1 *Cartas del Libertador*, tomo II, pág. 424. "Memorias de O'Leary."

la vida íntima del hogar, que la historia no conoce.

En el testamento del General Miyares, entre las varias cláusulas que se refieren á la familia, figura una más ó menos del tenor siguiente: "Si mañana, la suerte es adversa á alguno de los miembros de esta familia, y la miseria llama á la puerta, bendigamos á Dios, é inclinémonos ante sus decretos; pero os advierto y ordeno también, que si tropezáis con alguno que os quiera proteger, admitid sin escrúpulo el obsequio que os haga. Durante mi vida, he hecho todo el bien que he podido, he aliviado muchas desgracias; y si oculto los nombres de las personas á quienes he facilitado dinero, es porque, bajo la frase de préstamo, lo que he querido es socorrerlas. Así podrá llegar á vuestra puerta alguno que, queriendo retribuirme servicio por servicio, deje en ella el maná del cielo, la caridad, que debe ser recibida á nombre de Dios."

En efecto, así sucedió. Durante los últimos años de Doña Inés, ésta pudo comprender, en su sentido íntimo, la cláusula del testamento de su marido. Inés vivía mudándose, pues ella no habitaba sino las casas vacías, que por ausencia temporal de sus dueños, éstos se la cedían por tiempo determinado. Así fué que hasta en la obispalía, por ausencia del prelado, hubo de vivir la célebre nodriza de Bolívar. (1) Y donde quiera que estuviera, manos invisibles dejaban siempre algo, en dinero efectivo, que llegaba en auxilio de la anciana.

1 Quizá sea este el único caso que se conoce, de una familia viviendo en la obispalía, por ausencia del prelado. Doña Inés recordó hasta el último día de su vida la hermosa cepa de jazmines que cubría la fuente del segundo patio, y aun existe.

Esta protección del cielo fué constante durante los últimos tres años de la vida de Doña Inés. Murió ésta en la última casa que se le había proporcionado, la de Don Martín Tovar Ponte, cerca de la esquina del Conde. Acostumbraba rezar el rosario diariamente á las seis de la mañana, acompañada de sus cinco esclavos, cuando en cierto día del año de 18[illegible], al llegar los esclavos á la hora de costumbre, la bondadosa ama les dice: "Vamos á rezar el rosario, por la última vez." La señora, sentada en su lecho, guía el rezo, éste concluye, y al ponerse en pie los esclavos que estaban arrodillados, la matrona cae exánime sobre la almohada. Así concluyó la existencia de esta célebre matrona, PRIMERA NODRIZA DE BOLÍVAR.

EL PRIMER TUTOR DE BOLIVAR

—

En la calle Sud 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construida en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un sólo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arcos de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, á primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel ó guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornados de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está á la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no solo porque en ella [illegible] de [illegible] á seis años, cuando su [illegible] del niño, lo entregó [illegible] que le había nombrado la [illegible] fallecimiento de su [illegible] en 178[illegible], sino [illegible] muchos [illegible] de la [illegible] José Miguel [illegible] guerra á [illegible] de [illegible] Academia de [illegible] de Santa María [illegible] señores Doctor [illegible].

[illegible] veinte [illegible] cursaba [illegible] suaves [illegible] Ya porque [illegible] el [illegible]

[illegible]

los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes á su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas. Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facilidad con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios á que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado á vencer á sus colegas con el desdén, llegó á imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron á tornarse en admiración. Sanz fue proclamado por sus condiscípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en los momentos en que desaparecía de la escena política la Compañía guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz Intendente Ávalos, y surgía con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Simón, hijo del Coronel Don Juan Vicente de Bolívar y de su esposa Doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fue más, cuando á los pocos días, el presbítero Don José Félix Aresteigueta le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador.

Dos años más tarde, muere el Coronel Bolívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo la tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del Coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la persona del ya célebre abogado de Caracas, Don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zenit de la gloria y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley á ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía á sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho á quien le han celebrado sus necedades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo

inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas ideas que pudiera salvarle á su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó Doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño á su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.

Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman á los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse á un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el Padre Andújar, capuchino muy instruido de aquella época, á enseñar al niño los rudimentos de religión, moral é historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Pertenecían al tutor las advertencias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, á nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero á proporción que este método fue quedando en desuso, el tutor fue acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó á mandar con carácter paternal é imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca, le decía con

frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo ó comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no come usted? pregunta el Licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de estas chuscadas, el tutor había de reirse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora, le dice el tutor, en ciera ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo, contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige á la señora de Sanz y le dice:—Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted, le dice el Licenciado, en una ocasión en que el pupilo estaba inaguantable. Yo no puedo domar potros, agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta, responde Bolívar, con impasibilidad admirable. Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el Licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampla que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el Licenciado tenía que asistir con frecuencia á los tribunales, dejaba casi siempre á Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración á las madres, sucedía que la esposa del Licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera la

comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía á la señora era la siguiente:

—¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo, contestaba la señora.

En seguida subía el tutor á la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad á Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia, decía el Licenciado al pupilo.—Saldremos, por lo tanto, á pasear esta tarde.

—¿A qué debo ésto? pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, Don José Miguel, replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente, replicó el Licenciado.

—Ja, ja, ja, contesta el pilluelo, riéndose á sus anchas.

—¿De qué te ríes, tunante? pregunta el tutor.

—De nada, señor, de nada. Me río porque lo apetezco. El muchacho no quiso comprometer á la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba á Simón en la sala alta de la casa.

Simón y el tutor salían casi todas las tardes á caballo, y retornaban después de horas de paseo. El Licenciado montaba su caballo zaino y el pupilo un burro negro algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle una lección.

—Usted no será jamás hombre de á caballo, dice el Licenciado á Simón, que no tenía compasión del asno.

—¿Qué quiere decir hombre de á caballo? preguntó el niño. El Licenciado da una explicación satisfactoria, á la cual responde Simón:

—¿Y cómo podré yo ser hombre de á caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña?

—Así se comienza, responde el tutor, que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo. (1)

Y fué tan hombre de á caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y siete años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra, desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad provecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se comprende que el jefe de una familia sea incansable, tenaz y hasta cruel en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no

1 Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, én ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón de Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor Don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fue para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, trasmitió á su hija Doña María de Jesús Sanz, después la esposa de Don Cástor Martínez, cuanto conservaba de coro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de Doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, relatan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien años. Nos es placentero dedicar hoy en esta Leyenda algunas líneas á la memoria del célebre tutor, jefe de la tan conocida familia Martínez Sanz; y nos será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde á la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra á muerte, en los días sangrientos de 1814.

se comprende que un hombre de la seriedad é ideas de Sanz pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho, rehacio á todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación hacerse verdugo de nadie. Así fue que antes de cumplirse dos años, Don José Miguel llevó á Simón á la casa de la madre y allí le dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los profesores Andújar, Pelgrón, Vides, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Nos inclinamos á creer que éste sustituyó al tutor *ad litem*, en el manejo de la fortuna que fue donada á Bolívar por el Padre Jérez Aresteigueta. Muerta la señora Concepción Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, Don Feliciano Palacio, continuó como tutor natural de Simón y después, por muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta que el mozo Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Europa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el ánimo y educación de éste? Ninguna, porque Bolívar pertenecía á ese grupo de hombres que se forman por sí, debido á cierta idiosincracia que tiende á emanciparlos de sus semejantes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en acatamiento á aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empinan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obedecimiento á leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre á estos hombres luminosos, como locos dignos de conmise-

ración. Son como el álbatros que necesita del huracán para extender el ala poderosa y cernerse sobre la tempestad que le sirve de peaña. La ola enfurecida, el rugido de los vientos desencadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del álbatros para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos álbatros de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja de iris en todos los horizontes, es para sucumbir.... El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; inflexibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el álbatros, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba....

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Veíanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El *tutor* y el pupilo estaban juntos. Sanz le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde. (1)

En las campañas de 1813 y 1814, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más á los años que á la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ageno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun turbulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del dón de gentes concedido por la Providencia á determinados caracteres.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar á Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar á Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz conocía, como el primero.

1 *Gual*—Testimonios del ciudadano Don Pedro Gual, sobre los verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812.—Bogotá—1 cuaderno—1843.

Conciso y terminante se presenta el *tutor*, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes." (1) Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales." Con tales respuestas manifestó el *tutor* la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos. Contestaciones como éstas, acompañadas de disputas acaloradas, en las variadas conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron á amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas, Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue á la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el General José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

"Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos é ilustrados hijos, aquel Licenciado José Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia,

1 *Gaceta de Caracas* de 1813.

le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró á Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz las disensiones de los jefes militares le llamó á su lado, haciendo valer á sus ojos el bien que de ellos se seguía á la República. La víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron á manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos." (1)

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela á este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

1 *La Bandera Nacional*—Caracas—1838.

HOMONIMIA SJNGULAR

—

AL DOCTOR DON JOSE GIL FORTOUL

—

I

En la historia de la independencia sudamericana Simón Bolívar y Simón Rodríguez son dos existencias inseparables. Si de Bolívar, con el glorioso título de *El Libertador* se habla desde las orillas de los océanos hasta las nevadas alturas de Los Andes, en toda la América española, y pueblos y Estados en el dilatado continente americano llevan su nombre; de Simón Rodríguez, con el título de *El maestro de El Libertador*, se habla igualmente en todas las capitales de origen castellano y donde quiera que se conozcan las exentricidades y monomanías del sabio filósofo, maestro, tutor, compañero y amigo de Bolívar.

¿ Ejerció el maestro alguna influencia sobre el discípulo ? ¿ Hizo algo en beneficio de aquella naturaleza voluntariosa, impresionable, indómita, atolondrada, exigente, generosa y espléndida de Bolívar, desde sus infantiles años ? ¿ Qué tuvieron de común estos caracteres ? ¿ qué de antagonistas ? He

aquí temas históricos que serán resueltos en el curso de esta leyenda. La historia de los grandes hombres, exige el estudio de cuanto en derredor de ellos ejerció alguna influencia: la familia, el carácter, la época del desarrollo, las fuerzas que contribuyeron á su educación, las dotes intelectuales, las influencias exteriores y las virtudes y defectos hereditarios.

De estos dos hombres, el uno triunfa después de lucha titánica, y alcanza la meta histórica en la flor de los años, para morir en seguida en la playa, como el álbatros después de vencer la tempestad. El otro no triunfa, sino se gasta y extingue á los ochenta y tres años, después de haber luchado con los climas, con los hombres, con la suerte, consigo mismo, sin haber podido alcanzar la deseada cima.

Una gran virtud los caracterizaba: la locomotividad. El distinguido escritor chileno, Miguel Amunátegui, de grato recuerdo para nosotros, al biografiar á Simón Rodríguez, dijo, que el Doctor Gall habría descubierto en el cerebro de aquel filósofo, el órgano de la locomotividad. Esto mismo podríamos asegurar de Bolívar. La actividad del cuerpo y del pensamiento, en imperio de la voluntad al través de todos los obstáculos, la constancia imperiosa, la monomanía, revelación en muchísimos casos de una labor intelectual que busca soluciones armónicas; éstas y otras condiciones sobresalieron en la agitada vida de este grande hombre. Bolívar, después de las derrotas, aparecía más brillante; por esto decía Morillo que era más temible como vencido que como vencedor; y Baralt lo sublima así: "Era hombre Bolívar, hecho como fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades; cuánto más desgraciado, más grande."

Bolívar solicitó la gloria y ésta vino. Rodríguez fué incansable en la solución de un problema, cuya incógnita nunca apareció. Sin embargo, ambos se comprendieron. Quizá fue Rodríguez el único mortal que trató á Bolívar con el dominio de una intimidad ilustrada, y quizá fue Bolívar el único hombre que pudo comprender el carácter y tendencias de su sabio maestro. Así, cuando todo el mundo no veía en éste sino un enigma, una esfinge, un espíritu extravagante, una inteligencia negativa, un monomaniaco en lucha con los hombres; Bolívar le consideraba como un hombre lógico, sin que faltara á su carácter, aspiraciones, tendencias, propósitos, ni por un solo instante.

He aquí porque estas grandes inteligencias podían unirse y apreciarse. Tenían de común, no sólo la locomotividad, talento claro, un objetivo, al cual se dirigían, sino también esos arranques que el mundo llama actos de locura y que no son sino resultantes necesarias de fuerzas desconocidas que obedecen á leyes naturales del organismo.

"Yo no quiero parecerme á los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, y á todas esas cosas que marchan sin cesar." Así decía Rodríguez, en estas frases que sintetizan al viajero incansable que recorrió el mundo, durante cincuenta y seis años, al espíritu inquieto,. en una palabra: la *locomotividad.*

"Yo soy hasta hoy el único americano del Sud que haya ido á Europa á traer dinero: los demás van á dejarlo allí." Así dijo Don Simón al pisar en 1823, las playas americanas, después de veinte años de viajes, desde las Antillas hasta el polo Norte; después de haber vivido entre pueblos diferentes, cuyas lenguas aprendió. Este es el filó-

sofo que había adoptado por divisa: *Economía é Higiene;* es decir, "aglomerar sin ser avaro y cuidarse sin ser beato."

Y cuando comprendió que el estudio de la *Pedagogía*, pesadilla constante de su prolongada vida, no le dejaba sino decepciones y amarguras, se resuelve á ser fabricante de velas, y decía "que en la puerta de su casa podía inscribirse el siguiente mote: *Luces y virtudes americanas*, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo." (1)

En otra ocasión Don Simón, al hablar de su sistema de enseñanza decía: "La meditación y la experiencia me han suministrado luces. Necesito un CANDELABRO donde colocarlas. Ese CANDELABRO es la *imprenta*." Ya más antes había dicho: "Ando paseando mis manuscritos, como los italianos pasean sus *titirimundis*. Soy viejo, y aunque robusto, temo dejar de un día para otro, un baúl lleno de ideas para pasto de algún gacetero."

Estos y otros conceptos bastan para dar á conocer á nuestros lectores á este notable filósofo, amigo y maestro de Bolívar. Ya continuaremos presentándole siempre á la altura de sus méritos y de sus monomanías. Entre tanto recordemos algunas frases de Bolívar, en contraposición á las del maestro.

"Si la naturaleza se opone, la venceremos y haremos que nos obedezca." Así dijo Bolívar al sacerdote que después del terremoto de 1812, hablaba á la muchedumbre entristecida, á la cual quiso probarle que el cataclismo era castigo de Dios contra los republicanos. Bolívar lo hizo bajar del púlpito improvisado en la plazuela de San Jacinto.

1 *Amunátegui*—Biografía de Don Simón Rodríguez,

"Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seáis inocentes. Americanos, contad con la vida, aunque seáis culpables." Este es el hombre resuelto á vencer ó morir en la contienda de la Independencia americana.

En Casacoima, á orillas del Orinoco, Bolívar, desprovisto de todo, discurre acerca de su obra, cuando ella llegue á su meta gloriosa, las cimas nevadas de los Andes. Este es el visionario, primera manifestación del profeta.

Días más tarde, en Angostura, una escena inexplicable tiene efecto. En el convite dado á Irwing, comisionado del Gobierno de los Estados Unidos en Angostura, Bolívar, al llegar la hora de los postres, sin preocuparse de sus botas de campaña, sube á la mesa á la que estaban sentados numerosos invitados. Y sin darse cuenta de la caída de floreros, jarros, objetos de cristal, todo cuanto había en la mesa, va de uno á otro extremo de ella y retorna. Todo el mundo le juzga loco,—cuando dice: "así iré yo del Atlántico al Pacífico, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, hasta acabar con el último español."

Roscio y los hombres pensadores que estaban allí, se cubrieron la cabeza con las manos, como avergonzados. Bolívar había divisado los horizontes americanos, mientras que sus compañeros le juzgaban ademantado. Estas son las locuras del genio. La historia de la infancia de Bolívar, y la de su primera juventud están llenas de incidentes tan notables, que para juzgar al grande hombre en sus ímpetus, durante la lucha, es necesario recordarle en su voluntariedades ó extravagancias, durante su juventud. Nosotros no profundizaremos este tema, que día llegará en que podamos pre-

sentar á El Libertador de América, tal cual lo concebimos:—un *fenómeno* como dice un historiador. (1)

Eran dos hermanos de apellido Carreño, hijos de Don Cayetano Carreño y de Doña Rosalía Rodríguez, vecinos de Caracas por los años de 1766 á 1770. Antitéticos aparecían en la familia estos dos varones, no sólo en el carácter, sino también en las aspiraciones al trabajo y á la sociabilidad. Pacífico, suave, sin arranques, sin monomanías crecía Cayetano, inclinado desde la niñez al estudio de la música, que en la generalidad de los casos, busca los espíritus apacibles, los caracteres alegres, tratables. Voluntarioso, terco, irascible, dominante se presentaba Simón, que huía de la sociedad para reconcentrarse en la fantasmagoría de su espíritu. Si el uno había nacido para el arte, el otro poseía las condiciones del filósofo alquimista que busca el entretenimiento en el manejo de las retortas, de las hornillas, de los morteros, del metal universal.

Era el joven Simón, aunque de clara inteligencia, de talento, de estudio profundo, un hombre original bajo todos respectos; y más que original

1 Para el tercer volumen de estas *Leyendas históricas*, dejamos las intituladas: *Carácter inquieto y profético — El hombre mito, etc, etc,* referentes á la historia de Bolívar. Al oponer á los dichos de Simón Rodríguez, los de Bolívar, su discípulo, ha sido con el fin de manifestar lo incoherente de ciertas frases en ciertas grandezas de la historia, que no pueden ser juzgadas durante la vida, sino después que desaparecen, y pueda el historiador conocer hasta el más insignificante incidente de la vida privada, de la vida pública.—Hoy referimos á nuestros lectores á la leyenda intitulada: *El primer tutor de Bolívar* y á ésta que dedicamos al maestro con el título de *Homonimia singular.*

en sus hábitos, era molesto á toda su familia, pues se recreaba en importunar á todo el mundo, llegando á engendrar fastidio y enojos. Por muerte del padre habían quedado los dos hermanos bajo la tutela del tío, el presbítero Rodríguez, cuando por consecuencia de disputas pueriles entre los hermanos, por la disparidad de caracteres, sucedió que Don Simón se firmara en lo sucesivo con el patronímico de la madre, Simón Rodríguez. (1) "Por tales antecedentes, escribe Plaza, fácil es de suponer que estos hermanos, aunque unidos por los afectos estaban sin embargo separados hondamente por las inclinaciones y cambios de carácter: así á la continua, las disputas se sucedían y terminábanse por un desacuerdo, que, al extremo llegó la acrimonía de Don Simón hasta variarse el apellido que llevaba, diciendo que de esta manera quedaría en paz con su hermano. Extraño propósito que llevó á término y sostuvo con empeño hasta la muerte. De aquí el que la historia patria haya conservado en sus anales al sabio maestro de El Libertador, el nombre de Simón Rodríguez, cuando Simón Carreño se llamaba." (2)

Parece, aunque nosotros no hemos podido encontrar documento alguno que lo pruebe, que Don Simón fue tutor de Bolívar, por renuncia del Licenciado Don Miguel Sanz, nombrado antes por la Audiencia de Santo Domingo, y que desde 1790 hasta 1796, fue no sólo su tutor, como veremos más adelante, sino también su maestro.

Hase escrito que Don Simón se vio en la necesidad de dejar á Caracas, porque el Ayuntamien-

1 Estos datos nos los ha suministrado Don Cayetano Carreño, el único que sobrevive de los hijos de Don Cayetano Carreño, hermano de Don Simón Rodríguez.

2 *Plaza.*—Historia del Arte en Venezuela—1 vol. 1883.

ro no aprobó un plan de estudios que le había pedido, y que á causa de esto y de declaraciones en que se le acusaba de patrocinar la revolución política que se proyectaba, lo habían expulsado. Esto nos parece inexacto, pues Rodríguez disfrutaba de muchas consideraciones en la sociedad de Caracas, desde el momento en que fueron conocidas su ilustración y probidad.

En el Ayuntamiento de 1794, Rodríguez presentó los manuscritos de una obra inédita cuyo título era: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*. Después de haber sido estudiado el manuscrito por cada uno de los miembros del Ayuntamiento, éste acordó en 29 de julio de 1795 aumentar el número de las escuelas y establecer una en cada parroquia; mas como Rodríguez quedara disgustado aun después de acogido su sistema de enseñanza y renunciara la dirección del plantel que regentaba, el Ayuntamiento hubo de apresurarse á darle un testimonio por escrito de lo mucho en que tenía sus méritos y buenos oficios en pro de la juventud caraqueña.[1] Con esta aprobación y lleno de desengaños, dejó á Caracas en 1796 el maestro de Bolívar, mentor de éste en Europa desde 1804 hasta 1807, y amigo venerado del discípulo reconocido el día en que éste, al llegar al pináculo de la gloria, tropieza con el consejero de su infancia, como veremos más tarde.[2]

Esta es la verdad de los hechos; pero Rodríguez que se juzgaba superior á la civilización de

1 Véanse las actas del Ayuntamiento de Caracas correspondientes á esta interesante materia—1795.

2 Véase nuestro estudio titulado: *Historia de la instrucción pública en Venezuela*.

Caracas, y lo era en efecto, al comprender que un hombre de sus quilates no podía vegetar en una sociedad tan atrasada, renuncia la escuela que regentaba, y cambiando por segunda vez de apellido, se embarca en La Guaira con dirección á Jamaica, bajo el nombre de Samuel Robinson. Dos años más tarde le seguía á Europa su pupilo y discípulo, Simón Bolívar.

Cuando Bolívar, después de perder á su esposa en Caracas, en 1802, regresa á Europa en 1803, tropieza de nuevo con su maestro. Esta segunda época de la unión de Bolívar con su mentor, está llena de admirables episodios. La intimidad que entre ellos existió tiene algo de esas intimidades de familia que tanto contribuyen al desarrollo de ciertas existencias. Rodríguez se propuso continuar al lado de Bolívar y éste sentía la necesidad de escuchar los consejos de su sabio maestro. Viajaban juntos y juntos estudiaban cada civilización. Rodríguez aspiraba á sacar de Bolívar un hombre de ciencia, aunque éste se sentía refractario á los propósitos de aquél. Llega una noche en que Bolívar siente que la vida se le escapa y quiere morir. Rodríguez le reprocha tal pensamiento, le aconseja, hácele cierta revelación, y Bolívar se salva; vuelve á la vida, para agostarla en medio del boato y los placeres. Todo cuanto pasó entonces entre el maestro y el discípulo, consta en una interesante carta de Bolívar, escrita en 1804, á una de sus amigas predilectas en París. En ella aparece este joven, entusiasta, atolondrado, quimérico, extravagante, en cuyas frases se reflejan las ideas que cruzaban por aquella imaginación volcánica. Es un espíritu que vislumbra lo que le aguardaba en el camino de la gloria y de las grandes conquistas. Tan precioso documento es el siguiente:

Querida señora y amiga.

Si queréis imponeros de mi suerte, lo que me parece justo, es preciso escribirme; de este modo me veré forzado á responderos, cuyo trabajo me será agradable. Digo trabajo, porque todo lo que me obliga á pensar en mí, aunque sea diez minutos, me fatiga la cabeza obligándome á dejar la pluma ó la conversación para tomar el aire en la ventana. ¿Me obligaréis á deciros lo suficiente, para satisfaceros respecto al pobre chico Bolívar, de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico, manifestándoos la diferencia que existe con el Bolívar de la calle de Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo? Ah Teresa! mujer imprudente, á la que no obstante no puedo negar nada, porque ella ha llorado conmigo en los días de duelo, ¿por qué queréis imponeros de este secreto?....

Cuando os impongáis del enigma, ya no creeréis en la virtud.

Oh! y cuán espantoso es no creer en la virtud! .. ¿Quién me ha metamorfoseado?.....Ay! una sola palabra, palabra mágica que el sabio Rodríguez no debía haber pronunciado jamás.

Escuchad, pues pretendéis saberlo:

Recordaréis lo triste que me hallaba cuando os abandoné para reunirme con el señor Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. Ay! en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron, porque él me quiere sinceramente; pero él no las comprende. Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química,

que tenía un señor alemán, y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas le veo yo una hora al día. Cuando me reúno á él me dice de prisa: mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y este es el sólo medio que hay para que te cures. Comprendo entonces que le falta alguna cosa á este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. Caigo muy pronto en un estado de consunción; y los médicos declaran que voy á morir: era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico: los dos hablaban en alemán. Yo no comprendía una palabra de lo que ellos decían; pero en su acento y en su fisonomía, conocía que su conversación era muy animada. El médico, después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino á sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome á las ciencias ó entregándome á la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja, pero al día siguiente me repite iguales exhorta-

ciones. La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero sería preciso que fuese rico....sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. Ah! Rodríguez, prefiero morir!....le dí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vió en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: queda un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este instante levanta los ojos y las manos hacia el cielo, exclamando con voz inspirada: se ha salvado! Se acerca á mí, toma mis manos, las aprieta en las suyas, que tiemblan y están bañadas en sudor; y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso: Mi amigo, ¿si tú fueras rico, consentirías en vivir? Dí!....Respóndeme! Quedé irresoluto: no sabía lo que ésto significaba; respondo: sí. Ah! exclama él, entonces estamos salvos......¿el oro sirve, pues, para alguna cosa? pues bien, Simón Bolívar, sois rico! Tenéis actualmente cuatro millones!....No os pintaré, querida Teresa, la impresión que me hicieron estas palabras: tenéis actualmente cuatro millones! Tan extensa y difusa como es nuestra lengua española, es, como todas las otras, impotente para explicar semejantes emociones. Los hombres las prueban pocas veces: sus palabras corresponden á las sensaciones ordinarias de este mundo; las que yo sentía eran sobrehumanas; estoy admirado de que mi organización las haya podido resistir.

Me detengo: la memoria que acabo de evocar me abruma. ¡Oh, cuán lejos están las riquezas de dar los goces que ellas hacen esperar!....

Estoy bañado en sudor y más fatigado que nunca, después de mis largas marchas con Rodríguez. Voy á bañarme. Os veré después de comer para ir al teatro francés: os pongo esta condición: no me preguntaréis nada relativo á esta carta, comprometiéndome á continuarla después del espectáculo.

Rodríguez no me había engañado: yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se enredaba con todo el mundo, sin pagar á nadie, hallándose muchas veces reducido á carecer de las cosas más necesarias; este hombre ha cuidado la fortuna que mi padre me ha dejado con tan buen resultado como integridad, pues la ha aumentado en un tercio. Sólo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante los ocho años que he estado bajo su tutela. Ciertamente, él ha debido cuidarla mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar era muy económica; él no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres, pues la que es relativa á mi instrucción era muy pequeña, porque él era mi maestro universal.

Rodríguez pensaba hacer nacer en mí la pasión á las conquistas intelectuales, á fin de hacerme su esclavo. Espantado del imperio que tomó sobre mí mi primer amor, y de los dolorosos sentimientos que me condujeron á la puerta de la tumba, se lisonjeaba de que se desarrollaría mi antigua afición á las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos, siendo la celebridad la sola idea de mis pensamientos. Ay! El sabio Rodríguez se engaña: me juzga por él mismo. Llego á los veinte y un años, no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna; pero me la habría hecho conocer gradualmente, y de eso estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado á hacérmela

conocer de una vez. No había deseado las riquezas: ellas se me presentan sin buscarlas, no estando preparado para resistir á su seducción. Me abandono enteramente á ellas. Nosotros somos los juguetes de la fortuna; á esta grande divinidad del universo, la sola que reconozco, es á quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi sólo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos á los placeres que al fausto, convengo en ello; porque, me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna: le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos químicos; así es que no cesa de vituperar los gastos que él llama necedades frívolas. Desde entonces, me atreveré á confesarlo... Desde entonces, sus reconvenciones me molestaban, y me obligaron á abandonar á Viena para libertarme de ellas. Me dirigí á Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fuí después á Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro á la simple apariencia de los placeres.

Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo á París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga; pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París

no es el lugar que puede poner término á la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, y ya estoy aburrido.

Ved aquí, mi amiga, todo lo que tenía que deciros del tiempo pasado; el presente, no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un sólo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. Será el desierto de mi vida.... Apenas tengo un ligero capricho lo satisfago al instante, y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo sólo es un objeto de disgusto. Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad, ¿ reanimarán acaso mi vida? Lo ingnoro; pero si no sucede esto, volveré á caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. Sin embargo, no creáis que me rompa la cabeza en malas conjeturas sobre el porvenir. Únicamente los locos se ocupan de estas quiméricas combinaciones. Sólo se pueden someter al cálculo las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio, como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta.

¿ Qué pensaréis de mí? Responded con franqueza. Yo pienso que hay pocos hombres que sean incorregibles; y como es siempre útil el conocerse, y saber lo que se puede esperar de sí mismo, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me sirva de espejo.

Adiós, iré á comer mañana con vos.

SIMÓN BOLÍVAR. (1)

1 Esta carta no figura ni en la colección de O'Leary ni en la obra titulada: *Correspondencia del Libertador*, 3 vols.—1888. Tampoco hacen mención de ella ninguno de los historiadores y coleccionistas de Venezuela. Esta carta, con otras

En estas líneas están fotografiados el maestro y el discípulo. En la historia de Simón Rodríguez, no existe ningún documento más lleno de interés que el precedente, el cual, en un momento de expansión y de gratitud, dejó Bolívar en manos de la bella baronesa de Trobriand-Aresteigueta.

II

Bolívar deja á Europa en 1807, y desde esta época no tropezamos con Simón Rodríguez hasta 1823 en que los diarios de Colombia anunciaron la llegada del maestro de El Libertador á las playas americanas. Los dos Simones parece que se dieron la espalda, durante diez y siete años—1806 á 1824. Mientras que el uno, en pos de su quimera, su meta invisible, viajaba por Europa, trataba con los sabios y las academias y daba cuanto podía al ensanche del progreso universal; el otro había envejecido en los campos de la revolución; había asistido á los incendios, carnicerías y devastaciones de la guerra á muerte; había luchado contra la naturaleza y contra los hombres. Derrotas numerosas señalan su camino, pero victorias espléndidas coronan su carrera. En Venezuela monta el carro de la victoria, que le conduce al través de los Andes, en cuyo dorso libra batallas, y con-

más, dirigidas en 1804, á una persona de la familia Trobriand-Aresteigueta, notable familia á la cual Bolívar trató con intimidad, tanto en Bilbao como en París, estaban rezagadas, cuando el nombre de Bolívar fue festejado en Francia por sus triunfos en la América del Sud. Estas cartas que parecieron al principio, como producto de una imaginación delirante, fueron publicadas en el *Journal de Debats* de 1826, (París), como una prueba de lo que son en su juventud ciertos genios, cuando ellos aparecen más como locos que como cuerdos. Ya volveremos á hablar acerca de ellas cuando demos á la luz la leyenda intitulada: *Bolívar y la familia Trobriand-Aresteigueta.*

quista pueblos que le acompañan hasta la cuna de Manco-Capac. Su nombre pasa el Atlántico, y las sociedades antiguas le admiran y aplauden. El muchacho alocado del Pequeño Trianón, el cantor de las coplas de Brunet, en los días del Consulado, el atolondrado y demagogo de la calle de Vivienne, acababa de clavar la bandera republicana en las abruptas cimas de los Andes....Y el maestro, al conocer la grandeza de su discípulo, quiso festejarlo.

Al comienzo de 1824, cuando se acercaba el término feliz de la guerra, preséntase en Lima el maestro de Bolívar. Hacía diez y siete años que no se veían; pero el uno ya en la cima, había realizado su obra, mientras que el otro no alcanzaba á divisar las alturas ideales de sus quiméricas aspiraciones. Bolívar, que no necesitaba de etiqueta para presentarse siempre grande y generoso, al saber la llegada de su Robinson á las costas de Colombia, le había escrito desde Pativilca la siguiente expre siva carta:

Pativilca: á 17 de enero de 1824.

Señor Don Simón Rodríguez.

¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda, es usted el hombre más....extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar á un huésped que viene del Viejo Mundo á visitar el Nuevo. Sí, á visitar su patria, que ya no conoce.... que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted

quiero á nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte-Sacro, en Roma, á jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros: día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético á la misma esperanza que no debíamos tener.

Usted, maestro mío ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado á tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes á mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta: usted ha visto mis pensamientos escritos; mi alma pintada en el papel: y no habrá dejado de decirse: "Todo esto es mío! yo sembré esta planta: yo la regué: yo la enderecé cuando tierna: ahora robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos: ellos son míos: yo voy á saborearlos en el jardín que planté: voy á gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible....privativo á todo."

Sí, mi amigo querido, usted está con nosotros: mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios, qué destinos tie-

ne usted sobre todo: mi impaciencia es mortal, no pudiendo estrecharlo en mis brazos: ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí: no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores....de los hermanos de usted....No se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo.. Desde tan alto tenderá usted la vista, y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: "Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico á su Autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo."

¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto erguidamente? Amigo de la naturaleza, venga usted á preguntarle su edad, su vida y su esencia primitivas. Usted no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los derechos de la próvida madre. Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres: aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Criador. No, el tacto profano del hombre, todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas....

Amigo: si tan irresistibles atractivos no impulsan á usted á dar un vuelo rápido hacia mí, ocurriré á un epíteto más fuerte....La amistad invoco.

Presente usted esta carta al Vicepresidente; pídale usted dinero de mi parte, y venga á encontrarme.

BOLÍVAR.

¿Cómo fue la primera entrevista entre estos dos hombres? Escuchemos al historiador O'Leary que fue testigo de ella: "No obstante la delicada atención de Bolívar á su maestro, la carta de Pativilca, Don Simón Rodríguez conocía demasiado el mundo para suponer que un hombre, que había hecho tantos prodigios y elevádose de la condición privada á la cumbre de la grandeza humana, dejara de recibirle con orgullosa condescendencia; pero se equivocaba. Yo ví al humilde pedagogo desmontarse á la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo, que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido á sus canas y á su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón que la prosperidad no había logrado corromper." (1)

El maestro y el discípulo se hermanaban por la tercera vez, mas en ésta, la suerte iba á ser adversa á Rodríguez. Don Simón, sin haber subido, iba á rodar y á ser víctima de su carácter, de su impaciencia y hasta de la edad, que trae siempre consigo el cansancio, las decepciones y el abandono moral.

Quería Don Simón fundar pueblos de republicanos, de ángeles, en la América libertada por su discípulo, y éste admiró y patrocinó el trascendental pensamiento. La primera escuela debía fundarse en Chuquisaca y el Libertador la patrocinaba

1 *O'Leary*—Narración—Tomo II.

con cuantos auxilios hubiera á la mano, bajo la gobernación del Mariscal Sucre. Pero prolongada serie de incidentes, de contrariedades y la falta de espíritu práctico, debían minar la empresa desde sus primeros días. Don Simón estaba sentenciado á ser víctima de la *pedagogía*.

Para un hombre de los quilates del Mariscal Sucre, al frente del gobierno del Alto Perú, después de Ayacucho, una recomendación de Bolívar era siempre una orden; mas al tratarse del venerado maestro, la orden se convertía en imposición. A pesar de la buena voluntad de Sucre, era imposible luchar con Don Simón y con su incógnita, fuera de todo estudio matemático, de toda lógica, de todo sentido práctico. "Confesaré á usted—escribe Sucre á Bolívar—que estoy descontento del sistema de Don Samuel; no hay rentas para pagar la multitud de empleados de cada colegio, según su plan; y se puede aplicar el refrán aquí de que todo el pescado se vuelve cabeza." (1) A poco Don Simón se presentó á los moradores de Chuquisaca con todas sus excentricidades, y aquéllos comenzaron á murmurar y á lanzar á los cuatro vientos cuantos dichos podía inventar la maledicencia. Al fin el Mariscal Sucre pide á Bolívar que le liberte de aquel loco de atar que había ya gastado doce mil pesos antes de comenzar á educar espíritus republicanos.

Amunátegui, el biógrafo de Simón Rodríguez, nos relata un hecho grotesco, percance que desagradó al vencedor en Ayacucho:

"Cierto día había sido invitado el Mariscal por Don Simón para una comida que había prepa-

1 *Memorias de O'Leary*—Correspondencia de Sucre. Carta de Chuquisaca de 27 de mayo de 1826.

rado en su obsequio. Cuando el ilustre General, acompañado de su Estado Mayor, se había presentado en el sitio designado, había notado con asombro que la mesa estaba cubierta, no de fuentes, sino de....esos tiestos que sirven para el uso menos poético de la vida. .Permítasenos que en honor de la decencia recurramos á esa figura de que tanto abusó el abate Delille.

"Don Simón no tenía vajilla: para proveerse de ella, había ido a una tienda de loza, y habiendo visto una colección de esos cosas que no queremos nombrar, [illegible] mas nombraríamos en latín, se [illegible] los romanos, las había [illegible] para su objeto y las había [illegible] ¿Por qué se había de dar tanta importancia á la forma de los utensilios?

"[illegible] Sucre y sus [illegible] del [illegible] probar [illegible] Don Simón les aseguró que aquellos [illegible]

"[illegible] Don Simón [illegible] era capaz [illegible]

[illegible]

con una cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puésto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra." (1)

Pero lo que más nos llama la atención en los pormenores de la peregrina empresa de Don Simón, son sus cartas á Bolívar, escritas en un lenguaje *sui generis* y con una familiaridad original. Una fechada en Chuquisaca, á 15 de julio de 1826, dice:

Chuquisaca: 15 de julio de 1826.

Amigo:

'No he escrito á usted 1º: por que esperaba que usted viniese para el Congreso.—2º: porque quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del encargo que me hizo. Las explicaciones tienen siempre el aire de chismes, sobre todo cuando se hacen de lejos. No sé si usted se acuerda que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía á Toro, á Montúfar, á usted y á todos sus amigos; pues así he seguido desde entonces; ya tengo el lomo duro; y si he de decir lo que siento, me gusta tener la culpa para evitarme el trabajo de justificarme; no hay cosa más pesada para mí.

Mea culpa; el haberme encargado del Hospicio de Bogotá. *Mea culpa*; el haber sido Comisario bizcochero. *Mea máxima culpa*; el haberme metido de Director en Charcas.

---

1 *O'Leary*—Carta de Sucre á Bolívar de 10 de julio de 1826.

Sáqueme usted de aquí, enviándome con qué irme; lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con los muchachos creyendo que hacía bien; no me quejo; porque creo que he hecho bien, y si usted cree lo contrario, será como siempre, *mea culpa.*

Muriéndome estoy de fastidio aquí porque no tengo qué hacer; lléveme usted á la Costa y déjeme allí; por Dios, ya usted sabe cómo he vivido ¿en qué emplearé mi tiempo?

Aquí no hay un cuartillo; el carpintero francés que enganché en La Paz se ha entendido conmigo, y á mí no más ocurre; no tengo cosa de valor que vender, y le he dado una orden para que usted le haga pagar en Lima; por más que le he instado para que me espere, no quiere hacerlo alegándome (con razón) que le hago perjuicio en su tiempo.

Hasta la vista.

SIMÓN.

El nombre del carpintero francés es *Brutus Simon.*

¡Qué casualidad!....¡tres Simones en un negocio! así irá mi carta-libranza:

Señor don Simón:

Recomiendo á usted el maestro *Simón.*

SIMÓN.

La otra carta fechada en Oruro á 30 de setiembre de 1827, fotografía el carácter del maestro de Bolívar. Es un documento que sintetiza la historia de Rodríguez, desde su llegada á Colombia. Dice así:

Oruro: 30 de setiembre de 1827.

A Bolívar.

"Mas vale tener un amigo ilustre que muchos ordinarios" (decía un filósofo) refiriéndose, tal vez, al valor del amigo....á la cantidad ó calidad de protección que se podía esperar de él....Yo, de otro modo no veo, en la nombradía de un amigo, sino una corroboración de las ideas que me decidieron á reconocerlo por tal.

¡Muy sagrado es el nombre de la amistad! los necios lo prostituyen hasta el punto de reemplazar con él los tratamientos ordinarios.

"Señor"....sin ser viejo, "caballero"....sin ser noble *armado* ni *montado*,....se dice en la calle á todos...."Amigo"....reemplaza estos vocativos insignificantes, cuando hay familiaridad, confianza, cariño ó desprecio que mostrar al llamado.

La suma escrupulosidad con que examino el valor de los términos no me permite confundirlos.... *Amigo*, en mi concepto, es el que, simpatizando conmigo física, mental ó moralmente, se me declara afecto. Tengo por consiguiente tres especies de amigos que llamo *simples*, cuando no me los atraigo sino por una sola cualidad, y *compuestos* (dobles ó triples) cuando coincidimos en dos y en las tres.

En usted tengo un amigo *físico*, porque ambos somos inquietos, activos é infatigables—*mental*, porque nos gobiernan las mismas ideas—*moral*, porque nuestros humores, sentidos é ideas dirigen nuestras acciones al mismo fin....Que usted haya abrazado una profesión y yo otra, hace una diferencia de ejercicio, nó de obra.

Llenando para con usted los deberes de la amistad más consistente que pueda existir (que es la triple) he procedido en veinte y un meses de ausencia, desde que usted me dejó en Chuquisaca como procedí en veinte y un años, desde que usted me dejó en París, hasta que nos vimos en Lima....siempre con consecuencia....Invariable como mis principios, *nunca ha dejado Bolívar de ser á mis ojos el mismo.* La fortuna influye en la suerte de los hombres; pero no en su caracter; y los que dicen que *estados mudan costumbres*, por decir que *los hombres varían*, no advierten el error de su sentencia.

No varía el hombre con el estado....el que afirma lo contrario prueba que no lo observó bien en el estado anterior.

Por satisfacer a usted y por satisfacerme á mí mismo, me separé de usted en Bolivia....¡qué mal hizo usted en dejarme....! ¡y yo en no seguirlo! La obra que yo iba á emprender exigía la presencia de usted....y usted para consumar la suya necesitaba de mí.

Jactancia.... estúpida presunción, tal vez, parecerá el decir que la emancipacion del Mediodía de América depende, para consolidarse, de la influencia de un hombre tan oscuro como yo....! ¡qué el héroe que pudo *solo* trazar y ejecutar el plan de una Independencia tan contestada por las armas, no puede *solo* establecer las bases de una libertad á que nadie parece oponerse!.... Pero no es jactancia.. . no es presuncion. Solo Bolívar puede dar á mis ideas su verdadero valor, y hacer á mis pretensiones la justicia que merecen, y como es á Bolívar á quien hablo, omito por inútil, alegar lo que para convencer á otro sería necesario.

Dos ensayos llevo hechos en América, y nadie

ha traslucido el espíritu de mi plan. En Bogotá hice algo y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos,.... y otros que conspiro á desmoralizarlos para que me acompañen al infierno. Sólo usted sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas, es menester gente nueva; y que de la que se llama *decente* lo que más se puede conseguir es el que no ofenda.

Pueda ser que la fortuna me ayude al fin.... (y usted ha de ser mi reina de España). De Cristóbal Colón se burlaron porque prometió una nueva tierra; por deshacerse de él le dieron unos barcos viejos; después los europeos se disputaron el honor del descubrimiento; y ahora matan á los americanos por quitarles lo que antes llamaron sueño. ¿Quién sabe si después que yo haya presentado á los Congresos de América los rumbos de una libertad que andan buscando en vano, no sale por ahí un Vespucio dando su nombre á mi nuevo mundo?

Viéndome comprometido con usted, conmigo mismo y con Bolivia en la obra que usted me confió.... procedí. Mis conocimientos se descubrieron en las primeras providencias que tomé—mi activad hizo aparecer, en el corto espacio de cuatro meses, el bosquejo de un plan ejecutado ya en sus primeros trazos—y mi prudencia venció las dificultades que opinan, por una parte las gentes con quienes obraba, y por otra las que por sostener sus opiniones ó por ejercitar su malignidad, se empleaban en desanimar, desaprobar, ridiculizar, etc.; llegó el atrevimiento de un clérigo á términos de insultarme groseramente en su casa. Todo lo soporté; pero no pude

sufrir la desaprobación del Gobierno y mucho menos el que me reprendiese en público. ¡ A mí, desairarme!....¡ reprenderme!....¡ A mí!....Ni usted..y digo todo con esto. Me retiré á mi casa, y con la inacción y el silencio respondí. A un sargento que va á buscar forraje se le pone arrestado si en lugar de veinte quintales trae cuarenta.... A mí se me escribe, se me consulta, y si algo parece fuera del orden, se me dice privadamente, midiendo las expresiones para no ofender mi delicadeza. Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del Gobierno; yo era el hombre que usted había honrado y recomendado en público repetidas veces; yo estaba encargado de dar ideas, no de recibirlas; yo me había ofrecido á concurrir con mis conocimientos y con mi persona á la creación de un Estado, no á someterme á formulillas, providencillas ni decritillos—en fin, yo no era ni Secretario, ni amanuense, ni Ministro, ni alguacil. Santander y Umaña me comprometieron con la gente de mostrador y de ruana en Bogotá, y porque las evité dijeron que yo *todo lo había echado á rodar*. En Chuquisaca, Sucre me reprende como á un lacayo.... No sé lo que habrá dicho porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuentas. Es muy regular que la satisfación que haya dado á usted haya sido mi acusación. Me ha tratado de *caprichoso*.... Debo perdonárselo porque no sabe ó no quiere distinguir de sentimientos ni de acciones: *caprichoso* es el *necio*....*firme* es el hombre *sensato*.... el capricho se sostiene con la *terquedad*—la *firmeza* es propia de la *razón*.

No he querido escribir á usted por no dar el menor indicio de que intentaba disculparme. A esta bajeza descienden los súbditos, no los amigos. Vein-

te y un meses he dado de plazo para que me inculpe y acuse quien quiera—á usted para que juzgue—y á mí para hacer una prueba que me interesa infinito....la de la amistad de usted, si por casualidad un momento de olvido ó de viveza ha podido deponerme del rango que tan dignamente he ocupado por tantos años en el concepto de usted. Los mismos veinte y un meses de silencio le habrán sido bastante para ocultar una debilidad; y que no sepa yo que Simón Bolívar pudo, por un instante, posponer mi mérito al mérito más relevante del mundo. El amor es muy delicado—la amistad lo es más aun, y en el hombre sensible estos sentimientos son de una delicadeza extrema—la menor sospecha es una mancha indeleble. Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mí una amante ó un amigo.

No por dar á usted nuevas pruebas de mi adhesión á su persona sino por llenarlo de satisfacción, le diré que en honor de usted, me he reducido á la última miseria. El sueldo que usted señaló á la empresa lo gasté en ella. No saqué de mi servicio otro provecho que el de comer con la gente que había recogido, y el de vivir en la misma casa por algunos meses.

Estando yo en Cochabamba para establecer las escuelas, un abogado indecente que hacía de Prefecto en Chuquisaca, deshizo cuanto yo había hecho. A la vuelta me sitió una caterva de acreedores por deudas, que el encargado del establecimiento, durante mi ausencia, había contraido para mantener la gente con consentimiento del General Sucre por boca de Infante. Dí cuanto tenía, vendí mis libros, mi poca plata labrada y hasta ropa, y no me alcanzó para cubrir; quise trabajar y no pude por

falta de capital. Infante me prestó 300 pesos, Sucre 500, y la mayor parte fue para pagar; me cojen las aguas en Chuquisaca, y paso mil trabajos por falta de dinero; me presta un abogado 200 pesos para irme á Lima y, al llegar á Oruro, veo el mal estado de los negocios públicos en el Perú; el señor Vidaurre insultando á usted en los diarios y persiguiendo á cuantos le son adictos. Me detengo en Oruro, se me acaba el dinero del viaje, el abogado me demanda por sus 200 pesos, etc., etc., etc. porque sería largo.

En medio de estos conflictos recibo carta del Coronel Althaus llamándome á Arequipa, y ofreciéndome el empleo que quiera en servicio de la república. Ya antes me había llamado Gamarra al Cuzco, y para el viaje me había enviado 500 pesos. A ambos he respondido que no quiero servir á ningún gobierno; y que aunque desearía pasar al Perú para ocuparme en algún ramo de industria y subsistir mientras pueda irme á Colombia, no me resuelvo á entrar en un país, donde estoy seguro de tener disgustos y de acarrearme probablemente extorsiones, si no me incorporo en el gremio de los enemigos de usted. Yo llevo por sistema el nunca desmentir mi carácter; cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, he de obrar según mis principios; evitaré el comprometerme, y sobre todo el sacrificarme inútilmente; pero hacer yo, ó decir algo contra mis sentimientes por complacer.... no lo haré nunca. Tal vez por salvar mi persona me contradiría.... no quiero exponerme á tal deshonra.

Me han propuesto llevarme á Méjico, ¿ qué voy yo á hacer en América sin usted? Mi viaje desde Londres fue por ver á usted y por ayudarlo, si podía; mis últimos años, (que han de ser ya po

cos) los quiero emplear en seguir la causa de la Libertad....para esto tengo escrito ya mucho.... pero ha de ser con el apoyo de usted....si no.... me volveré á Europa, donde sé vivir y donde nada temo.]

Considere usted á un hombre de mis ideas y de mis intenciones paseándose en esta Palmira del Alto Perú meditando sobre las tapias que han abandonado los mineros, sin poder pasar adelante ni volver atrás, sin tener en qué ocuparse ni qué comer....y bendiga usted si quiere la suerte de los hombres de bien.

Aquí soy un cero llenando un vacío; al lado de usted haría una función importante, porque usted valdría diez. Mientras usted conserve algún poder tendrá muchos amigos, y á centenares quienes le sirvan por servirse á sí mismos; no sé, si usted cayese en desgracia, quién sería su Bertrand. Yo no busco en usted protección como poderoso, sino consuelo como amigo. Si usted continúa influyendo en los negocios públicos soy capaz de hacer, y deseo hacer lo que ninguno (sea quien fuere) por el bien de la causa y por honor de usted....y si por desgracia de la América tuviese usted que retirarse á algún Santa Helena, lo seguiría gustosísimo. Más honor habría en desterrarse con un héroe que no quiso ser rey, que con un hombre que, por hacerse rey, dejó de ser héroe.

Sucre y otros me han dicho muchas veces que reclame el sueldo por el tiempo que serví; y yo les he respondido que usted no me había traido consigo para darme títulos ni rentas; que por hacer un gran favor al país me había dejado dirigiendo su economía; que los 6.000 pesos no se habían señalado para mi bolsa, sino para el empleo, que era más dispendioso; no he querido tomar ni

un real. Para pagar, como he dicho arriba, deudas que no eran mías y para mantenerme escasamente me he adeudado:

A Infante le debo........................	$	300
A Sucre..............................		500
A un pintor francés......................		800
Al General Gamarra......................		500
A un abogado, por el precio corriente de unos billetes....................... (pero éstos suben cada día.)		200
Al carpintero francés que tomé en La Paz por orden de usted para maestro en el establecimiento y que el General Sucre dijo ser muy caro por 5 pesos diarios, cuando él mismo ha pagado después 3 pesos y medio á oficiales muy inferiores para refaccionar el Colegio Junín.........................		900
	$	3.200

No sé lo que deberé de aquí á la respuesta de usted para subsistir, ni lo que me costará el viaje por mar y por tierra. Si usted me envía con que pagar y viajar me iré—si no, me pondrán preso, me soltarán para que trabaje y pague, y la suerte hará el resto. En buenos trapos me veo al fin de mi vida por haberme metido á servir al público sin armas.

El señor Don Lucas de La Cotera se encarga de dirigir esta carta á usted y me ofrece darme aquí lo que usted le mande que me dé bajo su simple orden.

Adiós.

SIMÓN RODRÍGUEZ.

Así corrían los años y Don Simón, de ciudad en ciudad, buscaba sus reyes católicos y sus protectores para la realización de su empresa, cuando muere El Libertador en 17 de diciembre de 1830. Tal acontecimiento fue para Don Simón un golpe mortal. "Murió Bolívar! exclamaba Don Simón: desde entonces yo vivo vagando en el olvido. Murió Bolívar! y el proyecto de República se sepultó con él. Bolívar, el único, según Rodríguez, que hubiese comprendido su sistema, había dejado de existir. El Libertador de Colombia había tenido sucesores en el poder, pero no en la cooperación que había ofrecido á su maestro." (1)

De Chuquisaca había seguido á Lima, de Lima á Oruro y otros lugares, hasta que se establece en Valparaiso, donde vivía en 1840. Aquí abandona la pedagogía y se hace fabricante de velas. En Valparaiso, en cierta ocasión, viene á visitarle un extranjero notable que por casualidad llegaba á aquella ciudad: era el holandés Vandel-Heyl. Después de ilustrada conversación, el extranjero le dice:

—Usted es un ejemplo más de la contradicción que casi siempre existe entre los principios y la conducta de los filósofos.

—Tiene usted razón, replicó Don Simón; yo, que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? La libertad me es más querida que el bienestar. He encontrado entretanto el medio de recobrar mi independencia y de continuar *alumbrando* á la América. Voy á fabricar velas. La profesión de velero es más noble de lo que á primera vista podría parecer. En el siglo de las *luces* ¿qué

1 *Amunátegui*—Obra citada.

ocupación puede haber más honrosa que fabricarlas y venderlas?

Efectivamente, á los pocos días Don Simón Rodríguez, que, según el testimonio de Vandel-Heyl, había aprendido bajo la dirección de los más ilustres profesores de la Francia la física, la química, la geología y tantas otras ciencias, estaba asociado á un fabricante de velas en Valparaiso, y había cambiado por la industria la carrera del preceptorado, como nos dice el biógrafo chileno.

Él mismo se reía de su extraña metamorfosis, y decía que podía inscribirse en la puerta de su casa como en la portada de sus libros:

Luces y virtudes americanas,

esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo."

Todavía, después de haber rodado por las costas occidentales de la América del Sud, Don Simón vivió catorce años más, pues murió en Huaymas, (Perú) en marzo de 1854, á los veinte y cuatro años de haber bajado á la tumba su ilustre discípulo, El Libertador Bolívar.

¿Cuál fue el plan de estudios que preocupó durante tantos años, el espíritu de Don Simón, y le acompañó hasta la tumba? De este bello ideal del maestro de Bolívar sólo fueron publicadas la introducción de la obra, en 1828, que él llamó prodromo, y la introducción de la cuarta parte, años más tarde. El texto permaneció inédito é invisible, á semejanza de esos grandes poemas que de vez en cuando anuncian las hojas periódicas, y de los cuales sólo se da á la estampa la introducción. Lo demás es una incógnita.

Soñó Don Simón con la noble idea de formar espíritus republicanos, como complemento á la obra

de su poderoso discípulo, y dió calor á su pensamiento que fue cambiando de forma y de tendencias. Don Simón era kaleidoscopista. Muy bello en la teoría, apareció á todo el mundo el pensamiento de formar ciudadanos ángeles, sobre todo, en países de origen español; pero muy difícil apareció el proyecto al ponerlo en práctica. Don Simón quiso reformar la sociedad moderna con los delirios de una imaginación exaltada, y sólo construyó la roca donde el Nuevo Prometeo debía ser devorado por el buitre de la mentira, de los desengaños, de la realidad, más feroz que el buitre carnicero del mito griego.

Sin embargo, en medio de la fantasmagoría de pensamientos y de propósitos, que llenaron la prolongada existencia del mentor de Bolívar, si hay en esta labor algo ó mucho de incomprensible, hay mucho que admirar, no sólo de cuanto se roza con el estudio de la historia, sino igualmente con el estudio de los pueblos modernos. La siguiente página que comprende la introducción de la obra, podrá dar idea del plan general del autor.

SOCIEDADES AMERICANAS EN 1828

Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros.

(EPÍGRAFE)

En esto han de pensar los americanos, no en pelear unos con otros,

TEMA

Las sociedades han llegado á su pubertad: ni pueden ser monárquicas como lo eran, ni republicanas como se pretende que lo sean.

Ind[illegible] *que deben gobernarse sin Reyes y sin Congresos* [illegible] *ó Rey* [illegible] *que se pre*[illegible] [illegible]

DIVISIÓN DE LA OBRA

1ª parte—El [illegible] *y* [illegible] *—E*[illegible] *—Nuevo* [illegible] *reforma.*

2ª parte—M[illegible] *hasta* [illegible] [illegible]

3ª parte—Nuevo plan de reforma.

4ª parte—Medios que se deben emplear en la reforma—Métodos y modos de proceder en los métodos.

Acerca de este proyecto nos da Amunátegui en las siguientes líneas la opinión que tuvo respecto de Don Simón Rodríguez:

"Muchos de los filósofos de la antigüedad no son más sabios que Don Simón Rodríguez, que nos recuerda á Diógenes por sus costumbres y carácter. Muchos de los socialistas modernos han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar el pensador americano. Considerado bajo este punto de vista, nos parece que bien pudieran dedicarse unas cuantas líneas á un individuo que puede colocarse sin mengua al lado de tantos otros, acerca de cuyos sistemas se han escrito volúmenes sobre volúmenes."

Cuán profundo el abismo que medió entre el discípulo y el maestro!

Bolívar llevó á feliz remate su bello ideal: fue una obra que necesitó de las fuerzas y virtudes del genio: fundó la República. Don Simón, á pesar de su talento y de su constancia, no pudo pasar de la introducción. Quiso cambiar la faz de la sociedad moderna, formar *ciudadanos*, y fue cogido en sus propias redes. El uno fue genio, visionario, profeta—el otro fue utopista, soñador, monomaniaco.

EL JEFE DE LOS DESOLLADORES

—

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

—

En el grupo que constituyen los famosos asesinos de la *guerra á muerte*, durante la época aciaga de 1812 á 1815, al lado de Suazola, Zerbery, Antoñanzas, Puy, Ñañez, Boves, está aquel celebérrimo Rosete que inmortalizó su nombre en los valles del Tuy, en 1814, y dejó su cadáver en el campo del Juncal, en 1816. Como asesino, no le fue en zaga á Suazola, jefe de los desorejadores, ni á Zerbery, siempre al frente de los azotadores, de quienes ya hemos hablado, pues como director de los desolladores á él le cupo la mayor gloria en este género de tortura.

Pero no se crea por esto que el preferir cada uno de ellos cierto género de tortura, de acuerdo con instintos particulares y determinadas inclinaciones protervas, los excluía de la necesidad de ejercer el crimen en todas sus variantes. Para cada uno de ellos, como ya dejamos asentado, la voluptuosidad del asesinato exigía la satisfacción de todos los

caprichos imaginables, en el *modus operandi*, como las mutilaciones, el desorejamiento, el desollamiento y otras torturas, que no extinguían de pronto la vida. Cuando quedaba consumado el deleite, entonces la muerte venía de cualquier manera: era el remate de un acto más ó menos prolongado de sufrimientos y vejaciones inauditas.

Francisco Rosete, hijo de las Islas Canarias, era un miserable pulpero en el pueblecito, también miserable, de Taguay, cerca de Camatagua. Allí estuvo sostenido, escribe Austria, por la beneficencia de los vecinos más que de los productos de su industria. Su calidad de español le brindó la ocasión de que el primer asesino de los Llanos, Antoñanzas, en su incursión por allí, el año de 1812, le confiara el mando del pueblo de Camatagua; y desde entonces, este hombre soez y malvado, no pensó más que en distinguirse como el más cruel perseguidor de los patriotas, y á la cabeza de una partida de bandidos, no cesó de hostilizar bárbaramente á Orituco, Camatagua, Taguay y otros pueblos y vecindarios situados al Sud de la Cordillera. 1

Antes de esta fecha, ya Rosete había militado como soldado de caballería, en la campaña de Miranda—1811 á 1812. Perdida ésta, tornó á Taguay donde le encontró Antoñanzas y le agregó al grupo de los seides de Monteverde, todos ellos célebres en los fastos del crimen. De esta manera cambiaba la vida incierta y penosa del ventorrillero, por la del conquistador, que le proporcionaba las riquezas del botín y del saqueo.

¿Quién era Rosete? Veamos el retrato que de este monstruo nos ha dejado el historiador González:

1 *Austria.*—Bosquejo histórico.

"Un Jefe indigno de las turbas que guiaba sin mandarlas. Rechoncho, de una blancura sucia, de andar convulsivo, coronábale una calva innoble; dos ojos desiguales y saltados, acechaban desde sus sienes, y arrojaba de los abismos de su pestilente boca, amenazas y blasfemias. El crimen abyecto había encontrado su figura: el delirante, el bufón, el energúmeno, el ebrio, tenía cóleras frenéticas y sanguinarias; los cuervos le seguían por el olor....." (1)

Durante la campaña de 1813, Rosete permanece oculto, siempre temeroso de ser perseguido por los patriotas, á quienes tanto ultrajó durante la época de Monteverde Al presentarse los primeros días de 1814, el bandido cobra bríos y encuentra protección en Boves. No era esto poco en aquella época de exterminio y de sangre, donde para alcanzar protección de un hombre como Boves, se necesitaba haber dado pruebas prácticas de no poseer ninguna virtud, y sí, instintos salvajes y sed de sangre y de oro. Boves le encontró apto para emplearlo como oficial que cumpliera al pie de la letra las órdenes de su Jefe; es decir, azotar los pueblos cercanos á Caracas, infundir en sus familias el espanto, hacerse de los malos venezolanos que militaran con los patriotas; talar, asesinar, incendiar, y reducir á cenizas cuanto estuviera á su alcance. De esta manera, Boves podía llegar á la capital y entrar en ella como vencedor en un momento de sorpresa. Aquél le había señalado á Rosete, como centro de operaciones, los valles que fertiliza el Tuy, que el asturiano consideraba necesario poseerlos antes de avanzar sobre la capital.

Acompañado de bandoleros esclavos que habían

1 *González.*—Biografía de Ribas.

hallado protección en las filas españolas, de lo más soez, vil, infame, de cuanto pudo haber á las manos, Rosete emprende su campaña sobre el pueblo de Ocumare, en febrero de 1814. Tales eran sus tropas, bandadas de espíritus infernales, ante las cuales figuraba el solo como Jefe, seguido de su segundo, isleño tan malo como él, á quien conocían con el apodo de el [illegible], el cual no pudiendo excederle en maldad, se contentaba con igualarle.

La matanza de Rosete en Ocumare, en dos ocasiones, en febrero y en marzo de 1814, constituye uno de los sucesos más horrendos de la guerra á muerte en Venezuela. Es una serie de escenas de difícil narración, por la aglomeración de incidentes y la variedad de horrores que las caracterizan.

Supongamos una turba desenfrenada de hombres desalmados, sin religión, sin familia, sin patria; devorada por los instintos del pillaje, del asesinato, de la lujuria, de la venganza, de la rapiña; armados del puñal y de la tea, al mando de un Jefe que les concede amplia licencia para satisfacer todos los apetitos imaginables. Supongamos esta turba famélica, en posesión de un poblado indefenso, rendido, que clama piedad y eleva sus preces al Dios de las misericordias, al verse entregado á saco y á la muerte. Por un lado vese á los desgraciados, á las madres, á los niños, a los ancianos, á los enfermos que gritan, lloran, suplican, se desesperan al ser testigos y víctimas de la matanza que mancha de sangre, casas, calles, plazas, templos. Por el otro, vese á la turba que sacrifica sin piedad, que grita, se ríe, aplaude: es vencedora. Si el brazo sacrifica víctimas, la boca vomita maldiciones y obscenidades. Al saqueo ha seguido la destrucción, á la destrucción el incendio. Tal fue el triunfo de Rosete.

Pasead ahora la mirada sobre este campo de desolación, y por todas partes, en las casas, ventanas, puertas, calles, plazas, templos, tropezaréis con fragmentos de cuerpos humanos, con manchas de sangre, con despojos informes, con escenas repelentes. Aquí un brazo, allá una pierna, más allá cuerpos descabezados; cadáveres de hombres y mujeres que fueron desollados. La crápula y el asesinato no tuvieron jamás orgía más pavorosa y prolongada. Tal fue el triunfo de Rosete.

Leamos ahora el oficio del Padre Juan de Orta, al Provisor y Vicario general, fechado en Ocumare el 22 de febrero de 1814. Dice así:

"Pongo en noticia de U. S. cómo el 11 del corriente fue atacada esta plaza por una multitud de foragidos, acaudillados por el bárbaro y sanguinario Rosete. Tuvo la desgracia de sucumbir de tal modo que sus consecuencias exasperan el espíritu humano. Sobre trescientos cadáveres de aquellas primeras personas de representación y adhesión á nuestra libertad, cubren las calles, fosos y montes de su inmediación. El clamor de las viudas y de los huérfanos es tan general como irremediable; pues todo el pueblo fue robado y saqueado hasta no dejar cosa alguna útil, necesaria al descanso, conservación y comodidad de la vida. El corazón menos sensible y cristiano no puede ver sin dolor el cuadro triste y pavoroso que dejó trazado la barbarie y rapacidad de unos inauditos, y que serán el oprobio y degradación de la naturaleza racional.

"Pero no es esto solo lo que asombra y horroriza: el Santuario del Dios vivo fué violado con el mayor escándalo é impiedad. La sangre de tres víc-

timas inocentes acogidas á su inmunidad sagrada, riegan todo el pavimento: José Ignacio Machillanda en el Coro: José Antonio Rolo, en medio de la nave principal: y Juan Díaz, en el Altar Mayor. Sus puertas todas cerradas con cuatro Sacerdotes, que unidos a todo el bello sexo dirigían sus votos al Altísimo, fueron despedazadas con hachas: y en entrando en él hicieron otro tanto con las arcas que guardaban las vestiduras sagradas."..............

Varias narraciones de estos hechos llenan la Gaceta de Caracas en aquellos días fatídicos:

"Hemos visto despedazados los delicados miembros del infante, hemos recogido los despojos sangrientos del anciano, el tronco descabezado envuelto en el hábito eclesiástico"..........................

"¿Qué habéis hecho de las mujeres del Tuy? Confundidas con los demás, sus cadáveres retratan sus [illegible] los hechos detestables de vuestra [illegible] no permite seguiros en la [illegible] carrera de vuestras atrocidades, de vuestro [illegible]. Yo imploro vuestro [illegible] vuestros excesos, necesario a la [illegible] para ejecutarlos"..........................

"El sexo y la edad [illegible] el anciano y el [illegible] por los cabellos: los ojos y las [illegible]: el labrador deso[illegible] sobre otros: he aquí [illegible] español ha inventado"................

"[illegible] de la desgracia, [illegible] despojos y mutilados [illegible] mujeres: puertas, [illegible]: el templo de Dios [illegible] pedazos con el

hacha homicida, sus naves salpicadas con sangre inocente; sus altares ¡qué horror! ¡qué abominación! el lugar destinado al suplicio de las víctimas que sacrificó con su sacrílega mano el feroz é inmoral Rosete. Tal es el espectáculo horroroso que he presenciado al llegar al desgraciado pueblo de Ocumare." ....

"El corazón palpita; la humanidad gime: la mano tiembla al trazar el sanguinoso, el horrible cuadro de un pueblo infeliz entregado á la llama, al saqueo, á la torpe brutalidad de unos monstruos... para sellar después el crimen con la sangre de las mismas víctimas.... El padre oía los gritos penetrantes de la hija sacrificada á su vista y extendía sus brazos paternales para recoger sus últimos suspiros y recibir el golpe funesto que conducía á entrambos al sepulcro. El esposo veía á la esposa entre los brazos del asesino que le arrancaba á un tiempo el honor y la vida. El inocente niño huía despavorido; mas no escapaba á la mano sanguinaria que había jurado el exterminio de los habitantes de aquel pueblo infeliz. En vano huye el anciano inerme y busca un asilo en la casa del Dios de los cristianos: el español Rosete le persigue hasta el pie mismo del Ara sacrosanta. Allí le inmola, y riega el santuario con sangre americana. Infame, detestable español: el Sér Supremo, cuyo templo has profanado, y que ha presenciado tus crímenes horribles, con su dedo inmortal ya ha señalado el momento de tu ruina. Los manes de las víctimas invocan la venganza. Antoñanzas, Suazola, Martínez, expiaron ya sus enormes atentados; y qué ¿podrá escapar á la venganza de los cielos y al furor del brazo americano, el asesino de tantos inocentes? Las espantosas escenas que se vieron en el descubrimiento de América; aquellas escenas de

[illegible] enteros de [illegible] [illegible] espalda [illegible]

[illegible] días [illegible] á las [illegible] de los [illegible] Guaira [illegible]

[illegible] de todos los [illegible] sale el [illegible] á [illegible] á [illegible] por las [illegible] manos. [illegible]

[illegible] aquellos [illegible]

[illegible] general [illegible] general [illegible]

[illegible] que he [illegible] tiempo que [illegible] de los carnívoros [illegible] siempre [illegible] de los [illegible] generaciones la

[illegible]

vean con la execración mayor. Más de trescientas víctimas inocentes han sacrificado á su ambición, entre ellas una tercera parte del bello sexo, y niños: montones de cadáveres y de hombres despedazados es el espectáculo único con que han dejado adornadas las miserables calles y plaza de este pueblo: con troncos y miembros humanos mutilados, han empedrado sus calles, haciendo presenciar al marido la muerte de la esposa; á la madre la muerte del hijo, descargando después el acero sobre ellos, sin permitirles siquiera el recibir los auxilios espirituales por más que los miserables clamaban por este solo bien. Los excesos cometidos en la villa de Aragua, en San Juan de los Morros, y en otras partes de nuestras provincias, solo habían bosquejado en ellos lo que debían poner en ejecución en este desgraciado pueblo.

"La sangre americana es preciso vengarla. Las víctimas de Ocumare claman á todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento, y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esta raza malvada."

A su turno Arismendi hace en Caracas, un día después, el siguiente juramento:

"Os juro, caraqueños, que yo, horrorizado de tantas maldades, no perdonaré jamás á ningún español enemigo; su sangre será vertida por mis órdenes, porque sé que será grata á la sombra de las víctimas americanas inmoladas á su furor atroz, mientras que tenga el honor de mandar á esta ú otra provincia; seguro de que el General Libertador se halla animado de los mismos deseos." (1)

1 Estos juramentos figuran en la *Gaceta de Caracas* de 24 de febrero de 1814.

El 6 de marzo vuelve Rosete sobre el pueblo de Ocumare que estaba entonces bajo el mando del respetable oficial Don Pedro de la Vega. Juzgó éste que no pudiendo oponerse al bandido que arremetía con fuerzas numerosas, era más provechoso para los habitantes entrar en transacciones, y con este objeto propone á Rosete una capitulación que éste acepta. Establecidas las bases, se redacta el documento en el templo del pueblo, y concluido y firmado es colocado bajo la custodia del altar, como para darle al acto cierto carácter sagrado que impusiera al feroz asesino; mas no sucedió así. El señor de la Vega invitó á Rosete á que le acompañara á almorzar en la casa de su familia, y por primera vez, en su vida, éste se encuentra sentado en una mesa de caballeros y de señoras de lo más selecto de Caracas; pero ni la santidad de la custodia, ni la decencia de la familia Vega, pudieron moderar los ímpetus salvajes de aquella pantera de forma humana.

El almuerzo comenzó bien, y todo auguraba feliz resultado, cuando Rosete, dominado por sus instintos, quiso ultrajar á la respetable concurrencia de la mesa. Comienza, desde su asiento, á lanzar sobre el rostro de señores y señoras bolitas de pan, en ademán burlesco. Las primeras fueron aceptadas, aunque el señor de la Vega manifestó repugnancia al juego; mas cuando la chanza continuó con las señoras, una de éstas armada de dignidad, se le encara al asesino, lo apostrofa, y éste se levanta al instante de la mesa, sigue á la plaza y manda formar su tropa. El señor de la Vega huye y trata de escaparse en dirección del sitio campestre más cercano, y los demás invitados le imitan. Desde aquel fatal momento Rosete torna á su carrera de crímenes, sacrifica á Don Diego

Hurtado y á Doña Juana Aresteigueta, hace desollar la espalda y las plantas de los pies á Don Domingo Maucó, le obliga á andar en derredor de la plaza del pueblo, y en seguida le asesina. Eran los momentos en que el venerable Vega, alcanzado por una patrulla de Rosete, era igualmente sacrificado.

Rosete decreta la libertad de los esclavos, degüella, asesina, tala, incendia, que él no podía ser feliz sino dando rienda á sus pasiones depravadas. Eran aquellas escenas de espanto y de desolación, las últimas del horrible drama de Ocumare.

Cuando llega á la capital la triste nueva, el General Arismendi, acompañado de una gran porción de la juventud de Caracas, sale contra el bandido; pero desgraciado anduvo el héroe de Margarita. En estos momentos fue cuando el General Ribas, enfermo, se hizo poner en un coy y acompañado de un médico marchó con tropas entusiastas hacia los valles del Tuy.

"Convenía á Rosete esperarle en la sabana, donde habría podido maniobrar su caballería; pero el soñoliento monstruo se parapetó en el pueblo, é informado del hombre que iba á caer sobre él, pensó en la fuga mucho más que en el combate. Ribas comenzó por sorprenderlos con la música que llevó de Caracas, cuyos ecos guerreros llevaron el terror á sus corazones. Las llamas que rodearon pronto á los bandidos en sus trincheras, los gritos de victoria que los ensordecían, las hábiles disposiciones del heroico Jefe, el valor de la juventud, orgullosa bajo las órdenes del vencedor de La Victoria, pusieron en vergonzosa fuga, á los hijos de la noche y del crimen. El Coronel Mariano Montilla, persiguiendo á Rosete por el camino de los Pilones, se encontrará con la vanguardia del ejército de

Oriente que llega á tiempo al socorro de Bolívar." (1)

Rosete se ha escapado como en la vez primera; pero el cielo reserva la venganza y sabrá oír los clamores de las tumbas. Pronto desaparecerá Boves en Urica, y ginete y caballo caerán por tierra: pronto morirá Rosete en el campo glorioso del Juncal. *Diente por diente y ojo por ojo!*

Imposibilitado Rosete para continuar contra los valles del Tuy, logra unirse al ejército de Boves. Con las tropas de González, avanzada de aquél, entra á Caracas y tiene la osadía de exigir al prelado Coll y Prat el corazón de Girardot, enterrado en la Metropolitana. Tanto descaro fue despreciado por el Arzobispo. Más tarde, éste ampara al famoso asesino, cuando, en una de sus constantes tropelías, estuvo á punto de ser víctima de uno de sus colegas. Muerto Boves, á quien acompañaba Rosete después que aquél dejó á Caracas, se une á las tropas de Morales.

No es el degüello de Ocumare en febrero y marzo de 1814, el hecho más execrable del famoso desollador, lo único que constituye la protervia de este aborto de la naturaleza, que ya figuraba en unión de Ceballos y de Ñañes, en el infernal triunvirato de los herradores. Por los equipajes, correspondencia, elementos de guerra cogidos por los patriotas á estos Jefes realistas, pudo conocerse la idea infernal que dominaba á estos espíritus, en aquella época de sangre y de exterminio. El triunvirato se había propuesto herrar á los prisioneros patriotas, que quedarían, no como tales, sino como esclavos. Así retrocedíamos á los días de la conquista castellana, cuando en las costas de Cu-

1 *González*—Obra citada.

bagua, esta primera colonia castellana en las regiones orientales de Venezuela, los españoles herraban en la espalda á los indios lucayos, guaiqueríes y cumanagotos, que en seguida vendían en los mercados antillanos. Los patriotas debían ser marcados en la cara y después en la espalda. Ñañes había aceptado por hierro la letra R (Republicano;) Ceballos se había decidido por la I (Insurgente;) Rosete se conformaba con la P (Patriota.) (1)

Rosete no sobrevivió, por mucho tiempo, á sus numerosas víctimas. En la batalla del Juncal en 1816, donde Piar, Monagas y Mac-Grégor destrozaron las fuerzas de Morales, entre los numerosos muertos del campo, figuró el Jefe de los desolladores. Por mucho tiempo los muchachos de las poblaciones cantaron la siguiente copla:

En Urica murió Boves
En el Alacrán Quijada
Y en el campo del Juncal
Rosete y sus camaradas.

1 Estos diversos hierros estuvieron exhibidos durante mucho tiempo en la Gobernación de Caracas, en la época de 1813 á 1814. Ignoramos si el diabólico pensamiento fue puesto en ejecución. Dos de los triunviros murieron antes de realizar la idea: Ñañes y Rosete.

LAS DISCIPLINAS DE SANTA ROSALIA

—

(CRÓNICA POPULAR)

—

Refieren las cronicas de ahora ciento cuarenta y más años, que en el área contigua al actual templo de Santa Rosalía, hubo un pequeño claustro; que en él se instalaron las primeras monjas Carmelitas que llegaron de Méjico, en 1731, las cuales hubieron de abandonar el tal sitio, para sustraerse de las visiones imaginarias que las atormentaban durante la noche: que años más tarde, en el mismo lugar, en los días del Gobernador Ricardos, 1753 á 1758, fueron instaladas las tropas veteranas que habían llegado con el Brigadier Gobernador, á las que se unieron las que había en Caracas; que irritada la Santa de Palermo por el ultraje que durante algunos años se le había querido inferir, el de crear un cuartel en su santa casa, lugar de meditación y de recogimiento, se propúso castigar tanta insolencia, y se valió de una epidemia violenta, pues siendo ella abogada de la peste desde

1696, época en que los moradores de Caracas le levantaron un templo á causa de haberlos protegido en la cruel epidemia de fiebre amarilla que desoló en aquel entonces á la capital por espacio de catorce meses, debía valerse de los mismos estragos que sabía aplacar para castigar á los holgazanes que no habían llegado á Caracas, sino con el único objeto de perseguir á todos aquellos que clamaban justicia contra el monopolio de la célebre Compañía guipuzcoana. (1)

Refieren también las crónicas que al prender la epidemia, en la época de Ricardos, morían los soldados de una manera tan alarmante y lastimosa, que el espanto se apoderó de la población. Y lo más notable de todo, era que morían los peninsulares, sin que se presentara un solo caso de defunción en los hijos del país. Añaden las crónicas que todo el vecindario de Santa Rosalía hubo de emigar, y que durante muchas noches, las imaginaciones exaltadas vieron por los aires á Santa Rosalía, armada de unas diciplinas de fuego, con las cuales azotaba sin compasión á los soldados de Ricardos, que huían en todas direcciones y lanzaban gritos lastimeros. Decían los vecinos que se escuchaban los ayes de los moribundos, que se veía á la Santa desde el momento que llegaba la noche, que por todas partes las familias oraban y sufrían, al ser testigos de los enojos de la Santa; y agregaban, últimamente, que tan luego como fueron sacados los soldados españoles del improvisado cuartel, la epidemia cesó como

1 A pesar de las tropelías que ejerció Ricardos en Caracas, es necesario hacerle justicia, pues contribuyó en mucho, durante su gobernación, al ensanche y embellecimiento de la ciudad. El hospicio de lázaros, la reconstrucción de la plaza real, la renta que creó para estas obras, el puente de la Pastora, el cuartel de artillería, varios puentes y otras obras, hacen el elogio de este mandatario español, á pesar de su dictadura y tropelías contra los enemigos de la Compañía guipuzcoana.

por encanto, y que no volvió á verse á Santa Rosalía.

Vamos á relatar los diversos incidentes de una epidemia física que trajo una epidemia moral.

El actual templo de Santa Rosalía, con su graciosa plazuela no es el primer templo de este nombre fundado en 1696, á consecuencia de la primera epidemia de fiebre amarilla de que fué víctima una gran porción de la ciudad, en la época indicada. El pequeño templo pajizo levantado á la abogada de la peste, por ambos cabildos, con obligación de fiesta solemne anual, como agradecimiento de la protección dispensada á Caracas, estuvo cerca de cien varas más al Sud del actual, al comenzar la siguiente manzana. Destruído por la incuria del tiempo, los moradores de la capital quisieron levantar un templo más al Norte, y escogieron el sitio actual. Comienza la obra, y surgía el modesto edificio, cuando de repente se depierta el deseo de levantar contiguo al templo un pequeño convento de Carmelitas Descalzas, pensamiento que patrocinaba desde 1724 Monseñor Escalona y Calatayud. Aislado se presentaba el edificio en el sitio indicado, pues en aquellos días la actual parroquia de Santa Rosalía era casi un érial, con población diseminada, llena de arbustos y de árboles frutales, y á distancia del centro de Caracas. Ésta no había podido extenderse sino muy poco en la dirección Sud.

Desde el momento en que se pensó crear un convento de Carmelitas Descalzas, anexo al templo de Santa Rosalía, la fábrica tomó creces, animóla el entusiasmo público, y todo llegaba á su térmi-

no, cuando en 1728 dejó á Caracas el Obispo Escalona y Calatayud. Muerto éste en 1729, sucedióle Monseñor Valverde, que de Méjico salió para su obispado, trayendo consigo tres monjas para el beaterio de las Carmelitas. Instaladas en la obispalía, aguardaron en ésta que la fábrica del beaterio estuviese en disposición de recibirlas, hasta que á poco fueron conducidas, con gran pompa, al nuevo convento de Caracas. El permiso real que abre la historia de este monasterio, tiene la fecha de 1725. En 1727 se pone la primera piedra en la fábrica de Santa Rosalía, el día de San Miguel, 29 de setiembre, día en que según superstición popular, está suelto el diablo. Valverde llegó en 1728, y el beaterio fue instalado el 19 de marzo de 1732. (1)

Pero el Obispo Valverde, como todo mortal, tenía sus émulos que á la sordina le minaban su reputación, y no perdían ocasión de hacerle el mal que deseaban; porque entre los mortales, el deseo del mal ahoga el sentimiento del bien, y más se satisfacen ciertos corazones dando rienda suelta á sus pasiones feroces, que ejerciendo el apostolado de la caridad. Sucedió lo que era de esperarse y lo que la práctica enseña, donde quiera que se instalen comunidades. Recluidas aquellas buenas madres, por una parte, en un lugar solitario y húmedo, lejano de la población; y por la otra, teniendo constitución anémica y carácter timorato, comenzaron á ser víctimas de multitud de dichos maléficos inventados con el objeto premeditado de alucinarlas. Ya se decía que las madres monjas eran todas las noches amenazadas de hombres de poblada barba que llevaban cuernos en la cabeza y abrían las puertas de las celdas; ya que espí-

1 Véase nuestro estudio sobre los ex-conventos de Caracas.

ritus malignos, en forma de jovencitos llenos de gracia, llamaban á las madres con palabras y frases suplicantes. Con invenciones de este género que tomaban creces, en cada hora, y llegaban al convento de una manera sigilosa y alarmante, todas estas vulgares invenciones de los enemigos del Obispo, exaltaron el ánimo timorato de las buenas señoras. Al instante se presenta la polémica entre las madres que desean abandonar el convento y tornar á Méjico, y el Obispo que trata de disuadirlas de semejante propósito. Al fin vencen las monjas, y nada pudieron las súplicas del prelado y de muchas familias. Al mes de estar en Santa Rosalía, salen de este sitio, se trasladan á una casa de alto frente al de la puerta través de la Metropolitana, y á poco dos de ellas se embarcan para Veracruz. Solo una que no había sido contagiada se quedó en Caracas, para ser primera abadesa del segundo convento de Carmelitas, que debía suceder al primero. Decía que se quedaba porque Dios le ordenaba que permaneciera en Caracas.

Desde aquel entonces quedó en la memoria de los vecinos de Santa Rosalía, la crónica de las visiones de las monjas Carmelitas, y aun al acercarse la noche, las imaginaciones enfermas y también las protervas, al pasar por las cercanías de los solitarios claustros, repetían las mismas inventivas acerca de los hombres de barba poblada y de enormes cuernos en la cabeza. Y á tal grado llegó la oposición de los enemigos del Obispo, que consiguieron que el Monarca mandara suspender la fábrica y ordenara que las monjas tornaran á Méjico. En 1732 el Monarca dispone lo contrario y el nuevo beaterio queda instalado en 1736, en casas que pertenecieron á la señora viuda de Don José de Ponte y Aguirre, que bondadosamente las ce-

disciplinas de fuego, fustigaba sin piedad á los soldados, los que corrían por los claustros, pidiendo misericordia. A poco todo el mundo veía esto, durante la noche, y oía igualmente los gritos de los soldados y los ayes de los moribundos, lo que motivó el que las familias del vecindario, en constante oración, pidieran á la Santa de Palermo que tuviera piedad de tantos desgraciados. (1)

En una de estas noches lóbregas, ciertas personas algo preocupadas con lo que pasaba, cercaban al Gobernador Ricardos. Éste, que era hombre de mucha serenidad, decía á la concurrencia que temía más los estragos de la epidemia moral que los de la morbosa; pero que no omitiría los medios que estuvieran á su alcance, para extirpar de raíz ambas calamidades; y aprovechando la llegada dél encargado del obispado, dijo á éste:

—Necesito de los curas de la ciudad para asistir á los soldados moribundos en el cuartel de Santa Rosalía. Donde está la desgracia debe im-

1 El cronista Don Blas Terrero nos describe á lo vivo la epidemia física, pero nada nos dice de la epidemia moral. Esto tiene sus razones, como veremos más adelante. Lo que nos ha servido para conocer los diversos incidentes de esta historia, lo encontramos en papeles que fueron del Doctor Fernando Quintana, que perteneció al cabildo eclesiástico de Carácas, por los años de 1768 á 1770. En ellos se habla de la muerte del Capitán Capella, de los insultos dirigidos por el Gobernador al Capitán Rosales, de la actividad que desplegó Ricardos contra la epidemia y las invenciones de los ignorantes, etc. Y en un panegírico de Santa Rosalía, manuscrito perteneciente á la obispalía de Caracas, se hace á la Santa de Palermo el debido elogio por haber salvado, en varias ocasiones, á la ciudad de Caracas, y traído la calma á los espíritus que creyeron que la Santa había querido destruir, en la época del Gobernador Ricardos, á los soldados que pacíficos vivían en las celdas del destruido claustro de las primeras monjas Carmelitas.

perar el espíritu de la caridad. Os advierto, agrega, que pululan multitud de dichos absurdos propagados intencionalmente con el maléfico fin de alucinar las imaginaciones enfermizas; pero tomo nota de todo esto, para castigar de una manera ejemplar, llegado el momento, á los que quieran turbar la tranquilidad de las familias.

Entonces Ricardos, con voz imperiosa, llama al Capitán Rosales que pertenecía á su guardia, y le dice:

—Vaya usted al cuartel de Santa Rosalía, observe cuanto pasa, tome nota de los oficiales y soldados enfermos y moribundos, y retorne en el término de la distancia.

El oficial parte. Eran las nueve de la noche, y la ciudad parecía abandonada. Ni un transeúnte ni una voz: todo era silencio de tumbas. El Capitán Rosales llegaba á las cercanías del cuartel, cuando tropieza con un compatriota que le saluda al pasar y le detiene. Al informarse el vecino de Santa Rosalía de que su compatriota iba al cuartel en comisión del Gobernador, le aconseja no seguir, y le relata cuanto pasaba en los claustros de aquél. La imaginación de Rosales comienza á ser víctima de la epidemia, y el oficial vacila si debe ó no continuar.—Entra, le dice el paisano; sube á este árbol, y examínalo todo.—Rosales entra, pasa cerca de varias mujeres que á la sazón oraban, en seguida asciende al árbol y observa, sin articular una palabra. A poco desciende inmutado; y al acercarse con el paisano á las mujeres que oraban, les dice: —He visto á Santa Rosalía con las disciplinas de fuego; he escuchado los gritos de los soldados; y lleno de pavor, ya alucinado, retorna á la casa del Gobernador.

—¿Qué hay, Capitán Rosales? pregunta Ricardos, con altivez.

—Mi General, mi General, contesta Rosales, algo trémulo.... Quiso hablar y no pudo.

—Habla, estúpido; ¿por qué tiemblas?

—Mi General, la vi.... vi á Santa Rosalía con as disciplinas de fuego.

—Alma de Lucifer, grita el Gobernador, en medio de la concurrencia que lo rodeaba.—Voto al diablo, ya este miserable está contagiado. Y llamando dos sargentos, les dice:—Inmediatamente pongan este oficial en el cepo.

Ricardos se dirige al instante al Capitán Capella, joven arrogante y pundonoroso.

—Siga usted, Capitán Capella, al cuartel de Santa Rosalía, para que se informe del estado sanitario de los soldados y oficiales. Le advierto, agrega Ricardos, ya encolerizado, que si usted, al desempeñar su encargo, me habla de Santa Rosalía y de las disciplinas de fuego, le hago pasar inmediatamente por las armas.

El elegante Capitán se inclina, y con despejo, sigue en dirección del cuartel. Capella era joven de valor y de inteligencia clara, pero no estaba exento del influjo que ejercen ciertas impresiones súbitas sobre el corazón humano. La muerte de este oficial, no va á ser producida por el miedo vulgar ni por los temores que infunde una imaginación enfermiza, sino por un conjunto de incidentes inesperados que tuvieron efecto en un mismo instante.

La puerta del cuartel por donde debía entrar Capella, estaba algo en ruinas, y pedazos del muro caían de vez en cuando, por el uso conti-

nuado de las hojas. Cerca de la puerta había un dormitorio donde agonizaba un oficial querido de la tropa, cuyo nombre ignoramos. Estaba con él un sobrino que le asistía. Entre la puerta del dormitorio y la exterior del cuartel, se hallaba en pie un grupo de tres oficiales encapotados, pues la noche estaba húmeda. Este grupo aguardaba silencioso la muerte del oficial agonizante. El Capitán Capella, sin detenerse en las calles del tránsito, llega á la puerta del cuartel, la cual conocía. Empuja una de las hojas y ésta no cede, pero á nuevo esfuerzo se abre, y caen á los pies del Capitán dos gruesos terrones de la pared arruinada. Esto sucede en el instante en que los tres oficiales del grupo se mueven y exclaman: "El pobre!" "El pobre!" al escuchar al sobrino del enfermo que desesperado, salía gritando: "Ya murió!" "Ya murió!" Los oficiales, al fijar sus miradas en la puerta en aquel momento, ven que ha caído un cuerpo, y quieren cerciorarse del hecho. Favorecidos con la luz de una linterna, levantan el oficial que acababa de caer, y todos exclaman: "Es Capella!" Es Capella!" Con la esperanza de encontrar en los bolsillos de la levita algún parte del Gobernador los registran, pero nada obtienen. Entonces los tres oficiales resuelven dirigirse á la casa de Ricardos.

—¿Qué hay señores? ¿Qué traen ustedes? ¿Dónde está el Capitán Capella?

—Dos desgracias, General, nos traen á estas horas delante de V. E.: la muerte de nuestro compañero que como sabe V. E. estaba moribundo desde ayer, y la muerte violenta del Capitán Capella al empujar la puerta del cuartel.

—Cómo! Murió Capella? pregunta Ricardos, lleno de sorpresa.

Los oficiales relatan entonces el hecho al Go-

bernador, quien despues de un rato de reflexión dice:

—Esta noche no dormiremos, señores, estaremos de facción, pues es necesario conjurar la desgracia que nos amenaza.

Y sin pérdida de tiempo, y favorecidos por la actividad de celoso mandatario, todas sus órdenes son atendidas. Antes de las dos de la madrugada del nuevo día, estaban listas las camillas y los peones conductores de los enfermos de Santa Rosalía. Lencería, objetos de uso, muebles y cuanto fue necesario, sin tener que apelar á lo que había en el hospital de Santa Rosalía, fue llevado al hospital improvisado en Catia. Al amanecer estaban los los enfermos en su nuevo hospital, y abandonados por completo los antiguos claustros de las Carmelitas. Cuando los moradores de Caracas conocieron lo que había sucedido, bendijeron al mandatario que sabía obrar con tanta sabiduría. Ricardos había conjurado la tormenta.

Sacados los enfermos de un sitio que alimentaba la epidemia y llevados á otro de mejores condiciones higiénicas, el flajelo desapareció; la confianza tornó al corazón de los enfermos y la reflexión á las imaginaciones alucinadas.

A poco, al comenzar la nave del templo de San Francisco que se llamó más tarde de los Terceros, surgió una capilla dedicada á la Virgen de la Luz. En el altar figuró un hermoso retablo de esta gran Señora, protectora de la ciudad, y á los lados estaban los bustos de Santa Gertrudis y Santa Bárbara. Dos inscripciones en español, con sus correspondientes sentencias en látín, indicaban que aquella obra había sido levantada durante el reinado de Fernando VI, y bajo la Gobernación del

Brigadier Don Felipe de Ricardos. Esta era la capilla donde los oficiales españoles oían la misa dominical, después de haberse salvado de la cruel epidemia.

La epidemia moral de que acabamos de hablar, no llegó á ejercer influjo alguno en el ánimo de la población caraqueña. En aquel entonces, cuanto se dijo, se afirmó y fue creído, sin comentos ni explicaciones, aparecía como un hecho natural. Que la Santa se presentara airada, con sus disciplinas de fuego y azotara á los pobres soldados que vivían contiguos al templo de Santa Rosalía, era un suceso en armonía con las creencias de aquella época y con el espíritu religioso de la población. Y que cada uno, al dudar de ciertos hechos concluyera por aceptarlos y afirmarlos, no podía considerarse entonces como epidemia moral, sino como consecuencia lógica de la educación fanática que animaba á la población.

La epidemia moral de que más tarde fue víctima Venezuela, á consecuencia del terremoto del 26 de marzo de 1812, efectuado en Jueves Santo, á los dos años de haber sido derrocada en el mismo día la autoridad real, tuvo una área muy extensa, y numerosos abogados que la patrocinaran. El estrago que engendran estas epidemias, no es sobre la minoría pensante y civilizada que las patrocina, sino sobre las muchedumbres ignorantes, que se rinden y obedecen ciegamente. Débil el gobierno patriota para luchar contra el Arzobispo Coll y Prat, y poderoso éste, ayudado de su clero, para pintar la catástrofe con sus diversos estragos, como

castigo de Dios contra el partido republicano, éste hubo de sucumbir. Todas las persecuciones de los españoles contra los patriotas, desde el 26 de marzo de 1812, la desmoralización y anarquía del partido patriota, la ausencia de opinión pública que lo patrocinase, la deserción de sus tropas; todos estos tristes resultados fueron debidos al influjo que tuvo sobre los pueblos la epidemia moral, sostenida por el odio de unos, por los intereses de otros, por la acción continuada de una gran porción del clero venezolano. La acción física del memorable terremoto de 1812, y la epidemia moral, tan violenta, que aquél desarrolló, fueron los dos agentes principales de las desgracias sin cuento que afligieron á Venezuela desde comienzos de 1812 hasta fines de 1814.

NOBLEZA DE PATRICIA, INTEGRIDAD DE MAGISTRADO

—

A DOÑA GERTRUDIS MENDOZA BUROZ

—

Cuando se quiere recordar una época luctuosa en los fastos venezolanos, se habla de los sucesos de 1814. Pavoroso era el aspecto de Caracas en aquellos días. Persecusiones, tropelías, fusilamientos, pobreza y desolación eran las condiciones normales de aquella atmósfera caliginosa. Sangre y sangre, y más sangre eran los gritos apremiantes de las poblaciones, desde el momento en que ambos beligerantes no concedían cuartel y las represalias comprometían hasta los inocentes. El banquillo en las plazas se hacía entonces más necesario que los bancos del mercado, y la sed de sangre era más apremiante que la sed de agua. Terribles, pero indispensables aparecieron las órdenes terminantes de Bolívar, y hasta los prisioneros enfermos fueron pasados por las armas. El pulpo de la guerra á muerte, constriñendo día por día sus poderosas ventosas, asfixiaba los restos mutilados, hambrientos; los espectros del ejército patriota.

Si el cumplimiento de las órdenes de Bolívar exigía el obedecimiento inmediato de las autoridades políticas, ciertos seres no podían ser indiferentes á los dictados del corazón, sobre todo, cuando se trataba de situaciones excepcionales en las cuales no cabían odios ni bajezas, sino la honra y la dignidad de la familia, y los sentimientos hospitalarios, que son patrimonio de almas privilegiadas. En los más furiosos huracanes brilla siempre una que otra luminaria, tras el manto tenebroso que oculta los cielos estrellados. La caridad resplandece más que nunca, en medio de las sociedades desvandadas y de los horrores de las carnicerías humanas.

En cierta mañana, á comienzos de 1814, en los días en que habían sido sacrificados los prisioneros españoles en Caracas y La Guaira, después de los espantosos sucesos de Ocumare, uno de tantos peninsulares residentes en Caracas destinados al sacrificio, sabe en la calle que le solicitan para llevarlo al banquillo. Llamábase Echarte, joven comerciante, pacífico, respetable, de buena conducta. Sin saber á donde encaminarse llega inconscientemente á una de las calles que limitaba lo que en aquellos días se llamó *la ciudadela*, donde Bolívar pensó en defenderse, hasta el exterminio, contra las huestes de Boves. Entra por la esquina de la Sociedad, sigue á la de San Francisco, y en obedecimiento quizá á una voz secreta, se introduce en la casa del Gobernador Doctor Cristóbal Mendoza, hoy Oeste 4, número 5.

Al pasar el zaguán, Echarte tropieza en el primer corredor con una señora, pequeña de cuerpo, de semblante digno y modesto, de mirada inteligente y benévola. Vestía de duelo y parecía frisar en los cuarenta años. La señora acariciaba un niño de tierna edad, que acostado en una estera jugaba con la nodriza que estaba á su lado.

¿ Quién era esta señora con la cual tropezaba el perseguido español que solicitaban para fusilarlo ? Era la célebre matrona Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz, madre de los adalides de este nombre, víctimas de la guerra á muerte en 1813, y de los otros que militaban con Bolívar y acompañaron á éste hasta el fin de la revolución. El niño era uno de sus nietos, Cristóbal, hijo del Gobernador, yerno de la célebre Patricia, á la cual le deparaba la Providencia, dos años más tarde, pasar días crueles en la cárcel de Caracas, cuando el famoso Moxó, no atreviéndose á sacrificarla en unión de otra matrona, la señora Doña Josefa de Zárraga, se contentó con expatriar á ambas.

—Por Dios, señora, por vuestros hijos, salvadme. Me solicitan para fusilarme. Soy inocente, soy inocente, exclamó Echarte arrodillándose delante de la matrona, lleno de angustia.

Y la matrona, sin conturbarse por la sorpresa, sin perder la serenidad de su espíritu en lance tan angustioso, serena, modesta y sostenida por la fuerza de sus virtudes, en momentos en que el Gobernador estaba ausente, y como orgullosa ante esa satisfacción que realza las almas nobles cuando éstas quieren llevar á término una acción sublime, toma á Echarte de la mano, sigue con él al fondo de la casa, le hace entrar en un grande horno que había en la cocina, y como pudo cubre la boca de éste. Al instante retorna al corredor, y llega en el momento en que la patrulla perseguidora, atravesaba el zaguán, y pedía que se le permitiera buscar al español que se había refugiado en la casa de la Gobernación.

—Puede ser, señores, que por aquí haya pasado, mas yo no le he visto, dice la matrona con satisfacción. Sigamos, no obstante, al último patio

para cerciorarnos de la verdad. Vengan ustedes conmigo; y dejando de lado la cocina, sigue con la patrulla al corral, cuyo recinto examinan y nada encuentran.

—Se ha escapado, dice uno de la patrulla.

—Ahora, agrega la señora, vengan ustedes conmigo á registrar los dormitorios y salas del Gobernador y de la familia, donde puedo asegurar que nada encontrarán.

—De ninguna manera, señora, dice el Jefe de la patrulla, haremos tal pesquisa, y menos en la casa del Gobernador. Dispense usted, señora, agregan los de la patrulla, y parten.

El Gobernador, como hemos dicho, no estaba en la casa, pero á poco regresa. Recibido por la noble suegra, ésta le relata los incidentes que acababan de tener efecto, y se felicita de que se le hubiese presentado un hecho en el cual brillaran los sentimientos de hidalguía y de caridad de la familia. El Gobernador, que la contemplaba al escucharla, aprueba cuanto acababa de hacer su madre política, y arbitra los medios de que podía disponer para coronar, de una manera brillante, obra tan meritoria. A los dos días, con pasaporte del Gobernador, Echarte salía para La Guaira. donde fue, tomadas las precauciones posibles, embarcado.

—Espero en Dios, señor Doctor, que llegará el día en el cual pueda yo corresponder servicio tan importante, dijo Echarte al Gobernador. Y dirigiéndose á la matrona, le dice :—Acabáis de salvarme la vida, pido al cielo que os prolongue la vuestra. Llevo en este corazón joven la gratitud que tarde ó temprano, me hará digno de tanta nobleza, de tanta caridad. Y después de besar la mano de la matrona, emocionado y lloroso, partió.

En la familia Mendoza no se habló más de este incidente, después de la salida de Echarte. Era en ella un hecho tan natural ejercer el bien, que no había tiempo para ponderarlo. Hay familias en las cuales no existe la vanidad, que en la generalidad acompaña á las obras filantrópicas, porque aquéllas están acostumbradas á ejercitarla desde temprana edad. La caridad se hereda—no se aprende.

Dejemos pasar esa serie de años, que desde 1814 hasta 1827, constituyen la lucha más sangrienta de la revolución venezolana. Triunfos y derrotas, esperanzas y desengaños, ostracismo, encarcelamientos, bajezas y tropelías sin número, y grandeza, generosidad sublimada por el triunfo: he ahí, en breve síntesis, esta lucha de Bolívar, desde las orillas del mar antillano hasta las históricas cumbres de Potosí y de Oruro.

Cuando Bolívar, después de alcanzar la meta de la gloria, visitó á Caracas en 1827, esta ciudad hubo de recibirle con las galas del entusiasmo, con las alegrías de la gratitud, con el sentimiento de la gloria. Nada puede compararse con esta fiesta del 10 de enero de 1827, cuando Caracas quiso acompañar á Bolívar desde los afueras de la ciudad hasta el altar, donde descuella la imagen augusta del Crucificado. Las descripciones inéditas que conservamos de esta gran fiesta, nos trasportan á aquel solemne día; pero nosotros no tomaremos de ellas, sino lo que se conexione con el tema de esta leyenda.

La carroza descubierta donde venían Bolívar y

Páez, no podía materialmente dar un paso. Carroza y caballos parecían que eran conducidos por la fuerza del entusiasmo y hacían parte de aquella muchedumbre delirante, con espiritu que bullía al fuego de la gratitud. Una matrona, acompañada de sus hijos, aguardaba la procesión en su casa, situada en la antigua calle de Carabobo, cerca de la obispalía. Con la inquietud del entusiasmo, estimulada por la gloria de la patria, soñaba con ver á Bolívar; y Bolívar apareció por la esquina de la Sociedad. Pero la carroza no puede dar un paso; la ola viviente parece suspenderla: al fin se acerca. —" Él es! él es! " exclama la matrona emocionada. ¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar! Gloria á tí, grandeza de América! ¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar!—Y á cada grito, puñados de rosas lanzadas por la señora caían sobre el héroe.—¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar! repetía; cuando en cierto momento El Libertador, reconociéndo aquella voz amiga entre la multitud de voces que llenaban los aires, levanta la cabeza, se fija sobre el balcón de la casa Buroz, y lleno de alegria, al recibir nuevas rosas que caen sobre su cabeza desnuda, se inclina ante la matrona, le hace gracioso saludo con la mano derecha, y se sonríe. Apenas sigue, cuando la señora, al dar el último grito de ¡Viva Bolívar! emocionada hasta el extremo, se deja caer sobre una poltrona que le había servido de asiento. ¿Quién era esta matrona entusiasta que presa del delirio y del sentimiento se adormecía bajo el peso de la gratitud?—Aquella célebre Patricia que salvó la vida á Echarte en 1814, que fue después perseguida por Moxó, que comió el pan del ostracismo, supo perdonar á sus perseguidores.... y dió adalides á la libertad.

En la misma tarde de este día, 10 enero de 1827, entre los obsequios que recibió Bolívar, uno

de los más elocuentes fue la presentación de guirnaldas y de banderillas, con lemas unas, con palabras sintéticas las otras. Bolívar iba distribuyendo y adjudicando cada corona, cada bandera, y al recibir la que decía *Valor*, presentóla á Páez, que estaba á su lado. Tras de esta recibe El Libertador la bandera que decía *Integridad*. Al leer la palabra, con la velocidad del pensamiento llama á un joven Cadete que estaba de guardia en una de las puertas de la sala, y le dice:

—Eugenio, guárdale á tu padre esta bandera en mi nombre. A él le pertenece.

Y Eugenio Mendoza, emocionado y lleno de gratitud, tomó la bandera que dedicaba Bolívar al Doctor Cristóbal Mendoza, su padre. No era sólo un recuerdo, era un timbre glorioso para el Patricio que desde 1810 venía sirviendo á la patria venezolana con sus talentos, con sus virtudes, con la austeridad de un Catón.

Cuando el Doctor Cristóbal Mendoza tornó al suelo patrio, en 1828, después de haberse impuesto el ostracismo debido á los tristes sucesos de 1826, Bolívar le nombró Intendente de Real Hacienda. La casa de la Intendencia era en aquellos días, la de la familia Ugarte, en la calle Sud 2, número 20. Confiscada estaba esta finca, pero como su dueño, Don Simón Ugarte, tornó á Caracas, patria de sus hijos, y aceptó el orden político que habían traído los triunfos de las armas republicanas, era natural que aquélla volviera, tarde ó temprano, á manos de su legítimo dueño.

En una mañana de mayo de este año, uno de

los hijos del Intendente, que jugaba en el dormitorio del sirviente de la familia, tropieza con una hendedura en el asiento de una ventana. Lleno de curiosidad escarba y llega á cerciorarse de que allí estaba enterrado un bulto. Comunica á su padre lo que le había sucedido, y por toda investigación. ordenó el Intendente que se cerrara el dormitorio y se le trajera la llave, que colocó luego sobre su mesa de despacho.

—Vaya usted á llamar de mi parte al señor Don Simón Ugarte, dice el Intendente á uno de los porteros de la oficina.

En el término de la distancia, y algo preocupado, se presenta el señor Ugarte. En aquellos días el odio contra los españoles no se había extinguido por completo.

—He mandado llamar á usted, señor Ugarte, para preguntarle si en esta finca que es de su propiedad ha enterrado usted algún dinero ó alhajas.

Y como el español dudase responder de una manera categórica, el Intendente agrega:

—Sepa usted, señor, que está tratando con un caballero, con un hombre de verdad. Mi pregunta no lleva por objetivo el satisfacer intereses personales, sino el satisfacer sentimientos de justicia.

El señor Ugarte habló entonces sin reticencias; dijo lo que tenía sepultado, fijó los sitios, y acompañado del Intendente, éste los conoció. Los sitios eran, uno en el dormitorio del sirviente, y el otro debajo del fogón central de la cocina.

—Muy bien, dice el Intendente. Cuanto antes trate usted, señor, de sacar este tesoro; nada de esto me pertenece, y sólo usted es el legítimo dueño, porque lo ha trabajado con el sudor de su frente.

El tesoro volvió á su legítimo dueño. He aquí por qué Bolívar había, un año antes, concedido al Intendente la bandera en la cual se leía: *Integridad.*

A los veinte y cuatro años de este suceso, y á los treinta y ocho de haberse salvado de la muerte el señor Echarte en los días aciagos de la guerra á muerte, uno de los hijos del Gobernador de 1814, aquel niño Cristóbal que acariciaba la abuela en los momentos en que un español perseguido buscó amparo en la casa de la Gobernación, vivía establecido en Santiago de Cuba, dedicado á la enseñanza superior, recurso que había aceptado, cuando hubo de emigrar de Caracas, por los sucesos políticos de 1848. Vivía contento, cuando el violento terremoto de 1852 echó por tierra una gran porción de la ciudad, dejando sin pan, sin hogar y oficio centenares de familias. Entregado á la Providencia el Doctor Mendoza sigue con su familia á la Habana en el buque de vapor que había enviado á Santiago el gobierno de la isla, para traer á la capital las familias que habían quedado desamparadas.

Al ser publicada, horas antes, la lista de los que venían en el vapor, figuraba en aquella el Doctor Cristóbal Mendoza y familia. Uno de los comerciantes más acomodados y respetables de la Habana, al leer la lista, se hace de una falúa y en ésta llega cerca del vapor. Sube y al encontrarse sobre cubierta, en presencia de tantas familias que le eran desconocidas, pregunta:

—¿ Quién es aquí el Doctor Cristóbal Mendoza ?

—Servidor de usted, caballero, contesta Mendoza.

—¿ Es usted hijo del Doctor Cristóbal Mendoza, que fue Gobernador de Caracas en 1814 ?

—¿ Soy uno de sus hijos mayores; en esa época apenas tendría un año.

—¿ Dónde está el equipaje de usted, Doctor? pregunta el comerciante.

—Nuestro equipaje lo lleva cada uno de nosotros consigo, señor. Nosotros hemos quedado á merced de la Providencia.

—Poco importa. Vengan ustedes conmigo á la casa de mi familia.

—Pero caballero, ¿ á qué debo este beneficio? preguntó Mendoza, sin darse cuenta de aquéllo.

—Me llamo, Doctor, Echarte, y ya usted y su familia sabrán el por qué hago ésto. Tengan ustedes la bondad de acompañarme.

La familia Mendoza, fugitiva, después de un terremoto, tropezaba con el español fugitivo que había encontrado amparo en la familia Mendoza en los días terribles de la guerra á muerte, en 1814. Inspirado Echarte al leer la lista de los desgraciados que abandonaban la tierra desolada de Santiago de Cuba, y que guardaba el sagrado cumplimiento de una oferta, vió que había llegado el momento de corresponder nobleza con nobleza, y de ser espléndido en presencia del hijo desgraciado, por los beneficios que había recibido del padre y de la venerable abuela.

Al presentar Echarte á su familia á Mendoza y los suyos, hubo de recordar los más insignificantes pormenores de aquel día terrible, cuyo recuerdo no

podía apartarse de su memoria. El Doctor Mendoza, que ignoraba cuanto le refería Echarte, porque en su familia nunca se había conversado acerca de tal historia, se encontró sorprendido. Estos son los secretos que sólo Dios conoce: el recuerdo de aquel suceso hizo derramar lágrimas á ambas familias.

Mendoza y los suyos habían llegado á la Habana entregados á la Providencia, y ésta les deparaba, por medio del noble Echarte, pan, vestido, casa, cuanto pudiera necesitarse para continuar la vida, después de una noche prolongada de naufragio. Días más tarde, el Doctor Mendoza con su familia se instalaba en una casa pequeña que les había arreglado el espléndido castellano. Todavía más, el ilustrado profesor comenzó sus nuevas tareas en la Habana, con una clientela productiva que Echarte le había proporcionado.

Cuando la anciana patricia, Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz, supo en Caracas los obsequios que había recibido su nieto Cristóbal, hubo de enternecerse al recordar aquellos días de 1814. Si Dios le había quitado tres de sus hijos en los campos de la magna revolución, Dios no había olvidado las obras de caridad que aquélla ejerciera y las que debían tener sublime eco en momentos aciagos cuando muchos de los suyos, en playa extranjera, elevaban sus oraciones al Dios de los desamparados.

Antes de bajar a la tumba, aquella noble anciana comenzó á cosechar el fruto de sus buenas obras. Había sembrado caridad y cosechaba caridad; había sembrado nobleza y cosechaba bendiciones. Pero estaba escrito que la célebre patricia contribuyera también con dos de sus nietos á la revolución sangrienta de Cuba. Cuando llega el

día en que la juventud cubana se levanta en sostenimiento de sus derechos, con ella están los dos hijos mayores de Cristóbal Mendoza, dos nietos del Gobernador de Caracas en 1814, llenos de entusiasmo, de virilidad, de talento, que saben inmolarse los primeros. De las asambleas siguieron á los campos de batalla, de éstos al cadalso. Así continuaban, en los anales de la libertad americana, la obra de sus mayores, en tanto que el anciano padre abatido tornaba al seno de la patria venezolona.

Han corrido después de los incidentes de 1814 y de 1852, que dejamos narrados, algunos años. Todos los actores de esta historia han bajado á la tumba; pero quizá en la isla de Cuba quede algún nieto ó descendiente del sublime Echarte. Sea para tí, noble español, el último pensamiento que guía nuestra pluma. El hombre que recibe la caridad y corresponde con la caridad, lleva un nombre digno de perpetuarse en la memoria de sus semejantes.

MARIPERE

A orilla de la carretera del Este, entre los pueblos de Quebrada-honda y Sabana-grande, existe una pequeña zona con casas de campo y poco cultivo, que se conoce con el nombre de Maripere. No hay entre los transeúntes de aquella vía quien no conozca el sitio mencionado, bañado al Este por aguas del Guaire, y al Oeste por la escasa quebrada que se desprende de la cordillera del Ávila. Lugar de doscientas almas, es más solicitado por lo agradable de su clima que por el cultivo de su tierra.

Hace ya como cerca de doscientos cincuenta años que se conoce este lugar con el nombre de Maripere, contracción del de María Pérez, que así se llamó la señora piadosa y rica que empleó sus caudales en el ejercicio de la caridad, fundó cofradías, acompañó al obispo Mauro de Tovar durante la mañana y días que siguieron al primer terremoto de Caracas en 11 de junio de 1641, y contribuyó con mano generosa al socorro de las víctimas y á la reconstrucción de la Catedral de Caracas, arrasada por tan violenta catástrofe.

La actual Metropolitana de Caracas, que resistió el célebre terremoto de 1812, y ha sido modificada en diversas épocas, fue, en los primeros años de los conquistadores y fundadores de esta capital, 1567 á 1600, un miserable caney, simulacro de templo en el cual se albergaron en 1595 los filibusteros ingleses de Amyas Preston, continuando así hasta mediados del siglo décimo séptimo, época en la cual el derruido edificio amenazaba ruina. Concedida por real cédula de 1614 la licencia que del Monarca impetraran los caraqueños para refaccionar la iglesia parroquial, poco se había hecho para conservar el edificio, cuando llegó de prelado en 1640 el obispo Mauro de Tovar. Animado andaba éste y aun había reunido los fondos necesarios para dar remate á la obra ya comenzada, cuando la naturaleza se encargó de echar por tierra la primera Catedral de Caracas, la cual, para la época de que hablamos, contaba cerca de setenta años.

La mañana del 11 de junio de 1641 estaba despejada y ningún signo infundía temores en los habitantes del poblado, cuando á las nueve menos quince minutos violento sacudimiento de la tierra hace bambolear los edificios, llenando de escombros el limitado recinto. Gritos de espanto y de dolor se escuchan por todas partes, y vése á los moradores que despavoridos huyen en todas direcciones. Desde este momento no hubo quietud en la ciudad, sino temores y lágrimas, queriendo huir los que habían sobrevivido á la catástrofe. Pero mientras que unos abandonaban sus hogares reducidos á escombros, otros se ocupaban en salvar á los heridos y contusos que habían quedado bajo las ruinas. Como la ciudad era pequeña, á poco se supo que el número de muertos alcanzaba á doscientos, y á otro tanto el de los aporreados. En los momentos de la

catástrofe, el prelado, que estaba en la obispalía, al sentir bambolear las paredes y crugir los techos, escápase salvando dificultades y sale á la calle, donde tropieza con parte de la muchedumbre que clamaba misericordia. Sin turbarse y en medio de escena tan lastimera, el obispo piensa en salvar la custodia y se dirige á los escombros de la Catedral. Entre las ruinas se abre paso y logra al fin, con trémula mano, abrir el sagrario, saca la custodia y se dirige á la plaza mayor, donde bendice á la muchedumbre aterrada. Horas más tarde se levantó en este lugar una barraca de tablas, que sirvió de templo provisional durante algunas semanas. Sin perder tiempo el obispo comenzó á auxiliar á los moribundos y á socorrer á los necesitados. El dinero que con este piadoso objeto fue conseguido entre los sobrevivientes y el cabildo, sirvió para satisfacer las necesidades de los desgraciados, los cuales continuaron bajo el amparo y amor del prelado. Acompañó al obispo en estos días y ayudóle con constancia y eficacia una señora piadosa, Doña María Pérez, corazón caritativo que dedicó su existencia al alivio de la orfandad y al culto de la religión.

Vinieron al suelo la vetusta Catedral, parte de los conventos de San Francisco y San Jacinto, el nuevo de las Mercedes, que figuraba desde 1638 en la porción alta, despoblada y cerca del sitio donde más tarde se levantaran el templo de la Pastora, y el puente del mismo nombre, que atrajeron á este sitio incremento de población.

Construida la nueva Catedral hubo de durar pocos años, pues para 1664 amenazaba ruina, comenzando en esta época la actual que fue rematada en 1674 y poco á poco ampliándose hasta nuestros días. Desde muy remoto tiempo figuró en la Metropilatana, en la pared occidental del coro

bajo. un retablo de brocha gorda, de regular tamaño, el cual representa el martirio de San Esteban. En el lado izquierdo del lienzo y en el último término, vése al obispo Mauro que conduce la custodia y va acompañado de una anciana. Representa esta escena al prelado virtuoso, tan sublime en los días del terremoto de 1641, y á la señora María Pérez, tan abnegada como espléndida en la misma época. (1) Este retablo que según nuestras observaciones no fue colocado, sino cuando se reedificó por tercera vez la Catedral, 1664 á 1674, trae su origen desde el pontificado de Mauro de Tovar, quien juzgó que era necesario perpetuar en la memoria de los caraqueños la de una mujer tan abnegada y espontánea, tan caritativa y humilde, como lo había sido María Pérez para sus compatriotas. La colocación del tal retablo, está canexionada con un hecho, si se quiere vulgar, pero que exigía cierta reparación de la sociedad caraqueña.

Vivía en Caracas en la época del obispo Mauro cierto gallego, pintor de brocha gorda, insolente y desvergonzado por hábito, pues no había hora en que de su boca no salieran descomunales improperios, que letrado parecía en el estudio de ciertas frases provinciales de Galicia y también de Cataluña y Andalucía. Por lo demás era Mauricio Robes hombre cumplido y trabajador. Como en el oficio de pintor tenía ya el gallego algunos años, y compradas eran sus obras por mujeres piadosas é ignorantes, creyó que había llegado el momento en que dos de sus pinturas pudieran exornar los muros interiores de la nueva Catedral, y dando la última mano á los lienzos, la huida á Egipto y la

---

1 Este retablo se conserva en la sacristía mayor de la Metropolitana.

Oración del Huerto, presentóse con éstos en cierta mañana á la obispalía en solicitud del prelado. (1)

—Que solicita D. Mauricio, preguntó el obispo á Robes, tan luego como le vió en el corredor de la obispalía.

—Vengo á suplicar á Su Señoría Ilustrísima me compre estos lienzos que he concluido para adornar con ellos el nuevo templo y que con tanta perseverancia levanta Vuestra Señoría. Y Robes, desenrollando las dos pinturas las expuso á la contemplación del obispo.

El Pastor, después de recorrer con la vista las obras y de estudiarlas desde varias distancias, soltó una carcajada estrepitosa y dijo al pintor:—" Amigo (2) esto es malo, muy malo, malísimo, " y se retiró.

Sin menear los labios Robes enrolló sus lienzos y dejó la obispalía. Al salir á la calle le vino, sin duda, el recuerdo de la piadosa y espléndida María Pérez, pues á la casa de ésta, que estaba frente al convento de San Jacinto, dirigió sus pasos. Hasta entonces el gallego estaba como espantado y no sabía darse cuenta de la repulsa del obispo; pero al llegar á la casa de Doña María, el pintor, como queriendo desahogarse, refirió á la señora la escena de la obispalía, coronando su narración con frases lisonjeras á la matrona. la única

1 Era éste hombre seco, enemigo de preámbulos, lacónico y voluntarioso.

2 La primera obispalía entonces era la casa número 13 que pertenece á la Metropolitana y donde está el establecimiento mercantil del señor Ruiz. Todavía se conservan en el patio de esta casa los muros de la capilla provisional que sirvió al obispo después del terremoto de 1641. La segunda obispalía, que es la casa actual, fue vendida al cabildo eclesiástico por el Deán Escoto muchos años después. Era baja y como la reconstrucción comenzó con la fábrica del Seminario que le era contiguo, hubo de ponerse á una y otra, arcadas bajas á prueba de terremotos.

que en Caracas era capaz de conocer el mérito de aquellas dos pinturas. Pero María, ya fuera porque no le era desconocida la estética, ya porque no quisiera discrepar de la opinión emitida por el obispo, después de haberlas estudiado le dijo al gallego:—"Pues amigo, esto es malo, muy malo, malísimo." El pintor, al verse sentenciado en segunda instancia y perdiendo el aplomo que por respeto ó por temor había observado delante del prelado, estalló en esta ocasión dejando libre curso á la lengua, que desató en las más groseras expresiones.

Al escuchar tanto improperio, Doña María, con ademán digno, dijo al esclavo que hacía las veces de portero:

—"Lanzad á ese hombre de la casa, por insolente y atrevido."—Y Robes, más que mohino, furioso, con paso apresurado ganó la calle y llegó á su casa, después de haber conjugado cuantas frases sugirieron la venganza y el despecho.

Dos meses después de esta escena, el pintor llamó á sus vecinos y relacionados para que contemplaran un lienzo que acababa de pintar y el cual lo juzgaba como obra acabada, digna de ser admirada. Robes había ideado un cuadro de ánimas, dividido en dos secciones: en la de la derecha veíanse las almas purificadas que eran sacadas de entre las llamas por ángeles y serafines: en el de la siniestra retorcíanse los pecadores, y todos llamaban la atención por las gesticulaciones de los semblantes y la desesperación que parecía torturarlos. En un rincón del lienzo descollaba una anciana con los ojos salidos de sus cuencas, colgaba la lengua de la boca, brotaban de las ventanas de la nariz chorros de fuego, pendían de su cuello sartas de onzas de oro, mientras que los

brazos enjutos y descarnados se iban retorciendo; lo que daba á esta figura un carácter repelente y monstruoso. Sin que el pintor hubiera dado á nadie explicación de su obra, los curiosos del pueblo creyeron encontrar en el tipo monstruoso del purgatorio, la caricatura de María Pérez; y si se sonrieron al ver la travesura de Robes, en voz baja murmuraron y reprobaron venganza tan injusta como ruín, por ser la piadosa señora amada y venerada de todo Caracas. (1)

Mala salió la chanza al de Robes, pues hubo de salir de Caracas lanzado por el prelado, entonces con más poderío que la autoridad civil. Instalado en un pueblo de los llanos, abandonó el gallego el arte, para dedicarse á la industria de sastre y morir después de haber pasado muchos años de pobreza.

Tan luego como fue colocado en la Catedral el retablo que representa el martirio de San Esteban, con el único objeto de conmemorar los servicios de María Pérez; agradecido el cabildo eclesiástico á cuanto por la iglesia había hecho tan piadosa señora, dispuso desde 1674 que en las fiestas de la Purificación y de la Inmaculada Concepción, así como en la conmemoración de los muertos, en todas ellas se pidiera á Dios por el alma de María Pérez y de sus parientes difuntos. Durante dos siglos así lo hizo la Catedral de una manera ostentoria. Sábese que noviembre es el mes en que la iglesia católica conmemora á los muertos. En Caracas el día 1° de este mes está dedicado á to-

1 Entre los numerosos lienzos pintados que existen en Caracas, sólo uno lleva el nombre de Robes. Le vimos ahora años en la parroquia de Candelaria. Representaba á Jesús echando del templo á los mercaderes: nos pareció la pintura tan monstruosa que no alcanzamos á explicarnos cómo pudo el pintor vender tales obras.

dos los difuntos, sin distinción de nacionalidades; el 2 corresponde á los obispos y arzobispos; el 3 á los canónigos y el 4 á María Pérez. Hasta ahora veinte años esta última fiesta se hacía de una manera solemne, pues se colocaba un mausoleo en la nave central de la Metropolitana, celebraban las altas dignidades del cabildo, y buena orquesta acompañaba á la misa de difuntos. Y á tal grado llegó la veneración á la noble protectora de la Catedral, que entre las mesas que se colocaban el Jueves Santo en la puerta mayor del templo para pedir por las ánimas, por el monumento, cofradías, etc. se distinguía una en la cual se pedía dinero por el alma de María Pérez. Tales hechos motivaron que la gente del pueblo llamara los días 4 de noviembre y Jueves Santo, días de ánimas ricas, para distinguirlo de los de las ánimas pobres que en pelotón entraban en la fiesta del 1º de noviembre.

Lentamente y á medida que la renta que proporcionara el caudal de María Pérez iba menguando, fue cesando también el fervor de la Iglesia en favor de su protectora, sobre todo después que desapareció el Rev. Vaamonde, de grato recuerdo por sus virtudes eximias y nobles antecedentes. Y gracias que se cante una misa el 4 de noviembre de cada año en honor de la que tanto hizo en beneficio de sus semejantes.

No recordamos dónde hemos leído, que en cierta ocasión un hombre algo timorato interrogó á un abate ilustrado acerca del tiempo que las almas que habían cumplido en la tierra con sus deberes, permanecerían en el Purgatorio antes de llegar á la presencia de Dios. El abate contestó con naturalidad: "La purificación de las almas, dijo, puede necesitar de instantes, de horas, de semanas, de días y de años; pero os advierto que los días de la Eter-

nidad son en esta tierra siglos y que el sér purificado necesita serlo más y más, antes de llegar al seno de la Eterna Recompensa." Si María Pérez llevó al morir el rico haber de virtudes que le concedieron y conceden sus compatriotas, es de presumirse que después de haber pasado doscientos y más años de su muerte, y gozado durante este lapso de tiempo de las bendiciones y oraciones de la Iglesia, haya alcanzado la felicidad eterna. No hay pues que extrañar que hayan concluido las fiestas de las ánimas ricas, después que desapareció el capital.

María Pérez se aleja, pero Maripere continúa. ¡Qué distante estaba la señora cuando durante gran porción del siglo décimo séptimo en que vivió en su estancia sembrada de sabrosos frutos, de que tres siglos más tarde pasaría por el frente de su mansión predilecta una máquina humeante, tronadora, la locomotora, en fin, del Este, que al llegar á este lugar deja oír el silbato y el grito del conductor que dice: MARIPERE!

Maripere es el recuerdo constante de un alma virtuosa que dejó en la tierra nombre venerado, luminosa estela.

INDICE

—

Página

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Léase
41	13	lo	la
64	18	vuela	vuelan
64	19	lisa	liza
67	15	en que	donde
79	13	de de	de
86	18	civiles	civil
90	8	católica	católico
168	1	imprudente	impudente
220	16	pasado	pasados
250	23	llegan alcanzar	llegan á alcanzar
253	6	salvarle	salvar
257	27	acatamiento á	cumplimiento de
264	11	fior	flor
324	7	as	las
326	13	fiajelo	flajelo
334	18	reconociéndo	reconociendo
334	34	dió	dio
336	24	objetivo	objeto

